DIONISIO DE HALICARNASO

HISTORIA ANTIGUA DE ROMA

LIBROS VII-IX

EDITORIAL GREDOS

DIONISIO DE HALICARNASO

HISTORIA ANTIGUA DE ROMA

LIBROS VII-IX

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
ALMUDENA ALONSO Y CARMEN SECO



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 123

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por M.ª LUISA PUERTAS CASTAÑOS.



Depósito Legal: M. 971-1989.

ISBN 84-249-1377-9.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1989. — 6253.

LIBRO VII

Escasez de alimentos en Roma. El Senado intenta conseguir grano

Después[1] de que Tito Geganio Macerino y Publio Minucio recibieran el poder consular, se apoderó de Roma una gran escasez de grano, cuyo origen estuvo en la sedición[2]. En efecto, el pueblo se rebeló contra los patricios después del equinoccio de otoño, justo en el comienzo mismo de la siembra. Con la agitación, los agricultores abandonaron el campo y se dividieron, poniéndose los más ricos a favor de los patricios y los asalariados de parte de los plebeyos; y desde entonces permanecieron separados unos de otros hasta que la comunidad se apaciguó y se volvió a unir, llevándose a cabo la reconciliación no mucho antes del solsticio de invierno. 1
Durante este período, que es el apropiado para realizar toda la siembra, la tierra estuvo falta de gente que se ocupara de ella y permaneció así mucho tiempo, de modo que, cuando los agricultores volvieron, ya no les fue fácil recuperarla, tanto por la deserción de los esclavos como por la muerte de los animales con los que pensaban cultivar el terreno arruinado, y al año siguiente muchos no tuvieron 2
semillas ni alimentos. Al enterarse el Senado de esta situa- 3

[1] Cf. LIVIO, II 36, 1-3.

[2] Véase VI 45.

ción, envió embajadores a los tirrenos, a los campanos y
a la llanura llamada Pomptina [3] para que compraran todo
el grano que pudieran, y mandó a Sicilia a Publio Valerio
y a Lucio Geganio. Valerio era hijo de Publícola [4] y Ge-
4 ganio era hermano de uno de los cónsules. Por aquel en-
tonces había tiranos en algunas ciudades, siendo el más
señalado Gelón [5], hijo de Dinomenes, que hacía poco se
había apoderado de la tiranía de Hipócrates, no Dionisio
de Siracusa, como han escrito Licinio, Gelio [6] y otros mu-
chos historiadores romanos, sin haber hecho una investiga-
ción minuciosa de las fechas, según los hechos muestran
por sí mismos, sino refiriendo a la ligera lo primero que
5 encontraron. De hecho, la embajada designada para ir a
Sicilia zarpó en el segundo año de la LXXII Olimpiada [7],
cuando era arconte en Atenas Hibrílides, diecisiete años
después de la expulsión de los reyes, como estos y casi to-
dos los demás historiadores admiten. Dionisio el Viejo se
levantó contra los siracusanos y se apoderó de la tiranía
ochenta y cinco años después, en el tercer año de la XCIII
Olimpiada [8], cuando era arconte en Atenas Calías, el su-
6 cesor de Antígenes. Podría permitirse a los historiadores
que han escrito obras sobre hechos antiguos y que abarcan
un amplio período un error de unos pocos años, pero no
es admisible que se aparten de la verdad en dos o tres ge-
neraciones enteras. Sin embargo, es posible que el primero
que registró este hecho en las cronografías y al que siguie-

[3] *Ager pomptinus.* Véase II 49, 5, n. 67.

[4] Se refiere al cónsul Publio Valerio Publícola.

[5] Se convirtió en tirano de Gela en el año 491 a. C. y, desde el 485 a. C. hasta su muerte en el año 478 a. C., fue tirano de Siracusa.

[6] Para estos analistas, véase I 7, 3 y n. 16.

[7] 490 a. C.

[8] 405 a. C. Gobernó desde el 405 hasta el 367 a. C.

ron todos los demás, al encontrar en los antiguos anales este solo dato, a saber, que durante este consulado fueron enviados unos embajadores a Sicilia para comprar grano y que volvieron de allí con el regalo en grano que el tirano les dio, ya no investigara en los historiadores griegos quién era, por aquel entonces, tirano de Sicilia, y estableciera sin verificación y sin más que se trataba de Dionisio.

Éxito diverso de las embajadas enviadas a por grano

Los embajadores que navegaban ha- 2
cia Sicilia, víctimas de una tempestad en el mar, se vieron obligados a rodear la isla y arribaron ante el tirano con mucho retraso. Pasaron allí el invierno y volvie-
ron a Italia en verano con muchas provisiones. En cambio, 2
los enviados a la llanura Pomptina, condenados como espías, estuvieron a punto de morir a manos de los volscos, pues fueron acusados de serlo por los exiliados de Roma. A duras penas pudieron salvar sus vidas, gracias al interés de sus amigos personales, tras lo cual volvieron a Roma
sin dinero y con las manos vacías. Algo parecido les tocó 3
padecer a los que llegaron a la Cumas[9] de Italia, pues muchos exiliados romanos que se habían salvado con Tarquinio de la última batalla también vivían allí y, en primer lugar, intentaron obtener del tirano que los condenara a muerte. Como no lo consiguieron, pidieron que se los retuviera como rehenes de la ciudad que los enviaba hasta que recuperaran sus bienes, que, dijeron, les habían confiscado injustamente los romanos; y opinaban que el tirano debía
ser juez de su pleito. Era entonces tirano de Cumas Aristo- 4

[9] Véase V 26, 3, n. 36. Cumas se llamó así en honor de la ciudad nativa de, al menos, una parte de sus fundadores, probablemente Cumas cerca de Calcis. Esta Cumas perdió su identidad individual y, como consecuencia, se atribuyó a la Cumas de la costa de Asia Menor el mérito de haber fundado la Cumas de Italia.

demo, hijo de Aristócrates, hombre de no oscuro linaje, que, ya sea porque de niño era afeminado y recibía un trato propio de mujeres, como cuentan algunos, ya porque era de naturaleza apacible y remisa a la cólera, como escriben otros, era llamado «Afeminado»[10] por los conciudadanos, sobrenombre que, con el tiempo, fue más conocido
5 que su nombre. Parece que no es inoportuno que interrumpa un momento la narración de los acontecimientos de Roma para contar sumariamente de qué medios se valió para hacerse con la tiranía, qué caminos siguió para llegar a ella, cómo gobernó y qué final tuvo.

Ataque a la ciudad de Cumas

3 En la LXIV Olimpiada[11], durante el arcontado de Milcíades en Atenas, los tirrenos que habitaban cerca del golfo Jonio[12] y que, con el tiempo, fueron expulsados de allí por los celtas, y con ellos los umbros, los daunios[13] y muchísimos otros bárbaros, intentaron destruir Cumas, la ciudad griega en el territorio de los ópicos fundada por los eretrios y los calcidios[14], sin más justo motivo para su odio que la prosperidad de
2 la ciudad. Cumas, efectivamente, era en aquel tiempo célebre en toda Italia por su riqueza, su poder y por otras ventajas, pues no sólo poseía el territorio más fértil de la llanura de Campania, sino que también era dueña de los puertos más estratégicos en torno a Miseno[15]. Los bárbaros, que aspiraban a estos bienes, marcharon contra Cumas

10 En griego *malakós* «remiso, perezoso».

11 524-3 a. C.

12 Se trata del mar Adriático. Véase I 10, 1 y n. 21.

13 Habitantes de Umbría y Apulia respectivamente.

14 Habitantes de Eretria y Calcis, ciudades de la isla de Eubea, frente a Atenas.

15 *Miseum*, promontorio de Campania.

con no menos de quinientos mil hombres de infantería y dieciocho mil jinetes. Cuando estaban acampados cerca de la ciudad, les sucedió un prodigio asombroso que no se recuerda que haya ocurrido nunca en territorio griego ni
bárbaro. Los ríos que corrían junto a su campamento, uno 3
llamado Volturno[16] y otro Glanis[17], abandonando su curso natural, volvieron a sus manantiales y, durante largo tiempo, continuaron retirándose desde sus desembocaduras
hasta sus nacimientos. Cuando los habitantes de Cumas se 4
enteraron de este prodigio, entonces se atrevieron a entablar combate con los bárbaros, pues pensaban que la divinidad echaría abajo la superioridad de los enemigos y, en cambio, elevaría su propia situación, que parecía ser débil. Y después de dividir todas sus fuerzas en tres cuerpos, con uno de ellos vigilaron la ciudad, con otro protegieron las naves, y colocándose con el tercero delante de las murallas, recibieron a los atacantes. De este último cuerpo, seiscientos eran de caballería y cuatro mil quinientos de infantería. A pesar de ser tan inferiores numéricamente, contuvieron a tantos miles de enemigos.

Victoria de los cumanos. Actuación de Aristodemo

Cuando los bárbaros observaron que 4
estaban preparados para luchar, se lanzaron al ataque dando gritos a su manera, sin ningún orden, mezcladas la infantería y la caballería, confiados en aniquilarlos a todos. El terreno ante la ciudad en el que entablaron batalla era un estrecho desfiladero rodeado por montes y lagos, propicio al valor de los cumanos e inadecuado para

[16] El Volturno nace en Isernia, pasa por Capua y desemboca al norte de Nápoles.

[17] Río de Campania. El nombre que aparece, generalmente, es *Clanius*.

2 el gran número de bárbaros. En efecto, al caer y pisotearse
unos a otros en muchos lugares, pero sobre todo en torno
a las zonas pantanosas del lago, la mayor parte de ellos
pereció a manos de sus propias tropas sin ni siquiera haber
llegado a enfrentarse con la línea de batalla de los griegos.
El gran ejército de infantería, derrotado por sí mismo, hu-
yó, desperdigándose cada uno por su lado, sin haber reali-
zado ninguna acción honrosa. La caballería, sin embargo,
entabló combate y dio a los griegos un gran trabajo; pero,
como no podía rodear a sus enemigos por la estrechez del
lugar y como la divinidad ayudaba a los griegos con relám-
3 pagos, lluvia y truenos, tuvo miedo y se dio a la fuga. En
esta batalla todos los jinetes cumanos lucharon brillante-
mente, y se reconoce que ellos, especialmente, fueron los
artífices de la victoria, pero, por encima de todos los otros,
Aristodemo, el llamado «Afeminado», pues mató al gene-
ral enemigo después de haber resistido él solo el ataque de
otros muchos valientes guerreros. Al terminar el combate,
los cumanos ofrecieron sacrificios de agradecimiento a los
dioses y enterraron con magnificencia a los muertos en la
batalla, y después se enzarzaron en una gran discusión so-
bre los premios al valor para decidir a quién debía conce-
4 dérsele la primera corona. Los jueces imparciales querían
premiar a Aristodemo y el pueblo entero estaba a su fa-
vor, pero los hombres poderosos deseaban concedérsela a
Hipomedonte, el jefe de la caballería, y todo el Senado lo
apoyaba. El gobierno de los cumanos era, en aquel tiempo,
una aristocracia y el pueblo no tenía poder en muchos
asuntos. Como se produjo un enfrentamiento a causa de
esta disputa, los más ancianos, temerosos de que la rivali-
dad llegase a las armas y a los asesinatos, convencieron
a ambas partes para que consintieran en que cada hombre
5 recibiera iguales honores. A partir de entonces, Aristodemo

se convirtió en defensor del pueblo y, como había cultivado la facultad de la oratoria política, se atrajo a las masas, ganándoselas con medidas favorables, poniendo en evidencia a los hombres poderosos que se habían apropiado de los bienes públicos y favoreciendo con su propio dinero a muchos pobres. Por estas razones resultaba odioso y temible para los jefes de la aristocracia.

Los cumanos deciden ayudar a los aricinos

Veinte años después de la batalla con- 5
tra los bárbaros llegaron ante los cumanos unos embajadores de los aricinos, con ramos de suplicantes, para pedir que les ayudaran contra los tirrenos, que estaban en guerra con ellos, ya que, como he expuesto en un libro anterior [18], después de que Porsena, rey de los tirrenos, se reconcilió con Roma, envió fuera a su hijo Arrunte, que quería adquirir un poder propio, con la mitad del ejército. Arrunte había puesto asedio a los aricinos [19], que se habían refugiado dentro de las murallas, y pensaba to-
mar la ciudad por hambre en poco tiempo. Cuando llegó 2
esta embajada, los hombres destacados de la aristocracia, como odiaban a Aristodemo y temían que realizara algo perjudicial para la forma de gobierno, comprendieron que tenían una magnífica oportunidad para quitárselo de en medio con un buen pretexto. Después de convencer al pueblo para que enviara dos mil hombres en ayuda de los aricinos y designar como general a Aristodemo por su indudable brillantez en las acciones bélicas, tomaron las medidas con las que suponían que él o moriría en la lucha
a manos de los tirrenos o perecería en el mar. Cuando reci- 3
bieron del Senado poder para elegir a los que serían envia-

---

[18] Véase V 36, 1, 2.

[19] Habitantes de Aricia. Para Aricia, véase V 36, 1, n. 43.

dos como ayuda, no alistaron a ningún hombre distinguido ni digno de mención, sino que escogieron a los más incapaces y viles de los plebeyos, de los que siempre sospechaban novedades, y con ellos completaron la expedición. Botaron diez naves viejas, pésimas marineras, cuyos trierarcas eran los más pobres de entre los cumanos, y en ellas embarcaron a los expedicionarios, amenazándolos de muerte si alguno desertaba.

6 *Aristodemo y los cumanos derrotan a los tirrenos y vuelven a casa*

Aristodemo, después de dar este solo aviso: que no le había pasado inadvertida la intención de sus enemigos, de palabra enviarlo para ayudar, pero de hecho mandarlo a una muerte segura, aceptó el mando y, zarpando rápidamente con los embajadores de los aricinos, tras una travesía difícil y peligrosa por mar, echó el ancla en las cercanías de la costa de Aricia. Dejó en las naves un cuerpo de guardia suficiente y, en la primera noche, recorrió el camino que había desde el mar, que no era muy largo, y al amanecer apareció inesperadamente
2 ante los aricinos. Estableció el campamento cerca de ellos y, tras convencer a los que estaban refugiados en las murallas para que salieran a campo abierto, desafió inmediatamente a los tirrenos a un combate. Como el enfrentamiento desembocó en una violenta batalla, los aricinos, después de una brevísima resistencia, se replegaron en masa y huyeron nuevamente hacia las murallas. Pero Aristodemo, con unos pocos cumanos elegidos a su alrededor, sostuvo todo el peso de la lucha y, tras matar con sus propias manos al general de los tirrenos, puso en fuga a los demás y ob-
3 tuvo la más brillante de todas las victorias. Una vez llevadas a cabo estas acciones y después de que los aricinos lo honraran con muchos regalos, zarpó rápidamente, pues deseaba ser él mismo quien anunciara a los cumanos su vic-

toria. Le seguían muchísimas embarcaciones aricinas con el botín y los prisioneros tirrenos. Cuando estuvieron cerca 4
de Cumas, echó el ancla a las naves, reunió al ejército y, después de lanzar muchas acusaciones contra los dirigentes de la ciudad y de hacer numerosas alabanzas de los hombres que habían actuado valerosamente en la batalla, repartió el dinero entre ellos, uno por uno, compartió con todos los regalos recibidos de los aricinos, y pidió que se acordaran de estos beneficios cuando volvieran a la patria y que, si alguna vez se encontraba en algún peligro proveniente de la oligarquía, cada uno le ayudara según sus fuerzas. Como todos unánimemente le dieron las gracias una 5
y otra vez, no sólo por la inesperada salvación que habían obtenido gracias a él, sino también porque llegaban a casa con las manos llenas, y prometieron entregar sus propias vidas antes que abandonar la suya a los enemigos, Aristodemo los elogió y disolvió la asamblea. Después llamó a su tienda a los más bellacos y más atrevidos en la lucha y, seduciéndolos con regalos, buenas palabras y esperanzas que atraerían a cualquiera, los tuvo dispuestos a ayudarle para acabar con el gobierno establecido.

Aristodemo se hace con el poder

Los tomó como colaboradores y com- 7
pañeros de lucha, fijó lo que cada uno debía hacer, dio gratuitamente la libertad a los prisioneros que traía para ganarse también su favor y, después, navegó con las naves engalanadas hacia los puertos de Cumas. Cuando los soldados desembarcaron, sus padres, madres y demás parientes, sus hijos y mujeres fueron a su encuentro, abrazándolos con lágrimas, besándolos y llamando a cada uno con los apelativos más cariñosos. Y todo el resto de la 2
población recibió al general con alegría y aplausos y lo escoltó hasta su casa. Los principales de la ciudad y, sobre

todo, los que le habían confiado el mando y habían maquinado los demás planes para su muerte tenían malas pers-
3 pectivas para el futuro. Aristodemo dejó pasar unos pocos días en los que cumplió los votos a los dioses y aguardó las embarcaciones que llegaban con retraso, y cuando se presentó el momento oportuno, dijo que deseaba contar ante el Senado lo acaecido en el combate y mostrar el botín de guerra. Una vez reunidas las autoridades en el Senado en gran número, Aristodemo se adelantó para hablar y expuso todo lo sucedido en la batalla, mientras sus cómplices en el golpe de mano, dispuestos por él, irrumpieron en el Senado en tropel con espadas debajo de sus mantos
4 y degollaron a todos los aristócratas. Después de esto hubo huidas y carreras de los que estaban en el ágora, unos hacia sus casas, otros fuera de la ciudad, con excepción de los que estaban enterados del golpe; estos últimos tomaron la ciudadela, los arsenales y los lugares seguros de la ciudad. A la noche siguiente liberó de las cárceles a los condenados a muerte, que eran muchos, y después de armarlos junto con sus amigos, entre los que se encontraban también los prisioneros tirrenos, constituyó un cuerpo de guar-
5 dia en torno a su persona. Al llegar el día, convocó al pueblo a una asamblea y lanzó una larga acusación contra los ciudadanos que había matado, tras lo cual dijo que éstos habían sido castigados con justicia, pues habían intrigado contra él, pero que, por lo que se refería a los demás ciudadanos, había venido para traerles libertad, igualdad de derechos y otros muchos bienes.

Medidas de Aristodemo para afianzar su poder

8 Tras pronunciar estas palabras y colmar a todo el pueblo de esperanzas maravillosas, tomó las dos peores medidas políticas que existen entre los hombres y que son el preludio de toda tiranía: la redistribución de

la tierra y la abolición de las deudas. Prometió ocuparse él mismo de ambas cuestiones, si se le designaba general con plenos poderes hasta que los asuntos públicos estuviesen seguros y se estableciera una forma democrática de gobierno. Como la multitud plebeya y sin principios acogió 2
con alegría el saqueo de los bienes ajenos, Aristodemo, dándose a sí mismo un poder absoluto, impuso otra medida con la que los engañó y privó a todos de la libertad. En efecto, fingiendo sospechar agitaciones y levantamientos de los ricos contra el pueblo a causa de la redistribución de la tierra y de la abolición de las deudas, dijo que, para que no se originara una guerra civil ni se produjeran asesinatos de ciudadanos, se le ocurría una sola medida preventiva antes de llegar a una situación terrible: que todos sacasen las armas de las casas y las consagraran a los dioses con la finalidad de que pudieran emplearlas contra los enemigos exteriores que los atacaran, cuando les sobreviniera alguna necesidad, y no contra sí mismos, y de que, mientras tanto, permanecieran en un buen lugar junto a los dioses. Como también consintieron en esto, ese mismo 3
día se apoderó de las armas de todos los cumanos y, durante los días siguientes, registró las casas, en las que mató a muchos buenos ciudadanos con la excusa de que no habían consagrado todas las armas a los dioses, tras lo cual reforzó la tiranía con tres cuerpos de guardia. Uno estaba formado por los ciudadanos más viles y malvados, con cuya ayuda había derrocado al gobierno aristocrático; otro, por los esclavos más impíos, a los que él mismo había dado la libertad por haber matado a sus señores, y el tercero, un cuerpo mercenario, por los bárbaros más salvajes. Estos últimos eran no menos de dos mil y superaban con mucho a los demás en las acciones bélicas. Aristodemo 4
suprimió de todo lugar sagrado y profano las estatuas de

los hombres que condenó a muerte y, en su lugar, hizo llevar a estos mismos lugares y erigir en ellos su propia estatua. Confiscó sus casas, tierras y demás bienes, reservándose el oro, la plata y cualquier otra posesión digna de un tirano, y después cedió lo demás a los hombres que lo habían ayudado a adquirir el poder; pero los más abundantes y espléndidos regalos los dio a los asesinos de sus señores. Éstos, además, también le pidieron vivir con las mujeres e hijas de sus amos.

9 Aunque, en un principio, no prestó ninguna atención a los hijos de los que habían sido condenados a muerte, después, bien por algún oráculo, bien porque por reflexión natural considerase que no era pequeño el riesgo de que se volvieran contra él, intentó eliminarlos a todos en un
2 solo día. Pero, como le suplicaron vehementemente todos aquellos con los que estaban viviendo las madres de los niños y junto a los cuales éstos estaban siendo criados, quiso concederles también este favor y, contra su intención, los libró de la muerte, aunque estableció vigilancia en torno a ellos para que no se reunieran ni conspiraran contra la tiranía, y ordenó a todos que se marcharan de la ciudad a cualquier otra parte y que vivieran en el campo sin participar de nada de lo que es propio de hijos libres, ni oficio, ni estudio, sino dedicándose al pastoreo y a las otras ocupaciones del campo, y los amenazó de muerte si se encontraba a alguno de ellos dirigiéndose a la ciudad.
3 Éstos que dejaron su casa paterna se criaron en el campo como esclavos, al servicio de los asesinos de sus padres. Y para que en ninguno de los demás ciudadanos surgiera algún sentimiento noble y valeroso, se dedicó a afeminar por medio de las costumbres a la juventud que crecía en la ciudad, suprimiendo los gimnasios y los ejercicios con armas y cambiando la forma de vida que antes seguían los

niños. Ordenó, en efecto, que los chicos se dejaran el pelo 4
largo como las jóvenes, adornándoselo con flores, rizándo-
selo y sujetando los rizos con redecillas; que se vistieran
con túnicas de varios colores hasta los pies; que se cubrie-
ran con mantos ligeros y suaves, y que pasaran la vida a
la sombra. Y a las escuelas de los bailarines, de los flautis-
tas y de los cultivadores de artes similares les acompaña-
ban, caminando a su lado, unas niñeras que llevaban som-
brillas y abanicos; estas mujeres los bañaban, llevando a
los baños peines, alabastros de perfumes y espejos. Co- 5
rrompía a los niños con este tipo de educación hasta los
veinte años y, después, a partir de ese momento, permitía
que pasaran a formar parte de los hombres adultos. Tras
ofender y ultrajar a los cumanos de otras muchas formas,
sin abstenerse de ningún acto lujurioso y cruel, cuando
consideraba que poseía la tiranía con seguridad, ya viejo,
pagó un castigo grato tanto a los dioses como a los hom-
bres y fue completamente aniquilado.

Los jóvenes se oponen a Aristodemo

Los que se levantaron contra él y li- 10
beraron la ciudad del tirano fueron los
hijos de los ciudadanos que él mandó ase-
sinar, a todos los cuales, en un primer
momento, decidió matar en un solo día,
absteniéndose de ello, como he contado, por las súplicas
de sus guardias personales, a quienes había entregado a
las madres, con la orden de que vivieran en el campo.
Pocos años después, como al recorrer los pueblos viera 2
que su juventud era numerosa y valiente, temió que conspi-
raran y se levantaran contra él y quiso apresurarse a ma-
tarlos a todos antes de que alguien se percatara de su in-
tención. Reunió a sus amigos y examinó con ellos cuál
sería la manera más fácil y rápida de matarlos en secreto.
Los jóvenes, que se habían enterado, bien porque se lo 3

hubiera revelado alguno de los que lo sabían, bien porque ellos mismos lo sospecharan reflexionando sobre lo que era probable, huyeron a las montañas llevándose los utensilios agrícolas. Enseguida llegaron en su ayuda los exiliados de Cumas que vivían en Capua[20], entre los cuales los más distinguidos y los que poseían el mayor número de huéspedes[21] campanos eran los hijos de Hipomedonte, el que fue jefe de la caballería en la guerra contra los tirrenos. Y no sólo estaban armados ellos, sino que también les trajeron armas y reunieron un grupo no pequeño de mercena-
4 rios campanos y de amigos. Cuando se juntaron todos, bajando como bandoleros, devastaban los campos de los enemigos, liberaban a los esclavos de sus amos, soltaban y armaban a los encarcelados, y lo que no podían llevarse,
5 en parte, lo quemaban y, en parte, lo destrozaban. Al tirano, que no sabía de qué modo debía combatirlos, pues ni atacaban abiertamente ni pasaban mucho tiempo en los mismos lugares, sino que calculaban realizar las incursiones por la noche hasta el amanecer y por el día hasta el anochecer, y que muchas veces había enviado en vano soldados en ayuda del territorio, se le presentó uno de los rebeldes con el cuerpo azotado, enviado por los exiliados como si fuera un desertor. Este hombre, después de pedir impunidad, le prometió llevar las tropas que enviara con él al lugar en el que los exiliados pensaban acampar la noche
6 siguiente. El tirano, inclinado a confiar en él porque no pedía nada y porque ofrecía su propia persona como prenda, envió a sus más fieles generales con numerosos jinetes y con un cuerpo mercenario, y les ordenó, principalmente, que trajeran ante él a todos los exiliados y, si no, al me-

---

20 Véase I 73, 3.

21 Véase VIII 30, 2, n. 27.

nos, al mayor número posible. Así pues, el fingido desertor condujo durante toda la noche a la cansada tropa por caminos no practicados y a través de bosques solitarios hasta las zonas más alejadas de la ciudad.

Los rebeldes matan a Aristodemo y acaban con la tiranía

Los rebeldes y exiliados, que estaban 11
apostados en el monte cercano al Averno y próximo a la ciudad, cuando supieron, por las señales de los exploradores, que el ejército del tirano había salido fuera de la ciudad, enviaron alrededor de sesenta hombres, de entre
los más audaces, con pieles y haces de ramas secas. Éstos, 2
hacia la hora en que se encienden las lámparas, penetraron como jornaleros, sin que nadie lo advirtiera, a través de varias puertas. Cuando estuvieron dentro de las murallas, sacaron de los haces las espadas que estaban escondidas en ellos y se reunieron todos en un lugar. Después, desde allí marcharon juntos hacia las puertas que dan al Averno[22], mataron a sus vigilantes, que estaban dormidos, abrieron las puertas y recibieron a todos los suyos, que ya se encontraban cerca de las murallas; y esto lo hicieron sin
ser descubiertos, pues aquella noche dio la casualidad de 3
que se celebraba una fiesta pública, por lo que la entera población de la ciudad se dedicó a beber y a otros placeres. Esta circunstancia proporcionó a todos una gran seguridad para recorrer las calles que llevaban a la morada del tirano; y ni siquiera junto a las puertas encontraron un cuerpo de guardia numeroso y alerta, sino que también allí mataron sin dificultad tanto a los que estaban dormidos como a los borrachos y, precipitándose en masa al palacio, asesinaron como a ovejas a todos los demás, que, a causa

[22] Situado junto a la costa, en los *Campi Flegrei*, al oeste de Nápoles.

del vino, ya no eran dueños ni de sus cuerpos ni de su espíritu. Y a Aristodemo, a sus hijos y al resto de su familia los cogieron juntos y, tras golpearlos, torturarlos y maltratarlos con casi todos los tipos de castigos hasta bien
4 entrada la noche, los mataron. Después de exterminar completamente a la familia del tirano, hasta el punto de que no sobrevivieron ni los niños ni las mujeres ni los parientes de ninguno de ellos, y de buscar durante toda la noche a todos los colaboradores del tirano, al llegar el día se dirigieron al ágora. Luego convocaron al pueblo a una asamblea, depusieron las armas y restauraron la tradicional forma de gobierno.

Situación desesperada de los romanos. Peste sobre las ciudades volscas

12 Pues bien[23], ante este Aristodemo, cuando ya llevaba catorce años como tirano de Cumas, fue ante quien se presentaron los que se habían exiliado con Tarquinio con el deseo de que pusiera fin al pleito contra su patria. Los embajadores romanos se opusieron durante algún tiempo, diciendo que ni habían venido para este pleito ni tenían autoridad, porque el Senado no se la había entregado, para defender
2 la causa en nombre de la ciudad. Pero, como no conseguían nada, sino que veían que el tirano se inclinaba hacia la otra parte por los apremios y exhortaciones de los exiliados, pidieron tiempo para la defensa y, después de dejar dinero como garantía de sus personas, se escaparon en el intervalo, mientras el juicio estaba pendiente y cuando ya nadie los vigilaba. El tirano retuvo a sus criados, sus animales de carga y el dinero traído para comprar el grano.
3 Sucedió, por tanto, que estas embajadas, después de estos avatares, regresaron con las manos vacías. En cam-

[23] Cf. Livio, II 34, 4-6.

bio, los enviados a las ciudades de Tirrenia, después de
comprar una gran cantidad de mijo y espelta, lo trajeron
a la ciudad en barcazas. Estas provisiones alimentaron a
los romanos por poco tiempo; después, una vez agotadas,
se encontraron en las mismas dificultades que antes. No
existía tipo alguno de alimento que no se hubieran visto
ya obligados a probar, y sucedió que muchos de ellos, en
parte por la escasez, en parte por la rareza de la inusual
comida, estaban o sin fuerzas o abandonados por su po-
breza y totalmente impotentes. Cuando los volscos, que 4
recientemente habían sido sometidos en la guerra, se ente-
raron de estos hechos, con intercambios secretos de emba-
jadas se incitaron los unos a los otros a la guerra contra
los romanos, pues pensaban que si los atacaban mientras
estaban en una mala situación debido a la guerra y al ham-
bre, serían incapaces de resistir. Pero un favor de los dio-
ses, que tenían interés en no permitir que los romanos fue-
ran sometidos por los enemigos, también entonces mostró
su poder clarísimamente. En efecto, sobre las ciudades vols-
cas cayó, de improviso, una peste tan grande como no se
recuerda que haya habido en ningún otro lugar griego o
bárbaro, destruyendo por igual a personas de toda edad,
fortuna y constitución, tanto fuertes como débiles. La ex- 5
trema magnitud de la desgracia quedó probada en una ciu-
dad renombrada de los volscos, de nombre Velitras[24], por
entonces grande y populosa, de la que la peste dejó una
sola persona de cada diez, atacando y llevándose a los de-
más. En consecuencia, al terminar, cuantos sobrevivieron
a la desgracia enviaron embajadores a los romanos, infor-
maron de la devastación de la ciudad y se la entregaron.

[24] Véase III 41, 5, n. 28.

Se dio la circunstancia de que en una ocasión anterior habían recibido colonos de Roma, motivo por el que se los pidieron también por segunda vez.

Roma envía colonos a Velitras

13 Cuando los romanos tuvieron conocimiento de esto, se compadecieron de su desgracia y consideraron que no debían pensar en vengarse de los enemigos en semejantes circunstancias, pues por sí mismos habían pagado a los dioses una pena suficiente por lo que pensaban hacer. Considerando las muchas ventajas del asunto, creían oportuno hacerse cargo de Velitras con
2 el envío de numerosos colonos, pues el territorio, ocupado por una guarnición adecuada, les parecía capaz de ser una gran barrera y obstáculo para los que quisieran intentar una revolución o provocar algún disturbio, y pensaban que la escasez de alimentos que atenazaba a la ciudad se atenuaría, en gran medida, si una parte considerable de su población se trasladaba. Pero, sobre todo, la sedición que nuevamente se fraguaba, antes de que la anterior se hubiese aplacado convenientemente, los empujaba a votar a favor
3 de la expedición. El pueblo, como antes, se estaba excitando otra vez y estaba encolerizado contra los patricios, y se pronunciaban muchos y duros discursos contra ellos, unos, acusándolos de negligencia y dejadez, porque no habían previsto con tiempo la escasez de alimentos que iba a sobrevenir ni tomado con antelación las precauciones para afrontar la desgracia; otros, declarando que la falta de víveres había sido provocada por ellos a propósito por rabia y deseo de perjudicar al pueblo por el recuerdo de su
4 sedición. Por estos motivos el envío de los colonos bajo el mando de tres jefes designados por el Senado se hizo rápidamente. El pueblo, en un principio, estaba contento de que se sortearan los colonos, suponiendo que se vería

libre de hambre y habitaría una tierra fértil; después, pensando en la gran epidemia que había tenido lugar en la ciudad que los iba a recibir y que había matado a sus habitantes e infundido el temor de que ocurriera lo mismo con los colonos, fue cambiando de opinión poco a poco, de modo que no fueron muchos los que manifestaron querer participar en la colonia, sino muchos menos de los que el Senado había decidido; y éstos ya pensaban que habían tomado una mala decisión y trataban de evitar la salida. Sin embargo, este grupo fue obligado y también el otro, 5
que no tomaba parte de la expedición voluntariamente, pues el Senado votó que ésta se completara por medio de un sorteo entre todos los romanos, y estableció penas severas e inexorables contra los designados por la suerte que no salieran. Así pues, esta expedición, reclutada por una necesidad aparente, fue enviada a Velitras, y otro contingente, no muchos días después, a Norba[25], que es una conocida ciudad latina.

Malestar de los plebeyos y acusaciones contra los patricios

Pero no se verificó ninguna de las pre- 14
visiones de los patricios, al menos con respecto a la esperanza de que cesaría la sedición, sino que los que se quedaron estaban todavía más encolerizados y chillaban contra los senadores en sus reuniones y sociedades. Al principio se reunían pocos; después, al hacerse ya más acuciantes las necesidades, acudían todos en masa al Foro y llamaban a gritos a los tribunos. Una vez que éstos convo- 2
caron una asamblea, se adelantó Espurio Sicinio[26], que era entonces jefe de su colegio de magistrados, y no sólo

[25] Ciudad del Lacio.

[26] Probablemente se trata de un error por Icilio, como señala Sylburg.

arremetió contra el Senado, inflamando lo más que podía
el rencor contra éste, sino que también pidió que los de-
más dijeran públicamente lo que pensaban, y especialmente
Sicinio y Bruto, que eran entonces ediles, a los que llamó
por su nombre. Éstos habían sido los cabecillas de la pri-
mera sedición del pueblo y, después de introducir el poder
3 tribunicio, fueron los primeros en obtenerlo. Estos indivi-
duos, que tenían preparados desde hacía tiempo los más
maliciosos discursos, se adelantaron y expusieron lo que
la mayoría quería oír, a saber, que la escasez de comida
se había producido por deliberado propósito de los ricos
debido a que el pueblo, contra la voluntad de éstos, había
4 adquirido su libertad como consecuencia de la secesión. Y
manifestaron que los ricos no padecían, ni en lo más míni-
mo, esta desgracia en igual medida que los pobres, pues
aquéllos tenían alimentos escondidos y dinero con el que
compraban víveres importados, y no les preocupaba en ab-
soluto esta calamidad, mientras que los plebeyos carecían
de ambas cosas. Con respecto a los colonos enviados a
unos territorios insalubres, declararon que era una expul-
sión encaminada a una destrucción manifiesta y mucho
peor que la del hambre y, exagerando las penalidades como
mejor pudieron con su oratoria, pidieron saber cuál iba a
ser el límite de sus desgracias, recordaron los antiguos ma-
los tratos a los que se vieron sometidos por parte de los
ricos y enumeraron con gran seguridad otros hechos simila-
5 res a ésos. Para terminar, Bruto cerró el discurso con esta
jactancia: si estaban dispuestos a hacerle caso, obligaría
pronto a los que habían encendido la chispa de esta cala-
midad a que también la apagaran. Finalmente, la asam-
blea fue disuelta.

Reunión del Senado

Al día siguiente, los cónsules convocaron al Senado, pues estaban asustados por las actitudes revolucionarias y pensaban que la demagogia de Bruto llevaría a un gran desastre. Numerosos discursos de todo tipo fueron pronunciados en la reunión por los propios cónsules y por los demás senadores. Unos opinaban que había que adular al pueblo con toda clase de buenas palabras y con la promesa de actuaciones concretas, y hacer más moderados a sus dirigentes, sacando a la luz los asuntos e invitándolos a que reflexionaran con ellos sobre lo que era beneficioso para la comunidad; otros, en cambio, aconsejaban no dar ninguna muestra de debilidad ante una muchedumbre atrevida e ignorante ni ante una arrogante e insoportable locura de hombres que buscaban el favor popular, sino alegar en defensa propia que los patricios no tenían ninguna culpa de lo sucedido y prometer que prestarían toda la atención posible a esta calamidad, pero castigar a los que agitasen al pueblo y declarar que, si no cesaban de alimentar la sedición, pagarían el debido castigo. El principal defensor de esta opinión era Apio, y fue la que prevaleció después de una violentísima disputa entre los senadores, hasta el punto de que también el pueblo, oyendo de lejos sus gritos, acudió alterado al Senado y toda la ciudad estuvo ansiosa y expectante. Después de esta reunión los cónsules salieron fuera y convocaron al pueblo a una asamblea cuando ya no quedaba mucho día por delante; y, adelantándose, intentaron comunicar las decisiones tomadas en el Senado. Pero los tribunos se les opusieron y el debate no fue, por ninguna de ambas partes, ni por turnos ni ordenado, pues gritaban al mismo tiempo y se estorbaban los unos a los otros, de modo que no era fácil para los presentes comprender sus opiniones.

Margin section numbers: 15 (line 1), 2 ("sobre lo que era beneficioso… otros, en"), 3 ("castigo. El principal defensor… Apio, y"), 4 ("y toda la ciudad… Después de").

16 *Discurso de Bruto apaciguando los ánimos*

Los cónsules encontraban justo que, puesto que ellos tenían el poder superior, mandaran sobre cualquier asunto de la ciudad, pero los tribunos consideraban que su asamblea era un ámbito propio, como el Senado lo era de los cónsules, y que todo lo que los plebeyos podían decidir y votar era de su competencia exclusiva. La muchedumbre se ponía de parte de los tribunos gritando y preparándose a atacar, si fuera necesario, a quienes se oponían; los patricios, por su parte, agrupán-
2 dose, apoyaban a los cónsules. Se produjo una violenta disputa por no ceder ante los otros, en la idea de que en esa sola derrota entonces se jugaban la renuncia a sus justas reclamaciones para el futuro. El sol estaba ya a punto de ponerse y el resto de la población acudió corriendo desde sus casas al Foro, y si la noche hubiera caído sobre la contienda, habrían llegado a los golpes y a tirarse piedras.
3 Para evitarlo, Bruto se adelantó y pidió a los cónsules que le concedieran la palabra con la promesa de hacer cesar la revuelta. Y los cónsules, creyendo que cedía ante ellos, porque, a pesar de estar presentes los tribunos, el líder del pueblo no les pedía el permiso a ellos, le permitieron hablar. Cuando se hizo el silencio, Bruto no pronunció ningún otro discurso, sino que preguntó a los cónsules lo si-
4 guiente: «¿Recordáis —dijo— que, cuando pusimos fin a la sedición, nos concedisteis este derecho: que, cuando los tribunos convocaran al pueblo por cualquier asunto, los patricios no estuvieran presentes en la reunión ni molestaran?» «Lo recordamos» —dijo Geganio—. Bruto añadió: «¿Qué os ha pasado, entonces, para que vengáis a molestarnos y no permitáis que los tribunos digan lo que quieran?» A esta pregunta Geganio contestó: «Que no son los tribunos los que han convocado al pueblo a la asamblea,

sino nosotros, los cónsules. Ciertamente, si la reunión hubiese sido convocada por ellos, nada pretenderíamos ni impediríamos, ni en nada nos injeriríamos; pero, dado que nosotros convocamos la asamblea, no impedimos que ellos hablen, pero no creemos justo que nos lo impidan.» Bruto 5
replicó: «Hemos vencido, plebeyos, y nuestros adversarios nos han concedido cuanto pedíamos. Ahora marchaos y poned fin a la lucha; mañana os prometo que mostraré cuán grande es vuestra fuerza. Y vosotros, tribunos, cededles ahora el Foro, pues al final no lo cederéis. Cuando conozcáis el gran poder que tiene vuestra magistratura —sin duda no tardaréis mucho en saberlo; yo mismo prometo mostrároslo—, moderaréis su arrogancia. Pero, si encontráis que os engaño, haced de mí lo que queráis.»

Discurso de Sicinio. Aprobación de la ley presentada por él

Como ninguno se opuso a estas pala- 17
bras, unos y otros se marcharon de la asamblea, aunque con pensamientos distintos: los pobres, creyendo que Bruto había ideado algo extraordinario y que no habría hecho una promesa de tanta importancia sin alguna razón; los patricios, por su parte, desdeñando la ligereza de este hombre y pensando que la audacia de sus promesas no iría más allá de las palabras, pues creían que el Senado no había concedido a los tribunos más que socorrer a los plebeyos que habían sufrido alguna injusticia. Sin embargo, no todos los senadores, y especialmente los más ancianos, se despreocupaban del asunto, sino que estaban atentos para que la locura de ese hombre no causara un daño irreparable. La noche siguiente, Bruto, después de comuni- 2
car su plan a los tribunos y de preparar un buen número de plebeyos, bajó con ellos al Foro y, antes de que se hiciera de día, tomó el templo de Vulcano[27], donde acos-

[27] Véase VI 67, 2, n. 48.

tumbran a celebrar las asambleas, y llamó al pueblo a una reunión. Cuando el Foro estuvo lleno —pues acudió una multitud como nunca antes se había reunido—, Sicinio[28], el tribuno, avanzó y pronunció un largo discurso contra los patricios, recordando todos los abusos que habían cometido contra los plebeyos. Después, respecto al día anterior, les explicó que los patricios le habían impedido tomar la palabra y le habían arrebatado el poder de su magistra-
3 tura. «Por tanto, ¿qué otro poder —dijo— podríamos ya llegar a tener, si ni siquiera vamos a poder hablar? ¿Cómo podríamos ayudar a quien sea injustamente tratado por ellos, si se nos ha privado del poder de convocaros? Porque, sin duda, las palabras son el principio de cualquier acción y está claro que, a los que no se les permite decir lo que piensan, tampoco se les permitirá hacer lo que quieran. Así pues —dijo—, si no pensáis establecer ninguna garantía para él, tomad el poder que nos habéis dado o impedid con una ley escrita que se opongan a nosotros en
4 el futuro.» Una vez pronunciadas tales palabras, como el pueblo le incitó con grandes gritos a introducir la ley, la leyó, pues ya la tenía redactada, y permitió que el pueblo la votara inmediatamente. El asunto, ciertamente, no parecía admitir aplazamiento ni dilación, para que los cónsules
5 no pusieran ningún otro impedimento. La ley era como sigue: «Cuando un tribuno manifieste su opinión al pueblo, que nadie diga nada en contra ni interrumpa su discurso. Si alguno actúa contra esta disposición, que entregue a los tribunos, si se le exigen, garantías para el pago de la multa que se le imponga. Si no entrega fianza, que sea condenado a muerte y que sus bienes sean consagrados a los dioses. Los juicios de los que disientan de estas penas, que

28 Véase *supra,* 14, 2, n. 26.

se celebren ante el pueblo.» Los tribunos, después de hacer 6
votar esta ley, disolvieron la asamblea, y el pueblo se marchó muy contento y muy agradecido a Bruto, pues creían
que era suya la idea de la ley.

Situación en Roma

Después de estos hechos se produje- 18
ron muchas disputas entre los tribunos y
los cónsules sobre numerosas cuestiones,
y ni el pueblo consideraba válido lo que
votaba el Senado, ni el Senado aceptaba
nada de lo que el pueblo decidía; y continuaron enfrentados y sospechando unos de otros. Sin embargo, su odio
no les llevó a cometer nada irremediable, como suele ocu-
rrir en semejantes desórdenes. En efecto, los pobres no se 2
lanzaron contra las casas de los ricos, donde pensaban que
encontrarían víveres guardados, ni planearon saquear el
mercado público, sino que soportaban comprar pequeñas
cantidades a un precio elevado y, cuando les faltaba el dinero, se alimentaban con las raíces de la tierra y con hierbas, y así aguantaban. Tampoco los ricos consideraron
oportuno emplear la violencia contra los más débiles, sirviéndose de su propia fuerza y de la gran abundancia de
clientes, y apoderarse de la ciudad, expulsando a unos y
matando a otros, sino que, como los padres que se comportan de forma sumamente moderada con los hijos, continuaban mostrando una actitud benévola y solícita con sus
errores. Ante la situación en que se encontraba Roma, las 3
ciudades vecinas invitaron a habitar entre ellos a los romanos que lo desearan, atrayéndolos con la concesión de
ciudadanía y con promesas de otros favores. Algunas lo
hacían por el mejor de los motivos, por benevolencia y
compasión de su desgracia, pero la mayoría por envidia
de su antigua prosperidad. Y eran muchísimos los que emigraban con toda la familia y establecían su residencia en

otro lugar; de éstos, algunos volvieron otra vez, cuando los asuntos de la ciudad se calmaron; otros, permanecieron allí.

Expedición de los romanos a las órdenes de Cayo Marcio

19 Cuando los cónsules observaron estos hechos, consideraron oportuno, con el consentimiento del Senado, hacer una leva y conducir fuera la tropa. Tenían una buena excusa para la empresa en las incursiones y saqueos del territorio, devastado frecuentemente por los enemigos; también tuvieron en cuenta los otros beneficios de la expedición, a saber, que al enviar un ejército fuera de las fronteras, los que se quedaban, al ser menos, podrían disponer de mucha más comida, mientras que los que estaban en armas vivirían con abundancia, al proveerse de víveres de los enemigos, y que la sedición cesaría durante el tiempo que durara la expedición. Pero, sobre todo, les parecía que, si patricios y plebeyos hacían una expedición conjunta, la futura participación en las desgracias y las dichas en medio de los peligros consolidaría
2 de manera efectiva su reconciliación. Pero el pueblo no les obedecía, ni iba voluntariamente al reclutamiento como antes; y los cónsules no creían justo aplicar la fuerza de la ley a quienes no querían alistarse. Algunos patricios, por el contrario, se alistaron voluntariamente junto con sus clientes y, al salir, se les unió un pequeño grupo de plebe-
3 yos. El jefe de los expedicionarios era Cayo Marcio, el que había tomado la ciudad de Coríolos y se había distinguido en la batalla contra los anciates[29]; la mayor parte de los plebeyos que habían tomado las armas lo aclamó cuando salía, unos, por simpatía; otros, por la esperanza del éxito, pues este hombre era ya célebre y los enemigos lo temían

[29] Véase VI 92-94 y nn.

sobremanera. Este ejército, después de avanzar sin esfuerzo 4
hasta la ciudad de Ancio[30], tomó una gran cantidad de grano en los campos y se adueñó de numerosos esclavos y rebaños, y poco después volvió mejor provisto de los alimentos necesarios para vivir, de modo que los que habían permanecido quedaron muy afligidos y censuraron a los demagogos, por culpa de los cuales consideraban que se habían visto privados de igual buena fortuna. Geganio 5
y Minucio, los cónsules de ese año, a pesar de haber sufrido grandes y diversos tumultos y de haber corrido el peligro de dar al traste con el Estado, y aunque no hicieron nada extraordinario, salvaron a la comunidad tratando los acontecimientos con más sensatez que fortuna.

Abundancia de grano. Los patricios discuten cómo repartirlo

Los cónsules[31] elegidos después de és- 20
tos, Marco Minucio Augurino y Aulo Sempronio Atratino, que fueron designados para el cargo por segunda vez[32], hombres no inexpertos ni en las armas ni en las palabras, se preocuparon mucho de llenar la ciudad de grano y otros alimentos, pues pensaban que en la abundancia de víveres residía la concordia del pueblo. Sucedió, sin embargo, que no consiguieron ambas cosas al mismo tiempo, sino que con la saciedad de bienes vino la arrogancia de los que los disfrutaban. Y entonces se apoderó de 2
Roma un grandísimo peligro, a raíz de algo que, en un principio, parecía insignificante. En efecto, por una parte, los embajadores enviados por los cónsules para comprar grano, regresaron a casa después de haber adquirido a expensas del Estado una gran cantidad en los mercados cos-

---

30 *Antium*. Véase I 72, 5 y n. 175.

31 Cf. Livio, II 34, 7 ss.

32 Véase VI 1, 1.

teros y del interior; por otra, los que acostumbraban a re-
correr los mercados acudieron de todas partes, y de ellos
la ciudad compró un cargamento con dinero público y
3 después lo guardó. Los embajadores enviados con anterio-
ridad a Sicilia, Geganio y Valerio, también llegaron enton-
ces con numerosas naves de carga, en las que traían cin-
cuenta mil medimnos[33] sicilianos de grano, la mitad de
los cuales la habían comprado a un precio muy bajo, y
el resto lo había enviado como regalo el tirano, que lo ha-
4 bía hecho transportar a expensas propias. Cuando se anun-
ció a la población la llegada, desde Sicilia, de las naves
con grano, los patricios deliberaron largamente sobre su
utilización. Los más razonables y amigos del pueblo, mi-
rando las necesidades que angustiaban a la comunidad,
aconsejaban repartir entre los plebeyos todo el grano rega-
lado por el tirano, y el comprado a expensas públicas ven-
dérselo a bajo precio, y explicaban que la cólera de los
pobres contra los ricos se moderaría especialmente por
estos favores; pero los más arrogantes y de más arraigados
sentimientos oligárquicos creían necesario perjudicar a los
plebeyos con toda energía y por todos los medios, y acon-
sejaban ponerles las provisiones lo más caras posibles para
que la necesidad los hiciera más sensatos y más respetuosos
en el futuro con los principios de justicia de la forma de
gobierno.

Actitud de Marcio

21 Entre[34] estos oligarcas estaba también aquel Marcio, llamado Coriolano, que no manifestó su opinión en voz baja y con precaución, como los demás, sino abierta y audazmente, de modo que también muchos plebeyos lo

[33] Medida para el grano equivalente a 52 l.

[34] Para los caps. 21-24, cf. Livio, II 34, 9-11.

oyeron. Además de los motivos de queja generales, tenía también recientes motivos particulares por los que era natural que odiara a los plebeyos. Efectivamente, cuando en 2
las últimas elecciones aspiró al consulado con el apoyo de los patricios, el pueblo se opuso y no permitió que se le diera el cargo, porque tenía cierta prevención hacia su gloria y su audacia, no fuera a ser que por ellas introdujera algún cambio relativo a la supresión de los tribunos, y, sobre todo, porque sentía temor ante el hecho de que los patricios en masa le ayudaran con todo ardor como a ningún otro anteriormente. Así pues, Marcio, exaltado por 3
la cólera ante esta arrogancia y ansioso de restaurar la antigua forma de gobierno, no sólo actuaba él abiertamente para suprimir el poder del pueblo, como he dicho antes, sino que también incitaba a los demás. Había en torno a él una numerosa facción de jóvenes nobles que poseían las mayores fortunas, y muchos clientes que se le habían unido con vistas a sacar provecho de los botines de las guerras. Excitado por estos apoyos, se creció, se hizo célebre y se acercó al mayor de los honores. Precisamente por eso no 4
logró un final dichoso. Una vez reunido el Senado para tratar estos asuntos, los más ancianos, como era su costumbre, manifestaron su opinión los primeros y fueron pocos los que expresaron actitudes claramente hostiles al pueblo. Cuando llegó el turno de palabra de los más jóvenes, Marcio pidió a los cónsules permiso para decir lo que quería y, en medio de una fuerte aclamación y una profunda atención, pronunció contra el pueblo el siguiente discurso:

Discurso de Marcio

22 «Que el pueblo se ha sublevado sin ser forzado por la necesidad y la pobreza, senadores, sino empujado por la malvada esperanza de acabar con vuestra aristocracia y convertirse él mismo en señor de toda la comunidad, creo que casi todos vosotros lo habéis comprendido viendo las ventajas que les supone la reconciliación. El pueblo, después de haber faltado a la lealtad a los tratados y haber suprimido las leyes establecidas para asegurarlos, no se dio por contento con no maquinar ninguna otra innovación, e introdujo una nueva magistratura para destruir la de los cónsules, y por ley la hizo sagrada e inviolable, y ahora, senadores, sin que os deis cuenta, está consiguiendo un poder tiránico merced a una ley re-
2 cientemente ratificada. Cuando sus líderes, por su gran autoridad, protegiéndose con la engañosa excusa de ayudar a los plebeyos injustamente tratados, saquean cuanto les parece en virtud de este poder, y no hay nadie, ni particular ni magistrado, que se oponga a sus delitos por miedo a la ley que ha suprimido nuestra libertad de expresión y de acción al establecer la pena de muerte para quienes hablen libremente, ¿qué otro nombre conviene que los hombres sensatos den a este dominio, sino este que es el verdadero y con el que todos estaríais de acuerdo: tiranía? Y si somos tiranizados no por un solo hombre, sino por todo un pueblo, ¿qué diferencia hay? El resultado es el mismo
3 en ambos casos. Por tanto, lo mejor hubiese sido no permitir que se plantara la semilla de este poder y, por el contrario, someterlo antes completamente, como el magnífico Apio, previendo con mucha antelación los peligros, pretendía; y si no, al menos arrancar ahora de raíz, todos a una, esa semilla y arrojarla fuera de la ciudad, mientras
4 sea débil y sea fácil hacerle frente. Y no sois, senadores,

los primeros ni los únicos que padecéis esta situación, sino que, ya numerosas veces, muchos que se encontraban en apuros no queridos y que no acertaron con la mejor decisión en torno a asuntos de mayor importancia, dado que no impidieron el mal en sus comienzos, intentaron destruirlo ya crecido. Y el arrepentimiento de los que empiezan tarde a tener sensatez, aunque es peor que la previsión, en otro aspecto evidentemente no es inferior, pues borra el error primitivo al impedir su consumación.

»Sin embargo, si algunos de vosotros consideráis que 23
las acciones del pueblo son terribles y creéis que hay que evitar que, en el futuro, siga cometiendo errores, pero os entra miedo de parecer los primeros en deshacer los acuerdos y violar los juramentos, sabed que, como no sois los agresores, sino que os estáis defendiendo, y no violáis los tratados, sino que castigáis a quienes los han violado, no sólo no seréis responsables ante los dioses, sino que, además, realizaréis un acto de justicia en beneficio propio.
Que sea para vosotros un argumento contundente el hecho 2
de que no sois vosotros los que rompéis los tratados y violáis los pactos, sino que son los plebeyos los que han empezado, al no respetar las condiciones con las que consiguieron el retorno. De hecho, los plebeyos pidieron el poder tribunicio no para perjudicar al Senado, sino para no ser maltratados por él; pero ya no lo utilizan para lo que debían ni conforme a las condiciones en que lo obtuvieron, sino para ruina y destrucción de la forma de gobierno tradicional. Recordáis, sin duda, la asamblea recien- 3
temente celebrada y los discursos que en ella pronunciaron los tribunos, qué arrogancia y desfachatez mostraron y qué ensoberbecidos están ahora los que no tienen ningún pensamiento acertado, pues saben que el entero dominio de la ciudad reside en la votación, en la que ellos tienen pre-

4 ponderancia por ser más que nosotros. ¿Qué es lo que,
entonces, nos queda por hacer, cuando son ellos los que
han empezado a violar los tratados y transgredir la ley,
sino defendernos de los provocadores, arrebatarles con jus-
ticia lo que hasta ahora poseen injustamente y, en el fu-
turo, parar los pies a los que tengan demasiadas aspira-
ciones, agradeciendo a los dioses que no les permitieran,
después de que en un principio consiguieron la preponde-
rancia, comportarse posteriormente con sensatez, y que,
por el contrario, les infundieran esta desvergüenza y este
espíritu de intriga por el que os veis obligados a intentar
recuperar los derechos perdidos y a guardar conveniente-
mente los que os quedan?

24 »El momento presente es oportuno como ningún otro,
si realmente pensáis empezar a ser sensatos, ya que la ma-
yor parte de los plebeyos se encuentra en una situación
penosa a causa del hambre, y el resto, por la falta de di-
nero, no podría resistir ya mucho tiempo si los alimentos
fueran escasos y caros. Los peores y los que nunca han
estado contentos con la aristocracia se verán obligados a
dejar la ciudad, y los más sensatos tendrán que vivir de
2 una manera respetuosa sin molestaros ya en nada. Por tan-
to, poned las provisiones bajo vigilancia y no bajéis el pre-
cio de ninguna mercancía, antes bien, votad que también
ahora se vendan al precio más alto al que hayan estado
nunca, pues tenéis justas razones y excusas plausibles en
el clamor desagradecido del pueblo, que nos acusa de que
la escasez de grano ha sido provocada por nosotros, cuan-
do ésta se ha producido por su rebelión, por la ruina que
han causado en el campo al devastarlo como si se tratara
de un territorio enemigo, por el dinero sacado del erario
público para los hombres enviados a comprar grano y por
otros muchos motivos por los que ellos os han tratado in-

justamente. Así, sabremos también de una vez cuál es esa terrible situación en que nos van a poner si no complacemos al pueblo en todo, como sus demagogos decían para asustarnos. Pero si también os dejáis escapar de las manos 3
esta oportunidad, pediréis, una y otra vez, tener otra semejante. Y si el pueblo supiera que deseáis eliminar su fuerza, pero desistís de ello, os acosará de manera mucho más agobiante, considerando hostilidad vuestro deseo y cobardía vuestra incapacidad.»

División de opiniones entre los senadores. Marcio y los tribunos se amenazan

Después[35] de pronunciar Marcio tales 25
palabras, las opiniones de los senadores se dividieron y había entre ellos un gran jaleo. Los que desde un principio habían sido contrarios a los plebeyos y habían aceptado los acuerdos contra su propia opinión, entre los que estaban casi todos los jóvenes y los ancianos más ricos y ambiciosos, unos porque mal soportaban los perjuicios a los negocios, otros porque no toleraban la disminución de los honores, aplaudían a Marcio por su nobleza, su patriotismo y por haber dicho lo mejor para la comunidad. En cambio, los que tenían prefe- 2
rencias por los plebeyos, no apreciaban la riqueza más de lo debido y pensaban que no había nada más necesario que la paz se sintieron molestos por las palabras de Marcio y no aprobaron su opinión. Opinaban que había que superar a los de más baja condición no en violencia, sino en magnanimidad, y que no había que considerar deshonrosa la bondad, sino necesaria, especialmente cuando se practicaba con benevolencia hacia conciudadanos; y declararon que el consejo de Marcio era una locura, y no franqueza ni libertad. Como este grupo era pequeño y débil, fue re-

[35] Para los caps. 25-28, cf. LIVIO, II 35, 1-5.

3 chazado por el grupo más violento. Cuando los tribunos vieron esto —pues estaban presentes en el Senado por invitación de los senadores—, empezaron a gritar y a alterarse, y llamaron a Marcio peste y ruina del Estado porque pronunciaba discursos maliciosos contra el pueblo, y si los patricios no impedían que introdujera una guerra civil en la comunidad castigándolo con la muerte o el exilio, dijeron que ellos mismos lo harían. Al hacerse el tumulto todavía mayor por las palabras de los tribunos y, especialmente, por parte de los jóvenes, que no podían soportar las amenazas, Marcio, instigado por éstos, arremetió inmediatamente contra aquéllos con gran arrogancia y audacia diciendo: «Si vosotros no cesáis de agitar la ciudad y de atraeros a los pobres, dejaré de atacaros con palabras y pasaré a los hechos.»

Los tribunos ordenan apresar a Marcio

26 Una vez levantada la sesión del Senado, cuando los tribunos supieron que era mayor el número de los que querían arrebatar el poder entregado al pueblo que el de los que aconsejaban respetar los acuerdos, salieron corriendo de la sala del Senado gritando e invocando a los dioses por quienes se había jurado. Después reunieron al pueblo en asamblea y, tras revelarle las palabras pronunciadas en el Senado por Marcio, lo citaron
2 para que se defendiera. Como Marcio no les hizo caso, sino que rechazó con palabras insultantes a los ayudantes de los tribunos que lo citaron, éstos, todavía más indignados, tomaron consigo a los ediles y a muchos otros ciudadanos y marcharon a por él. Marcio estaba todavía delante del Senado atrayendo a muchos patricios y con el resto de
3 su facción a su alrededor. Cuando los tribunos lo reconocieron, ordenaron a los ediles que lo apresaran y que, si no quería seguirlos voluntariamente, se lo llevaran a la

fuerza. Tenían entonces el poder edilicio Tito Junio Bruto y Cayo Viselio Ruga. Éstos avanzaron con la intención de apresar a Marcio, pero los patricios, considerando terrible el hecho de que los tribunos se llevaran a uno de ellos por la fuerza antes del juicio, se colocaron delante de Marcio y, golpeando a los que se acercaban, los rechazaron. Al 4
propagarse por la ciudad entera la noticia de lo sucedido, todos salieron de sus casas, los que ocupaban cargos y estaban bien de dinero para defender a Marcio junto a los patricios y restaurar la antigua forma de gobierno; los de baja condición y escasos recursos, para prepararse a defender a los tribunos y hacer lo que éstos ordenaran. El respeto por el que hasta entonces no se habían atrevido a obrar ilegalmente los unos contra los otros, en ese momento se olvidó. Sin embargo, aquel día no hicieron nada irreparable, sino que lo aplazaron para el día siguiente, cediendo a la opinión y a la exhortación de los cónsules.

Acusaciones de los tribunos contra Marcio y los patricios

Al día siguiente, los tribunos fueron 27
los primeros en bajar al Foro y, después de convocar una asamblea del pueblo, lanzaron por turno muchas acusaciones contra los patricios, diciendo que habían faltado a los acuerdos y violado los juramentos que hicieron al pueblo respecto a olvidar el pasado; y presentaron, como prueba de que no se habían reconciliado sinceramente con los plebeyos, la escasez de grano, que los mismos patricios habían preparado, así como el envío de dos expediciones de colonos y los demás engaños que habían maquinado para disminuir el número de la plebe. Arremetie- 2
ron una y otra vez contra Marcio, refiriendo las palabras pronunciadas por él en el Senado y que, cuando el pueblo lo llamó para que se defendiera, no sólo no consintió en venir, sino que incluso rechazó a golpes a los ediles que

habían ido a buscarlo. Llamaron, como testigos de lo ocurrido en el Senado, a los hombres más estimados que allí había y, como testigos de la arrogancia ejercida sobre los ediles, a todos los plebeyos presentes en el Foro en el momento de los hechos. Tras estas declaraciones concedieron el derecho de defensa a los patricios que quisieran ejercerlo, por lo que retuvieron al pueblo en la asamblea hasta que el Senado se disolviera, pues se daba la circunstancia de que los patricios estaban reunidos para tratar estos mismos asuntos y dudaban de si debían defenderse ante el pueblo de los cargos que les imputaban o permanecer tran-
3 quilos. Como la mayoría de las opiniones se inclinó hacia actitudes más humanitarias que arrogantes, los cónsules, después de levantar la reunión, se dirigieron al Foro para exculparse de las acusaciones de carácter general y pedir al pueblo que no tomara ninguna decisión irreparable sobre Marcio. Minucio, el más anciano de los dos, se adelantó y pronunció las siguientes palabras:

Discurso de Minucio ante los plebeyos rechazando las acusaciones

28 «La defensa respecto a la falta de grano es sumamente breve, plebeyos, y de lo que digamos no presentaremos testimonios distintos de los que vosotros presentasteis. Por lo que concierne a la escasez de semillas de grano, sin duda sabéis también vosotros que se produjo por el abandono de la siembra. En cuanto a la restante ruina del campo, no tenéis necesidad de enteraros por otros del motivo por el que se produjo y de cómo, al final, la tierra más extensa y mejor carecía de semillas, de esclavos y de rebaños, en parte por la devastación a manos de los enemigos, en parte porque no podía alimentaros a vosotros, que sois tantos y no tenéis ningún otro recurso.
2 De modo que considerad que el hambre se ha producido no por los motivos de los que los demagogos nos acusan,

sino por los que vosotros mismos conocéis, y cesad de atribuir vuestro sufrimiento a una maquinación nuestra y de estar irritados contra nosotros que ninguna injusticia hemos cometido. Por otra parte, los envíos de colonos se 3
debieron a la necesidad, pues fue general entre todos vosotros la decisión de tener bajo control unos lugares seguros en una guerra; y, al realizarse las expediciones en un momento tan apremiante, proporcionaron grandes ventajas tanto a los que se marcharon como a los que os quedasteis. De hecho, dispusieron allí de más abundantes medios de vida, mientras que los que permanecieron aquí sufrieron menor escasez de alimentos; y la igual participación en los vaivenes de la fortuna, en los que los patricios tomamos parte con vosotros los plebeyos, pues la expedición se formó por sorteo, no se puede reprochar.

»¿Qué es, entonces, lo que les ha pasado a los dema- 29
gogos para acusarnos de estos sucesos en los que tuvimos opiniones comunes y una misma suerte, tanto si fue terrible, cual ellos afirman, como si fue favorable, según creemos nosotros? En cuanto a las acusaciones lanzadas por 2
ellos con motivo de la reciente reunión del Senado, en el sentido de que no consideramos oportuno moderar los precios de los alimentos, que planeamos suprimir el poder de los tribunos, que estamos resentidos por vuestra sedición y que deseamos perjudicar a los plebeyos a toda costa, en cuanto a todas las acusaciones de este tipo, las rechazaremos en breve con hechos, no perjudicándoos en nada, fortaleciendo también ahora el poder de los tribunos en los términos en que entonces acordamos mantenerlo con vosotros y vendiendo el grano como a todos vosotros os parezca bien. Así pues, esperad y, si no se cumple alguna de estas promesas, entonces acusadnos. Pero, si quisierais exa- 3
minar con atención nuestras diferencias, con más justicia

acusaríamos nosotros, los patricios, al pueblo, que voso-
tros al Senado; pues nos tratáis injustamente, plebeyos —y
no os irritéis al escucharlo—, ya que, sin esperar a saber
el final de nuestra deliberación, consideráis oportuno re-
4 prochárnosla ya. Y, ciertamente, ¿quién no sabe que, para
cualquiera que lo desee, sería un trabajo facilísimo destruir
y eliminar de la comunidad la concordia con acusaciones
de este tipo, de las que la buena fe del futuro y que toda-
vía no se ha manifestado no es salvaguarda para no sufrir
5 ningún mal, sino pretexto para cometer injusticia? Y no
sólo hay que reprender a vuestros cabecillas por las acusa-
ciones y calumnias contra el Senado, sino también a voso-
tros no menos que a ellos por aquellas cosas en que les
habéis dado crédito y por las que os habéis irritado antes
de experimentarlas. Si temíais futuras injusticias, también
para el futuro debíais haber guardado vuestra cólera por
ellas; pero ahora estáis demostrando tomar decisiones con
más precipitación que sensatez, y cifrar la mayor seguridad
en lo peor.

30 »Por lo que respecta a las injusticias por las que los
tribunos acusaron al Senado en general, creo que basta con
lo dicho. Pero, puesto que también nos calumnian indivi-
dualmente por lo que podamos haber dicho en el Senado
y nos responsabilizan de dividir a la comunidad, y ahora
desean condenar a muerte o desterrar de la patria a Cayo
Marcio, un hombre patriota que habló con franqueza sobre
los problemas de la comunidad, quiero hacer ante vosotros
algunas consideraciones de justicia también sobre este pun-
to, y examinad si pronuncio palabras mesuradas y ciertas.
2 Cuando vosotros, plebeyos, os reconciliasteis con el Sena-
do, considerasteis que os bastaba la supresión de las deu-
das y pedisteis designar unos magistrados entre vosotros
mismos para ayudar a los pobres que estuvieran sojuzga-

dos; y, obtenidas estas dos peticiones, nos estuvisteis muy agradecidos. Pero ni pedisteis ni pensasteis acabar con el poder consular o dejar al Senado sin autoridad para ocuparse de los asuntos del Estado, ni cambiar la forma tradicional de gobierno. ¿Qué os ha pasado, entonces, para que 3
intentéis remover ahora todas estas cosas? ¿Y en qué norma de justicia confiáis para anhelar suprimir nuestros cargos? Si hacéis que los miembros del Senado teman decir con sinceridad lo que piensan, ¿qué palabras honradas podrían pronunciar vuestros líderes? O ¿en qué ley os basáis para considerar oportuno castigar con la muerte o el destierro a algunos patricios? Ni las antiguas leyes ni los acuerdos recientemente establecidos con el Senado os conceden este poder. Y el violar los juramentos tradicionales y hacer 4
la violencia más poderosa que la ley no es propio de la democracia, sino, si queréis oír la verdad, de la tiranía. Yo os aconsejaría que no renunciarais a ninguno de los beneficios que obtuvisteis del Senado, pero que las peticiones que no hicisteis en su momento, al poner fin al enfrentamiento, no las reclaméis tampoco ahora.

»Y para que tengáis muy claro que los demagogos no 31
piden nada mesurado ni justo, sino que tienen aspiraciones ilegales e imposibles, aplicaos el asunto a vosotros mismos y examinadlo de esta manera: suponed que los miembros del Senado acusaran a los que de entre vosotros se dedican a la política de pronunciar discursos malintencionados ante vosotros, de acabar con la aristocracia tradicional, de soliviantar a la comunidad —afirmando que todas estas acusaciones son ciertas, pues los demagogos lo hacen— y, lo más terrible, de procurarse un poder mayor que el que se les concedió intentando condenar a muerte sin juicio previo a aquel de nosotros que quisieran. Y suponed que dijeran que los autores de estos hechos debían morir impu-

2 nemente. ¿Cómo soportaríais vosotros la arrogancia del Senado? Y ¿qué diríais? ¿Acaso no os indignaríais y afirmaríais estar sufriendo terribles agravios, si se os privara del derecho de expresión y de la libertad al establecerse el riesgo de morir para quienes hablaran con voz libre en
3 defensa del pueblo? Es imposible que digáis otra cosa. Por tanto, los agravios que vosotros no toleraríais padecer, ¿consideráis justo que otros los padezcan y soporten? ¿Son estas propuestas vuestras, plebeyos, cívicas y mesuradas? Al hacer estas peticiones, ¿no estáis corroborando vosotros mismos que las acusaciones que se os hacen son verdaderas, y no estáis demostrando que los que aconsejan impedir que vuestro poder legal crezca están pensando en lo que es justo para la comunidad? A mí, al menos, me parece
4 que sí. Pero, si queréis hacer lo contrario de aquello de lo que se os acusa, haced caso de mi consejo y comportaos con mesura, soportando con civismo y sin cólera las palabras por las que os irritáis. Si actuáis de esta manera, la consecuencia para vosotros será que pareceréis buenos y que quienes os son hostiles cambiarán de opinión.

32 »Presentando ante vosotros estas, al menos en nuestra opinión, justas e importantes consideraciones, tratamos de convenceros de que no cometáis ningún acto reprobable. En cuanto a las acciones benévolas y humanitarias a las que hemos hecho referencia, no porque quisiéramos echároslas en cara, sino porque queríamos haceros más razonables —aparte de las de tiempos antiguos, me estoy refiriendo a las que han tenido lugar recientemente con motivo de vuestro retorno—, nosotros deseamos olvidarlas, aun-
2 que es justo que vosotros las recordéis. Pero ahora nos vemos forzados a dejarlas de lado y pedimos, a cambio de los muchos y grandes favores que os hemos hecho cuando los pedisteis, obtener de vosotros este favor: que no

condenéis a muerte ni expulséis del país a un hombre aman-
te de su patria y superior a todos en la guerra. No será
pequeño el castigo que se nos impondrá, bien lo sabéis,
plebeyos, si se priva a la comunidad de semejante valor.
Así pues, es justo que, recordando a cuántos de vosotros
salvó en las guerras, depongáis la cólera que él especial-
mente os ha provocado y no guardéis rencor por sus pala-
bras inoportunas, acordándoos, en cambio, de sus nobles
acciones, pues su discurso no os perjudicó en nada, mien- 3
tras que sus acciones os procuraron grandes beneficios.
Pero, si no estáis dispuestos a reconciliaros con él, al me-
nos concededle el favor por nosotros y por el Senado que
os lo pedimos, reconciliaos ya de una vez firmemente y
haced que la comunidad sea una sola, como al principio.
Sin embargo, si no cedéis ante nuestras palabras de persua-
sión, sabed que nosotros no cederemos a vuestras violen-
cias, sino que, sin duda, este intento del pueblo o será
para todos motivo de una amistad sincera o será el prin-
cipio de una nueva guerra civil y de males irreparables.»

Actitud de los tribunos

Después de que Minucio pronunciara 33
este discurso, los tribunos, viendo que la
multitud se dejaba arrastrar por la mode-
ración de sus palabras y la bondad de sus
promesas, se irritaron y disgustaron, so-
bre todo Cayo Sicinio Beluto, el que había convencido a
los pobres de que se rebelaran contra los patricios y al que
designaron general mientras estuvieron en armas, hombre
hostil a la aristocracia y que, llevado por la multitud a la
celebridad y obtenido por segunda vez el poder tribunicio
por este motivo, era, de entre todos los demagogos, el que
menos creía que fuese ventajoso para él mismo que la co-
munidad estuviera en armonía y recuperara su antiguo or-
den. Ciertamente suponía que no sólo no conservaría los 2

mismos honores y poderes bajo el gobierno de la aristocracia, pues era de innoble nacimiento, de educación vulgar y no había realizado nada brillante ni en la guerra ni en la paz, sino que también correría peligro de muerte por haber desgarrado a la comunidad y haberle causado multi-
3 tud de males. Tras considerar lo que debía decir y hacer, y consultar con sus colegas de magistratura, como también éstos estuvieron de acuerdo, se levantó y, después de lamentarse brevemente de la mala suerte del pueblo, alabó a los cónsules porque se habían dignado dar explicaciones a los plebeyos sin despreciar su condición humilde, y dijo que daba las gracias a los patricios, si ya, por fin, sentían alguna preocupación por el bienestar de los pobres; y afirmó que daría todavía mayor fe, con todos los demás, si presentaban hechos en consonancia con las palabras.

Sinicio incita a Marcio a hablar. Palabras de Marcio

34 Después de pronunciar estas palabras y de dar la impresión de un carácter moderado y conciliador, se volvió a Marcio, que estaba junto a los cónsules, y dijo: «Y tú, noble señor, ¿por qué no te defiendes ante tus propios conciudadanos de lo que dijiste en el Senado? O mejor, ¿por qué no afrontas y alejas su cólera, para que te impongan un castigo más moderado? Yo no consideraría oportuno que tú negaras todo, cuando hay tantas personas que lo han visto, ni que recurrieras a una defensa indigna, pues eres Marcio y tienes un espíritu superior al de un particular; a menos que para los cónsules y los patricios esté bien intentar convencer al pueblo en favor tuyo y, en cambio, para tí no esté bien inter-
2 ceder por ti mismo.» Esto es lo que dijo, sabedor de que un hombre de elevados sentimientos no soporta convertirse en su propio acusador y pedir la remisión de la pena, como si hubiese cometido una falta, ni recurrir a lamentos

y súplicas contrarios a su carácter, sino que o considera
absolutamente indigna la defensa, o, conservando su orgu-
llo innato, no hace ninguna adulación al pueblo moderan-
do sus palabras; y eso, precisamente, es lo que sucedió.
En efecto, cuando se hizo la calma y asaltó a casi todos 3
los plebeyos un fuerte deseo de absolverlo si actuaba bien
en la presente ocasión, mostró tal arrogancia en sus pala-
bras y los trató de tal manera que, cuando se adelantó
para hablar, no negó ninguna de las palabras pronunciadas
en el Senado contra el pueblo, ni recurrió a lamentos y
súplicas como si estuviera arrepentido de ellas. Por el con-
trario, consideró absolutamente indigno servirse de ellos
como jueces para asunto alguno, pues pensaba que no te-
nía ningún poder legal; pero si alguno quería acusarlo ante
los cónsules y exigir un castigo por sus actos o sus pala-
bras, estaba dispuesto a someterse a juicio allí donde hu-
biese ley. Dijo que se había presentado ante los plebeyos, 4
dado que ellos mismos lo habían llamado, en parte para
reprenderlos por las violaciones de la ley y por las insolen-
cias que habían cometido con motivo de la sedición y des-
pués del retorno, en parte para aconsejarles que retuvieran
y moderaran sus injustos deseos. Después arremetió contra 5
todos ellos con gran violencia y audacia, y especialmente
contra los tribunos. En sus palabras no había el respeto
estudiado de un gobernante que enseña al pueblo, ni la
sensatez prudente de un particular odiado por muchos que
se enfrenta a la cólera del que tiene el poder, sino la ira
incontrolada de un enemigo que ultraja sin temor a quienes
están bajo su dominio y un desprecio profundo hacia aquel
a quien está maltratando.

Condena de Marcio. Enfrentamiento entre plebeyos y patricios

35 Por este motivo, mientras él hablaba se produjo un gran alboroto por parte de quienes suelen ir de un extremo a otro en sus opiniones, como sucede en las muchedumbres heterogéneas y con distintos deseos, pues unos estaban complacidos con sus palabras, otros, en cambio, estaban irritados. Y cuando terminó de hablar se levantaron un griterío y un alboroto todavía ma-
2 yores. Los patricios lo llamaban el más valiente de los hombres, lo aplaudían por su sinceridad y declaraban que era el único hombre libre entre todos ellos, porque ni tuvo miedo ante la multitud de enemigos que lo atacaban, ni aduló la arrogancia impetuosa e ilegal de sus conciudadanos. Los plebeyos, por su parte, ofendidos por sus ultrajes, lo llamaban violento y cruel y el peor de todos los enemi-
3 gos. Y algunos, muy irreflexivos, tenían ya un enorme deseo de ajusticiarlo. En esto les ayudaban y colaboraban los tribunos, y Sicinio en especial daba cuerda a sus deseos. Al final, después de hacer un violento ataque contra Marcio e inflamar los ánimos de los plebeyos poniendo todo su ardor en la acusación, dio a conocer la sentencia: la magistratura tribunicia lo condenaba a muerte por su insolencia hacia los ediles, a los que el día anterior, después de que ellos mismos les dieran la orden de traerlo, había él rechazado a golpes. Dijo que el ultraje a sus servidores no era contra nadie más que contra los que les habían da-
4 do las órdenes. Y después de pronunciar estas palabras, ordenó que lo llevaran a la colina que se levanta sobre el Foro. El lugar[36] es un precipicio cortado a pico, desde donde tienen la costumbre de arrojar a los condenados a muerte. Así pues, los ediles avanzaron con intención de

[36] Se trata de la roca Tarpeya. Véase III 69, 4.

apresarlo, pero los patricios, dando grandes voces, se lanzaron en masa contra ellos. Entonces los plebeyos atacaron a los patricios y había una enorme falta de control en las acciones y una gran arrogancia en las palabras por parte de unos y otros, y empujones y golpes. Pero los cónsules 5
contuvieron los ánimos exaltados y los forzaron a volver a la sensatez, obligándolos a llegar a una vía de acuerdo y ordenando a los lictores que rechazaran a la multitud; tal era el respeto que sentían los hombres de entonces por la magistratura consular y tan honrada era la imagen del poder regio. Sicinio, inquieto y alterado por estos hechos, se armó de precaución, para no obligar a sus adversarios a responder a la violencia con violencia, y como no deseaba desistir de la empresa después de haberse lanzado definitivamente a ella, y no era capaz de mantener las decisiones que él mismo tomó, estuvo mucho tiempo considerando qué debía hacer.

Consejos de Junio Bruto a Sicinio

Cuando Lucio Junio Bruto, aquel de- 36
magogo que elaboró los principios de justicia sobre los que la reconciliación se iba a llevar a cabo, hombre hábil para muchas cuestiones y especialmente para encontrar salida a las situaciones que no la tienen, vio que Sicinio no sabía qué hacer, se le acercó a solas y le sugirió que no se empeñara en combatir por una empresa ardua e ilegal, cuando estaba viendo que todos los patricios estaban excitados y dispuestos, si los cónsules los llamaban, a coger las armas, y que la facción más firme de los plebeyos dudaba y no aceptaba de buen grado condenar a muerte y sin juicio al hombre más ilustre de la ciudad. Le 2
aconsejó que cediera por el momento y no atacara a los cónsules, para no causar un mal mayor, pero que convocara un juicio para Marcio, fijando una fecha para su cele-

bración, y que permitiera que los ciudadanos votaran por tribus sobre él, y que hiciera lo que la mayoría de los votos decidieran. Le dijo que era tiránico y violento lo que ahora intentaba llevar a cabo: que la misma persona fuese acusador y juez y que tuviese poder para establecer la pena, y que, en cambio, era propio de un poder legal que el acusado tuviera la posibilidad de defenderse de acuerdo con las leyes y sufriera el castigo que determinara la mayo-
3 ría de los jueces. Sicinio se dejó convencer por estas palabras, pues no vislumbraba ningún plan mejor, y adelantándose dijo: «Plebeyos, veis el interés de los patricios por los actos criminales y violentos, pues os aprecian menos a todos vosotros que a un solo hombre que ha ofendido a la comunidad entera. Con todo, no debéis ser igual que ellos, ni lanzaros de cabeza y corriendo ni a iniciar una guerra ni a defenderos. Pero, puesto que algunos ponen como pretexto aparente la ley que impide condenar a muerte sin juicio previo a ningún ciudadano, y la invocan para liberarse del castigo, concedámosles este juicio, aunque no hayamos recibido de ellos un trato legal y justo, y mostrémosles que preferimos superar en sensatez que en violencia
4 a los que nos tratan injustamente. Por tanto, vosotros marchaos y esperad una futura oportunidad que no tardará mucho en llegar. Nosotros, por nuestra parte, cuando hayamos ordenado los asuntos urgentes, fijaremos una fecha para que Marcio se defienda y celebraremos el juicio ante vosotros. Y cuando de acuerdo con la ley podáis votar, imponedle el castigo que en vuestra opinión merezca. Y sobre este asunto, sólo esto. En cuanto a la venta y distribución del grano, si estos hombres y el Senado no muestran ningún interés en ello, nosotros nos ocuparemos de que se realice de la forma más justa.» Tras pronunciar este discurso, disolvió la asamblea.

Decreto del Senado. Expedición contra los anciates

Después de esto, los cónsules convo- 37
caron al Senado y examinaron con calma
qué solución podía haber para la agita-
ción del momento. Y decidieron, en pri-
mer lugar, ayudar a los plebeyos ponién-
doles los alimentos a precios muy bajos y ventajosos; en
segundo lugar, convencer a sus cabecillas para que, como
un favor, cesaran en su propósito y no llevaran a juicio
a Marcio, y si no, para que lo pospusieran el mayor tiem-
po posible, hasta que la excitación de la multitud se apaci-
guara. Una vez votadas estas propuestas, llevaron ante el 2
pueblo el decreto sobre los alimentos y lo ratificaron con
el aplauso de todos. El decreto decía lo siguiente: «Que
los precios que los alimentos de cada día tenían antes de
la rebelión civil se abaraten al máximo.» Y aunque, a pe-
sar de pedirlo insistentemente, no habían obtenido de los
tribunos un perdón total para Marcio, consiguieron, sin
embargo, aplazar el juicio el tiempo que pedían; y ellos
mismos propiciaron otro retraso sirviéndose del siguiente
pretexto: cuando los embajadores enviados desde Sicilia 3
por el tirano y que traían para el pueblo una donación de
grano, zarparon hacia su patria, los anciates les enviaron
una banda de piratas mientras estaban anclados no lejos
del puerto, los llevaron a él, consideraron sus bienes como
botín enemigo y encarcelaron y pusieron sus personas bajo
vigilancia. Los cónsules, enterados de estos hechos, deci- 4
dieron una expedición contra los anciates, ya que, cuando
les mandaron una embajada, no accedieron a comportarse
con justicia; y una vez hecho el reclutamiento de los que
estaban en edad militar, ambos salieron, después de ratifi-
car un decreto sobre la supresión de los juicios privados
y públicos durante el tiempo que estuvieran en armas. Sin 5
embargo, ese tiempo no fue tan largo como supusieron,

sino mucho más breve. En efecto, los anciates, enterados de que los romanos habían salido con todas sus fuerzas, no aguardaron ni siquiera un tiempo mínimo y, tras suplicarles e implorarles, les devolvieron tanto a los sicilianos apresados como sus bienes, de modo que los romanos se vieron obligados a volver a la ciudad.

Se convoca el juicio contra Marcio. Palabras de Minucio

38 Una vez licenciado el ejército, el tribuno Sicinio convocó al pueblo a una asamblea y anunció el día en el que pensaba celebrar el juicio sobre Marcio; y no sólo exhortó a los que estaban en la ciudad para que fueran en masa a decidir el juicio, sino también a los que vivían en el campo para que dejaran sus trabajos ese día e hicieran acto de presencia, pues votarían sobre la libertad y la salvación de toda la comunidad. También comunicó a Marcio que se presentara para su defensa, diciéndole que no dejaría de obtener ninguno de los derechos
2 que la ley establece con respecto a los juicios. Los cónsules, después de consultar con el Senado, decidieron no permitir que el pueblo se hiciera con un poder tan grande. Encontraron un motivo justo y legal para impedírselo, con el que esperaban invalidar todas las decisiones de los adversarios. Después de esto invitaron a los líderes del pueblo a que vinieran a dialogar en presencia de sus compañeros.
3 Minucio dijo lo siguiente: «Tribunos, a nosotros nos parece que hay que eliminar la sedición de la ciudad con todas las fuerzas y no pelear contra el pueblo por ningún motivo, especialmente cuando vemos que vosotros desde actitudes violentas habéis llegado a otras justas y al diálogo. Sin embargo, aunque os alabamos por esa decisión, creemos que el Senado debe ser el primero en elaborar un decreto preliminar, como es nuestra costumbre tradicional. Incluso vosotros mismos podríais atestiguar que, desde que nues-

tros antepasados fundaron esta ciudad, el Senado ha tenido siempre este privilegio, y el pueblo nunca decidió ni votó nada que el Senado no hubiera determinado con anterioridad, y no sólo ahora, sino tampoco bajo los reyes; antes bien, lo que el Senado decidía los reyes lo llevaban ante el pueblo y lo ratificaban. Por tanto, no nos arrebatéis este derecho, ni hagáis desaparecer una antigua y hermosa costumbre. Mostrad, en cambio, al Senado que pedís algo justo y moderado, y haced que el pueblo pueda ratificar lo que aquél decida.»

Los tribunos acceden a la petición de Minucio

Mientras los cónsules hacían estas pro- 39
puestas, Sicinio no se contenía ante sus palabras y rechazaba que el Senado fuese soberano en asunto alguno; pero sus compañeros de magistratura, siguiendo la opinión de Decio, accedieron a que se elaborara el decreto preliminar, después de hacer ellos mismos una propuesta justa que era imposible que a los cónsules no les pareciera
bien. Pidieron que los senadores les concedieran la palabra 2
tanto a ellos, cuando actuaran en defensa del pueblo, como a quienes quisieran hablar en favor o en contra, y que, después de escuchar a todos los que desearan manifestar lo que les parecía justo y ventajoso para la comunidad, dieran todos su opinión, como en un tribunal, tras hacer el juramento prescrito por la ley; y lo que la mayoría de
las opiniones determinara, eso sería válido. Como los tri- 3
bunos habían accedido a que se hiciera el decreto preliminar de la manera que los cónsules pedían, disolvieron la reunión por el momento. Al día siguiente el Senado se presentó en el edificio senatorial. Los cónsules, después de explicarle lo que habían convenido, llamaron a los tribunos y les invitaron a hablar sobre aquellas cuestiones por las que habían venido. Decio, el que había accedido a que se

hiciera el decreto preliminar, se adelantó y habló de la siguiente manera:

Palabras de Decio

40 «Senadores, no se nos escapa lo que va a suceder, a saber, que seremos acusados ante el pueblo por venir ante vosotros y será nuestro acusador, por motivo del decreto preliminar, un hombre que tiene el mismo poder que nosotros, el cual opinaba que no debíamos pediros lo que la ley nos concede, ni recibir como un favor lo que es un derecho. Y si somos llevados a juicio, correremos un peligro que no es en absoluto pequeño; por el contrario, condenados como desertores y
2 traidores, sufriremos la última pena. Sin embargo, a pesar de ser conscientes de estos peligros, hemos osado venir ante vosotros, confiando en la justicia y en los juramentos que hicisteis de manifestar vuestras opiniones. Ciertamente nosotros somos insignificantes para hablar sobre asuntos tan graves e importantes, y absolutamente incapaces de estar a la altura de las circunstancias, pero las cuestiones sobre las que hablaremos no son insignificantes. Por tanto, prestad atención a estas peticiones y, si os parecen justas y útiles para la comunidad y —añadiré— incluso necesarias, concedednos de buen grado el obtenerlas.

41 »En primer lugar hablaré sobre la justicia. Cuando vosotros, senadores, os librasteis de los reyes con nuestra ayuda y establecisteis la forma de gobierno que ahora tenemos —que no censuramos—, viendo que los plebeyos estábamos en inferioridad en los juicios cuando teníamos alguna diferencia con los patricios —y sucedía muchas veces—, establecisteis, siguiendo la opinión de Publio Valerio, uno de los cónsules, una ley que permitía a los plebeyos sometidos por los patricios apelar las sentencias ante el pueblo; y por ninguna otra medida tanto como por esta ley mantu-

visteis la ciudad en concordia y rechazasteis los ataques de
los reyes. Invocando esta ley, citamos a Cayo Marcio ante 2
el pueblo y lo invitamos a pronunciar allí palabras de justicia sobre aquellos actos de injusticia y opresión que todos afirmamos haber sufrido a manos de él, aquí presente. Y en este caso no era necesario un decreto preliminar. De hecho, en aquellas cuestiones sobre las que no hay leyes, vosotros tenéis autoridad para elaborar un decreto y el pueblo para ratificarlo; pero, cuando existe una ley inviolable, aunque vosotros no hayáis elaborado ningún decreto, hay
que obedecerla. Sin duda, nadie diría que la apelación ante 3
el pueblo por parte de los particulares que resultan ser derrotados en sus juicios debe estar vigente y, en cambio,
ser ilegal para nosotros, los tribunos. Apoyándonos, pues, 4
en esta concesión de la ley y arriesgándonos por ello a someternos a vosotros en calidad de jueces, hemos venido. Y por un derecho natural no escrito ni regulado pedimos, senadores, no tener ni más ni menos que vosotros, al menos en lo concerniente a la justicia, ya que colaboramos con vosotros en muchas e importantes guerras, y en la expulsión de los tiranos dimos muestras de un grandísimo ardor, y tuvimos una parte nada pequeña en el hecho de que la ciudad no recibiera órdenes de nadie y que, por el
contrario, impusiera a otros sus principios de justicia. Sin 5
duda evitaríais el que nuestros derechos disminuyeran, senadores, si frenarais a los que intentan obrar ilegalmente contra nuestra persona y nuestra libertad instaurando entre ellos el miedo a los juicios. En cuanto a las magistraturas, privilegios y honores, creemos que se deben distribuir entre aquellos que nos superan en virtud y fortuna; pero el no ser objeto de injusticia y el recibir justicia conforme a aquello que se haya padecido, consideramos que es un de-
recho igual y común a los ciudadanos. En consecuencia, 6

así como os cedemos los privilegios insignes e ilustres, así tampoco renunciamos a los que son iguales y comunes para todos. Sea suficiente lo dicho sobre la justicia, aunque se pueden decir muchas otras cosas.

42 »Que también serán útiles para la comunidad estas peticiones del pueblo, sostenedlo conmigo cuando os las explique en pocas palabras. Veamos, pues: si se os preguntara cuál creéis que es el mayor de los males que atenazaron a la comunidad y la causa de su más rápida destrucción, ¿acaso no responderíais que la discordia? Yo, al menos,
2 creo que sí. Porque ¿quién de vosotros es tan necio o tan mal pensado o tiene un odio tan desmesurado a la igualdad, que no sepa que, si se le concede al pueblo el poder de juzgar las causas que, según la ley, le está permitido juzgar, viviremos en concordia, mientras que, si decidís lo contrario y nos arrebatáis la libertad —porque nos arrebataréis la libertad si nos priváis de justicia y ley—, nos obligaréis nuevamente a rebelarnos y a luchar contra vosotros? Si, en efecto, la justicia y la ley son arrojadas de una comunidad, se suelen introducir en ella la sedición y
3 la guerra. Y cuantos no conocen la experiencia de las desgracias civiles no es extraño que, por inexperiencia de estos males, ni se inquieten por las calamidades pasadas, ni impidan con tiempo las futuras. Pero a cuantos, como vosotros, estuvieron en los más graves peligros y se reconciliaron con placer dando a los males la solución que el momento reclamaba, ¿qué pretexto verosímil o razonable les queda, si otra vez se meten en las mismas desgracias?
4 ¿Hay alguno de vosotros que no lo considerara una gran insensatez y locura, pensando que poco antes, para que los plebeyos no se rebelaran, habíais soportado muchas exigencias, algunas de las cuales no eran ni honrosas ni quizá ventajosas y, en cambio, ahora, cuando no tienen intención

de dañar vuestros bienes ni vuestro prestigio ni ningún otro bien público ni ninguna otra cosa, vais a provocar una nueva guerra contra los plebeyos para dar gusto a los mayores enemigos de la democracia? No, si sois sensatos. Pe- 5
ro me gustaría preguntaros con qué intención nos concedisteis entonces el retorno en las condiciones que pedimos, ¿con la de velar por lo mejor o con la de ceder a la necesidad? Si considerabais que estas condiciones eran utilísimas para la comunidad, ¿por qué no las mantenéis también ahora? Si, en cambio, eran necesarias y no se podían aceptar de ninguna otra manera, ¿por qué os irrita que se hayan cumplido? Quizás en un principio no debíais haberlas concedido, si teníais poder, pero, una vez que las habéis concedido, no reclaméis más por lo que está hecho.

»A mí, senadores, me parece que hay que emplear el 43
mejor criterio respecto a la reconciliación***[37] por lo que es necesario ceder***[37] para mantener firmes los acuerdos. De hecho, nos pusisteis a los dioses como garantes de los acuerdos, lanzando muchas maldiciones terribles contra quienes violaran los tratados, contra ellos y sus futuros descendientes. Pero sé que no hay que importunaros insistiendo ante vosotros, que estáis todos bien enterados, en que hacemos peticiones justas y útiles que es también absolutamente imprescindible que vosotros satisfagáis recordando los juramentos. Sin embargo, senadores, sabed que para 2
nosotros no es nimia la cuestión de no dejar este enfrentamiento cediendo a la fuerza ni inducidos por un engaño, sino que hemos llegado a esto por una gran necesidad, después de haber sufrido un trato ofensivo y más que ofensivo por parte de este hombre; o más bien recordadlo, pues no estoy diciendo nada que todos vosotros no sepáis.

[37] Faltan algunas palabras del texto.

Y, al mismo tiempo, emplead vuestro entendimiento ante lo que digo, pensando qué ira, si alguno de nosotros hubiera intentado en la asamblea popular decir o hacer[38] contra vosotros cosas como las que Marcio se atrevió a decir aquí, hubieseis sentido hacia él.

44 »Sin duda, los acuerdos relativos a la concordia con el Senado, inamovibles y asegurados con cadenas puede decirse que de acero, acuerdos que no os estaba permitido deshacer, ni a vosotros que los habíais jurado, ni a vuestros descendientes, mientras esta ciudad estuviera habitada, el primero de vosotros que intentó deshacerlos fue este Marcio que está aquí, cuando todavía no llevaban en vigencia cuatro años[39]. Y no lo hizo con silencio ni escondido en algún lugar desconocido, sino que abiertamente, en este lugar, en presencia de todos vosotros, manifestó la opinión de que no había que concedernos por más tiempo el poder tribunicio, sino suprimir aquello en lo que habíamos confiado como primera y única salvaguarda de la libertad para
2 llevar a cabo la reconciliación. Y no queda aquí su fanfarronería, sino que, llamando arrogancia a la libertad de los pobres y tiranía a la igualdad, os aconsejó que nos las arrebatarais. Recordad, senadores, la más impía de todas las medidas reclamadas entonces por este hombre, cuando manifestó que era una buena ocasión para reavivar contra todos los plebeyos la cólera por las acusaciones anteriores, y aconsejó que en ese momento, cuando estaba agobiada por la falta de recursos y ya desde hacía mucho tiempo escaseaban los alimentos indispensables, aniquilarais a to-

[38] Las palabras «o hacer» son, probablemente, una interpolación. Lo que causó la cólera de los plebeyos fue lo que Marcio dijo en el Senado, no lo que hizo. Véase *supra,* 21-26.

[39] Lo más seguro es que estos hechos ocurrieran dos años después de la secesión, y no cuatro, como escribe Dionisio.

da la clase plebeya manteniendo el mercado en la misma
escasez de víveres. Pensaba que nosotros no resistiríamos 3
mucho tiempo teniendo que comprar a un elevado precio
poca cantidad de grano, siendo pobres como éramos, y que
algunos dejaríamos la ciudad y nos marcharíamos, mien-
tras que los que se quedaran perecerían con la más misera-
ble de las muertes. Pero desvariaba de tal manera y estaba
tan fuera de sí cuando intentaba convenceros de estas co-
sas, que ni siquiera fue capaz de darse cuenta de que, ade-
más de las otras infamias que estaba cometiendo al pedir
que se deshicieran los acuerdos del Senado, tal cantidad
de hombres pobres constituyen una multitud que, privada
del alimento necesario, se verá obligada a atacar a los res-
ponsables de su desgracia sin considerar ya a nadie como
amigo. De manera que, si vosotros sois tan locos como 4
para apoyar sus opiniones, no quedaría ninguna solución
moderada, sino que o bien la entera multitud de los plebe-
yos perecería, o bien la clase patricia no sobreviviría. No-
sotros no nos entregamos tan servilmente para huir o para
morir, sino que, invocando a dioses y divinidades como
testigos de nuestros sufrimientos, llenaremos, tenedlo por
seguro, las plazas y calles de multitud de cadáveres y, des-
pués de levantar una gran cratera[40] de sangre ciudadana,
recibiremos de esta manera al destino. De tales actos de
impiedad, senadores, Marcio se ha convertido en el instiga-
dor, y éstas son las acciones a las que él consideraba que
había que arengaros.

»Y no es que Marcio se haya puesto a pronunciar pa- 45
labras para dividir a la ciudad, pero no haya llegado a ac-
tuar como pregonaba, sino que, además, con una multitud

[40] Gran vaso de amplia boca con asas, utilizado para mezclar el vino con el agua o como recipiente central para la bebida, que se sacaba con recipientes menores.

de hombres en torno a él dispuestos a cualquier servicio, cuando se le llamó ante nuestra magistratura no se presentó, y cuando nuestros servidores se disponían, por orden nuestra, a traerlo, los golpeó y, al final, no se abstuvo de
2 pegarnos ni siquiera a nosotros. De modo que para nosotros la consecuencia es que, al menos en lo que a él respecta, tenemos un bonito nombre de magistratura inviolable tomado a risa, pero no cumplimos en absoluto ninguna de las funciones conferidas a la magistratura. ¿Cómo podríamos ayudar a otros que afirman ser objeto de injusticia, si ni siquiera existe seguridad para nosotros mismos? Por tanto, cuando los pobres recibimos estas ofensas de un solo hombre que todavía no es tirano, pero que aspira a serlo algún día, y cuando, senadores, ya hemos sufrido ultrajes terribles y estamos cerca de sufrir otros si la mayoría de vosotros no lo impide, ¿acaso no es lógico que nos irritemos y creamos necesario lograr algún apoyo, además de vuestra solidaridad con nuestra irritación, al citarlo a un juicio imparcial y legal, senadores, sobre el que el pueblo entero, dividido por tribus, emitirá su voto bajo juramento después de conceder la palabra a quien la pida?
3 Ve allí, Marcio, y defiéndete ante todos los ciudadanos reunidos con las palabras que piensas pronunciar aquí, esto es, que a estos senadores les aconsejas lo mejor con la mejor intención y que estos consejos, hechos realidad, beneficiarán a la comunidad, o que no es justo que los que expresan aquí sus opiniones se sometan a una rendición de cuentas de sus palabras, o que te dejaste llevar por la cólera al dar estos consejos nefastos y no lo hiciste con premeditación y deliberación, o cualquier otra defensa que
4 tengas. Baja de ese orgullo desdeñoso y tiránico hacia una actitud más democrática, desdichado, y hazte de una vez igual a los demás hombres. Adopta, como las circunstan-

cias reclaman, el aspecto humilde y digno de compasión de alguien que se ha equivocado y pide perdón. Sé merecedor de salvarte ganándote a aquellos a quienes has maltratado y no ejerciendo violencia sobre ellos. Que sea para 5
ti un ejemplo de equidad, cuya práctica te haría irreprochable ante tus conciudadanos, la actuación de estos hombres honestos, que, a pesar de ser un número tan grande como tú estás viendo ahora y de haber dado muestras, tanto en la paz como en la guerra, de tantas virtudes que no es fácil enumerar ni siquiera en muchísimo tiempo, venerables e importantes como eran, no presentaron ninguna decisión cruel y prepotente contra nosotros, insignificantes y humildes, sino que fueron ellos los primeros en iniciar el diálogo y ofrecer una reconciliación cuando la fortuna nos había separado a unos de otros, y consintieron en que los acuerdos se hicieran no como consideraban mejor para sí mismos, sino como nosotros pedíamos; y, por último, pusieron gran interés en justificarse por estos recientes conflictos debidos a la distribución del grano, de los que les hacíamos responsables.

»Omito lo demás, pero en defensa tuya y de tu locura, 46
¿qué súplicas dejaron de hacer a todos los plebeyos, tanto en común como individualmente, para librarte del castigo? Así es que a los cónsules y al Senado, que administraba una ciudad tan grande, les parecía bien, Marcio, tolerar que el pueblo fuera juez de las acusaciones que les hacían, ¿y, en cambio, a ti no te parece bien? Y mientras todos 2
éstos no consideran deshonroso pedir a los plebeyos tu absolución, ¿tú, en cambio, lo consideras indigno? ¿Y no te basta esto, noble señor, sino que, como si estuvieras realizando algo honorable, te paseas con el cuello estirado y ufanándote y rechazas ceder un ápice en tu postura? Omito, sin duda, que también has injuriado al pueblo, lo has

3 acusado y amenazado. ¿No os enfadáis, pues, con su so-
berbia, senadores, cuando él solo se considera tan valioso
como ni siquiera os consideráis todos vosotros a vosotros
mismos? Incluso si todos vosotros, por defenderlo a él,
aceptarais votar la guerra, él debía acoger con agrado vues-
tra benevolencia y celo, y no aceptar un favor privado a
cambio de un daño público, sino consentir en hacer su de-
fensa sometiéndose a juicio y, si fuera necesario, sufriendo
4 cualquier castigo. Éste es el comportamiento de un buen
ciudadano y de un hombre que forja su honor con hechos,
no con palabras. Pero lo que este hombre pretende ahora,
¿de qué actitud es prueba? ¿De qué principios son indicio
violar juramentos, faltar a la palabra, anular acuerdos,
hacer la guerra al pueblo, insolentarse con las personas de
los magistrados y no someterse a rendición de cuentas por
ninguno de estos hechos, y, por el contrario, pasear desver-
gonzadamente sin someterse a juicio, sin defenderse, sin
carecer de nada, sin temer a nadie, distinguiéndose de to-
dos los numerosos ciudadanos? ¿Acaso no son éstas prue-
5 bas de un carácter tiránico? A mí me parece que sí. Y,
sin embargo, lo animan y alientan algunos de vosotros
mismos, en los que está arraigado un odio irreconciliable
contra los plebeyos, y no pueden comprender que esta ca-
lamidad afecta a los ciudadanos más humildes tanto co-
mo a los más señalados, y que, por el contrario, piensan
que si esclavizan al rival también su propia posición estará
6 segura. No es así, en verdad, hombres que os apartáis del
mejor criterio. Y si tomáis como maestra la experiencia y
la trayectoria que Marcio os ofrece y os dejáis corregir por
los ejemplos propios y ajenos, os daréis cuenta de que una
tiranía instaurada contra el pueblo se instaura contra la co-
munidad entera, y ahora empieza con nosotros, pero, al
hacerse fuerte, no os respetará ni siquiera a vosotros.»

Los senadores emiten su voto

Después de que Decio pronunciara tales palabras y los demás tribunos las apoyaran añadiendo lo que les parecía que había omitido, como los senadores debían manifestar sus opiniones, los más ancianos y estimados de los excónsules, llamados por los cónsules según el orden acostumbrado, se levantaron los primeros, después los inferiores a ellos en uno y otro aspecto y, por último, los más jóvenes, que no pronunciaban ningún discurso —pues entonces los romanos todavía lo veían con malos ojos, y ningún joven se consideraba a sí mismo más sabio que un anciano—, sino que ratificaban las opiniones expuestas por los excónsules. A todos, a medida que se presentaban, se les ordenaba que emitieran su voto bajo juramento, como en un tribunal. Entonces, Apio Claudio, sobre el que ya antes he dicho que era entre los patricios el más hostil a los plebeyos y que nunca aprobó los acuerdos con ellos, se opuso con estas palabras a que se elaborara un decreto preliminar: 47 2

Discurso de Apio Claudio

«Yo deseaba y pedí muchas veces a los dioses estar equivocado en la opinión que tenía sobre la reconciliación con el pueblo, cuando pensaba que el retorno de los fugitivos no iba a ser ni honroso ni justo, ni beneficioso para nosotros, y continuamente, cada vez que se proponía examinar este asunto, era el primero en oponerme y, al final, después de que los demás abandonaran, el único. Y en cuanto a vosotros, senadores, que esperabais lo mejor y de buen grado concedíais al pueblo todo, tanto justo como injusto, deseaba que decidierais con mejor criterio que yo. Pero, ya que los hechos no se han desarrollado para vosotros como deseaba y pedía a los dioses, sino como yo suponía, y los favores se han convertido 48 2

en envidia y odio hacia vosotros, dejaré de criticaros por vuestros errores y de molestaros por cualquier cosa, lo que es sumamente fácil y, por lo general, todos hacemos habitualmente, porque veo que ahora no es oportuno; pero intentaré explicaros de qué manera rectificaremos los errores pasados que no sean absolutamente irremediables y tomaremos mejores decisiones sobre los problemas actuales.
3 Ciertamente no se me escapa que algunos de vosotros me creerán loco y deseoso de morir cuando exprese mi libre opinión sobre estas cuestiones, pues piensan en los grandes peligros que conlleva el hablar con sinceridad y reflexionan sobre las desgracias de Marcio, que no por otro motivo
4 corre ahora peligro de muerte. Pero creo que no se debe prestar mayor atención a la propia seguridad que a la utilidad pública. De hecho, ya he entregado mi cuerpo a los peligros en defensa vuestra, senadores, y me he consagrado a las luchas en defensa de la comunidad, de manera que obedeceré con nobleza lo que parezca bien a la divinidad, bien con todos, bien con unos pocos y, si es necesario, incluso solo. Pero, mientras tenga vida, ningún temor me apartará de decir lo que pienso.

49 »En primer lugar, pido que, de una vez por todas, vosotros os enteréis claramente de que tenéis una masa plebeya hostil y adversa a la forma de gobierno establecida, y que todas las concesiones que le hagáis por debilidad no sólo os destruyen inútilmente, sino que son causa de desprecio, pues las hacéis por necesidad y no por benevolencia
2 ni por elección. Consideradlo, pues, de esta manera: cuando el pueblo tomó las armas, se separó de vosotros y se atrevió a convertirse abiertamente en vuestro enemigo[41], sin haber sido objeto de ninguna injusticia, sino pretextan-

[41] Se trata de la sedición del Monte Sacro. Véase VI 45 ss.

do que no podía pagar las deudas a los acreedores, y cuando declaró que, si vosotros votabais tanto una abolición de las deudas como un perdón de las faltas cometidas durante la sedición, no pediría nada más, la mayoría de vosotros, no todos ciertamente, engañados por sus consejeros, decidió —ojalá nunca hubiese sucedido— abolir las leyes establecidas sobre la buena fe y no tomar represalias por
ninguna de las ofensas cometidas entonces. Los plebeyos 3
no se contentaron con obtener este favor, único que mencionaron cuando dijeron que se rebelaban, sino que en seguida pidieron, poniendo como pretexto nuestra fuerza, otra concesión todavía mayor y más ilegal que ésta, que se les diera el poder de designar cada año tribunos[42] de la plebe de entre ellos mismos, para que los pobres que sufrieran injusticia u opresión tuvieran alguna ayuda y refugio, pero, en realidad, maquinando contra la forma de
gobierno y deseando transformarla en una democracia. Y 4
los consejeros nos convencieron de que permitiéramos que se introdujera en la comunidad esta magistratura que llegaba para perjuicio general y, sobre todo, por odio hacia el Senado, a pesar de que yo, si os acordáis, chillé mucho y puse a dioses y hombres como testigos de que ibais a introducir en la comunidad una incesante guerra civil, y de que advertí de cuantas calamidades os han sucedido.

»Pues bien, ¿qué nos hizo el buen pueblo después de 50
que le concedierais también esta magistratura? No hizo un uso moderado de semejante favor ni lo recibió con respeto y sensatez, sino que, como si nosotros estuviéramos temerosos y desalentados por su fuerza***[43], despúes dijo, pidiendo un honor mayor que el que vosotros habíais conce-

---

[42] Véase VI 87-89.

[43] Los mss. omiten aquí una o más palabras.

dido a los cónsules, que la magistratura debía declararse sagrada e inviolable siendo confirmada con juramentos. Tolerasteis también esta exigencia y, de pie delante de las vísceras de las víctimas, jurasteis invocando vuestra propia
2 destrucción y la de vuestros descendientes. Pues bien, ¿qué hizo el pueblo después de conseguir también esto? En lugar de agradeceros los favores y de salvaguardar la tradicional forma de gobierno, empezando por estas insolencias y sirviéndose de estas ilegalidades como pretexto para otras futuras, no sólo introducía leyes sin un decreto preliminar, sino que también las hacía votar sin vuestro conocimiento, hacía caso omiso de los decretos que vosotros presentabais, acusaba a los cónsules de administrar mal el Estado y lo que resultaba contrario a vuestros acuerdos con ellos —y son muchas las cosas que una razón humana no puede tener en cuenta— no lo atribuía al azar, como debía, sino a maquinación vuestra, y alegando que vosotros intrigabais y que temía que le arrebatarais la libertad o que lo expulsarais de la patria, era él el que continuaba maquinando eso mismo contra vosotros, y está claro que se guarda de padecer los abusos que afirma temer con ningún otro proce-
3 dimiento que el de ser el primero en cometerlos. Y este modo de actuar lo ha puesto en evidencia muchas veces anteriormente y en múltiples ocasiones que ahora me es imposible mencionar, pero, sobre todo, cuando a Marcio, aquí presente, hombre amante de su patria, de antepasados ilustres, cuyo valor no desmerece al de ninguno de nosotros, lo acusó de intrigar contra él y de pronunciar aquí opiniones malintencionadas, e intentó condenarlo a muerte
4 sin juzgarlo. Y si los cónsules y los que de vosotros sois más sensatos no hubierais considerado terrible este hecho y no os hubierais reunido e impedido la ilegalidad de los plebeyos, en ese solo día os habríais visto privados de la

herencia que os dejaron vuestros padres después de haber-
la conseguido con muchos esfuerzos, y que vosotros mis-
mos poseéis tras haber sostenido combates no inferiores a
los de aquéllos: el prestigio, la supremacía, la libertad. Los
más nobles y a los que no os hubiese satisfecho la vida
si no ibais a vivirla con estos bienes, unos inmediatamente,
otros en breve, os habríais visto privados de ella antes que
de esos privilegios. Porque, ¿qué habría impedido, después 5
de que este Marcio hubiera sido eliminado de manera tan
vergonzosa e innoble, como si estuviera abandonado, que
después de él, también se me hubiera aniquilado a mí, aba-
tido por los enemigos, y a todos los que alguna vez os
habíais opuesto y pensabais oponeros en el futuro a los
deseos ilegales del pueblo? Sin duda no se habría conten-
tado con quitarnos de en medio a nosotros dos solos, ni,
llegado a este punto, se habría abstenido de cometer ilega-
lidades, si hay que juzgar el futuro por el pasado, sino
que, después de empezar por nosotros, habría arrastrado
y se habría llevado todo lo que se le hubiera opuesto y no
hubiera cedido, como un caudaloso torrente que cae, sin
respetar nobleza ni virtud, ni edad.

»Senadores, éstos son los bonitos favores que el pueblo, 51
a cambio de los muchos y grandes favores recibidos, en
algunos casos os ha hecho ya y, en otros, pensaba haberos
hecho, si no lo hubieseis impedido. Ea, pues, reflexionad
ahora nuevamente sobre aquellos actos que el pueblo reali-
zó después de vuestra noble y sensata acción, para que se-
páis de qué manera hay que tratarlo. Entonces, cuando se 2
dio cuenta de que vosotros no soportabais más su arrogan-
cia, sino que estabais dispuestos a hacerle frente, se asustó
y, volviendo un poco en sí mismo, como de una borrache-
ra o un ataque de locura, desistió de emplear la violencia
y, en cambio, recurrió a métodos legales; y, después de fi-

jar un día, en esa misma fecha llamó a Marcio para que se sometiera a un juicio en el que el pueblo mismo sería acusador, testigo, juez y el que determinara la magnitud
3 de la pena. Pero, como os habéis opuesto también a esto, pues consideráis que se ha llamado a Marcio no para juzgarlo, sino para condenarlo, el pueblo, viendo que no tiene autoridad en ningún otro asunto y que sólo tiene poder para votar todos los decretos previos que vosotros presentéis, ha cedido en su arrogancia, por la que entonces era tan fiero, y ha venido a pediros que le concedáis también
4 este favor. Así pues, teniendo presentes estas consideraciones, enteraos de una vez y aprended que todos los favores que, deliberando con más ingenuidad que prudencia, concedisteis al pueblo, os han traído desgracias y perjuicios, mientras que cuantas medidas habéis adoptado con valor contra sus acciones ilegales y violentas, se han convertido
5 en beneficiosas para vosotros. Por tanto, a vosotros que sabéis esto, ¿qué os puedo aconsejar hacer y qué opinión puedo manifestar sobre la presente situación? Con todo, los favores y concesiones que hicisteis al pueblo cuando realizasteis la reconciliación, mantenedlos válidos y no anuléis ninguna de las concesiones de entonces, no porque sean honrosas y dignas de la comunidad —¿cómo iban a serlo?—, sino porque son necesarias y ya no se pueden remediar; pero, fuera de esto, todos los beneficios que intente obtener por medio de la violencia y de la ilegalidad en contra de vuestra voluntad, no se los concedáis ni permitáis y, por el contrario, oponeos de palabra y hecho, no sólo todos juntos, sino también cada uno individual-
6 mente. De hecho, si uno se equivoca una vez, sea porque haya sido engañado, sea por necesidad, no está obligado a obrar de igual manera en el futuro, sino que, recordando lo anterior, debe reflexionar para que no suceda lo mismo.

Éstas son las decisiones que, en mi opinión, debéis tomar, y os aconsejo que estéis preparados contra las injustas insolencias del pueblo.

»De que este asunto que ahora es objeto de examen es 52
igual a sus otras iniciativas injustas e ilegales, y no, como el tribuno intentaba mostrar engañándoos, justo y mesurado, enteraos los que todavía no lo sabéis con certeza. En efecto, la ley relativa a los tribunales populares, con la que Decio se consolidó enormemente, no fue redactada contra vosotros los patricios, sino en defensa de la seguridad de los plebeyos oprimidos, como la ley misma señala con disposiciones nada ambiguas y como todos vosotros, que la conocéis perfectamente, afirmáis siempre. Y una gran prue- 2
ba de esto, que parece ser el mejor criterio para juzgar todo principio legal objeto de disputa, son los diecinueve años que ya han transcurrido desde que esta ley se estableció. Durante todo este tiempo, Decio no podría señalar que se haya intentado ningún juicio público ni privado contra ninguno de los patricios por motivo de esta ley; pero si lo afirma, que lo demuestre, y no es necesaria ni una palabra más. En cuanto a los acuerdos recientemente estable- 3
cidos, por medio de los cuales os reconciliasteis con los plebeyos —pues es necesario que estéis enterados también sobre esto, dado que el tribuno fue un riguroso intérprete de ellos—, contienen estas dos concesiones: que los plebeyos sean liberados de las deudas y que esta magistratura se elija cada año para ayudar a los sojuzgados y evitar su opresión; pero ninguna otra concesión fuera de éstas. Y 4
que sea para vosotros la mayor prueba de que ni la ley ni los acuerdos han concedido al pueblo el poder de entablar un juicio contra un patricio, lo que ahora está haciendo el pueblo mismo. En efecto, todos los días os pide este poder, como si no lo tuviera antes; y nadie pediría obtener

5 de otros nada de lo que es dueño por ley. ¿Cómo es posible, senadores, que sea éste un derecho natural, no reglamentado (pues también Decio creía que vosotros debíais examinar esto): que el pueblo sea juez tanto en las causas en las que los plebeyos sean acusados por los patricios como en las que ellos acusen a éstos, y, en cambio, en el caso de los patricios, no sean los propios patricios árbitros de los litigios ni cuando intentan un proceso contra alguno de los plebeyos, ni cuando ellos mismos afrontan un pleito, sino que a los plebeyos les sea lícito tener ventaja en ambos casos, y a nosotros no nos sea posible tener parte ni
6 en uno ni en otro derecho? Pero si Marcio o cualquier otro patricio comete alguna ofensa contra el pueblo y es justo que muera o que sea expulsado de la ciudad, que pague la pena después de haber sido juzgado aquí, como es legal, no por ellos. A menos que el pueblo, Decio, sea un juez imparcial y no se favorezca en nada a sí mismo al votar sobre un enemigo y, por el contrario, los senadores, si llegan a tener el poder de votar, consideren al que ha injuriado de más valor que a la comunidad por él ofendida, con la intención de obtener por la sentencia la maldición, la acusación de perjurio y el odio de los hombres y la cólera de los dioses, así como de vivir acompañados de
7 funestas esperanzas. No es digno, plebeyos, que tengáis estas sospechas del Senado, al que, por su virtud, estáis de acuerdo en conceder honores, magistraturas y los mayores poderes de la comunidad, y al que afirmáis estar muy agradecidos por el interés que demostró por vuestro retorno. Estas actitudes son contradictorias, y no tiene fundamento que a aquellos que aplaudís los temáis y que al mismo tiempo confiéis los asuntos más importantes a las mismas personas a las que priváis de confianza en las de-
8 más cuestiones. ¿Por qué no tenéis un único criterio, sea

el de confiar, sea el de desconfiar de ellos en todo? En cambio, consideráis que son capaces de decidir un decreto preliminar sobre principios de justicia, pero que no lo son de juzgar sobre esos mismos principios que previamente han decretado. Podía hacer muchas otras consideraciones sobre la justicia, senadores, pero éstas son suficientes.

»Pero dado que Decio intentaba hablar también acerca 53
de la utilidad, en el sentido de que la concordia es un bien y, en cambio, la sedición una calamidad, y que, sirviendo al pueblo, viviremos en armonía, mientras que, impidiendo que expulsen o maten a los patricios que ellos quieran, nos meteremos en una guerra civil, emplearé muy pocas palabras, a pesar de que tengo muchas cosas que decir. Pues 2
bien, en primer lugar tengo que asombrarme por la hipocresía de Decio —desde luego no por su estupidez—, si cree que él comprende mejor lo que es útil a la comunidad, él que es un recién llegado a los asuntos públicos, mientras que nosotros hemos envejecido en ellos y hemos hecho grande a la ciudad de pequeña que era. En segundo lugar tengo que asombrarme, si suponía que os iba a convencer de que es necesario entregar a alguien a los enemigos para castigarlo, y precisamente a un conciudadano vuestro que no es desconocido ni vulgar, sino aquel que vosotros consideráis el más brillante en la guerra, el más moderado en su vida y no inferior a nadie en su actuación pública. Y se ha atrevido a hacer esta propuesta sabedor 3
de que vosotros valoráis muchísimo el respeto de los suplicantes y que no excluís de esta gracia ni siquiera a los enemigos que se refugian aquí. Pero, Decio, si sabías que nosotros nos comportábamos de forma contraria, que teníamos pensamientos impíos sobre los dioses y que actuábamos injustamente con los hombres, ¿qué acto nos habrías podido aconsejar que acometiéramos más terrible que

éste, por el que nos destruiríamos total y absolutamente,
4 odiados tanto por los dioses como por los hombres? No necesitamos tu consejo, Decio, ni sobre la entrega de ciudadanos ni sobre ningún otro asunto que tengamos que resolver. Y no creemos que los que han llegado a esta edad a través de una larga experiencia de adversidades y fortunas deban juzgar los intereses propios con un criterio de jóvenes que les es ajeno. En cuanto a las amenazas de guerra de las que os servís para asustarnos y que no es ahora la primera vez que esgrimís, sino que ya las han esgrimido muchos en numerosas ocasiones, las soportaremos
5 sin asustarnos confiando en nuestra habitual serenidad. Y si realmente vais a hacer lo que decís, nos defenderemos no sólo con la ayuda de los dioses, que castigarán a los que inician una guerra injusta, sino también con la colaboración de un grupo no pequeño de hombres. En efecto, al menos todos los latinos, a los que recientemente hemos concedido la igualdad política, estarán con nosotros, combatiendo ahora por esta comunidad como por su patria, y muchas valientes ciudades colonizadas desde aquí, que ponen por encima de todo salvar a la metrópoli, la defen-
6 derán. Y si nos ponéis en la necesidad de aceptar ayuda de cualquier parte, nos resignaremos, Decio, a invitar a los esclavos a la libertad, a los enemigos a la amistad y a todos los hombres a la participación en las esperanzas de victoria y a atacaros todos juntos. ¡Oh Júpiter y dioses todos que protegéis la ciudad de Roma, que no haya necesidad de nada de esto y que estas terribles amenazas no vayan más allá de las palabras y ninguna se convierta en una acción odiosa!»

Intervención de Manio Valerio

Éstas fueron las palabras de Apio. Entonces, Manio Valerio, el más favorable al pueblo de los miembros del Senado y el que había mostrado un enorme interés en la reconciliación, también entonces se puso claramente a favor de los plebeyos y pronunció un discurso compuesto con gran inteligencia, censurando, por una parte, a los que no permiten que la comunidad esté unida, sino que separan a los plebeyos de los patricios y por motivos insignificantes reavivan las guerras civiles, alabando, por la otra, a quienes consideran que lo que es beneficioso lo es para todos en común y subordinan todo a la concordia. Y explicó que, si el pueblo llegase a tener poder para juzgar a Marcio, como pedía, y obtuviese esta concesión con la aprobación del Senado, probablemente no lo atacaría hasta el final, sino que, satisfecho con haber prevalecido sobre él, lo trataría con más moderación que severidad. Y aunque los tribunos pensaran que había que 54

2 llegar de cualquier forma a una conclusión legal del proceso, si el pueblo tuviese poder para votar, liberaría a Marcio de la acusación por respeto a su misma persona en peligro, de la que puede recordar muchas nobles acciones, y por devolver este favor al mismo Senado que le proporcionaba el poder y no se oponía a ninguna de las peticiones que eran razonables. Sin embargo, aconsejaba que no

3 sólo los cónsules, sino también todos los miembros del Senado y los demás patricios se presentaran en masa y estuvieran en el juicio, ayudaran a Marcio en su defensa y cuidaran de que el pueblo no solicitara una pena severa para él —pues esto sería de gran ayuda para el hombre que estaba en peligro y ellos influirían en su salvación—, y que no sólo ellos actuaran así por medio de sus opiniones, sino que cada uno hiciera ir a sus clientes y reuniera

a los amigos, y que si pensaban que algunos plebeyos les
estaban apegados por beneficios que habían recibido, les
reclamaran ahora, en su voto, la gratitud que les debían
4 de antes. Y mostró que una parte no pequeña del pueblo
estaría a favor de la honradez y en contra de la maldad,
y que había un número todavía mayor que sabía compartir
las desgracias humanas y compadecer a quienes gozaban
5 de prestigio cuando sus fortunas cambiaban de signo. Pero
la mayor parte de su discurso estaba dirigida a Marcio,
con una exhortación unida a una advertencia y una peti-
ción unida a una exigencia. Le pedía que, puesto que se
le acusaba de separar al pueblo del Senado y se le acha-
caba ser un tirano por su comportamiento arrogante, y
puesto que a todos les había surgido el temor de que por
su culpa se iniciara una sedición y los males irreparables
que traen consigo las guerras civiles, no hiciera ciertas y
legítimas las acusaciones contra él permaneciendo en una
postura odiosa, sino que pasara a una actitud humilde,
sometiera su persona a quienes afirmaban haber sido ofen-
didos y no rehusara desbaratar con justicia, por medio de
6 la palabra, una acusación injusta. Esta actitud no sólo era
la más segura para su salvación, sino también la más bri-
llante para la reputación a la que aspiraba y consecuente
con los hechos precedentemente realizados; si, en cambio,
iba a mostrarse con más arrogancia que moderación e iba
a pretender que el Senado soportara cualquier peligro por
su culpa, manifestó que la derrota sería mala y la victoria
vergonzosa para quienes se dejaran convencer para unírse-
le. Estuvo entonces lamentándose mucho y enumerando
las mayores y más evidentes calamidades que atenazan a
las ciudades en las discordias.

55 Cuando, con muchas lágrimas, no fingidas ni simula-
das, sino reales, expuso estas desgracias, este hombre, que

sobresalía por la consideración tanto de su edad como de su virtud, se dio cuenta de que el Senado se conmovía con sus palabras y terminó el resto de su discurso con confianza diciendo: «Senadores, si algunos de vosotros os inquietáis pensando que se está introduciendo en la comunidad una costumbre perniciosa si concedéis a los plebeyos la posibilidad de votar contra los patricios, y pensáis que el poder de los tribunos, al adquirir demasiada fuerza, no va a redundar en nada beneficioso, que sepan que están equivocados en su apreciación y que suponen lo contrario de
lo que se avecina. De hecho, si existe algún medio para 2
salvar a esta comunidad y para que nunca se vea privada de su libertad y poderío y, por el contrario, continúe siempre en concordia y con un único criterio en todo, el pueblo será el máximo artífice, si se le llama a participar en los asuntos públicos; y el que la forma de gobierno que los administre no sea una ni simple, trátese de monarquía, oligarquía o democracia, sino un sistema mixto de todas
ellas, nos beneficiará más que nada. Sin duda es suma- 3
mente fácil que cada una de estas formas de gobierno, por sí solas, caigan en la arrogancia y en la ilegalidad; pero, cuando todas están mezcladas equilibradamente, la parte que siempre se altera y se desvía del orden acostumbrado se ve frenada por la parte sensata y que permanece en sus propias costumbres. La monarquía, cuando se convierte en cruel y arrogante y empieza a perseguir posiciones tiráni-
cas, es eliminada por unos pocos hombres honrados. Y la 4
oligarquía formada por los mejores, que es el sistema que en estos momentos tenéis, cuando, bloqueada por la riqueza y las facciones, no se ocupa nada de la justicia ni de ninguna otra virtud, es eliminada por una democracia sensata. Y la democracia que es moderada y gobierna de acuerdo con las leyes, cuando empieza a actuar desordena-

damente y a violarlas, tomada a la fuerza por el hombre
5 más fuerte, es reconducida a la justicia. A vosotros, sena-
dores, se os han proporcionado los remedios posibles para
que el poder monárquico no se convierta en tiranía, pues
aunque establecisteis que dos hombres y no uno solo deten-
taran el poder supremo de la comunidad y les encomendas-
teis que desempeñaran el cargo no por un tiempo indefini-
do, sino por un año, fijasteis como supervisores suyos a
no menos de trescientos patricios, los mejores y más ancia-
nos, que son los que componen este Senado; pero, real-
mente, hasta ahora, no os habéis vigilado en absoluto a
vosotros mismos para permanecer en la posición apropia-
6 da. En cuanto a vosotros, que recientemente habéis libe-
rado a la comunidad de una larga tiranía y que todavía,
debido a las continuas y largas guerras, no habéis tenido
tiempo para haceros soberbios, de ningún modo temo que
hayáis perdido el juicio por la magnitud y el número de
vuestros bienes; pero, respecto a los que os sucedan, cuan-
do pienso qué grandes cambios trae un largo período de
tiempo, temo que los poderosos del Senado, turbados,
transformen inadvertidamente la forma de gobierno en una
monarquía tiránica.

56 »Así pues, si también hacéis partícipe al pueblo del go-
bierno, ningún perjuicio surgirá para vosotros de esto, sino
que el que pretenda tener más poder que los demás y se
asocie en el Senado al que quiera compartir su bajeza y
su delito —pues es necesario que los que deliberamos sobre
la comunidad preveamos todas las posibilidades—, este
gran e ilustre individuo dará razón de sus actos e inten-
ciones ante el pueblo humilde y vulgar, y si resulta que
2 delinque, recibirá la pena que merezca. Y al pueblo mismo,
para que, al llegar a poseer un poder tan grande, no se
ufane ni, adulado por los peores ciudadanos, se enfrente

a los mejores —pues también en la muchedumbre suele surgir una tiranía—, lo vigilará y no le permitirá violar ninguna ley la persona que por su inteligencia sobresaliente elijáis vosotros dictador[44]. Éste, sirviéndose de un poder absoluto y libre de rendir cuentas, eliminará la parte malsana de la comunidad y no consentirá que la parte todavía no corrompida reciba daño alguno, corrigiendo de la mejor manera las costumbres, los hábitos y las apetencias de los individuos y estableciendo las magistraturas que considere que administrarán los asuntos públicos con la mayor moderación; y después de aplicar estas medidas durante un período de seis meses, volverá a ser un particular, sin recibir por sus acciones ninguna otra recompensa más que el honor. Así pues, teniendo presentes estas consideraciones y 3
pensando que ésta es la mejor forma de gobierno, no excluyáis al pueblo de nada, sino que, de la misma manera que le habéis hecho partícipe de elegir a los magistrados que van a gobernar cada año la comunidad, de ratificar unas leyes y derogar otras y de decidir sobre la guerra y la paz, que son las mayores y más importantes actividades de la comunidad, y no habéis dado al Senado autoridad absoluta en ninguna de estas materias, así también hacedle participar en los juicios y especialmente en aquellos en los que la acusación es de delinquir contra el Estado por incitar a la sedición o tramar la instauración de una tiranía o pactar una traición con los enemigos o intentar cometer algún otro delito semejante. Cuanto más temible hagáis 4
para los insolentes y los arrogantes el violar las leyes y modificar las costumbres eligiendo muchos ojos y muchas personas que los vigilen, tanto mejor estará vuestra comunidad.»

---

[44] Sobre la figura del dictador, véase V 73-74 y n. 82.

Breves palabras de Marcio

57 Después de decir estas y otras cosas semejantes, terminó su discurso. De entre los senadores que se levantaron después de él, excepto unos pocos, los demás se adhirieron a esta opinión. Y cuando el decreto preliminar debía redactarse, Marcio pidió la palabra y dijo: «Senadores, todos sabéis cuánto represento para la comunidad, que he llegado a esta arriesgada situación por afecto hacia vosotros y que vuestro comportamiento hacia mí ha resultado contrario a lo que esperaba, y lo sabréis todavía mejor cuando terminen las acciones contra
2 mí. Sin embargo, dado que la opinión de Valerio prevalece, ojalá estas decisiones os sean beneficiosas y yo sea un mal adivino del futuro. Pero, tanto para que vosotros que proponéis el decreto preliminar sepáis los motivos por los que vais a entregarme al pueblo, como para que yo no ignore de qué tengo que defenderme, ordenad a los tribunos que digan ante vosotros cuál es el delito por el que van a acusarme y qué nombre van a dar a la causa.»

Cargos contra Marcio. Se fija la fecha del juicio

58 Sin duda, él decía esto creyendo que se le iba a someter a juicio por las palabras que pronunció en el Senado y deseando que los tribunos reconocieran que le iban a acusar por esta culpa. Pero los tribunos, después de deliberar entre sí, lo acusaron de aspirar a la tiranía y le ordenaron que viniera para defenderse de esta acusación, pues ellos no querían que la imputación se circunscribiera a un solo cargo y que éste no fuera grave ni grato para el Senado, sino que obraban para obtener para sí mismos el poder de acusarlo de cuanto querían, y pensaban privar a Marcio de la ayuda de los senadores. Entonces Marcio dijo: «Está bien, si se me va a juzgar por este cargo, me entrego y me someto al juicio

de los plebeyos, y que no haya ningún impedimento para redactar el decreto preliminar.» Y a la mayor parte de los 2 senadores les pareció bien que el juicio se celebrara por esta acusación por dos motivos: porque el decir en el Senado lo que uno pensaba no iba a ser objeto de acusación y porque Marcio, que había llevado una vida intachable y sensata, se libraría fácilmente de la imputación. Después 3 de esto se redactó el decreto preliminar sobre el juicio y a Marcio se le dio de tiempo para la preparación de la defensa hasta el tercer día de mercado [45]. Los romanos, como también nosotros, hacían los mercados cada ocho días [46]. En ellos los plebeyos venían desde los campos a la ciudad, cambiaban sus mercancías, resolvían sus litigios en los tribunales y ratificaban con su voto las cuestiones de administración pública en las que, de acuerdo con las leyes, tenían autoridad y cuantas les confiaba el Senado; y como la mayoría eran agricultores [47] y pobres, los siete días entre los mercados los pasaban en los campos. Des- 4 pués de que los tribunos recibieran el decreto preliminar, se dirigieron al Foro, convocaron al pueblo en asamblea y, tras hacer muchas alabanzas del Senado y leer sus decisiones, anunciaron el día en el que se iba a celebrar el

[45] Entre el anuncio oficial de que un asunto iba a ser tratado en los *comitia* y su votación, debía pasar un período lo suficientemente largo como para incluir tres días de mercado. Debido a la práctica antigua de contar los períodos incluyendo tanto la fecha de inicio como la de término, no está claro si el plazo del que se habla era de dos o de tres semanas.

[46] Literalmente «nueve», pues Dionisio cuenta incluyendo el día desde el que se hace el cómputo, y no a partir del día siguiente.

[47] En griego *auturgoí*, que significa, literalmente, «los que trabajan por sí mismos»; pero el término se aplicaba, en particular, a los agricultores que trabajaban sus propios campos.

juicio, al que pidieron que fueran todos los ciudadanos, pues iban a decidir sobre asuntos de la mayor importancia.

Explicación de las votaciones por centurias

59 Cuando estas noticias se difundieron, hubo un gran interés y preparación de fuerzas por parte tanto de los plebeyos como de los patricios, los unos pensando que iban a castigar a un hombre muy arrogante, los otros con la intención de que no quedara sometido a los enemigos el defensor de la aristocracia. A ambos bandos les parecía que en este juicio estaba en juego toda su concepción de la vida y de la libertad. Cuando llegó el tercer mercado, la muchedumbre procedente de los campos que nunca antes había venido a la ciudad, ya desde el amanecer ocupaba el Foro. Los tribunos convocaron al pueblo a una asamblea por tribus, después de haber delimitado con una cuerda las zonas del Foro en las que cada
2 tribu iba a colocarse. Y entonces, por primera vez, los romanos celebraron una asamblea tribal para votar contra un hombre, con la oposición insistente, para que esto no sucediera, de los patricios, que pedían reunir una asamblea centuriada[48] como era su costumbre.

En los primeros tiempos, efectivamente, cuando el pueblo iba a votar sobre cualquier asunto de los que le confiaba el Senado, los cónsules convocaban la asamblea centuriada, no sin antes haber realizado los sacrificios que la ley les ordenaba, algunos de los cuales todavía se realizan
3 en nuestra época. La muchedumbre se dirigía en masa a la llanura de Marte delante de la ciudad, ordenada tras los centuriones y bajo los estandartes, como en la guerra, y no votaban todos al mismo tiempo, sino cada uno por su centuria cuando los cónsules lo llamaban. Y como en total

[48] Véase IV 20-21.

eran ciento noventa y tres centurias[49] y éstas estaban divididas en seis clases, se llamaba a la primera y daba su voto la clase de los que tenían la valoración de bienes más alta y ocupaban la primera línea en las batallas; en ésta había dieciocho centurias de caballería y ochenta de infantería. En segundo lugar votaba la clase de los que tenían 4
medios de vida más escasos, que ocupaban una posición más retrasada en las batallas y no tenía el mismo armamento que los de la primera línea, sino uno más ligero; esta multitud estaba dispuesta en veinte centurias y a ellas se añadían dos centurias de carpinteros, herreros y de cuantos trabajadores había de obras relativas a la guerra. Los llamados en la tercera clase constituían veinte centurias, tenían una valoración de bienes inferior a los de la segunda clase y la posición siguiente a la de aquéllos, y no llevaban las mismas armas que los que les precedían. Los 5
llamados después de éstos poseían una renta inferior, ocupaban en la guerra la posición más segura y tenían un armamento más ligero. También éstos estaban repartidos en veinte centurias. Con ellos se alineaban también dos centurias de tocadores de cuerno y trompeta. En quinto lugar se llamaba a la clase de los que habían tenido una muy baja valoración de renta y cuyas armas eran jabalinas y hondas. Éstos no tenían un puesto en la línea de batalla, sino que, por ser ligeros y rápidos, combatían con los hoplitas distribuidos en treinta centurias. Los ciudadanos más 6
pobres, que no eran menos que todos los otros, votaban los últimos y formaban una sola centuria. Éstos estaban exentos de las prestaciones militares y de los tributos por renta, y por ambos motivos eran los menos considerados en las votaciones. Así pues, si entre las primeras centurias, 7
que estaban formadas por los jinetes y por los soldados

[49] Véase IV 16 ss.

de infantería que ocupaban la primera línea en las guerras,
noventa y siete eran de la misma opinión, la votación se
terminaba y ya no se daba el voto a las noventa y seis
centurias restantes; pero si no ocurría esto, se llamaba a
la segunda clase, formada por veintidós centurias, y a la
tercera, y así sucesivamente hasta que hubiera noventa y
8 siete centurias con la misma opinión. Y la mayor parte de
las disputas terminaba en las primeras votaciones, de modo
que ya no hacía falta llegar a las últimas. Rara vez un
asunto resultaba tan dudoso como para llegar hasta la úl-
tima votación, la de los más pobres; y era como un mila-
gro el hecho de que, cuando las primeras ciento noventa
y dos centurias estaban divididas en dos opiniones, el úl-
timo voto añadido a los demás fuera la causa de la inclina-
9 ción de la balanza hacia uno u otro lado. Pues bien, los
que apoyaban a Marcio pedían que esta asamblea se convo-
cara por censo, pensando que probablemente Marcio sería
absuelto por las noventa y ocho centurias en la primera
votación, y si no, al menos, en la segunda o tercera. Los
tribunos, en cambio, sospechando esto mismo, pensaban
que debían convocar una asamblea por tribus y darle poder
absoluto en el juicio, para que ni los pobres estuvieran en
inferioridad frente a los ricos ni los de armamento ligero
tuvieran una posición menos honrosa que los hoplitas, ni
la masa plebeya, relegada a las últimas votaciones, fuera
excluida de la igualdad de derechos, sino que todos, siendo
iguales a la hora de votar y gozando de idénticos honores,
10 votaran por tribus en una sola votación. Y parecía que la
petición de éstos era más justa que la de los otros, al pen-
sar que el tribunal del pueblo debía ser popular y no oli-
gárquico y que el conocimiento de los delitos contra la
comunidad debía extenderse a todos.

Discurso de Minucio pidiendo la absolución de Marcio

60 Después de que trabajosamente también les fuera concedida esta petición por parte de los patricios, cuando debía celebrarse el juicio, Minucio, uno de los cónsules, se levantó el primero y pronunció las palabras que el Senado le había ordenado: en primer lugar recordó todos los beneficios que el pueblo había recibido de los patricios. Después pidió que, a cambio de sus muchas y nobles acciones, el pueblo les concediera el único favor que ellos le pedían, necesario para el bien general de la comunidad. Además de esto, alabó la concordia 2 y la paz, recordando de cuánta dicha para los Estados es causa cada una de ellas, y, en cambio, censuró la discordia y las guerras civiles, por las que manifestó que se habían destruido ciudades con todos sus habitantes y perdido naciones enteras. Incitó a no elegir lo peor en lugar de lo mejor por abandonarse a la cólera, sino a mirar el futuro con reflexión equilibrada y a no servirse de los peores ciudadanos como consejeros a la hora de decidir asuntos de la mayor importancia, sino de aquellos que les parecieran mejores, gracias a los cuales sabían que, tanto en la paz como en la guerra, el país había recibido muchos beneficios y de los que no sería justo desconfiar como si hubieran cambiado su modo de ser. Pero el punto fundamental 3 de todas sus palabras era que ellos no votaran contra Marcio, sino que, más bien, lo absolvieran por él mismo, recordando qué llegó a ser para la comunidad y cuántas batallas condujo a buen término en defensa de la libertad y de la hegemonía comunes, y que no iban a actuar de manera piadosa ni justa, ni convincente para sí mismos si se vengaban de él por unas palabras poco apropiadas y, en cambio, no le agradecían sus nobles acciones. Y, además, 4 era un buen momento para absolverlo, pues él mismo lle-

gaba entregándose a los adversarios y sometiéndose a lo que aquéllos decidieran sobre él. Pero, si no eran capaces de reconciliarse con él y, por el contrario, eran duros e inexorables, les pidió que, teniendo en el pensamiento que el Senado, los trescientos mejores hombres de la ciudad, estaban presentes para interceder por él, tuvieran compasión y reconsideraran sus decisiones y que no rechazaran la petición de tantos amigos por castigar a un solo enemigo, sino que sobreseyeran el juicio a un solo hombre como
5 favor a muchos buenos hombres[50]. Después de decir estas y otras cosas semejantes, puso fin al discurso asegurando que, una vez realizada la votación, si absolvían a Marcio, daría la impresión de que lo liberaban porque no había cometido ninguna ofensa contra el pueblo; si, en cambio, impedían que el juicio se llevara a cabo, parecería que lo hacían por hacer un favor a quienes intercedían por él.

Desarrollo del juicio. Acusación de Sicinio

61 Cuando Minucio terminó, el tribuno Sicinio se adelantó y dijo que él ni traicionaría la libertad de los plebeyos ni se lo permitiría voluntariamente a quienes la traicionasen, pero que, si los patricios realmente ponían a Marcio a disposición de los plebeyos para que fuera juzgado, votarían sobre él y no harían na-
2 da más. Después de esto, Minucio se adelantó y dijo: «Tribunos, puesto que deseáis por encima de todo votar sobre este hombre, no lo acuséis nada más que de la acusación formal, y, más bien, dado que lo denunciáis por aspirar a una tiranía, explicadlo y presentad testimonios de ello. Pero de las palabras que le reprocháis haber dicho contra el pueblo ante el Senado, no hagáis mención ni lo acuséis, pues el Senado votó absolverlo de este cargo y decidió lle-

[50] Cf. Livio, II 35, 5.

varlo ante el pueblo bajo determinadas condiciones.» Y, después de esto, leyó el decreto preliminar. Tras pronun- 3
ciar estas palabras y jurar el decreto, bajó de la tribuna. De entre los tribunos, Sicinio fue el primero en exponer la acusación con gran minuciosidad y método, refiriendo todo cuanto Marcio había continuado haciendo o diciendo contra el pueblo para establecer una tiranía. Después de él hablaron los tribunos más influyentes.

Defensa de Marcio

Cuando Marcio obtuvo la palabra[51], 62
empezó desde el principio por su juventud, y enumeró todas las batallas en las que había prestado sus servicios a la comunidad, y todas las coronas de victoria que había recibido de los generales, y los enemigos que había apresado y los conciudadanos que había salvado en los combates. Y en cada uno de los puntos de los que hablaba mostraba sus excelencias, presentaba como testigos a los generales y llamaba por su nombre a los ciudadanos salvados por él. Éstos se presentaban llorando y suplicando 2
a sus conciudadanos que no destruyeran como a un enemigo al artífice de su salvación, pidiendo una sola vida a cambio de muchas y ofreciéndose a sí mismos en su lugar para que hicieran de ellos lo que quisieran. La mayor parte eran de clase plebeya y muy útiles para la comunidad; su aspecto y sus súplicas provocaron en el pueblo un sentimiento de vergüenza y lo movieron a la compasión y al llanto. Entonces, Marcio, rasgando sus ropas, mostró 3
el pecho lleno de heridas y el resto del cuerpo plagado de golpes, y preguntó si consideraban que eran actos propios de unos mismos hombres salvar en las guerras a sus conciudadanos y destruir en la paz a los que habían salvado,

[51] LIVIO (II 35, 6) dice que Marcio no estaba presente en el juicio.

y si alguien que prepara una tiranía expulsa de la ciudad al pueblo, que es por quien más se afianza y nutre la tiranía. Cuando todavía estaba hablando, todos los plebeyos ecuánimes y amantes de la bondad gritaban que lo absolvieran y consideraban vergonzoso que un hombre que despreciaba hasta tal punto su propia vida para preservar la de todos, en primer lugar se viera sometido a juicio por
4 semejante causa. Por el contrario, aquellos que eran por naturaleza malvados y enemigos de la bondad y estaban dispuestos a cualquier sedición, se irritaban de tener que absolverlo, pero no podían hacer otra cosa por no encontrar ninguna prueba evidente de su aspiración a la tiranía, asunto sobre el que habían requerido sus votos.

Discurso de Decio. Nueva acusación contra Marcio

63 Cuando Decio, aquel que había hablado en el Senado y había procurado que se redactara el decreto preliminar sobre el juicio, se dio cuenta de esta situación, se levantó y, tras ordenar silencio, dijo: «Plebeyos, puesto que de las palabras pronunciadas por Marcio en el Senado y de las acciones violentas y arrogantes los patricios lo absuelven y ni siquiera nos permiten acusarlo, escuchad qué otro delito, además de sus palabras, ha cometido contra vosotros este noble hombre, qué crimen insolente y tiránico, y enteraos de qué ley vuestra ha
2 violado como particular. Sin duda todos sabéis que la ley ordena que los botines de guerra que nos está permitido coger por nuestro valor sean públicos, y que no se adueñe de éstos no ya un particular, sino ni siquiera el mismísimo general del ejército; el cuestor se encarga de ellos y los subasta, y entrega el dinero al erario público. Y esta ley, desde que habitamos en esta ciudad, no sólo nadie la ha violado, sino que ni siquiera se le ha reprochado el no ser una buena ley. Pero este Marcio es el primero y el único

que, despreciándola a pesar de que existía y era válida, consideró oportuno, plebeyos, apropiarse de nuestro botín común el año pasado, no hace mucho. En efecto, cuando 3
hicisteis una incursión en territorio de los anciates y os apoderasteis de muchos prisioneros, muchos rebaños y mucho trigo y de muchos otros bienes, ni los mostró al cuestor ni los vendió él personalmente y llevó el dinero al erario público, sino que distribuyó e *hizo* donación *de todo* el botín a sus amigos. Esta acción afirmo que es sin duda una prueba de tiranía. ¿Y cómo no va a serlo? Él ha favorecido con los bienes públicos a sus aduladores, a su cuerpo de guardia y a sus cómplices en la tiranía que maquina; y sostengo que es ésta una flagrante violación de la ley.
Por tanto, que Marcio se adelante y demuestre una de es- 4
tas dos cosas: o que no repartió entre sus amigos el botín que tomó del territorio enemigo, o que, aunque lo hizo, no violó las leyes; de ninguna de estas dos cosas podrá hablaros, pues vosotros mismos conocéis una y otra, tanto la ley como su acción, y, si lo absolvéis, no es posible que os parezca que habéis tomado una decisión justa y conforme a juramento. Por consiguiente, dejando a un lado las coronas al valor, las acciones memorables, las heridas y demás fanfarronadas, responde a estas cuestiones, Marcio: te concedo ya *la palabra*.»

Finaliza el juicio. Condena de Marcio

Esta acusación provocó una gran agi- 64
tación en el otro grupo. En efecto, los más razonables y que se interesaban por la absolución de Marcio, al oír estas palabras se volvieron más indecisos, y todos los malvados, que eran la mayor parte del pueblo, anhelando destruir por completo al acusado, cobraron todavía más fuerza para ello, pues tenían un motivo grave e innegable. Efectivamente, era cierta la distribución del botín, 2

aunque sin duda no se había hecho con una intención avie-
sa ni para establecer una tiranía, como Decio acusaba, si-
no con la mejor de las intenciones y para enderezar los
males que atenazaban a la comunidad. De hecho, como
todavía continuaba la sedición y en aquel momento el
pueblo se había separado de los patricios, los enemigos,
envalentonándose, realizaban en el territorio incursiones y
continuos saqueos; y, cada vez que el Senado decidía en-
viar un ejército para impedir estos ataques, ninguno de los
plebeyos se alistaba, sino que se alegraba y toleraba lo que
estaba sucediendo; y la tropa de patricios no era apta para
3 combatir por sí sola. Marcio, dándose cuenta de esto, pro-
metió a los cónsules, si le confiaban el mando, llevar un
ejército de voluntarios contra los enemigos y, en breve,
tomar venganza de ellos. Después de recibir plenos pode-
res, llamó a sus clientes y amigos y a otros ciudadanos
que deseaban obtener algún beneficio del éxito del general
en la guerra y de su valor. Cuando le pareció que había
reunido una tropa adecuada para luchar, marchó contra
4 los enemigos, que todavía no sabían nada. Y penetrando
en su territorio, rico en numerosos bienes, se apoderó de
un inmenso botín y permitió que los soldados se repartie-
ran todo lo capturado, para que los que habían tomado
parte en la acción, tras recibir el fruto de sus esfuerzos,
fueran de buena gana a otras expediciones, y los que la
habían evitado, pensando de cuántos bienes se habían visto
privados por la sedición cuando les había sido posible par-
ticipar de ellos, fueran más sensatos en futuras expedicio-
5 nes. Ésta fue la intención de Marcio en este asunto; pero,
por un rencor malsano y por envidia de los enemigos, esta
acción, examinada en sí misma, fue considerada como un
acto de demagogia y de corrupción tiránica. De manera
que el Foro entero estaba lleno de gritos y alboroto, y ni

Marcio ni el cónsul ni ningún otro podían rechazar esta acusación, tan inesperada e imprevista se les había presen-
tado. Como ninguno continuaba con la defensa, los tribu- 6
nos concedieron el voto a las tribus y establecieron como pena en este juicio un exilio de por vida, por temor, creo yo, a que no se le condenara si la pena era la muerte. Después de que todos votaran y se hiciera el recuento de los votos, la diferencia que apareció no fue grande. De las veintiuna tribus que entonces había y que votaron, Marcio contó con nueve que lo absolvieron; de manera que si se le hubieran añadido dos tribus más, en igualdad de votos habría sido absuelto, como la ley prescribía[52].

Consideraciones sobre los juicios ante el pueblo

Ésta fue la primera citación a juicio 65
ante el pueblo de un patricio. Y a partir de aquel momento, se estableció la costumbre, para los que posteriormente tomaron el liderazgo de los plebeyos, de citar ante el pueblo para someterse a juicio a aquellos ciudadanos que les pareciera oportuno; y, empezando por aquí, el pueblo se hizo muy fuerte, mientras que la aristocracia perdió mucho de su antiguo prestigio por permitir a los plebeyos formar parte del Senado, consentir que aspiraran a las magistraturas, no impedir que tomaran la presidencia de los sacrificios y hacer extensivas a todos las otras prerrogativas existentes y que eran exclusivas de los patricios, algunas por necesidad y contra su voluntad, otras por previsión y sensatez; sobre estos asuntos hablaré en el mo-
mento adecuado. Sin embargo, esta costumbre, la de citar 2
a los que mandaban en la ciudad a un juicio del que el

52 Las soluciones propuestas para esta sentencia desconcertante no son satisfactorias. En la referencia al empate y a la ley aplicable, cabe la posibilidad de que estemos ante una interpolación hecha por un escriba poco aficionado a los números.

pueblo era el árbitro, proporcionaría muchos motivos para hablar a quienes desean alabarla o censurarla. En efecto, muchos hombres honestos y buenos ya han padecido algunas ofensas que no estaban en consonancia con sus virtudes, pues por culpa de los tribunos se les quitó la vida de una manera ignominiosa e innoble; por otra parte, muchos hombres de carácter soberbio y tiránico, obligados a rendir cuentas de su vida y de sus actos, pagaron las penas que
3 les correspondían. Así pues, cuando se dictaban sentencias por un asunto importante y se acababa justamente con las arrogancias de los poderosos, esta costumbre parecía algo grande y admirable y era alabada por todos; pero cuando un hombre de virtud que había dirigido correctamente los asuntos públicos, por ser objeto de envidia, era injustamente eliminado, a los demás les parecía algo terrible y se censuraba a los que habían iniciado la costumbre. Muchas veces los romanos, después de deliberar sobre si se debía suprimir esta costumbre o preservarla tal como la habían recibido de sus antepasados, no tomaron ninguna
4 decisión. Si tengo que manifestar mi opinión sobre asuntos tan importantes, me parece que la costumbre, examinada en sí misma, es beneficiosa y sumamente necesaria para la comunidad romana, pero que se convierte en mejor o peor según el carácter de los tribunos. De hecho, cuando alcanzan este poder hombres justos y sensatos y que anteponen los asuntos públicos a los privados, el que delinque contra la comunidad, al recibir el castigo que merece, suscita un gran temor en los que planeaban cometer actos semejantes; en cambio, el buen ciudadano que interviene en los asuntos públicos con la mejor intención ni sufre un juicio vergonzoso ni se encuentra metido en acusaciones ajenas a su
5 conducta. Pero cuando obtienen semejante poder hombres malvados, desenfrenados y ambiciosos, ocurre lo contra-

rio. De manera que no conviene reformar la costumbre por no ser adecuada, sino mirar con atención para que hombres honestos y buenos se conviertan en líderes del pueblo, y no confiar a lo loco los asuntos de mayor importancia a cualquier persona.

Justificación de la narración y alabanza de Roma

La primera sedición que afectó a los romanos después de la expulsión de los reyes tuvo estas causas y este final. He sido prolijo en estos asuntos, para que nadie se asombre de cómo los patricios toleraron que el pueblo se adueñara de un poder tan grande sin que hubiera matanza o exilio de los mejores hombres, como ocurrió en otras ciudades. En efecto, cada uno, ante noticias increíbles, desea conocer la causa, y su credibilidad depende solamente de ésta. En consecuencia, yo pensaba que mi narración estaría muy lejos de ser verosímil si solamente decía que los patricios concedieron a los plebeyos su propio poder y que, a pesar de que les era posible vivir en una aristocracia, hicieron al pueblo soberano de las cuestiones de mayor importancia, y omitía las causas por las que se consintieron estas cosas; por este motivo he narrado todas las causas. Y puesto que realizaron el cambio sin ejercer violencia ni forzarse los unos a los otros, sino convenciéndose con palabras, consideré que era más necesario que cualquier otra cosa exponer los discursos que los líderes de uno y otro bando pronunciaron entonces. Me asombraría que algunos creyeran que se debe escribir con minuciosidad las acciones militares, y que hubiera algunos que desperdiciaran muchas palabras sobre una sola batalla, describiendo la naturaleza de los lugares, las particularidades del armamento, la disposición de las líneas, las exhortaciones de los generales y demás detalles que llegan a ser causa de la victoria de unos y otros, y,

Margin section numbers: 66 (beside "La primera sedición que afectó a los"), 2 (beside "bilidad depende solamente de ésta. En consecuencia, yo"), 3 (beside "motivo he narrado todas las causas. Y puesto que realiza-").

en cambio, creyeran que, al referir convulsiones sociales y sediciones, no hay que reproducir los discursos por los
4 que se verifican sucesos inesperados y asombrosos. Si hay algo de la sociedad romana digno de gran alabanza e imitación por parte de todos los hombres, es, en mi opinión, aquel hecho, el más brillante de todos los numerosos y admirables sucesos, a saber, que ni los plebeyos despreciaron a los patricios y ejercieron violencia sobre ellos, ni, haciendo una gran matanza de los mejores, se apoderaron de todos sus bienes, ni, por su parte, los que gozaban de posiciones de privilegio destrozaron, por sí mismos o con la ayuda de tropas extranjeras, a todos los plebeyos y,
5 después, habitaron la ciudad sin temor. Por el contrario, dialogando sobre lo que era ecuánime y justo, como hermanos con hermanos o como hijos con padres en una familia sensata, pusieron fin a las desavenencias con la persuasión y la razón, y se mantuvieron firmes para no cometer unos contra otros ninguna acción irreparable o descabellada, como las que cometieron los habitantes de Corcira con motivo de su sedición, y los argivos, los milesios, Sicilia entera y otras muchas ciudades[53]. Yo, por estas razones, decidí hacer mi narración con más minuciosidad que brevedad; que cada cual la juzgue como quiera.

Marcio marcha al exilio

67 En aquel momento, después de que el juicio concluyera de esa manera, el pueblo se retiró con una arrogancia insensata y creyendo que había aniquilado a la aristocracia, mientras que los patricios lo hicieron abatidos y

53 La lucha facciosa en Corcira a la que Dionisio se refiere fue la de los años 427-425, tan trágicamente descrita por Tucídides. En Argos los demócratas tomaron venganza de los oligarcas, en el año 370 a. C., matando entre mil doscientos y mil quinientos. Las primeras luchas entre ricos y pobres en Mileto, cuando la ciudad estaba en su apogeo, estuvie-

humillados y echando la culpa a Valerio, que los había convencido para confiar el juicio al pueblo; y había lamentos y lágrimas de los que compadecían y acompañaban a Marcio. Pero el mismo Marcio no se dejó ver lamentan- 2
do su suerte ni quejándose, ni diciendo o haciendo ninguna otra cosa impropia de su espíritu elevado; y mostró todavía más su nobleza y la firmeza de sus ideas cuando, llegado a su casa, vio a su mujer y a su madre rasgándose las vestiduras, golpeándose el pecho y profiriendo los lamentos que es natural que pronuncien en semejantes desgracias las mujeres que quedan separadas de sus seres más íntimos por la muerte o el exilio. Él no se alteró ante las lágrimas y 3
las lamentaciones de las mujeres, y simplemente las saludó, las exhortó a soportar con nobleza las desdichas y les confió a los hijos (el mayor de los niños tenía diez años, el más pequeño todavía era de pecho), y sin hacer ninguna otra demostración de ternura ni ocuparse de lo que iba a necesitar en el exilio, salió rápidamente hacia las puertas sin revelar a nadie dónde iba a exiliarse.

Prodigios en Roma. Revelación de Tito Latinio

Pocos días después se fijó la fecha 68
para la elección de magistrados, y Quinto Sulpicio Camerino y Espurio Larcio Flavo[54] fueron elegidos cónsules por el pueblo por segunda vez[55]. Muchas agitaciones sobrevinieron a la comunidad a raíz de unos prodigios sobrehumanos. Unas visiones desacostumbradas se aparecían a numerosas personas; se escuchaban voces sin que

ron caracterizadas por revueltas. En las ciudades de Sicilia no es fácil señalar con fiabilidad los hechos específicos que Dionisio tenía en mente.

[54] Los mss. dan incorrectamente el nombre *Sergius,* en lugar de *Spurius.*

[55] Su primer consulado había tenido lugar dieciseis años antes. Véase V 36.

hubiera nadie que hablara; los nacidos tanto de hombres como de bestias, muy apartados de su naturaleza, entraban en el ámbito de lo increíble y monstruoso; se proferían oráculos en muchos lugares, y las mujeres, poseídas por inspiraciones divinas, profetizaban desgracias lamentables
2 y terribles para la comunidad. También una peste atacó a la población y diezmó los rebaños; sin embargo, no hubo muchas muertes humanas, sino que la desgracia no pasó de la enfermedad. Algunos opinaban que estas calamidades se producían por designio de la divinidad, que iba a vengarse porque habían expulsado del país al mejor de los ciudadanos; otros, en cambio, pensaban que nada de lo sucedido era obra de la divinidad, sino que estos y todos los demás sucesos humanos eran fortuitos.

3 Después[56] llegó al edificio del Senado, transportado sobre una litera, un hombre enfermo, de nombre Tito Latinio, persona anciana y poseedora de un patrimonio suficiente, un agricultor que trabajaba con sus propias manos y que había pasado la mayor parte de su vida en el campo. Este hombre, llevado al interior del Senado, afirmó que creía que Júpiter Capitolino se le había aparecido en un sueño y le había dicho: «Ve, Latinio, y di a los ciudadanos que en la reciente procesión[57] no me ofrecieron un hermoso conductor de la danza, para que rehagan los ritos y celebren otros desde el principio, pues no acepto
4 éstos.» Y contó que, al despertarse, no tuvo en cuenta el sueño, sino que lo consideró como uno más de los muchos sueños disparatados. Después, otra vez durante el sueño, se le apareció la misma imagen del dios diciéndole que estaba enfadado e irritado porque no había comunicado

56 Para los caps. 68, 3-69 y 73, 5, cf. Livio, II 36.

57 Véase *infra*, 69, 1 y n. sig.

al Senado sus órdenes, y lo amenazó con que, si no las
cumplía inmediatamente, aprendería con una gran desgra-
cia a no despreciar las apariciones sobrenaturales. Después
de ver el ensueño por segunda vez, afirmó que tuvo sobre
él la misma opinión y que, al mismo tiempo, tuvo vergüen-
za, siendo un hombre que trabajaba con sus manos y an-
ciano, de llevar ante el Senado unas visiones llenas de pre-
sagios y de terrores, no fuera a ser que se rieran de él.
Pero pocos días después, su hijo, que era joven y bello, 5
sin ser atacado por enfermedades ni por ninguna otra cau-
sa visible, murió repentinamente; y de nuevo la visión del
dios, apareciéndosele en sueños, le manifestó que por el
desprecio y la poca consideración a sus palabras ya había
recibido el castigo de ser privado de su hijo, y que en bre-
ve recibiría otros. Al oír esto, dijo que había recibido la 6
amenaza con agrado, si es que la muerte iba a venir ante
él, pues no tenía ningún interés por la vida; pero la divini-
dad no le aplicó este castigo, sino que envió a todos los
miembros del cuerpo unos dolores insoportables y terribles,
de modo que no podía mover ninguna articulación sin un
esfuerzo supremo. Entonces, por fin, después de comuni-
car a los amigos lo sucedido e instigado por ellos, fue al
Senado. Mientras contaba estos hechos parecía que, poco
a poco, se iba liberando de sus dolores; y cuando hubo
relatado todo, se levantó de la litera y, tras invocar al
dios, se marchó a casa atravesando la ciudad por su pro-
pio pie y curado.

69 *Explicación de las palabras de la divinidad* El Senado se atemorizó, y cada uno estaba atónito sin poder interpretar lo que había sido manifestado por la divinidad y quién era el conductor de la danza de la procesión[58] que no le pareció hermoso. Después, uno de ellos, recordando lo sucedido, lo contó y todos lo confirmaron. El relato era el siguiente: un romano de no oscura posición había entregado a un esclavo a sus compañeros de esclavitud para que lo llevaran a morir, y con el fin de que el castigo fuera público, ordenó que lo arrastraran azotándolo a través del Foro y por cualquier otro lugar conocido de la ciudad a la cabeza de la procesión que la comunidad enviaba al dios en aquel
2 tiempo. Los que llevaban al esclavo al castigo, haciéndole extender los dos brazos y atándolo a un madero por el pecho y los hombros hasta las muñecas, mientras avanzaban iban junto a él azotando con látigos su cuerpo desnudo. El esclavo, sometido a semejante tortura, no sólo lanzaba las maldiciones a las que el dolor le impelía, sino que también hacía movimientos indecentes debido a los golpes. Todos pensaron que, sin duda, éste era el danzarín señalado por el dios como inadecuado.

70 *Origen griego de las celebraciones romanas* Dado que he llegado a esta parte de la historia, no creo que deba dejar a un lado las celebraciones realizadas por los romanos con motivo de esta fiesta, no para que mi narración resulte más agradable al recibir digresiones teatrales floridas, sino para confirmar un hecho esencial, a saber, que los pueblos que contribuyeron a la fundación de la ciudad de Roma eran

[58] La procesión era una parte de las fiestas descritas *infra*, caps. 71 ss. Livio (II 36, 1) llama a estas fiestas *ludi magni*, término que él aplica, normalmente, a los juegos votivos.

colonias griegas procedentes de los más célebres lugares, y no, como creen algunos, bárbaros y vagabundos. Yo pro- 2
metí al final del primer libro, que compuse y publiqué sobre sus orígenes[59], reforzar esta tesis con muchísimas pruebas, presentando sus costumbres, leyes y hábitos antiguos, que han preservado los romanos hasta mi época, tal como los recibieron de sus antepasados, pues considero que a los que escriben historias antiguas y relativas a un lugar particular, no les basta con narrarlas de manera fidedigna como las han recibido de los lugareños, sino que creo que también estos relatos requieren testimonios abundantes e irrefutables, si pretenden parecer verosímiles. Entre estos 3
testimonios, estoy convencido de que los primeros y de mayor importancia son los actos que, en cada ciudad, se realizan como formas tradicionales de veneración de los dioses y divinidades. Tanto Grecia como el mundo bárbaro los han preservado durante muchísimo tiempo y no considerarían oportuno hacer en ellos innovaciones, dominados por el temor de la ira divina. Los bárbaros, en particular, 4
han tenido experiencia de esto por muchos motivos que ahora no es el momento de explicar, y hasta el presente ningún tiempo ha persuadido ni a egipcios ni a libios ni a galos ni a escitas[60] ni a indios ni, en una palabra, a ninguna otra nación bárbara a olvidar o transgredir en algo las celebraciones relativas a sus dioses, con excepción de algunos que, estando en alguna ocasión bajo el poder de otros, se vieron obligados a cambiar sus costumbres por las de sus conquistadores. Pero a la nación romana nunca le ha tocado experimentar semejante desgracia, sino que ha sido ella la que continuamente ha impuesto sus leyes

[59] Véase I 90, 2.

[60] Pueblo de Tracia.

5 a otros. Si su origen hubiera sido bárbaro, ellos habrían estado tan lejos de olvidar sus ritos tradicionales y las costumbres de su país, por las que han llegado a tal grado de bienestar, que también a todos los otros sobre los que gobernaban les habrían ordenado por su bien honrar a los dioses con sus ritos; y nada habría impedido que todo el mundo griego se hubiera vuelto bárbaro por los romanos durante las ya siete generaciones[61] que lleva sometido a ellos, si realmente hubiesen sido bárbaros.

71 Cualquier otro habría supuesto que era suficiente, y los mismos actos que ahora tienen lugar en la ciudad los habría considerado indicios no insignificantes de antiguas costumbres. En cambio yo, para que nadie considere que este testimonio carece de valor en comparación con aquella increíble opinión de que, después que los romanos conquistaron fácilmente todo el territorio griego, habrían despreciado sus costumbres nativas y adoptado unas mejores, voy a hacer mi demostración desde aquel tiempo en que todavía no tenían la hegemonía sobre Grecia ni ningún otro dominio más allá del mar, y me voy a servir como fiador de Quinto Fabio, sin necesitar ninguna otra prueba, pues este hombre es el más antiguo de los historiadores de Roma y da fe no sólo de lo que oyó, sino también de lo que él mismo vio.

2 El Senado decidió, pues, celebrar esta fiesta, como ya dije antes[62], en cumplimiento de las promesas hechas por el dictador Aulo Postumio cuando se disponía a combatir contra las ciudades latinas sublevadas que intentaban restaurar a Tarquinio en el poder; y ordenó gastar cada año en los sacrificios y juegos quinientas minas de plata[63]; y

61 Véase I 3, 5.

62 Véase VI 10, 1 y 17, 2-4.

63 Véase IV 16, 2, n. 36, y V 57, 3, n. 70.

esta cantidad es la que han ido gastando en la fiesta hasta
la guerra púnica. Durante estos días de fiesta se observa- 3
ban muchas otras normas que seguían las costumbres de
los griegos, referentes a las asambleas de todo el pueblo
y al recibimiento de extranjeros y a las treguas, normas
que sería un gran trabajo describir, y también en relación
con la procesión, el sacrificio y las competiciones —basta
con éstas para hacerse una idea también de las que no se
han citado—, que eran como sigue:

Celebraciones romanas y griegas

Antes de empezar los juegos, las má- 72
ximas autoridades conducían una proce-
sión a los dioses desde el Capitolio hasta
el Circo Máximo a través del Foro. Enca-
bezaban la procesión, en primer lugar,
los hijos de las autoridades, tanto los adolescentes como
los que tenían edad de ir en ella, a caballo aquellos cuyos
padres tenían fortuna de la clase de los caballeros, a pie
los que debían servir en la infantería; los unos en escua-
drones y centurias, los otros en divisiones y compañías co-
mo si marcharan a la escuela; y esto, para que resultara
evidente a los extranjeros cuál era el vigor, el número y
la belleza de la población que iba a entrar en la edad vi-
ril. Seguían a éstos unos aurigas que llevaban, unos, cua- 2
tro caballos uncidos; otros, dos, y otros, caballos sin uncir.
Detrás de ellos marchaban los participantes en las competi-
ciones, tanto en las de poca importancia como en las más
solemnes, con todo el cuerpo desnudo, excepto los genita-
les, que iban cubiertos. También esta costumbre ha perma-
necido en Roma hasta mi época tal como surgió en un
principio entre los griegos; pero en Grecia ha sido suprimi-
da después de que los lacedemonios la abolieran. El prime- 3
ro que intentó desnudarse y corrió desnudo en Olimpia,
en la XV Olimpiada, fue Acanto el lacedemonio. Antes de

esta fecha todos los griegos sentían vergüenza de mostrar sus cuerpos totalmente desnudos en los juegos, como atestigua Homero, el más digno de crédito y el más antiguo de los testimonios, cuando presenta a los héroes ceñidos con un cinto. Al menos, cuando narra el combate de Áyax y Odiseo[64] en el funeral de Patroclo, dice:

Y los dos marchaban al centro de la arena cubiertos con [cintos.

4 Y todavía lo expresa con mayor claridad en la *Odisea,* con motivo del combate de boxeo entre Iro y Odiseo, en los siguientes versos:

Así habló y todos lo alabaron; entonces Odiseo
se cubrió con unos andrajos las partes genitales y mostró [sus muslos
hermosos y fuertes. Y dejáronse ver las anchas espaldas
y el pecho y los robustos brazos[65].

Y cuando introduce al mendigo como si ya no quisiera combatir, sino como si renunciara por temor, dice lo siguiente:

Así habló y a Iro se le turbó el corazón miserablemente;
pero, con todo, los pretendientes[66], *después de ceñirlo a [la fuerza, lo sacaron*[67].

Ésta es, pues, la antigua costumbre existente entre los griegos, que sin duda los romanos han preservado hasta este momento, sin que la hayan aprendido de nosotros poste-

---

[64] El verso citado por Dionisio está en *Il.* XXIII 685, que cuenta el pugilato entre Epeo y Euríalo. La lucha entre Áyax y Odiseo se inicia en el v. 710, que presenta ligeras diferencias respecto al 685. Probablemente, Dionisio citaba de memoria.

[65] *Od.* XVIII 66-69.

[66] Los mss. de Homero leen «sirvientes», no «pretendientes».

[67] *Od.* XVIII 75-76.

riormente y sin ni siquiera haberla modificado con el tiempo, como nosotros.

Seguían a los participantes numerosos coros de danzari- 5
nes, repartidos en tres grupos, el primero de hombres, el segundo de adolescentes y el último de niños, a los que acompañaban flautistas que tocaban con las antiguas flautas cortas, como se ha hecho hasta esta época, y citaristas que teñían liras elefantinas de siete cuerdas y las llamadas *bárbita*[68]. En mi época, el empleo de estos instrumentos se ha perdido entre los griegos, a pesar de ser tradicional, pero se conserva entre los romanos en todas las antiguas
celebraciones de sacrificios. El atuendo de los danzarines 6
consistía en túnicas púrpura ceñidas con cintos de bronce, espadas que colgaban de éstos y lanzas más cortas de lo normal; los hombres también llevaban cascos de bronce adornados con penachos aparatosos y con plumas. A la cabeza de cada grupo marchaba un hombre que indicaba a los demás las figuras de la danza, ejecutando él primero movimientos guerreros y enérgicos, como son frecuen-
tes en los ritmos proceleusmáticos[69]. También ésta era una 7
muy antigua costumbre griega, la danza con armas llamada pírrica, bien haya sido Atenea la primera en iniciar, por alegría, la formación de coros y las danzas con armas como celebración de la victoria con motivo de la destrucción de los Titanes, bien haya sido establecida por los Curetes[70] en época todavía más antigua, cuando, criando a Zeus, querían entretenerlo con ruido de armas y con el movimiento rítmico de sus miembros, como cuenta la leyenda.
Homero muestra también la antigüedad de esta costumbre, 8

[68] El *bárbiton* era un tipo de lira.

[69] Se trata de un pie de cuatro sílabas breves.

[70] Véase II 70, 4-5 y n. 97.

como nativa de los griegos, en muchos otros pasajes, pero especialmente en la fabricación del escudo, que él dice que Hefesto regaló a Aquiles. En efecto, colocando en él dos ciudades, una gobernada por la paz, otra sufriendo por la guerra, en aquella en la que establece la mejor fortuna, al describir fiestas, matrimonios y banquetes, como es natural, dice entre otras cosas:

Los jóvenes danzarines se movían en círculo; y entre ellos
había sonido de flautas y liras; y las mujeres
de pie en cada puerta los admiraban[71].

9 Y, otra vez, al contar que había en el escudo otro coro de Creta compuesto por jóvenes y muchachas, dice lo siguiente:

Y grabó una danza el ínclito cojo
semejante a la que en otro tiempo, en Cnosos, la muy es-
[paciosa
Dédalo[72] *dispuso para Ariadna de hermosas trenzas.*
Entonces los jóvenes y las doncellas muy deseadas
danzaban cogiéndose las manos por las muñecas[73].

Y al describir su atuendo, para mostrarnos que el baile de los hombres se hacía con armas, dice:

Y ellas tenían bellas coronas, ellos dagas
tenían de oro colgando de cintos de plata[74].

Y cuando introduce a los jefes de la danza que la indican a los demás y la inician, escribe esto:

Y una gran multitud rodeaba al gracioso grupo
disfrutando; y dos saltimbanquis entre ellos
danzaban dando inicio al canto[75].

---

71 *Il.* XVIII 494-496.

72 Constructor del laberinto en el que Minos encerró al Minotauro.

73 *Il.* XVIII 590-594.

74 *Ibid.*, XVIII 597-598.

75 *Ibid.*, XVIII 603-605.

Pero no sólo de la danza guerrera y rápida de estos 10
grupos, que los romanos han empleado en las celebraciones
de sacrificios y en las procesiones, se podría observar el
parentesco con los griegos, sino también de la de carácter
mordaz y burlesco. Después de los grupos armados mar-
chaban otros de sátiros interpretando la *síkinnis*[76] griega.
Estos que se asemejaban a silenos iban vestidos con túnicas
de lana, que algunos llaman *chortaîoi,*[77] y con mantos de
todo tipo de flores; por su parte, los que representaban
a sátiros iban con cintos y pieles de macho cabrío y, sobre
las cabezas, mechones de pelo en punta y otros aditamen-
tos semejantes. Éstos iban haciendo burla e imitando las
danzas serias, transformándolas en algo sumamente ridícu-
lo. También las entradas triunfales muestran que la burla 11
mordaz y satírica era antigua y originaria de los romanos.
En efecto, a los que consiguen la victoria se les permite
burlarse y ridiculizar a los hombres más distinguidos, a los
mismos generales, como en Atenas a los que van en la
procesión sobre los carros; en un principio, con burlas en
prosa, a la manera de los que se equivocan en las pantomi-
mas; ahora, en cambio, cantan versos improvisados. Y en 12
los funerales de hombres señalados, he visto, junto con
otros acompañamientos, a grupos de sátiros que marchan
delante del féretro bailando la danza *síkinnis*, y sobre todo
en los funerales de los ricos. Por el hecho de que la burla
y la danza de los sátiros no sea invención ni de los ligures
ni de los umbros ni de ningún otro pueblo bárbaro que
habitase en Italia, sino de los griegos, temo resultar mo-
lesto a algunos si pretendo confirmar con más argumentos
un hecho admitido.

---

76 Danza de sátiros así llamada en griego por el nombre de su inventor, *Síkinnos*.

77 En griego.

13 Después de estos grupos[78] marchaban numerosos citaristas y muchos flautistas; y, tras ellos, los portadores de incensarios, en los que se quemaban perfumes e incienso a lo largo de todo el recorrido, y los que transportaban los vasos hechos de plata y oro, tanto los sagrados como los del Estado. Al final de todo iban, llevadas sobre las espaldas de los hombres, las imágenes de los dioses, que presentaban figuras iguales a las realizadas entre los griegos, y con los mismos ropajes, símbolos y obsequios de los que cada uno, según la tradición, es artífice y dispensador para los hombres. Estas imágenes no sólo eran de Júpiter, Juno, Minerva, Neptuno y de los otros que los griegos cuentan entre los doce dioses, sino también de los más antiguos, de los que la tradición cuenta que nacieron los doce dioses, a saber, Saturno, Rea, Temis[79], Latona[80], las Parcas, Mnemósine[81] y todos los demás de quienes hay templos y recintos sagrados entre los griegos; y también de los que la leyenda dice que nacieron más tarde, después de que Júpiter tomara el poder, es decir, Proserpina[82], Lucina[83], las Ninfas, las Musas, las Horas[84], las Gracias[85], Líber[86], y de aquellos semidioses cuyas almas, después de dejar sus cuerpos mortales, se dice que ascienden al cielo y obtienen los mismos honores que los dioses, como Hér-

---

78 Volvemos a la narración de las fiestas en Roma.

79 Una de las Titánides, hija de Tierra y Urano.

80 Una de las esposas de Júpiter y madre de Apolo y Diana.

81 Una de las Titánides, madre de las nueve Musas.

82 Reina del Infierno. Objeto de veneración en el santuario iniciático de Eleusis donde se celebraban los «misterios».

83 Diosa protectora del parto. Véase IV 15, 5, n. 34.

84 Divinidades que proporcionan a los hombres las bendiciones que sus nombres indican: «Buen Gobierno», «Justicia» y «Paz».

85 Diosas de la belleza, encanto y atractivo, compañeras de Venus.

86 Véase VI 17, 2, n. 16.

cules, Esculapio, los Dioscuros[87], Helena[88], Pan y muchísimos otros. Si los bárbaros fueron los fundadores de 14 Roma y los que establecieron esta fiesta, ¿por qué han llegado a venerar a todos los dioses y divinidades griegas y a despreciar a sus dioses tradicionales? Que alguien nos señale otro pueblo, además del griego, que tenga estos ritos tradicionales, y entonces critique esta demostración por no ser cierta.

Terminada la procesión, los cónsules y los sacerdotes 15 a quienes correspondía hacían inmediatamente un sacrificio de bueyes, y la manera de hacer los sacrificios era la misma que entre nosotros. En efecto, ellos, después de lavarse las manos, purificar las víctimas con agua pura y esparcir sobre sus cabezas los frutos de Ceres[89], pronunciaban unas oraciones y, entonces, ordenaban a sus ayudantes que las sacrificaran. Algunos de éstos, cuando la víctima todavía estaba de pie, le golpeaban las sienes con un mazo; otros, cuando caía, ponían debajo los cuchillos de sacrificio y, después de esto, tras quitarle la piel y despedazarla, tomaban las primicias de cada víscera y de cualquier otra parte, primicias que rebozaban con harina de espelta y llevaban en cestas a los sacrificantes; éstos las colocaban sobre el altar, encendían un fuego por debajo y vertían vino sobre ellas al realizar el sacrificio. Que cada 16 uno de estos ritos se hacía según las normas relativas a los sacrificios establecidas por los griegos, es fácil de saber por el poema de Homero. Él, efectivamente, presenta a los

[87] Cástor y Pólux. Véase VI 13.

[88] El nombre de Helena en esta relación es sospechoso, a pesar de que recibió honores divinos en varias partes del mundo griego.

[89] Se refiere a la *mola salsa,* granos de espelta mezclados con sal, o a veces una torta de sal.

héroes lavándose las manos y utilizando granos de cebada en los versos en los que dice:

Entonces se lavaron las manos y cogieron granos de ce-
[bada[90].

Y los presenta cortando el pelo de la cabeza de las víctimas y poniéndolo sobre el fuego cuando escribe esto:

Y él, al empezar, echó al fuego los pelos de la cabeza[91].

También los presenta golpeando la frente de las víctimas con bastones y sacrificándolas cuando han caído, como narra en el sacrificio de Eumeo[92]:

Y empezando[93], *golpeó con un tronco de encina que de-*
[jó al cortar la leña;
y la vida lo abandonó; y lo degollaron y chamuscaron[94].

17 También cogiendo las primicias de las vísceras y de las otras partes, rebozándolas con harina de espelta y quemándolas sobre los altares, como describe en el mismo sacrificio:

El porquerizo puso sobre el altar la carne cruda,
empezando por una parte de cada miembro envuelta en
[pingüe grasa,
y echó al fuego las partes cubiertas de harina de ceba-
[da[95].

18 Yo sé, porque lo he visto, que los romanos realizan estos ritos en los sacrificios todavía ahora; y, bastándome esta sola prueba, me he convencido de que los fundadores de Roma no eran bárbaros, sino griegos venidos de mu-

---

90 *Il.* I 449.
91 *Od.* XIV 422.
92 Porquerizo al servicio de Ulises.
93 Los mss. de Homero dicen «levantando», y no «empezando».
94 *Od.* XIV 425-426.
95 *Ibid.* XIV 427-429.

chos lugares. Es posible, ciertamente, que algunos bárbaros observen unas pocas costumbres relativas a los sacrificios y a las fiestas del mismo modo que los griegos, pero que sigan todas las costumbres de la misma manera es algo increíble.

Todavía me queda por explicar brevemente lo relativo 73
a las competiciones que se realizaban después de la procesión. En primer lugar se celebraba la carrera de carros con cuatro y con dos caballos, y de caballos sin uncir, de la misma manera que entre los griegos tanto antiguamente
en Olimpia como ahora. En las competiciones de carros 2
se han mantenido, hasta mis tiempos, dos antiquísimas costumbres preservadas por los romanos tal como fueron establecidas al principio: una, relativa a los carros de tres caballos, que se ha perdido entre los griegos, a pesar de que era antigua y de la época heroica, de la que Homero dice que los griegos se servían en las batallas: a dos caballos uncidos de la manera en que se unce una pareja, les acompañaba un tercer caballo atado con una rienda, al que los antiguos llamaban *paréoros*[96], bien por ir atado a un lado, bien por no ir uncido con los otros. La otra costumbre, conservada todavía en unas pocas ciudades griegas en algunos antiguos sacrificios, es la carrera de los que van
en los carros. Cuando las competiciones de los aurigas han 3
terminado, los que van junto a los conductores, a los que los poetas llaman acompañantes, y los atenienses saltadores[97], saltan de los carros y corren entre ellos la carrera del estadio. Una vez terminadas las carreras de carros, se

96 Hemos mantenido el nombre griego, que literalmente significa «sostenido por fuera».

97 Lit.: «el que cabalga o va detrás de otro» y «el que desmonta», respectivamente. El segundo término se utiliza normalmente en el sentido del lat. *desultor* «el que salta de un caballo a otro».

presentan los que compiten con su propio cuerpo: corredores, púgiles y luchadores. Estas tres eran, efectivamente, *las competiciones entre los antiguos griegos, como muestra*
4 Homero en el funeral de Patroclo. En los intermedios de las competiciones observan la más propiamente griega y más importante de todas las costumbres, la coronación y proclamación de los honores con los que honraban a sus benefactores, como sucedía en Atenas en las celebraciones de Dioniso [98], y la exposición, a la vista de los que se habían congregado para el espectáculo, de los botines que
5 habían cogido en las guerras. Sobre estas costumbres, ni estaba bien no hacer ninguna mención cuando el tema lo exigía, ni convenía extenderse más de lo necesario. Es el momento de volver a la narración interrumpida. Pues bien, cuando el Senado supo por la persona que había recordado lo ocurrido los hechos relativos al esclavo llevado al castigo por su amo y puesto en cabeza de la procesión, suponiendo que éste era el impropio jefe de los danzarines mencionado por el dios, como he contado, buscaron a quien lo había maltratado y le impusieron el castigo que merecía, tras lo cual decidieron realizar otra procesión en honor del dios y celebraron otros juegos desde el principio, con un presupuesto que doblaba al anterior.

Y éstos fueron los acontecimientos durante el mandato de estos cónsules.

---

98 En las Grandes Dionisiacas.

LIBRO VIII

Consulado de Cayo Julio Julo y Publio Pinario Rufo. Coriolano pide ayuda contra Roma

1 Después de éstos[1] fueron elegidos cónsules, en la LXXIII Olimpiada[2], en la que Astilo de Crotona venció en la carrera del estadio, y bajo el arcontado en Atenas de Anquises, Cayo Julio Julo y Publio Pinario Rufo. Pese a ser hombres muy poco belicosos, razón fundamental de que el pueblo les entregara esta magistratura, se vieron forzados a afrontar muchos y grandes peligros, pues debido a su gobierno, estalló una guerra que estuvo a punto de destruir la ciudad desde sus cimientos. 2 Aquel Marcio Coriolano que había sido acusado de pretender la tiranía y que había sido condenado a un destierro de por vida[3], resentido por su desgracia y deseoso de vengarse de sus enemigos, estudió la forma y las fuerzas con las que podría llevar esto a cabo y encontró que la única fuerza militar que en ese momento podía igualarse a la romana era la de los volscos, si emprendía la guerra contra ellos de común acuerdo y a las

[1] Para los caps. 1-2, 3, véase Livio, II 35, 6-8.

[2] 487 a. C.

[3] Véase VI 92-94 y VII 21-64.

3 órdenes de un general prudente. Esperaba que si convencía a los volscos de que lo recibieran y le confiaran la dirección de la guerra, llevaría la empresa a término sin dificultad. Pero, por otra parte, le inquietaba la conciencia de haberles causado muy frecuentes desgracias en las batallas y de haberles hecho perder muchas ciudades aliadas. Sin embargo, no desistió del intento por la magnitud del peligro, sino que decidió correr ese riesgo y sufrir cualquier
4 consecuencia que de él se derivara. Aguardó una noche oscura y, entonces, fue a Ancio[4], la ciudad más importante de los volscos, a la hora en que sus habitantes estaban cenando y allí se presentó en casa de un hombre poderoso llamado Tulo Atio, que por su linaje, su riqueza y sus hazañas guerreras era orgulloso y generalmente conducía a toda la nación, y, sentándose en su hogar, se hizo
5 suplicante de este hombre. Después de contarle las razones que lo habían forzado a tener que buscar refugio entre sus enemigos, le pidió que fuera razonable y humanitario con un suplicante y que no considerara ya enemigo a un hombre sometido ni mostrara su poder contra los infortunados y humillados, considerando que la fortuna de los asuntos
6 humanos es variable. «Esto podrías aprenderlo muy bien de mi propio caso, pues aunque en otro tiempo fui considerado el más poderoso de todos los hombres en la ciudad más grande, ahora me veo solo, desterrado y humillado, y recibiré el trato que a ti, mi enemigo, te parezca. Pero te prometo que prestaré tantos servicios al pueblo de los volscos, si me hago amigo suyo, como desgracias le causé cuando era su enemigo. Si decides algo diferente con respecto a mí, déjate llevar al punto por tu cólera y concédeme el favor de darme la muerte más rápida, sacrificando

[4] Véase I 72, 5, n. 175.

al suplicante con tu propia mano y sobre tu propio hogar.»

Marcio y Tulo buscan un pretexto para la guerra

Mientras todavía estaba diciendo es- 2
tas palabras, Tulo le dio su diestra y, levantándolo del hogar, le pidió que tuviera confianza en que no sufriría ningún trato indigno de su valor y le dijo que le estaba muy agradecido por haber acudido a él, manifestando que incluso esto era un gran honor. Le prometió hacer a todos los volscos sus amigos, empezando por los de su propia ciudad. Y no faltó a ninguna de sus prome-
sas. No había transcurrido mucho tiempo cuando los dos 2
hombres, Marcio y Tulo, tras deliberar a solas, decidieron iniciar la guerra. Tulo propuso tomar inmediatamente a todo el ejército volsco bajo su mando y marchar contra Roma mientras estaba dividida y tenía generales poco belicosos. Marcio, en cambio, pensaba que primero había que buscar un motivo piadoso y justo para la guerra, pues decía que los dioses tomaban parte en todas las acciones, y en especial en las guerreras, en cuanto que son de mayor trascendencia que las demás y su resultado suele ser incierto. Sucedía que, en aquel tiempo, había una tregua y un armisticio entre romanos y volscos y hacía poco tiempo
que se había pactado un tratado por dos años. «Si diriges 3
la guerra contra Roma irreflexiva y precipitadamente —dijo—, serás culpable de haber roto el tratado y no tendrás a los dioses a tu favor. En cambio, si esperas a que ellos lo hagan, parecerá que te estás defendiendo y que acudes para salvar una tregua rota. El modo de que esto suceda y sean ellos los primeros en infringir el tratado, y de que parezca que nosotros dirigimos contra ellos una guerra piadosa y justa, yo lo he encontrado después de mucho pensar. Es necesario que, engañados por nosotros, sean ellos

4 los primeros en violar el tratado. La naturaleza del engaño[5], que he mantenido en secreto hasta ahora a la espera de la ocasión apropiada, pero que ahora, debido a tu apresuramiento en emprender la obra, me veo forzado a exponer antes de lo que pensaba, es ésta: los romanos se disponen a celebrar sacrificios y juegos muy brillantes y costosos, y muchos extranjeros irán como espectadores.
5 Espera esa ocasión y, entonces, vete tú y dispón al mayor número de hombres que puedas para ir a ver los juegos. Cuando estés en la ciudad, manda a uno de tus amigos más próximos que vaya junto a los cónsules y les diga en secreto que los volscos van a atacar la ciudad por la noche y que, por eso, han acudido tantos. Puedes estar seguro de que, si oyen esto, os expulsarán de la ciudad sin dudarlo un instante y os proporcionarán una justa causa de enojo.»

3 Estas palabras alegraron extraordinariamente a Tulo, que dejó pasar esa ocasión de enviar la expedición y se puso a hacer los preparativos de la guerra. Cuando llegó el tiempo del comienzo de la fiesta, después de que Julio y Pinario hubieran recibido ya el consulado, los mejores jóvenes volscos de cada ciudad, como Tulo había ordenado, se presentaron para ver los juegos. La mayoría, al no tener alojamiento en casas ni particulares ni de huéspedes, se albergaron en templos y lugares públicos, y cuando andaban por las calles, iban juntos en pandas y grupos, de modo que ya surgían por la ciudad rumores y extrañas sos-
2 pechas acerca de ellos. Entretanto, se dirige a los cónsules el delator enviado por Tulo —como Marcio había sugerido— y, como si fuera a revelar un asunto secreto a sus enemigos en contra de sus propios amigos, les obliga a

[5] Para los caps. 2, 4-4, véase Livio, II 37 ss.

garantizarle mediante juramento su seguridad y que ningún volsco sepa quién ha sido el que los ha delatado. Después de esto les refirió la información concerniente al falso ataque. Los cónsules creyeron que la historia era cierta y, al 3
punto, se reunió el Senado, convocado hombre a hombre por los cónsules. El delator fue conducido ante él y repitió en su presencia las mismas palabras, tras haber recibido garantías. Ya hacía tiempo que les parecía muy sospechoso el hecho de que tantos jóvenes de un solo pueblo hostil a ellos hubieran acudido a ver los juegos, y al añadirse ahora una delación, cuya falsedad ignoraban, la creencia se convirtió en certeza absoluta y todos decidieron expulsar de la ciudad a los hombres antes de la puesta del sol, anunciar públicamente la muerte para los que no obedecieran y que los cónsules se encargaran de la expulsión, para que se llevara a cabo sin ultraje y con seguridad.

En cuanto el Senado votó este decreto, unos fueron por 4
las calles proclamando que los volscos debían salir inmediatamente de la ciudad y hacerlo todos por una sola puerta, la llamada «Capena»[6]. Otros, mientras tanto, escoltaron junto con los cónsules a los expulsados. Entonces, al salir todos a la vez y por una sola puerta, se vio mejor qué grande era su número y qué fuertes eran todos. Tulo fue el primero en salir rápidamente y, ocupando un lugar conveniente no lejos de la ciudad, fue recogiendo allí a los que llegaban detrás. Cuando todos estuvieron reunidos, 2
convocó una asamblea en la que lanzó muchas invectivas contra Roma, manifestando que era terrible e insoportable el ultraje que los romanos habían inferido a los volscos, al expulsarlos de la ciudad a ellos solos de entre todos los

[6] *Porta Capena* «Puerta de Capena». Capena es una ciudad etrusca a orillas del Tíber.

extranjeros, y pidió que cada uno contara esto a su ciudad, y que hicieran que los romanos pusieran fin a su insolencia y dieran una satisfacción de su injusto comportamiento. Tras excitar con estas palabras a unos hombres irritados
3 por lo sucedido, disolvió la asamblea. Cuando marchó cada uno a su ciudad y contó a los demás el ultraje, exagerando lo ocurrido, todas las ciudades se irritaron y no pudieron contener su cólera. Unas a otras se enviaron embajadas pidiendo que todos los volscos se reunieran en una asamblea para adoptar un plan común con respecto a la
4 guerra. Todo esto se hizo fundamentalmente a instancias de Tulo. Y las autoridades de todas las ciudades y una gran multitud se reunieron en la ciudad de Ecetra[7], pues las demás pensaban que ésta estaba situada en el lugar más conveniente para una reunión. Los poderosos de cada ciudad pronunciaron muchos discursos. Luego se pasó una votación entre los presentes y venció la propuesta de emprender la guerra, pues los romanos habían sido los primeros en transgredir el tratado.

Los volscos consideran el modo de luchar contra los romanos. Discurso de Marcio

5 Cuando las autoridades propusieron considerar el modo en que debía lucharse contra ellos, Tulo se adelantó y les aconsejó llamar a Marcio y preguntarle cómo podría destruirse el poder de los romanos, pues él conocía mejor que nadie los puntos débiles y los puntos fuertes de la ciudad. Pareció bien esta sugerencia y enseguida todos gritaron que se llamara a Marcio. Éste, encontrada la ocasión que deseaba, se levantó cabizbajo y con lágrimas en los ojos y, tras una breve pausa, pronunció las siguientes palabras:

---

[7] Véase IV 49, 1, n. 77.

«Si pensara que todos vosotros teníais la misma opinión 2
de mi infortunio, no creería necesario defenderme acerca de él, pero, considerando que —como es natural que suceda entre muchos hombres de diferente modo de pensar— hay algunos que tienen acerca de mí una opinión que ni es verdadera ni merezco, pues creen que el pueblo no me habría expulsado de mi patria sin una causa verdadera ni justa, creo que es enteramente necesario que primero hable públicamente ante todos vosotros sobre mi destierro.
Tened paciencia conmigo, por los dioses, también los que 3
lo conocéis bien, mientras cuento lo que me han hecho mis enemigos y cómo he sufrido esta desgracia sin merecerlo, y no queráis oír lo que hay que hacer antes de averiguar qué clase de hombre es el que va a expresar su opinión. El discurso sobre este tema será breve, aunque comience desde muy atrás.

»El régimen de los romanos era, al principio, una mez- 4
cla de monarquía y aristocracia. Luego, el último rey, Tarquinio, quiso convertirla en una tiranía. Así que los jefes de la aristocracia se unieron contra él, lo expulsaron de la ciudad y se quedaron ellos con el poder, estableciendo, como todos reconocen, el mejor y más sensato de los regímenes. Pero no hace muchos años, sólo dos o tres, los ciudadanos más pobres y vagos, bajo el liderazgo de hombres malvados, tras cometer otros muchos ultrajes, intenta-
ron finalmente derrocar la aristocracia. Ante esto, todos 5
los principales senadores se preocuparon y decidieron que debían considerar el modo de que los que perturbaban el régimen cesaran en su insolencia, y por encima de todos los aristócratas, los que más nos preocupábamos éramos Apio, hombre digno de grandes elogios por muchos motivos, entre los de mayor edad, y entre los más jóvenes, yo. Y continuamente pronunciábamos ante el Senado discursos

sinceros, no para combatir al pueblo, sino porque veíamos con desconfianza el gobierno de los villanos, y no porque quisiéramos esclavizar a ningún romano, sino pensando que la libertad corresponde a todos, pero la dirección del Estado debe entregarse a los mejores.

6 »Al ver esto, aquellos jefes de la plebe[8], hombres de la peor calaña, lo primero que decidieron fue quitarnos de en medio a los que nos oponíamos más abiertamente, no atacándonos a los dos al mismo tiempo, sino, para que el asunto no resultara odioso ni molesto, empezando por mí, que era el más joven y fácil de vencer. Así pues, primero intentaron matarme sin juicio y, luego, pidieron que el Senado me entregara para ser ejecutado. Pero, como fracasaron en ambos empeños, me citaron a un juicio en el que
2 ellos mismos iban a ser jueces, acusándome de tiranía. Ni siquiera habían comprendido esto: que ningún tirano combate a la plebe aliándose con los aristócratas, sino que, al contrario, se alía con la plebe para destruir a los mejores ciudadanos. Y no me concedieron el tribunal que era tradicional, convocando la asamblea centuriada, sino el tribunal que todos reconocen que es el más ruin, reunido por primera y única vez contra mí, en el cual iba a prevalecer la opinión de los jornaleros, los vagabundos y los que conspiraban contra las posesiones ajenas sobre la de los hombres
3 buenos, justos y que querían salvar al Estado. Esto fue lo único que me quedó como resultado de no haber cometido ninguna injusticia: que, a pesar de ser juzgado por una muchedumbre, la mayor parte de la cual era hostil a los hombres de bien y, por tanto, hostil a mí, fui condenado sólo por dos votos, y eso que los tribunos iban a dejar su cargo si yo no era condenado, diciendo que sufrirían ma-

---

[8] Los tribunos.

les extremos de mi mano, y emplearon todo su esfuerzo
y celo contra mí durante el juicio. Después de recibir se- 4
mejante trato de mis propios conciudadanos, consideré que el resto de la vida sería para mí insoportable si no me vengaba de ellos, y por ese motivo, aun siéndome posible vivir sin preocupaciones, tanto en las ciudades latinas, si quería, por el parentesco, como en las que recientemente habían fundado nuestros padres, no quise, sino que busqué refugio junto a vosotros —que sabía que habíais sido muy injustamente tratados por los romanos y que estabais muy enemistados con ellos—, para castigarlos a vuestro lado, en la medida de mis fuerzas, con palabras, cuando haya necesidad de palabras, y con obras, cuando hagan falta obras. Y os estoy muy agradecido por vuestra acogida y, todavía más, por el honor que me habéis dispensado, sin guardarme ningún rencor, ni tener en cuenta ninguno de los daños que en la guerra sufristeis de mi mano, cuando todavía era vuestro enemigo.

»Veamos, ¿qué hombre sería yo, si después de haber 7
sido privado por quienes se habían beneficiado de mis actuaciones, de la gloria y de los honores que me correspondía obtener, de mis conciudadanos y, además de esto, haber sido apartado de mi patria, de mi casa, de mis amigos, de los dioses de mis padres, de las tumbas de mis antepasados y de todos los demás bienes, y haber hallado, en cambio, todo esto entre vosotros, contra quienes había luchado por ellos, no me enemistara con ellos, que se han portado conmigo como enemigos más que como conciudadanos, y no ayudara, en cambio, a quienes lo han hecho como amigos en lugar de como enemigos? Yo, al menos, no consideraría un hombre a quien no se irrita con quienes luchan contra él, ni muestra buena disposición hacia quienes lo han salvado. Considero mi patria no la ciudad que

me ha rechazado, sino aquella de la que yo, un extraño, he llegado a ser ciudadano. No quiero a la tierra en la que he sufrido injusticia, sino aquella en la que me encuentro
2 seguro. Y si los dioses nos ayudan y vosotros, como es de esperar, estáis bien dispuestos, espero que se producirá un cambio rápido y grande. Debéis saber que los romanos, que han tenido ya experiencia con muchos enemigos, no han temido a ninguno más que a vosotros, ni hay nada que anden buscando con más empeño que el modo de de-
3 bilitar a vuestro pueblo. Y ésta es la razón de que tengan algunas de vuestras ciudades, unas que han conquistado en la guerra, y otras que han conseguido engañándoos con la esperanza de una amistad: que no os unáis todos para llevar la guerra contra ellos. Así pues, si vosotros continuáis oponiéndoos a ellos y tenéis todos una opinión unánime con respecto a la guerra como hacéis ahora, fácilmente pondréis fin a su poder.

8 »El modo en que lucharéis con ellos y la forma en que trataréis la situación, puesto que, bien en reconocimiento a mi experiencia, bien por vuestra buena voluntad, bien por ambas razones, me pedís que manifieste mi opinión, os lo diré sin ocultar nada. Pues bien, en primer lugar os aconsejo que consideréis el modo de procuraros un pretexto justo y piadoso para la guerra. Y escuchad cuál sería, al mismo tiempo que justo y piadoso, conveniente para
2 vosotros. La tierra que poseían los romanos es pequeña y pobre; en cambio, la adquirida, la que poseen después de habérsela arrebatado a sus vecinos, es grande y fértil. Si cada uno de los pueblos que han sufrido esta injusticia pidiera la devolución de su tierra, ninguna ciudad sería tan pequeña, débil y falta de recursos como acabaría siendo la de Roma. Creo que vosotros debéis ser los primeros en
3 hacer esto. Así que enviad embajadores que reclamen las

ciudades vuestras que ellos están ocupando, que pidan que abandonen todas las fortalezas que han construido en vuestra tierra, y que intenten convencerlos de que devuelvan cualquier otra cosa que tengan que os hayan arrebatado por la fuerza. Y no empecéis la guerra antes de recibir su respuesta; pues, si hacéis como digo, conseguiréis una de las dos cosas que queréis: o bien recobraréis vuestras posesiones sin gasto ni peligro, o bien habréis obtenido un pretexto noble y justo para la guerra. Sin duda, todos admitirían que no desear lo ajeno, sino reclamar lo propio y luchar al no obtenerlo, es una forma de actuar honrada.
Veamos, ¿qué creéis que harán los romanos si vosotros 4
tomáis esa determinación? ¿Creéis que os devolverán vuestros territorios? ¿Y qué les impedirá, entonces, perder todos los territorios que no les pertenecen? Porque vendrán los ecuos, los albanos, los tirrenos y muchos otros para recuperar cada uno su tierra. ¿O pensáis que retendrán los territorios y no harán nada de lo que en justicia debieran? Esto es lo que yo creo. Pues bien, si decís que ellos han sido los primeros en obrar injustamente contra vosotros, iréis a las armas por necesidad y tendréis como aliados a cuantos han sido privados de lo suyo y han desesperado de recuperarlo ya de otro modo que no sea por las
armas. Esta ocasión que la fortuna ha proporcionado a 5
las víctimas de la injusticia sin que la esperaran, es la mejor y como no habrá otra igual para atacar a los romanos, ahora que están divididos, sospechan unos de otros y tienen jefes sin experiencia militar. Así pues, lo que era necesario sugerir de palabra y aconsejar a los amigos, lo he dicho con toda mi buena voluntad y sinceridad; pero respecto a lo que en cada ocasión será necesario prever y planear durante la propia acción, confiad la decisión a los
generales de vuestro ejército. Mi buena disposición estará 6

también en el puesto que me asignéis y trataré de no ser inferior a nadie, ni soldado, ni capitán, ni general. Tomadme y utilizadme donde vaya a seros de alguna utilidad, y estad seguros de que, si luchando contra vosotros fui capaz de causaros grandes daños, también combatiendo a vuestro lado podré prestaros grandes servicios.»

Los volscos envían una embajada a Roma

9 Tales fueron las palabras de Marcio. Ya mientras estaba hablando era evidente que sus palabras complacían a los volscos, y cuando terminó, todos, con grandes voces manifestaron que su consejo era el mejor y, sin conceder a ningún otro la palabra, aprobaron su plan. En cuanto estuvo redactado el decreto, eligieron a los hombres más ilustres de cada ciudad y los enviaron a Roma como embajadores. Decidieron por votación nombrar a Marcio miembro del Senado de todas las ciudades, que le fuera permitido participar en las magistraturas de todas partes y en todos los máximos honores que
2 había entre ellos. Y sin esperar la respuesta de los romanos, se pusieron todos a trabajar en los preparativos de la guerra. Y cuantos hasta entonces habían estado desanimados por el daño sufrido en las anteriores batallas, ahora todos cobraron ánimos, convencidos de que iban a destruir
3 el poder de los romanos. Los embajadores que habían enviado a Roma se presentaron ante el Senado y dijeron que para los volscos era muy importante poner fin a las querellas que tenían con los romanos y ser, en el futuro, amigos y aliados sin fraude ni engaño. Manifestaron que sería una prueba segura de su amistad si recobraban las ciudades que los romanos les habían arrebatado, y que, en caso contrario, no podría haber entre ellos una paz ni una amistad seguras, pues la parte ofendida es siempre por natura-

leza un enemigo para el agresor, y pidieron que no les forzaran a una guerra por no obtener justicia.

Respuesta del Senado romano

Cuando los embajadores dijeron estas 10
palabras, los senadores, después de despedirlos, deliberaron entre sí. Y cuando decidieron la respuesta que debían darles, los llamaron otra vez a la reunión y les comunicaron esta decisión: «No nos pasa inadvertido, volscos, que no pedís amistad, sino que queréis un pretexto apropiado para la guerra. Desde luego, lo que habéis venido a pedirnos bien sabéis que nunca lo obtendréis; pues solicitáis cosas injustas e imposibles. En efecto, si, después 2
de entregarnos los territorios, cambiáis de opinión y ahora los reclamáis, sufrís una injusticia si no los recobráis; pero, si por haberlos perdido en la guerra ya no sois sus dueños, cometéis injusticia al desear lo que no es vuestro. Nosotros, por nuestra parte, consideramos las mejores posesiones las que tenemos por haberlas obtenido en la guerra, y no somos nosotros los primeros que hemos establecido esta ley, ni la consideramos más humana que divina. Sabiendo que todos, tanto griegos como bárbaros, siguen esta misma ley, no podemos daros ninguna muestra de blandura, ni renunciar ya a nada de lo que hemos conquistado con la lanza. Sería, ciertamente, una desgracia si 3
lo que uno ha obtenido con su virtud[9] y su valor, lo perdiera por estupidez y cobardía. No os obligamos a luchar, si no queréis, ni lo rechazaremos, si lo deseáis. Si comenzáis, nos defenderemos. Comunicad esto a los volscos y decidles que ellos serán los primeros en coger las armas, pero nosotros los últimos en deponerlas.»

---

[9] Dionisio emplea el sustantivo *aretḗ* para referirse a la *virtus* romana. Unas veces lo hemos traducido por «valor» y otras por «virtud».

11 *Los volscos declaran la guerra a Roma. Tulo y Marcio son nombrados generales*

Los embajadores[10], tras recibir esta respuesta, la transmitieron al pueblo de los volscos. En consecuencia, se convocó una nueva asamblea y se ratificó un decreto de toda la nación declarando la guerra a los romanos. A continuación nombraron generales plenipotenciarios para la guerra a Tulo y Marcio, y votaron que se pagara una contribución en dinero y se hicieran todos los demás preparativos que su-
2 ponían que harían falta para la guerra. Cuando se iba a disolver la asamblea, se levantó Marcio y dijo: «Lo que ha votado vuestra comunidad está bien; y tenga lugar cada una de esas cosas a su tiempo. Pero, mientras pensáis en alistar el ejército y hacer los demás preparativos que, como es natural, supondrán algún trabajo y demora, emprendamos Tulo y yo el trabajo. Así que los que quieran saquear la tierra enemiga y apropiarse de un abundante botín, que vengan con nosotros. Prometo, si los dioses nos ayudan, proporcionaros muchas y grandes ganancias; pues los romanos, al ver que nuestras fuerzas aún no están reunidas, están todavía sin preparar, de manera que podremos saquear sin miedo todo el territorio que queramos.»

12 *Primera incursión de los volscos contra los romanos y latinos*

Los volscos aceptaron también esta propuesta y los generales, antes de que las resoluciones adoptadas llegaran a conocimiento de los romanos, partieron rápidamente a la cabeza de un gran ejército de voluntarios. Tulo, con una parte, se lanzó contra el territorio de los latinos, para cortar la ayuda que pudiera llegar de allí a los enemigos. Marcio, con el resto, marchó
2 contra el de los romanos. Como la desgracia cayó de im-

---

10 Para los caps. 11-13, véase LIVIO, II 39, 1 ss.

proviso sobre los habitantes del país, fueron cogidos muchos romanos libres, muchos esclavos y un número no pequeño de reses, animales de carga y demás ganado. Del trigo que encontraron, de los utensilios de hierro y de todas las demás herramientas que se utilizan para trabajar la tierra, se apoderaron de una parte, y la otra la destruyeron, pues al final los volscos se pusieron a prender fuego a las granjas, de modo que los que las habían perdido no pudieran recobrarlas durante mucho tiempo. En este aspec- 3
to sufrieron sobre todo las posesiones de los plebeyos, mientras que las de los patricios permanecieron intactas, y si alguna sufrió algún daño, parece que fue sólo en esclavos y ganado. En efecto, Marcio había dado esta orden, para que los patricios se hicieran todavía más sospechosos a los ojos de los plebeyos y no desapareciera la discordia de la ciudad, como en efecto sucedió, pues cuando les fue 4
anunciada a los romanos la incursión contra su territorio, y se enteraron de que la desgracia no había sobrevenido a todos por igual, los pobres se pusieron a gritar contra los ricos, acusándolos de haber traído a Marcio contra ellos, y los patricios, por su parte, se defendían manifestando que se trataba de un engaño malintencionado del general. Debido a la mutua sospecha y al miedo a una traición, nadie consideró oportuno correr en auxilio de lo que estaba siendo destruido o poner a salvo lo que había quedado, de modo que Marcio, sin ningún problema, retiró el ejército y condujo a todos de regreso a su patria sin haber sufrido ningún daño, después de haber hecho, en cambio, todo el que quisieron y haber conseguido grandes riquezas. Poco después regresó también Tulo del territorio 5
de los latinos, trayendo consigo grandes ganancias, pues tampoco aquéllos habían tenido una fuerza con la que presentar batalla al enemigo, ya que estaban sin preparar y

el peligro les había sobrevenido inesperadamente. Como resultado de esto, todas las ciudades volscas se dejaron arrastrar por la esperanza y antes de lo que podía suponerse no sólo se hizo el reclutamiento de los soldados, sino que también se llevaron a cabo todos los demás servicios que precisaban los generales.

Planes para la segunda incursión

13 Cuando todas sus fuerzas estuvieron ya reunidas, Marcio y su colega deliberaron sobre el modo en que debían conducirse en las acciones futuras. «A mí me parece, Tulo, que lo mejor es que dividamos el ejército en dos partes. Luego, que uno de nosotros, al frente de los más fuertes y animosos, presente batalla al enemigo, y, si éste acepta trabar combate con nosotros, decida la lucha en una sola batalla, y si —como estoy convencido que hará— rehúye confiar una batalla de la que dependen todos a un ejército recién reclutado y a unos generales inexpertos en la guerra, que no sólo ataque y devaste su territorio, sino que también aparte de ellos a sus aliados, destruya sus colonias y les cause todos los
2 demás perjuicios que pueda. El otro, que permanezca aquí para guardar el territorio y las ciudades, no vaya a ser que el enemigo caiga inadvertidamente sobre ellos, los pille desprotegidos y suframos la más vergonzosa de las desgracias, viéndonos despojados de lo que poseemos por desear lo que no tenemos. Pero es necesario que el que se quede aquí reedifique inmediatamente las murallas que han caído, limpie los fosos, fortifique las defensas para que sirvan de refugio a los campesinos, reclute otro ejército, suministre alimentos a los que estén fuera, forje armas y realice con
3 prontitud cualquier otro servicio que sea necesario. Te dejo que elijas si quieres mandar el ejército exterior o el que permanecerá aquí.» Mientras él decía estas palabras, Tulo

se mostró muy complacido con el plan y, como conocía la energía del hombre y su buena suerte en las batallas, le confió el mando del ejército exterior.

Marcio ataca Circeyos

14 Y Marcio[11], sin más demora, marchó con el ejército contra la ciudad de Circeyos[12], en la que había colonos romanos viviendo como ciudadanos junto con los del lugar, y la tomó al primer asalto. En efecto, cuando los circeyenses supieron que su territorio estaba en poder de los volscos y que el ejército se acercaba a la muralla, abrieron las puertas y salieron desarmados al encuentro del enemigo rogándole que tomara la ciudad,
2 lo que los salvó de sufrir una desgracia irreparable. En efecto, el general no hizo matar a ninguno, ni lo desterró de la ciudad, sino que, tras coger vestidos para los soldados, alimentos suficientes para un mes y una cantidad moderada de dinero, retiró el ejército, dejando una pequeña parte en la ciudad no sólo por la seguridad de sus habitantes, para que no sufrieran ningún daño a manos de los romanos, sino también para que en el futuro no hubiera rebeliones.

3 Cuando llegaron a Roma las noticias de lo sucedido, se produjo mucho mayor confusión y alboroto que antes. Los patricios hacían responsable al pueblo por haber desterrado de la ciudad a un hombre luchador, emprendedor y lleno de nobles sentimientos envolviéndolo en una falsa acusación, y haber así provocado que se convirtiera en general de los volscos.
4 Por su parte, los cabecillas del pueblo acusaban al Senado diciendo que éste había preparado todo el asunto con premeditación, y pretendiendo que la gue-

[11] Para los caps. 14-21, véase *ibid.*, II 39, 2-4.

[12] Véase IV 63, 1, n. 104.

rra no se dirigía contra todos los romanos en común, sino sólo contra ellos; y con éstos estaba la peor parte del populacho. Y por causa de la mutua enemistad y de las acusaciones vertidas en la asamblea, ni siquiera tomaron en consideración el reclutar tropas, llamar a los aliados o llevar a cabo los preparativos urgentes.

Respuesta del Senado a los embajadores latinos

15 Al observar esto, los romanos más an-
cianos se reunieron e intentaron conven-
cer en privado y en público a los plebe-
yos más sediciosos de que cesaran en sus
sospechas y acusaciones contra los patri-
cios, manifestando que, si por el destierro de un solo hom-
bre ilustre se había cernido sobre la ciudad un peligro tan
grande, ¿qué habría que suponer, si la mayoría de los pa-
tricios por los violentos reproches del pueblo se vieran for-
zados a albergar los mismos sentimientos? Y así estos
2 hombres contuvieron el desorden de la plebe. Cuando cesó
el alboroto, se reunió el Senado y, a los embajadores que
habían venido de la Liga Latina para pedir ayuda militar
a sus aliados, les respondió que no era fácil para ellos en-
viar ayuda en ese momento, pero que les permitían que
ellos alistaran su propio ejército y enviaran a sus propios
generales al frente de éste hasta que ellos les enviaran otro
ejército; pues en los tratados de amistad que habían hecho
3 con ellos, estas dos cosas estaban prohibidas. Ordenaron
también a los cónsules reunir un ejército mediante alista-
miento, mantener vigilada la ciudad y pedir ayuda a los
aliados, pero no sacar todavía las tropas a campo abierto
hasta que no estuviera todo preparado. Y el pueblo sancio-
nó estas resoluciones. Era poco el tiempo de mandato que
quedaba a los cónsules, de manera que no llegaron a llevar
a término nada de lo votado, sino que entregaron todo a
medio hacer a los que les sucedieron en el consulado.

Consulado de Espurio Naucio y Sexto Furio. Aliados de Roma se pasan a los volscos. Nueva incursión de éstos en territorio romano

Los que les sucedieron en el cargo, Espurio Naucio y Sexto Furio, dispusieron un ejército tan grande como pudieron mediante alistamiento de ciudadanos, y colocaron hachos y vigilantes en las fortalezas más estratégicas, para que no les fuera desconocido nada de lo que sucediera en el territorio. En poco tiempo se procuraron también dinero, trigo y armas en abundancia. 16

Así pues, sus preparativos los hicieron de la mejor manera 2 posible y no parecía que faltara ya nada. En cambio, no todos los aliados obedecieron de buena gana ni estaban dispuestos a participar voluntariamente en la guerra, de manera que, por temor a una traición, los cónsules no consideraron conveniente obligarlos por la fuerza. Pero ya algunos hacían abiertamente defección de ellos y ayudaban a los volscos. Primero comenzaron la defección los ecuos, 3 que, nada más iniciarse la guerra, fueron junto a los volscos y establecieron con ellos una alianza mediante juramentos. Éstos enviaron a Marcio un ejército numerosísimo y con la mejor disposición. Después de que éstos tomaran la iniciativa, muchos de los restantes aliados colaboraron en secreto también con los volscos y les enviaron fuerzas auxiliares, no como consecuencia de ninguna votación ni decreto de la asamblea, sino que a los que querían tomar parte en la campaña de aquéllos, no sólo no los disuadían, sino que incluso los animaban. Y en no mucho tiempo 4 se formó alrededor de los volscos una fuerza tan numerosa como jamás tuvieron en la época de máximo esplendor de sus ciudades. A su cabeza, Marcio realizó una nueva incursión contra el territorio de los romanos y, asentándose en él durante muchos días, devastó toda la tierra que había respetado en la primera invasión. En esta expedición 5

ya no se adueñó de muchos hombres libres, pues éstos, que ya hacía tiempo que habían preparado el equipaje con las cosas de más valor, se habían refugiado unos en la ciudad, y otros en las fortalezas cercanas más seguras. En cambio, cogió todo el ganado que no habían podido sacar y a los esclavos que lo apacentaban. Y se llevó también el trigo que todavía estaba en las eras, y los demás productos de la tierra, unos que estaban siendo recogidos y
6 otros ya recolectados. Después de haber saqueado y devastado todo sin que nadie se atreviera a salir a su encuentro condujo de vuelta a casa al ejército, que ahora iba cargado con el abundante botín y marchaba lentamente.

Tercera campaña. Sitio de los tolerienses

17 Los volscos, al ver la magnitud del botín obtenido y oír de la cobardía de los romanos, que, después de haber estado saqueando hasta ese momento los territorios de los demás sin reparo, soportaban entonces ver cómo su propio territorio era devastado, no sólo se llenaron de un gran orgullo, sino que tenían la esperanza de obtener la hegemonía, considerando que, sin duda, podrían destruir pronto y fácilmente el poder de sus adversarios. Ofrecieron sacrificios de acción de gracias a los dioses, adornaron los templos y las plazas con la ofrenda de despojos, y todos se entregaron a la fiesta y a la buena vida. A Marcio no paraban de admirarlo y celebrarlo como el más hábil de los hombres en materia de guerra y como un general sin igual entre los romanos y entre los
2 generales griegos y bárbaros. Sobre todo lo felicitaban por su fortuna, pues veían que todo cuanto emprendía salía fácilmente según sus planes; de manera que no había nadie en edad militar que quisiera que él lo dejara atrás, sino que todos deseaban tomar parte en las empresas y acudían
3 a él de todas las ciudades. El general, después de fortalecer

el ánimo de los volscos y reducir el valor de los enemigos
a una modesta y nada viril incapacidad, condujo su ejérci-
to contra todas las ciudades aliadas que se mantenían fie-
les. Y, disponiendo rápidamente todo lo necesario para el
asedio, marchó contra los tolerienses[13], que pertenecían a
la nación latina. Los tolerienses, que desde hacía mucho 4
tiempo temían hechos los preparativos para la guerra y ha-
bían reunido en la ciudad todo lo que tenían en el campo,
recibieron su ataque a pie firme y durante mucho tiempo
resistieron luchando desde las murallas e hiriendo a mu-
chos enemigos. Luego, rechazados por los honderos, tras
sufrir penalidades hasta bien entrada la tarde, abandona-
ron muchas partes de la muralla. Cuando Marcio se enteró 5
de esto, ordenó a los demás soldados acercar escaleras con-
tra las partes desprotegidas de la muralla y él, tomando
consigo a los mejores hombres del ejército, se lanzó contra
las puertas bajo una lluvia de proyectiles disparados desde
las torres, rompió los cerrojos y entró el primero en la
ciudad. En las puertas resistía una poderosa masa de com-
batientes, que no sólo lo recibieron con firmeza, sino que
durante mucho tiempo se mantuvieron fuertes luchando.
Pero cuando muchos hubieron muerto, el resto dio media
vuelta y huyó dispersándose por las calles. Y él los siguió, 6
matando a todos los que cogía, a menos que arrojaran las
armas y le suplicaran. Mientras tanto, los que subían por
las escaleras se apoderaron también de las murallas. Toma-
da de esta forma la ciudad, Marcio separó del botín todo
cuanto iba a ser ofrenda para los dioses y adorno para las
ciudades de los volscos, y el resto dejó a los soldados que
se lo llevaran. Había allí muchos hombres, mucho dinero 7
y mucho trigo, de manera que no era fácil que los vence-

[13] Habitantes de Tolerio.

dores recogieran todo en un solo día, sino que, trabajando por relevos, se vieron forzados a gastar mucho tiempo, llevando unas cosas ellos mismos, y otras a lomos de las bestias de carga.

Toma de Bola

18 Cuando todos los hombres y el dinero fueron sacados, el general dejó la ciudad desierta y condujo el ejército contra Bola [14], otra ciudad de los latinos. Y resultó que también los bolanos conocían de antemano su ataque y habían hecho todos los preparativos necesarios para la lucha. Así pues, Marcio, que esperaba tomar la ciudad al primer asalto, atacó por muchas partes de la muralla, pero los bolanos esperaron el momento oportuno y, abriendo las puertas, se precipitaron en masa, ordenados y en formación, y entablaron combate con el frente de la formación enemiga. Y después de matar a muchos de éstos, herir todavía a más y obligar al resto a una hui-
2 da vergonzosa, se volvieron a la ciudad. Cuando Marcio supo la derrota de los volscos —pues ocurrió que no se encontraba presente en el sitio en que tuvo lugar el suceso—, se presentó con unos pocos hombres a toda prisa y, tomando consigo a los que estaban esparcidos debido a la huida, los reunió y animó y, una vez dispuestos en formación, les indicó lo que debían hacer y les ordenó atacar
3 la ciudad por las mismas puertas. Cuando los bolanos volvieron a emplear la misma estratagema y salieron corriendo en masa, los volscos no los esperaron, sino que se retiraron y huyeron cuesta abajo, según las instrucciones del

---

[14] *Bola.* Antigua ciudad del Lacio que, en el siglo V, cambió frecuentemente de manos entre romanos y ecuos. Desapareció de la historia después del 389 a. C. (LIVIO, VI 2, 14; DIODORO, XIV 117, 4). Su emplazamiento es desconocido, pero sin duda estaba cerca del *Algidus* (la parte más oriental del extremo exterior del Monte Albano).

general. Y los bolanos, sin ver el engaño, los persiguieron bastante tiempo. Cuando estuvieron lejos de la ciudad, Marcio, con un cuerpo de jóvenes escogidos, salió al encuentro de los bolanos. Y murieron entonces muchos de éstos, unos mientras se defendían y otros mientras huían.
Marcio persiguió a los que se precipitaban hacia la ciudad 4
y consiguió entrar dentro de la muralla antes de que fueran cerradas las puertas. Una vez que el general se hizo dueño de las puertas, siguió el resto de los volscos, y los bolanos, abandonando la muralla, huyeron a sus casas. Cuando se adueñó también de esta ciudad, permitió a sus soldados hacer esclavos a los hombres y apoderarse del dinero. Y del mismo modo que antes, después de recoger todo el botín tranquilamente y con toda libertad, incendió la ciudad.

Toma de Labicos y Pedo. Rendición de Corbión y Coríolos

Desde allí cogió el ejército y lo condu- 19
jo contra los llamados labicanos. También esa ciudad[15], entonces de los latinos, había sido, como las otras, una colonia de los albanos. Con el fin de espantar a sus habitantes, prendió fuego a su territorio, empezando por donde la llama sería más visible. Los labicanos, que tenían una muralla bien construida, ni se espantaron por su ataque, ni dieron ninguna muestra de debilidad, sino que les hicieron frente luchando con valentía y muchas veces echaron abajo a los enemigos cuando intentaban escalar la
muralla. Sin embargo, no pudieron resistir hasta el final, 2
pues luchaban pocos contra muchos y sin el más mínimo respiro. En efecto, los volscos efectuaron por turnos muchos ataques, y por toda la ciudad, retirándose continua-

[15] *Labicum, Labici* o *Lavici* (Labicos), ciudad del Lacio entre Túsculo y Preneste.

mente los que estaban cansados y atacando otros hombres frescos. Sus habitantes, tras luchar contra ellos durante todo el día, sin descansar durante la noche, se vieron forzados por la fatiga a abandonar la muralla. Y Marcio, tras tomar también esta ciudad, la esclavizó y permitió a los
3 soldados repartirse el botín. Desde allí puso en marcha el ejército hacia la ciudad de los pedanos[16] —también ésta pertenecía a la nación latina—. Con el ejército dispuesto en orden de batalla llegó y se apoderó de la ciudad por la fuerza nada más acercarse a la muralla. Tras tomar las mismas disposiciones que en las ciudades anteriormente conquistadas, al romper el alba puso en marcha el ejército
4 y lo condujo contra Corbión[17]. Cuando estuvo cerca de la muralla, los de dentro le abrieron las puertas y salieron portando ramos de olivo, en vez de armas, y entregaron la muralla sin lucha. Marcio los felicitó por haber tomado la decisión más conveniente para ellos, les ordenó presentarse con el dinero y el trigo necesarios para el ejército y, tras obtener todo lo que había ordenado, condujo el ejército contra la ciudad de los coriolanos[18]. Como también sus habitantes la entregaron sin lucha y con muy buena disposición y le proporcionaron no sólo provisiones para el ejército, sino también dinero y todas las demás cosas que ordenó, condujo el ejército fuera de ella como a través de
5 una tierra amiga. En efecto, tuvo también siempre mucho cuidado de que los que les habían entregado las ciudades no sufrieran ninguno de los males que suelen causar las guerras, sino que recuperaran su tierra sin devastar y recobraran todos los rebaños y esclavos que habían dejado en

---

[16] *Pedum* (Pedo), ciudad del Lacio.

[17] Véase VI 3, 1, n. 3.

[18] *Corioli* (Coriolos). Véase VI 92, 1, n. 64.

sus posesiones. Y no permitía al ejército alojarse en las ciudades, para que no les sucediera nada por sus saqueos o sus robos, sino que acampaba junto a las murallas.

Toma de Bovilas

Desde esa ciudad puso en marcha al 20
ejército y lo condujo contra Bovilas[19], que entonces era ilustre y se contaba entre las muy escasas ciudades que dirigían la nación de los latinos. Como sus habitantes no lo recibieron, sino que confiaban en la fortificación, que era muy segura, y en el número de los que iban a luchar desde ella, Marcio, tras exhortar a su ejército a luchar valerosamente y prometer grandes recompensas a los que escalaran primero la muralla, emprendió la acción. Y
tuvo lugar una dura batalla por esa ciudad. Los bovilenses 2
no sólo rechazaban de la muralla a los que se acercaban a ella, sino que también abrían las puertas, salían corriendo en pelotón y empujaban cuesta abajo con violencia a sus oponentes. Allí se produjo una gran matanza de volscos, y el tiempo de asedio a la muralla fue largo y la esperanza de apoderarse de la ciudad escasa para todos. Pero el general hizo que la ausencia de los muertos no se notara poniendo a otros hombres en su lugar, y combatía el desaliento de los que estaban agotados lanzándose él mismo a la parte fatigada del ejército. Y no sólo su palabra, sino también sus obras incitaban al valor, pues afrontaba todos los peligros y no se quedaba atrás en ninguna empresa, hasta
que fue tomada la muralla. Tras apoderarse, por fin, tam- 3
bién de esta ciudad y matar en la acción a parte de sus habitantes y llevar a los otros prisioneros, sacó de allí el ejército después de haber obtenido la más gloriosa de las victorias, llevando un enorme y hermosísimo botín y ha-

[19] *Bovillae,* situada junto a la Vía Apia, a unos 19 km. de Roma.

biendo enriquecido a su ejército con las abundantísimas riquezas de que se había apoderado —había allí más que en ninguno de los territorios que había conquistado—.

Sitio de Lavinio. Situación en Roma

21 Después de esto, todo el territorio que atravesaba quedaba sometido y ninguna ciudad se le enfrentó, a excepción de Lavinio, que fue la primera ciudad que fundaron los troyanos que desembarcaron en Italia con Eneas y de la que procedía el pueblo romano, como ya he demostrado[20]. Los habitantes de esta ciudad pensaban que debían sufrir cualquier cosa antes que faltar
2 a la lealtad con sus descendientes. Así pues, allí tuvieron lugar violentos asaltos a los muros y combates encarnizados delante de las fortificaciones. Sin embargo la muralla no fue conquistada al primer asalto, sino que parecía que haría falta tiempo y constancia. Por tanto, Marcio dejó el asalto a la muralla y rodeó con un foso y una empalizada la ciudad, vigilando los caminos para que no les llegara ninguna provisión ni ninguna ayuda procedente del exterior.

3 Por su parte los romanos, enterados de la destrucción de las ciudades ya tomadas y de la necesidad que les había forzado a unirse a Marcio a las que lo habían hecho, e inquietos por las embajadas que diariamente llegaban a ellos procedentes de las ciudades que permanecían firmes en su amistad para pedir ayuda, y alarmados también por el cerco que se estaba construyendo alrededor de Lavinio —pues pensaban que si esa fortaleza era tomada, la guerra llegaría enseguida a ellos—, creían que el único remedio de
4 todas las desgracias sería votar el regreso de Marcio. Y no sólo pedía esto a gritos el pueblo entero, sino que también

20 Véase I 45, 1, 59, 63, y III 11, 2.

los tribunos querían introducir una ley para la invalidación de su condena. Pero los patricios se opusieron a ellos, pues no consideraban correcto anular ninguna sentencia. Como el Senado no presentó ningún decreto preliminar, tampoco a los tribunos les pareció ya conveniente hacer la propuesta al pueblo. Lo que también es digno de pre- 5
guntarse con admiración es el motivo por el que el Senado, que antes había tomado partido por Marcio, se opuso entonces al pueblo que quería hacerlo regresar: si estaba poniendo a prueba sus sentimientos y, al no consentir resueltamente, lo estimulaba a tomar mayor partido por él, o si quería liberarse de las calumnias lanzadas contra él, para evitar ser considerado responsable y cómplice de nada de lo que estaba haciendo el hombre. En efecto, era difícil explicar esta resolución del Senado porque fue secreta.

Marcio marcha sobre Roma. El Senado le envía hombres para tratar sobre la reconciliación

Marcio[21], enterado de esto por unos 22
desertores, se irritó y, al punto, puso en marcha al ejército y lo condujo contra Roma, dejando una guarnición suficiente en Lavinio. Y enseguida acampó en torno a las llamadas fosas Cluilias[22], a una
distancia de cuarenta estadios de la ciudad. Cuando los de 2
la ciudad se dieron cuenta de su presencia, se apoderó de ellos tal confusión —pues pensaban que de un momento a otro la guerra iba a llegar a sus muros—, que unos cogieron las armas y corrieron a las murallas sin que se hubiera dado orden alguna, otros fueron en masa a las puertas sin ningún jefe, otros armaron a sus esclavos y los colocaron en los techos de las casas, otros ocuparon la ciudadela, el Capitolio y las otras posiciones fuertes, y las

[21] Para los caps. 22-36, véase Livio, II 39, 4-11.

[22] *Fossae Cluiliae,* véase III 4, 1, n. 2.

mujeres, con los cabellos sueltos, corrieron a los bosques sagrados y a los templos llorando y suplicando a los dioses que apartaran de la ciudad el peligro que se les venía en-
3 cima. Cuando no sólo la noche, sino también la mayor parte del día siguiente pasaron, y nada de lo que habían temido sucedió, sino que Marcio permaneció tranquilo, todos los plebeyos se reunieron corriendo en el Foro, y llamaron a los patricios[23] al Senado y dijeron que, si no resolvían someter a votación en la asamblea el regreso de Marcio, ellos considerándose traicionados, tomarían una
4 determinación sobre su propia seguridad. Entonces, al fin, los patricios se reunieron en el Senado y votaron enviar a Marcio a cinco hombres de entre los más ancianos, hacia los que aquél sentía un afecto especial, para tratar de reconciliación y de amistad. Los hombres elegidos fueron: Marco Minucio, Póstumo Cominio, Espurio Larcio, Pu-
5 blio Pinario y Quinto Sulpicio, todos excónsules. Cuando llegaron al campamento y Marcio se enteró de su presencia, se sentó junto a los más ilustres de los volscos y de los demás aliados, donde más gente pudiera oír lo que se hablaba, y mandó llamar a los hombres. Cuando éstos entraron, comenzó a hablar Minucio, que era el que durante el tiempo de su consulado más se había esforzado por ayudarlo y más se había opuesto a los plebeyos, y dijo lo siguiente:

Discurso de Minucio

23 «Que no has sido tratado con justicia por el pueblo, Marcio, al haber sido desterrado de tu patria bajo una acusación vergonzosa, todos lo sabemos. Y no nos sorprende que tú estés irritado y te indignes por tu suerte, pues esta ley es común a toda la natu-

---

[23] «Patricios» está aquí por «senadores».

raleza humana: quien ha sufrido un mal es enemigo del
que lo ha causado. Pero de que no consideres con mente 2
sensata a quiénes debes combatir y castigar, ni muestres
moderación al exigir el castigo, sino que pongas en un mis-
mo lote a inocentes y a culpables, a amigos y a enemigos,
y que no sólo violes leyes inviolables de la naturaleza, sino
que confundas lo relativo a los dioses y ni, con respecto
a ti mismo, recuerdes quiénes son tus padres y quién eres,
de eso estamos admirados. Hemos venido, los que entre 3
los patricios destacamos por la edad y mostramos una
mejor disposición con respecto a ti, enviados por la comu-
nidad como embajadores para presentar una defensa mez-
clada con súplicas y para anunciar en qué condiciones te
pedimos que pongas fin al rencor que guardas al pueblo.
Además de esto, hemos venido para aconsejarte lo que
consideramos mejor y más conveniente para ti.

»Sea el primero el discurso concerniente a la justicia. 24
Los plebeyos, excitados por los tribunos, se unieron contra
ti y llegaron con la intención de matarte sin juicio porque
les inspirabas miedo. Esto lo impedimos nosotros, los del
Senado, y no permitimos que sufrieras entonces nada que
no fuera justo. Después, los hombres a quienes se había
impedido destruirte, te citaron a juicio bajo la acusación
de haber pronunciado en el Senado palabras contrarias a
ellos. Nos opusimos también a esto, como sabes, y no con- 2
sentimos que tú sufrieras ningún juicio ni por tu opinión
ni por tus palabras. Tras fracasar también en este empeño,
vinieron finalmente a nosotros con la acusación de que
aspirabas a la tiranía. De esta acusación tú mismo aceptas-
te defenderte, puesto que estabas bien lejos de ser culpable,
y permitiste que los plebeyos votaran sobre ti. El Senado 3
estuvo presente también en aquella ocasión e hizo muchas
súplicas por ti. Así pues, ¿de cuál de los males que te han

acaecido hemos sido culpables nosotros los patricios? Y ¿por qué luchas contra nosotros, que demostramos tan buena voluntad hacia ti durante aquel pleito? Pero, además, ni siquiera quedó de manifiesto que toda la plebe quisiera que tú fueras desterrado. A lo máximo fuiste condenado únicamente por dos votos, de manera que tampoco podrías ser con justicia enemigo de aquellos que te absolvieron por considerar que no habías cometido ningún deli-
4 to. Pongamos, si quieres, que fue evidente que el parecer, no sólo de todos los plebeyos, sino también del Senado era que tú sufrieras esa desgracia, y que tu odio contra todos nosotros es justo. Pero las mujeres, Marcio, ¿qué cosa terrible te han hecho para que luches contra ellas? ¿Qué clase de voto emitieron relativo al destierro o qué
5 malintencionadas palabras profirieron contra ti? Y ¿qué injusticia han cometido o planeado nuestros hijos con respecto a ti, para que corran peligro de sufrir esclavitud y todo lo demás que es normal que padezcan si la ciudad es tomada? No adoptas una decisión justa, Marcio. Y si crees que es necesario odiar a los responsables y a tus enemigos, de tal forma que no perdones ni a los inocentes ni a los amigos, ciertamente no piensas como corresponde a
6 un hombre bueno. Y, para dejar todo esto, ¿qué podrías decir, por Júpiter, si alguien te preguntara qué te han hecho las sepulturas de tus antepasados para que las remuevas y las prives de las honras que reciben de los hombres? Y los altares, bosques sagrados y templos de los dioses, ¿por la cólera de qué injusticia los saqueas, quemas y destruyes y no los dejas recibir el culto habitual? ¿Qué podrías decir a esto? Yo, por mi parte, no veo que puedas
7 decir nada. Queden hechas estas consideraciones, Marcio, acerca de nosotros mismos, los del Senado, acerca de los otros ciudadanos, a los que deseas destruir sin haber sufri-

do ninguna desgracia por su causa, y acerca de las tumbas,
de los templos y de la ciudad que te ha engendrado y edu-
cado.

»Veamos. Aun si estuviera bien que todos los hombres, 25
incluidos los que no te han causado ningún daño, junta-
mente con sus mujeres e hijos, sufrieran tu castigo, y que
todos los dioses, héroes y divinidades inferiores de la ciu-
dad y el territorio obtuvieran el 'provecho' de la insensatez
de los tribunos, y no exceptuaras ni dejaras ninguna parte
impune, ¿no te has cobrado ya suficientes castigos de to-
dos, después de haber realizado una matanza tan enorme
de hombres, haber arruinado a fuego y espada un territo-
rio tan vasto, haber asolado desde los cimientos tantísimas
ciudades, y después de haber obligado en tantos lugares
a que las fiestas, los sacrificios y los cultos de los dioses
y demás divinidades se dejaran de celebrar, se dejaran de
ofrecer y fueran privados de los honores acostumbrados?
Yo, al menos, no podría tener por cierto que un hombre 2
que tenga preocupación, por poca que sea, por la virtud,
destruya a sus amigos al mismo tiempo que a sus enemi-
gos, ni que sea cruel e inexorable en su cólera contra los
que cometen alguna falta contra él, especialmente después
de que éstos hayan pagado muchas y grandes penas. Así 3
pues, las palabras que teníamos que decir en nuestra defen-
sa y las súplicas que teníamos que hacer por la plebe son
éstas. Por otra parte, lo que tus más estimados amigos
tenemos que aconsejarte por nuestra buena voluntad, si te
inclinas por la lucha, y lo que tenemos que prometer, si
te reconcilias con tu patria, es lo siguiente: mientras dis-
pongas de tanto poder y los dioses todavía te ayuden, sé
moderado y administra tu suerte, considerando que todas
las situaciones cambian y que nada suele permanecer igual,
y que todos los que sobresalen, cuando llegan a la cúspide

de la notoriedad, incurren en la envidia divina y vuelven
4 de nuevo a la nada. Está ahora en tus manos poner fin a la guerra en los mejores términos; pues no sólo el Senado en pleno desea que se vote tu regreso, sino que también el pueblo está dispuesto a levantar el destierro perpetuo mediante la sanción de una ley. Así pues, ¿qué es lo que te impide todavía recobrar la dulcísima y queridísima vista de tus seres más cercanos, recuperar la patria por la que luchas, gobernar, como te corresponde, sobre los que gobiernan, mandar sobre los que mandan y dejar a tus hijos y descendientes el mayor motivo de orgullo? Pues, ciertamente, somos garantes de que todas estas promesas se cum-
5 plirán inmediatamente. En efecto, aunque ahora no estaría bien que el Senado o el pueblo votaran a tu favor nada conveniente ni mesurado, mientras estés acampado frente a nosotros y lleves a cabo actos hostiles; si depusieras las armas, no mucho después te llegaría, traído por nosotros, el decreto referente a tu regreso.

26 »De estas ventajas disfrutarás, si te reconcilias. En cambio, si persistes en tu cólera y no cesas en tu odio contra nosotros, te sucederán muchas desgracias, de las que yo te voy a decir ahora las dos más grandes y evidentes. En primer lugar, que tienes una perniciosa obsesión por un asunto que es difícil, por no decir imposible de llevar a cabo: destruir el poder de la ciudad de Roma, y eso, con las armas de los volscos. Luego, que si fracasas y no tienes suerte, se te podrá considerar el más desgraciado de todos los hombres. Escucha, Marcio, qué me ha inducido a albergar esta opinión sobre ti, y no te irrites por la sin-
2 ceridad de mis palabras. Considera, en primer lugar, la imposibilidad del asunto. Por una parte, los romanos, como también tú sabes, tienen un cuerpo numeroso de jóvenes de su propia nación a los que, si se suprimen las

disensiones internas entre ellos —cosa que forzosamente sucederá ahora por causa de esta guerra, pues todas las diferencias suelen acabar ante un miedo común—, no sólo no vencerán los volscos, sino que ni siquiera lo hará ningún otro de los pueblos de Italia. Por otra parte, la fuerza de los latinos y de los otros aliados y colonias de la ciudad es grande. Y ésta, admítelo, llegará pronto, toda, en nuestra ayuda. Además, generales como tú, tanto maduros como jóvenes, tenemos más que todas las demás ciudades
juntas. Y la mayor de todas las ayudas, que nunca en los 3
peligros traicionó nuestras esperanzas y que es mejor que ninguna fuerza humana, es el favor de los dioses, gracias a los cuales no sólo habitamos hasta la actualidad esta ciudad, libre ya por ocho generaciones con ésta, sino que,
además, es próspera y gobierna sobre muchos pueblos. Y 4
no nos compares con los pedanos, ni con los tolerienses ni con los demás habitantes de las pequeñas ciudades de que te has apoderado, pues también un general inferior a ti y con un ejército menor que ese tuyo tan grande habría vencido a tanta escasez de hombres y a tan modestas fortificaciones. Pero piensa en la grandeza de la ciudad, en la brillantez de sus hazañas bélicas y en la suerte que, gracias al favor de los dioses, la acompaña y por la que, de pe-
queña, se ha convertido en tan grande. Y tus fuerzas, a 5
la cabeza de las cuales intentas llevar a cabo tamaña empresa, no pienses que se han transformado, sino que debes recordar claramente que conduces un ejército de volscos y ecuos, a quienes nosotros, los aquí presentes, vencimos en muchos combates, cuantas veces se atrevieron a ponerse en guerra con nosotros. De manera que, entérate de que te dispones a luchar con hombres inferiores contra los mejores, y con los siempre derrotados, contra los siempre ven-
cedores. Incluso si fuera al contrario, es por lo menos 6

verdaderamente digno de admiración cómo, siendo experto en cuestiones de guerra, te ha pasado inadvertido que el *valor frente al peligro no suele presentarse* por igual en los que luchan en defensa de sus propios bienes, que en los que van a por los ajenos. Unos, si no tienen éxito, nada sufren; a los otros, en cambio, si fracasan, nada les queda. Y ésta fue, en la mayoría de los casos, la razón de que las grandes potencias fueran derrotadas por las inferiores, y las más fuertes, por las más débiles. En efecto, la necesidad es terrible y el peligro acerca de las cosas extremas es capaz de inspirar en un hombre un valor que incluso no se encuentra en su naturaleza. Todavía podría decir más sobre la imposibilidad de tu empresa, pero esto ya es suficiente.

27 »Me queda todavía un argumento que, si no lo juzgas con ira, sino con la razón, no sólo te parecerá correctamente expuesto, sino que te hará arrepentirte de lo que estás haciendo. Y ¿cuál es ese argumento? Que a ninguna *criatura concedieron los dioses tener un conocimiento seguro* de lo que va a suceder, y no podrías encontrar en todo el tiempo pasado una persona a la que todas las empresas le hubieran salido conforme a sus planes, sin que la suerte
2 le hubiera sido mínimamente adversa. Y por esta razón los que aventajan a los otros en prudencia —virtud que traen consigo la larga vida y las muchas experiencias—, antes de emprender ninguna acción, piensan que es necesario considerar primero su final, no sólo el que quieren que les resulte, sino también el que puede sobrevenir en contra de sus planes. Y, sobre todo, hacen esto los que dirigen las guerras, tanto más cuanto que las empresas que tienen a su cargo son de la mayor importancia, y todos achacan a éstos la responsabilidad de los triunfos y de las derrotas. Luego, si encuentran que no hay ningún daño en caso de

no triunfar, o que éstos son pequeños y pocos, acometen
la empresa; y si, por el contrario, son muchos y grandes,
la abandonan. Obra tú también así, y antes de actuar con- 3
sidera qué te tocará sufrir si fracasas en la guerra y no
tienes todo a tu favor. Por una parte, recibirás los repro-
ches de los que te han acogido y, por otra, tú mismo te
culparás de haber emprendido empresas superiores a tus
posibilidades. Y cuando nuestro ejército vaya, a su vez, a
su territorio y destruya su tierra —pues no nos daremos
por satisfechos si no nos vengamos de quienes nos han
agredido—, no podrás evitar una de estas dos cosas: o mo-
rir vergonzosamente a manos de esos mismos hombres,
para los que serás responsable de grandes desgracias, o a
manos de nosotros, a quienes has venido a matar y escla-
vizar. Y quizá aquéllos, antes de llegar a sufrir ninguna 4
desgracia, en un intento por llegar a una reconciliación con
nosotros, juzguen conveniente entregarte para que seas cas-
tigado, cosa que muchos bárbaros y griegos [24] se han visto
obligados a aceptar puestos en situaciones semejantes. ¿Te
parece que esto son cosas de poca importancia e indignas
de consideración y que hay que despreciarlas, o te parece
que son las desgracias más terribles que se pueden sufrir?

»Veamos: si triunfases ahora, ¿qué beneficio admirable 28
y digno de pelear por él obtendrías, o qué gloria consegui-
rías? Pues también debes considerar esto. En primer lugar
te tocará perder a las personas más queridas y próximas:
a tu desgraciada madre, a la que no das una recompensa
conveniente por haberte engendrado y criado y por los de-
más sufrimientos que pasó por ti; luego, a tu prudente es-
posa, que por añoranza de ti, en soledad y viudedad, la-

---

[24] Dionisio pone aquí en boca de Minucio la división griega del mundo entre griegos y bárbaros, es decir, «no griegos».

menta, sentada, tu destierro día y noche; y, además, a tus dos hijos, que, por descender de nobles antepasados, debían *disfrutar* de *la gloria de aquéllos, siendo bien consi-*
2 derados en una patria floreciente. De todos ellos te verás obligado a contemplar el fin lamentable y desgraciado si te atreves a llevar la guerra a nuestras murallas; pues, seguramente, no perdonarán a ninguno de los tuyos los que corren peligro de perder a los suyos y son tratados por ti con la misma crueldad, sino que, forzados por las calamidades, procederán a infligirles terribles torturas y despiadados ultrajes, y cualquier otro tipo de insulto. Y de esto no serán responsables los que lo hagan, sino tú, que los pu-
3 siste en la necesidad de obrar así. Tales son las dichas que recibirás, si esta empresa te sale según tus planes. Pero la alabanza, la admiración y los honores que todos los hombres buenos deben tratar de alcanzar, considera de qué clase serán. Serás llamado asesino de tu madre, verdugo de tus hijos, ofensor de tu mujer y azote de tu patria. Allí a *donde* vayas, *ningún hombre piadoso ni* justo *querrá* compartir contigo sacrificios, libaciones ni su hogar. Y ni siquiera serás honrado por aquellos para los que, dando muestras de buena voluntad, haces esto, sino que, tras haber disfrutado cada uno de algún beneficio de tus actos impíos, aborrecerán la arrogancia de tu comportamiento.
4 Efectivamente, omito decir que, aparte del odio que suscitarás en los más moderados, encontrarás también mucha envidia de tus iguales y miedo de los inferiores, y por estas dos cosas encontrarás conjuras y otras muchas cosas desagradables, que es natural que le sucedan a un hombre falto de amigos y que vive en tierra extranjera. Y no hablo de las Furias enviadas por los dioses y demás divinidades a los autores de hechos impíos y terribles, por las que, atormentados en cuerpo y alma, arrastran hasta el final una

vida miserable, mientras aguardan una muerte lamentable.
Considerando estas cosas, Marcio, arrepiéntete y cesa de
guardar rencor a tu patria; y, con el pensamiento de que
la Fortuna es responsable de todos los males que has sufri-
do a manos nuestras y de los que tú nos has infligido,
regresa contento con tu familia y recibe los más afectuosos
abrazos de tu madre, la dulcísima bienvenida de tu mujer
y los más tiernos besos de tus hijos, y devuélvete a tu pa-
tria como el más noble pago de la deuda que tienes con
ella por haberte engendrado y criado para que llegaras a
ser un hombre tan grande.»

Respuesta de Marcio

Cuando Minucio terminó de pronun- 29
ciar estas palabras, Marcio, tras una bre-
ve pausa, dijo: «De ti, Minucio, y de
vosotros, los que con él habéis sido en-
viados por el Senado, soy amigo y estoy
dispuesto a prestaros cualquier servicio que esté en mi po-
der, porque no sólo antes, cuando era vuestro conciudada-
no y me ocupaba de los asuntos públicos, me ayudasteis
en muchos momentos de necesidad, sino que, además, des-
pués del destierro, no abominasteis de mí con desprecio
por mi mala suerte de entonces, en la idea de que no po-
día ni hacer bien a mis amigos ni mal a mis enemigos,
sino que seguisteis siendo buenos y fieles amigos preocu-
pándoos de mi madre, de mi mujer y de mis hijos y ha-
ciendo más leves sus desgracias con vuestras atenciones.
Pero de los demás romanos no sólo soy enemigo con todas 2
mis fuerzas, sino que lucho contra ellos y no cesaré nunca
de odiarlos, porque a cambio de mis muchos hechos glorio-
sos, por los que era justo que fuera honrado, me desterra-
ron ignominiosamente de la patria, como si hubiera come-
tido los más graves delitos contra el Estado, sin mostrar
respeto por mi madre, ni compasión por mis hijos, ni nin-

3 gún otro sentimiento humano ante mi desgracia. Ahora que sabéis esto, si vosotros personalmente necesitáis algo de mí, decidlo sin vacilar, en la seguridad de que no dejaréis de obtenerlo en la medida de lo posible. Pero, en cuanto a la amistad y la reconciliación que me pedís que haga con el pueblo con la esperanza de poder regresar, dejad de hablar. En efecto, ¡con menuda satisfacción recibiría el regreso a una ciudad semejante en la que el vicio se lleva los premios de la virtud, y los castigos de los malhechores los sufren los que no han cometido ningún delito!
4 Pues decidme, por los dioses, ¿por qué delito he sufrido esta mala fortuna?, o ¿a qué actividad indigna de mis antepasados me he dedicado? Realicé mi primera campaña muy joven, cuando luchamos contra los reyes que intentaban regresar por la fuerza. A consecuencia de esa batalla, el general me impuso la corona del premio al valor por haber salvado a un ciudadano y matado a un enemigo[25].
5 Luego, en las demás batallas, de caballería o de infantería, en que participé, en todas me destaqué y por todas recibí el premio al valor. Y no fue tomada ninguna ciudad por asalto cuyos muros no fuera yo el primero en escalar, solo o con unos pocos. Ni se produjo ninguna huida del enemigo del campo de batalla de la que no reconocieran todos los presentes que había sido yo el principal responsable, ni se llevó a cabo ninguna otra acción militar brillante o valerosa sin mi valor ni mi buena fortuna.

30 »Y esas hazañas quizás algún otro hombre valiente podría contarlas de sí mismo, si bien no en tan gran número; pero ¿una ciudad entera, quién, general o centurión,

[25] La *corona civica,* que llevaba la inscripción *ob civem servatum* «por haber salvado a un ciudadano». La muerte del enemigo no se menciona expresamente como regla.

podría vanagloriarse de haberla tomado, como yo la de Coriolos, y de haber puesto en fuga, el mismo día y el mismo hombre, a un ejército enemigo, como yo hice con las fuerzas de Ancio que venían a ayudar a los sitiados? [26].
Y paso por alto que, después de haber dado tales muestras 2
de valor, cuando podía obtener del botín mucho oro y mucha plata, así como esclavos, bestias de carga, ganado y tierra, mucha y buena, no lo juzgué conveniente, sino que, queriendo ser lo más irreprochable posible, solo cogí del botín un caballo de guerra y, de los cautivos, sólo a mi huésped [27], y el resto de las riquezas las llevé y las entregué al Estado. Así pues, por estos hechos, ¿merecía sufrir 3
castigos u obtener honores? ¿Era digno de verme bajo la autoridad de los peores ciudadanos, o de dar yo justas órdenes a los inferiores? Pero ¿el pueblo no me desterró por esta razón, sino porque en mi vida privada era desenfrenado, derrochador e injusto? ¿Y quién podría señalar a alguien que por mis placeres contrarios a las leyes haya sido desterrado de su patria, haya perdido la libertad, haya sido privado de su dinero o sufrido alguna otra desgracia? Pero ni siquiera ninguno de mis enemigos me acusó nunca ni me culpó de nada de esto, sino que todos eran testigos de que también mi vida diaria era irreprochable. 'Pero, por 4
Júpiter, tus principios políticos —podría decir alguien—, al suscitar odios, te trajeron la desgracia; pues, pudiendo elegir el mejor partido, elegiste el peor, diciendo y haciendo todas las cosas por las que, por una parte, se acabaría con

[26] Véase VI 92 ss.

[27] En tiempos primitivos la hospitalidad para con los extranjeros era universal. Esta costumbre se mantuvo durante toda la Antigüedad, y los hombres de alta posición tenían «huéspedes-amigos» (gr. *xénoi*, lat. *hospites)* en la mayoría de los lugares que tenían probabilidad de visitar. En el mundo helenístico y romano estas relaciones estaban muy extendidas.

la aristocracia heredada de nuestros antepasados y, por
otra, el populacho ignorante y malvado sería dueño de los
asuntos públicos.' Pero yo hacía lo contrario, Minucio, y
cuidaba de que el Senado se ocupara siempre de los asun-
tos públicos y de que el orden de gobierno establecido se
5 mantuviera. Sin embargo, a cambio de esos nobles princi-
pios que a nuestros antepasados parecían dignos de emula-
ción, he obtenido de mi patria esta afortunada y feliz re-
compensa: ser desterrado no sólo por la plebe, Minucio,
sino mucho antes por el Senado, que al principio me ani-
mó con vanas esperanzas, cuando me oponía a los tribu-
nos que deseaban instaurar una tiranía, prometiendo que
me proporcionaría seguridad, pero cuando sospechó algún
peligro de los plebeyos, me abandonó y me entregó al
6 enemigo. Pero tú mismo, Minucio, eras entonces cónsul,
cuando se presentó el decreto preliminar del Senado con
relación al juicio y cuando Valerio, el que aconsejó entre-
garme al pueblo, fue muy aplaudido por sus palabras, y
yo, temiendo que, si se celebraba una votación los senado-
res me condenaran, convine en ello y prometí comparecer
voluntariamente al juicio.

31 »Venga, Minucio, contéstame, ¿también al Senado le
parecí merecedor del castigo por haber actuado en la vida
pública y en la privada de la mejor manera? ¿O sólo al
pueblo? Porque, por una parte, si todos erais de la misma
opinión entonces y todos me desterrasteis, es evidente que
todos los que quisisteis eso odiáis la virtud, y que no hay
en la ciudad ningún lugar para la honradez. Por otra par-
te, si el Senado condescendió con el pueblo forzado y ac-
tuó por necesidad, no por convicción, admitís, indudable-
mente, que estáis gobernados por los más ruines, y que el
Senado no es dueño de actuar según su determinación.
2 ¿Después de esto me pedís que regrese a una ciudad seme-

jante en la que la mejor parte es gobernada por la peor? Entonces habéis juzgado que mi locura es grande. Veamos, supón ahora que yo me he dejado convencer y, después de poner fin a la guerra, como vosotros pedís, he regresado, ¿cuáles serán mis sentimientos después de esto y qué clase de vida llevaré? ¿Elegiré la seguridad y la falta de peligro y, persiguiendo las magistraturas, los honores y los demás bienes de que me considero merecedor, consentiré en halagar al populacho que tiene el poder de otorgarlos? Entonces, de bueno me convertiré en malo y no obtendré
ningún provecho de mi anterior virtud. ¿O manteniendo 3
la misma forma de ser y observando los mismos principios políticos, me enfrentaré a los que no los comparten? Entonces, ¿no es evidente que el pueblo de nuevo luchará contra mí y que de nuevo pedirá que me sean impuestos otros castigos, haciendo en primer lugar, precisamente, esta acusación: que, después de haber obtenido el regreso gracias a ellos, no gobierno como sería de su agrado? No
puedes negarlo. Luego aparecerá otro demagogo atrevido, 4
semejante a Icilio o a Decio, que me acusará de dividir a los conciudadanos, de urdir una conspiración contra el pueblo, de entregar a traición la ciudad a los enemigos o, como incluso Decio me acusó[28], de intentar la tiranía, o de cometer algún otro delito, cualquiera que se le ocurra; pues
el odio no dejará de encontrar acusaciones. Y, además de 5
las otras acusaciones, en no mucho tiempo serán también presentadas todas las cosas que yo he llevado a cabo en la guerra: que he devastado vuestro territorio, me he llevado botín, os he arrebatado ciudades y a los que las defendían, a unos los he matado y a otros los he entregado al

[28] VII 41-46.

enemigo. Si mis acusadores dicen esto, ¿qué les diré en mi defensa o con qué ayuda contaré?

32 »¿Acaso no es evidente, Minucio, que habláis embelleciendo las palabras y con ironía, revistiendo una acción impía con un hermoso nombre? Pues, sin duda, no me estáis ofreciendo el regreso, sino que me devolvéis al pueblo como una víctima para el sacrificio, quizá incluso porque habéis planeado hacerlo así, pues ya no se me ocurre
2 pensar nada bueno de vosotros. Pero si —supongamos— lo queréis porque no prevéis nada de lo que me sucedería, ¿qué beneficio obtendré de vuestra ignorancia o estupidez? Porque, ni aunque estéis en disposición de hacerlo, podréis impedir nada, sino que estáis obligados a complacer también en esto al pueblo, como en todo lo demás. Para demostrar que no me convendrá, desde el punto de vista de mi seguridad, esto que vosotros llamáis 'regreso' y yo 'rápido camino a la destrucción', creo que no hacen falta ya muchas palabras. Pero, en cambio, para probar que ni siquiera desde el punto de vista de mi reputación, de mi honor o de mi piedad me conviene —puesto que tú Minucio, me pedías, y con razón, que tuviera también esto en consideración—, sino que, si os hago caso, actuaré del modo más vergonzoso e impío, escucha, a tu vez, lo que
3 tengo que decir. Yo fui enemigo de estos hombres y les causé muchos daños en la guerra, cuando estaba adquiriendo preponderancia, poder y gloria para mi patria. ¿No convenía entonces que yo fuera honrado por los que había beneficiado y odiado por aquellos a quienes había hecho daño? Sí, si por lo menos hubiera sucedido algo de lo que puede esperarse. Sin embargo, la fortuna dio la vuelta a estas previsiones y alteró los dos puntos de vista. En efecto, vosotros, por los que era enemigo de ellos, me privasteis de todo lo mío, y después de convertirme en un don

nadie, me desterrasteis; y, en cambio, ellos, que habían
sufrido desgracias terribles por mi causa, me acogieron en
sus ciudades pobre, sin hogar, humillado y sin patria. Y 4
no les bastó con llevar a cabo tan noble y magnánima ac-
ción, sino que también me concedieron la ciudadanía en
todas sus ciudades y los más altos honores y magistraturas
que hay entre ellos. Omito lo demás, pero ahora me han
nombrado general con plenos poderes del ejército exterior
y han puesto en mis manos todos los asuntos del Estado.
Vamos, ¿con qué corazón podría traicionar ahora a estos 5
hombres que me han honrado con tantos honores sin haber
recibido de ellos ningún agravio, ni grande ni pequeño? A
menos que sus favores me agravien como los míos a vo-
sotros. ¡Bonita fama me iba a dar ante todos los hom-
bres mi doble traición cuando se conociera! ¿Quién no me
aplaudiría al oír que, después de descubrir que mis amigos,
por quienes yo debía ser bien tratado, eran mis adversarios
y que, en cambio, mis enemigos, por los que debía haber
sido destruido, mis amigos, yo, en lugar de odiar a los que
me odiaban y querer a los que me querían, albergué los
sentimientos contrarios?

»Veamos, Minucio, considera también el trato que me 33
han dado los dioses, cómo se me ha presentado en el pre-
sente, y cómo será durante el resto de mi vida, si, conven-
cido por vosotros, traiciono la fe de estos hombres. Ahora,
por el momento, me ayudan en todas las empresas que
acometo contra vosotros y no fracaso en ningún intento.
Y ¿cuál creéis que es el peso de este testimonio de mi pie- 2
dad? Pues sin duda, si yo hubiera emprendido contra mi
patria una guerra impía, la intervención de los dioses me
sería necesariamente adversa en todo. Pero, puesto que
gozo de una fortuna que sopla con vientos favorables para
mí en las guerras, y todas las empresas que me propongo

me salen correctamente, es evidente que soy un hombre piadoso y que he elegido unos principios de conducta hon-
3 rados. Así pues, si cambio y trato de acrecentar vuestro poder y de empequeñecer el de ellos, ¿qué será de mí? ¿No me ocurrirá lo contrario y obtendré de los dioses un duro castigo que vengue a los que han sufrido injusticias y, de la misma manera que, gracias a los dioses, de insignificante llegué a ser grande, así también de grande volveré a ser insignificante y mis sufrimientos servirán de enseñan-
4 za a los demás? Esto es lo que se me ocurre pensar con respecto a los dioses, y estoy convencido de que aquellas Furias terribles e inexorables con los que han cometido alguna impiedad, que tú también, Minucio, mencionaste, me perseguirán atormentándome el alma y el cuerpo cuando abandone y traicione a los que me salvaron después de que vosotros me arruinaseis y, además de salvarme, me concedieron muchos y nobles favores, y ante quienes puse a los dioses como garantes de que no había llegado para hacerles ningún mal y de que mantendría la fidelidad que hasta ahora he preservado pura y sin mancha.

34 »Cuando todavía llamas amigos, Minucio, a los que me desterraron y patria a la que me rechazó, e invocas las leyes de la naturaleza y hablas de las sagradas, me parece que eres el único en ignorar las cosas más comunes y que nadie ignora: que al amigo o al enemigo no lo determinan ni los rasgos de un rostro ni la imposición de un nombre, sino que cada uno de ellos se revela por sus servicios, y todos queremos a los que nos benefician y odiamos a los que nos perjudican. Y esta ley ningún hombre nos la ha impuesto, ni ninguno la abolirá, si le parece mejor lo contrario, sino que está establecida por la naturaleza universal desde siempre, para todos los que están dotados de sentido, y permanecerá para siempre, transmitida de generación

en generación. Y por esta razón rechazamos a los amigos 2
cuando nos agravian, y hacemos amigos a los enemigos
cuando nos hacen algún favor, y a la ciudad que nos ha
engendrado, cuando nos beneficia, la amamos y, cuando
nos perjudica, la abandonamos, porque no la amamos por
el lugar, sino por el provecho. Y no sólo se le ocurre pen- 3
sar así a cada uno en particular, sino también a todas las
ciudades y pueblos, de manera que el que tiene esta forma
de pensar no pide nada fuera de las leyes divinas ni obra
en contra del parecer común de todos los hombres. Yo,
por tanto, considero que hago lo que es justo, conveniente
y noble, y al mismo tiempo, también lo que es más pia-
doso para con los dioses. Y no necesito tomar como jueces
acerca de esto a hombres que determinan la verdad por
conjeturas y apariencias, puesto que hago lo que parece
bien a los dioses. Ciertamente, no creo que acometa empre-
sas imposibles si tengo a los dioses como guías de ellas,
al menos si hay que juzgar el futuro por lo ya sucedido.

Marcio concede una tregua de treinta días a los romanos

»Acerca de la moderación a la que me 35
exhortáis y sobre que no destruya de raíz
al pueblo romano ni levante la ciudad
desde sus cimientos, podría decir, Minu-
cio, que eso no está en mi poder, ni de-
bías dirigirme a mí el discurso referente a ello, sino que
yo soy general del ejército, pero sobre la guerra y la paz
son ellos los que tienen el poder, de manera que pedidles
a ellos un armisticio relativo a la reconciliación, y no a
mí. Sin embargo, como honro a los dioses, respeto las 2
tumbas de mis antepasados y la tierra de la que procedo,
y compadezco a vuestras mujeres e hijos, a los que, sin
merecerlo, les alcanzarán los errores de sus padres y mari-
dos y, en no menos medida que por lo demás, también
por vosotros, Minucio, los que habéis sido elegidos como

enviados por la ciudad, doy la siguiente respuesta: si los romanos devuelven a los volscos todo el territorio que les han arrebatado y todas las ciudades que retienen, llamando previamente a los colonos, sellan con ellos una amistad perpetua y los hacen partícipes de iguales derechos de ciudadanía, como a los latinos, con juramentos y maldiciones contra los que transgredan lo acordado, pondré fin a la
3 guerra contra ellos. Antes no. Así que llevadles esta respuesta y discutid con ellos con mucho cuidado, del mismo modo que habéis hecho conmigo, estas consideraciones acerca de la justicia: que, en verdad, es hermoso vivir en paz teniendo cada uno sus propias pertenencias, que es muy importante no temer a ningún enemigo ni circunstancia, pero que, en cambio, es vergonzoso, por agarrarse a lo ajeno, mantener una guerra innecesaria en la que arriesgarán, incluso, todos sus bienes. Y mostradles que los premios no son iguales para los que triunfan que para los que fracasan en la lucha por una tierra ajena que codician. Si queréis, añadid también que los que desean conquistar las ciudades de los que han sido víctimas de su injusticia, si fracasan, no sólo son privados de su tierra y de su ciudad, sino que, además de esto, ven a sus mujeres sufriendo las más infames calamidades, a sus hijos ultrajados y a sus padres convertidos de libres en esclavos en el umbral
4 de la vejez. Y, al mismo tiempo, explicad al Senado que de estas desgracias no podrían culpar a Marcio, sino a su propia insensatez; pues teniendo en sus manos el obrar con justicia y no caer en ninguna desgracia, arriesgarán lo más importante por su continuo deseo de tierras ajenas.

5 »Tenéis mi respuesta. Nada más que esto obtendréis de mí. Ea, marchad y considerad lo que debéis hacer. Para que deliberéis os concedo un plazo de treinta días. Mientras tanto, por consideración a ti, Minucio, y a todos vo-

sotros, retiraré el ejército del territorio, pues si permaneciera aquí os causaría grandes perjuicios. Al trigésimo día esperadme para que reciba vuestra respuesta.»

Marcio toma siete ciudades latinas. Resolución de los romanos

Tras decir esto, Marcio se levantó 36
y disolvió la reunión. La noche siguiente, hacia la última guardia, levantó al ejército y lo condujo contra las restantes ciudades latinas, bien porque de verdad había sido informado de que iban a llegar desde ellas refuerzos para los romanos, como entonces declaró ante la asamblea, bien porque se hubiera inventado él mismo la noticia, para que no pareciera que había abandonado la
guerra para favorecer a los enemigos. Atacó la ciudad lla- 2
mada Lóngula[29] y, tras hacerse dueño de ella sin esfuerzo y haberla esclavizado y saqueado del mismo modo que a las otras, marchó contra la ciudad de Sátrico[30]. Tomó también ésta tras una breve resistencia de sus habitantes y, después de ordenar a un destacamento de su ejército que llevara el botín procedente de estas dos ciudades a Ecetra, cogió el resto del ejército y lo condujo contra otra ciudad, la llamada Cetia. Después de hacerse dueño también de ésta y saquearla, se lanzó contra el territorio de los poluscinos. Como éstos no pudieron resistir, tomó también su ciudad[31] por la fuerza y marchó a continuación contra las siguientes ciudades. Tomó por asalto a los albie-

---

[29] *Longula.* Ciudad volsca que había sido tomada por los romanos en el 491 a. C. (Véase VI 91.) Situada, según Livio, junto a la Vía Latina.

[30] *Satricum,* moderna Conca, entre Ancio y Velitras, en el Lacio. Volscos y romanos lucharon por ella hasta que estos últimos la destruyeron en el 346 a. C., dejando solo el templo de *Mater Matuta.*

[31] *Polusca.* Ciudad volsca, cercana a Lóngula, que, como ésta, había sido tomada por los romanos en el 491 a. C. Véase VI 91.

tes y mugilanos, y se apoderó de la ciudad de los coriela-
3 nos[32] mediante capitulación[33]. Tras hacerse dueño de siete ciudades en treinta días, volvió a Roma con un ejército mucho mayor que el de antes y plantó el campamento a poco más de treinta estadios de la ciudad[34], junto al camino que lleva a Túsculo.

Mientras Marcio conquistaba y se anexionaba las ciudades latinas, los romanos, tras mucho deliberar sobre sus condiciones, habían decidido no hacer nada indigno de la ciudad, sino que, si los volscos se retiraban de su territorio y del de sus aliados y súbditos y, para poner fin a la guerra, enviaban embajadores para tratar sobre la amistad, el Senado deliberaría sobre los términos justos en los que serían amigos y remitiría su decisión al pueblo; pero que, mientras permanecieran en su territorio y en el de sus aliados llevando a cabo acciones propias de enemigos, no vota-
4 rían ninguna medida generosa para ellos; pues los romanos habían tenido siempre mucho cuidado de no hacer nunca nada cediendo a un mandato o al miedo al enemigo, pero, cuando sus adversarios habían pactado y se presentaban como súbditos suyos, lo tenían de favorecerlos y conceder-

32 Coríolos. Marcio había conquistado también esta ciudad volsca en el 491 a. C. para los romanos y, precisamente por ello, había recibido el sobrenombre de «Coriolano». Véase VI 92-93.

33 Al menos dos de estos nombres están corruptos. En lugar de «albietes», Sylburg propuso leer «lavinienses», una enmienda atractiva, tanto paleográficamente como porque Dionisio nos cuenta que estaba sitiada por los volscos (*supra*, cap. 21), y luego no vuelve a hablar de ella. Por otra parte, Livio la nombra entre las ciudades tomadas por Coriolano. La forma «corielanos» sugiere inmediatamente «coriolanos»; pero este nombre parece haber sido usado ya *supra*, cap. 19. *Mugilla* es desconocida.

34 Un estadio son 625 pies romanos, y un pie romano son 0,296 m. El campamento de Marcio estaba, pues, a 5.500 m de Roma.

les cualquier cosa que pidieran dentro de lo razonable. Y la ciudad ha seguido manteniendo hasta nuestros días este espíritu en medio de muchos y grandes peligros, tanto en las guerras exteriores, como en las internas.

Entrevista de Marcio con los representantes del Senado. Tregua de tres días

El Senado[35], tras votar esto, eligió, de 37
entre los excónsules, a otros diez hombres como embajadores para que pidieran a Marcio que no pusiera ninguna condición penosa ni indigna de la ciudad, sino que, después de poner fin a su enemistad y retirar el ejército del territorio, tratara de conseguir sus pretensiones con persuasión y mediante palabras de conciliación, si es que quería realizar entre los dos pueblos un acuerdo firme y perpetuo, porque los acuerdos realizados por alguna necesidad o circunstancia, tanto entre particulares como entre Estados, se rompen en cuanto cambia la necesidad o la circunstancia. En cuanto los embajadores designados por el Senado fueron informados de la presencia de Marcio, marcharon hacia él y emplearon muchos argumentos seductores, conservando al mismo tiempo, sin embargo, en sus palabras la dignidad de la ciudad.
Pero Marcio no les dio más respuesta que el consejo de 2
que regresaran en el plazo de tres días, después de haber tomado una decisión mejor, pues ésa sería para ellos la única tregua de la guerra. Cuando los hombres quisieron decir algo al respecto, no se lo permitió, sino que les ordenó salir del campamento a toda prisa, amenazando con que, si no lo hacían, los tratarían como a espías. Y ellos salieron en silencio y se marcharon inmediatamente. Cuan- 3
do los senadores se enteraron de la arrogante respuesta y las amenazas de Marcio, ni siquiera entonces votaron en-

---

[35] Para los caps. 37 y 38, véase Livio, II 39, 12.

viar un ejército fuera de sus fronteras, bien por temor a la inexperiencia en la guerra de sus soldados —pues la mayoría eran recién reclutados—, bien porque consideraban la pusilanimidad de los cónsules —pues en ellos la disposición para la acción era mínima—, peligrosa para emprender una lucha tan importante, bien, incluso, porque la divinidad se oponía a la expedición por medio de auspicios, oráculos sibilinos[36] o sonidos ominosos, lo que los hombres de entonces, como los de ahora, no consideraban conveniente despreciar. Decidieron, sin embargo, guardar la ciudad con una cuidadosa vigilancia y rechazar a los atacantes desde las murallas.

38 *Nueva embajada a Marcio. La ciudad se prepara para un asedio*

Mientras estaban así ocupados y llevaban a cabo los preparativos, sin haber perdido todavía la esperanza de que aún fuera posible convencer a Marcio, si se lo pedían con una embajada mayor y más honrosa, votaron que los pontífices, los augures y todos los demás que estaban investidos con alguna dignidad sagrada o ministerio público relativo al culto —pues, entre ellos, hay muchísimos sacerdotes y servidores de los dioses y precisamente estos se distinguen más que los demás no sólo por la familia de sus antepasados, sino también por la reputación de su propia virtud—, portando los símbolos de los dioses cuyos ritos celebraban y a los que servían y llevando las vestiduras sagradas, se encaminaran juntos al campamento de los enemigos con las mismas palabras que
2 los anteriores. Cuando los hombres llegaron y dijeron todo lo que el Senado les había encargado, Marcio no dio respuesta a sus peticiones, sino que les aconsejó o marcharse y hacer lo que les había ordenado, si querían estar en paz,

[36] Véase IV 62.

o esperar a que la guerra llegara a la ciudad, y les prohi-
bió tener tratos con él en el futuro. Después de fracasar 3
también en este intento, los romanos renunciaron a toda
esperanza de reconciliación y se prepararon para un cerco,
colocando a los más fuertes en el foso y junto a las puer-
tas, y a aquellos que ya estaban libres del servicio militar,
pero cuyos cuerpos eran todavía capaces de soportar pena-
lidades, sobre las murallas.

Plan de Valeria

Entretanto[37], sus mujeres, viendo que 39
el peligro estaba cerca, tras abandonar el
sentido de la decencia que las hacía per-
manecer en casa, corrieron hacia los lu-
gares sagrados entre lamentos y se arro-
jaron delante de las estatuas. Todos los lugares sagrados
estaban llenos de gemidos y súplicas de mujeres, y sobre
todo el templo de Júpiter Capitolino. Allí estaba una de 2
ellas que sobresalía por su linaje y su reputación, y que
estaba entonces en la mejor edad y era muy capaz de pen-
sar lo conveniente. Su nombre era Valeria, y era hermana
de Publícola, el que ayudó a liberar a la ciudad de los
reyes[38]. Esta mujer, movida por alguna inspiración divi-
na, se colocó sobre el zócalo más alto del templo, y tras
llamar a las otras mujeres, primero las calmó y animó,
pidiéndoles que no se espantaran ante el peligro. Luego
aseguró que había una única esperanza de salvación para
la ciudad, y que ésta les estaba reservada sólo a ellas, si
querían hacer lo que hacía falta. Y una de ellas dijo: «¿Y 3
qué podríamos hacer nosotras, las mujeres, para salvar a
nuestra patria, cuando los hombres han renunciado a ello?
¿Cuál es esa fuerza tan grande que hay en nosotras, dé-

[37] Para los caps. 39-54, véase Livio, II 40 1-10.

[38] Véase IV 67, 3; 70, 1, 2, y 71, 5 ss.

biles y desgraciadas?» «Una fuerza —dijo Valeria— que
no necesita de armas ni brazos —pues la naturaleza nos
ha librado de su uso—, sino de buena voluntad y pala-
bras.» Después de esto se produjo un griterío y todas pe-
dían que explicara cuál era la ayuda que ellas podían pres-
4 tar. Entonces ella les dijo: «Con este atuendo sucio y de-
sordenado, tomando con nosotras a las demás mujeres y
llevando a nuestros hijos, vayamos a casa de Veturia, la
madre de Marcio, y, poniendo a los niños ante sus rodi-
llas, pidamos con lágrimas que, por compasión hacia noso-
tras, que no somos responsables de ningún mal, y hacia
la patria, que está en los peligros más extremos, vaya al
campamento de los enemigos con sus nietos, la madre de
éstos y todas nosotras, pues debemos acompañarla con
nuestros hijos; luego, que como suplicante pida y ruegue
a su hijo que no lleve a cabo nada irreparable contra la
5 patria; pues, cuando ella llore y suplique, un sentimiento
de compasión y una humana consideración invadirán al
hombre. No tiene un corazón tan duro e invulnerable que
pueda soportar que su madre se arroje a sus rodillas.»

Las mujeres van a ver a la madre de Marcio

40 Como las presentes aplaudieron sus
palabras, ella, tras suplicar a los dioses
que otorgaran persuasión y encanto a su
petición, salió del recinto sagrado y las
otras la siguieron. Después, tomando con
ellas a las otras mujeres, marcharon juntas a la casa de
la madre de Marcio. Al verlas acercarse, la mujer de Mar-
cio, Volumnia, que estaba sentada cerca de su suegra, pre-
guntó sorprendida: «¿Qué queréis pedir, mujeres, para ve-
nir en tan gran número a una casa desgraciada y humilla-
2 da?» Y Valeria respondió: «Como nos vemos en el mayor
de los peligros, nosotras y estos niños hemos recurrido co-
mo suplicantes a ti, Veturia, nuestra sola y única ayuda,

para pedirte, en primer lugar, que te compadezcas de nuestra patria común y no permitas que ella, que nunca estuvo sometida a nadie, sea despojada de su libertad por los volscos, y eso si es que, una vez que se hayan apoderado de ella, la perdonan y no se ponen a destruirla de raíz; y, en segundo lugar, hemos venido para suplicarte por nosotras mismas y por estos niños desgraciados, para que no suframos los ultrajes de los enemigos, no siendo nosotras responsables de ninguno de los males que os han acaecido.
Si queda algo humano y bondadoso en alguna parte de 3
tu alma, Veturia, compadécete, como mujer, de las mujeres que una vez compartieron contigo sacrificios y ritos, y, tomando contigo a Volumnia, la buena mujer de Marcio, a sus hijos y a nosotras suplicantes —que también somos de noble nacimiento— con estos niños, vete junto a tu hijo y trata de convencerlo, ruégale con insistencia y no dejes de suplicarle pidiéndole un único favor a cambio de muchos: que haga la paz con sus conciudadanos y regrese a su patria que desea recibirlo; pues tú lo convencerás, tenlo por seguro, y, siendo un hombre piadoso, no permi-
tirá que tú estés postrada a sus pies. Si haces regresar a 4
tu hijo, no sólo obtendrás tú misma una gloria inmortal, como es natural, por haber librado a la patria de un peligro y de un miedo tan grande, sino que también serás para nosotras causa de una cierta honra a los ojos de los hombres, porque habremos puesto fin a la guerra que ellos no podían detener, y nos mostraremos como las verdaderas descendientes de aquellas mujeres que, yendo como embajadoras, pusieron fin a la guerra que se había originado entre Rómulo y los sabinos y, reuniendo a los jefes y a los dos pueblos, hicieron que la ciudad se convirtiera de
pequeña en grande[39]. Noble empresa, Veturia, es recobrar 5

[39] Véase II 45-46.

a tu hijo, liberar a tu patria, salvar a tus propios conciudadanos y dejar a los que vengan la fama imperecedera de tu virtud. Concédenos voluntariamente y con buena disposición este favor, y apresúrate, Veturia, porque el peligro es grave y no admite deliberación ni demora.»

Respuesta de Veturia

41 Valeria, después de decir esto y verter muchas lágrimas, se calló. Y cuando también se lamentaban y hacían muchas peticiones las otras mujeres, Veturia, tras una breve pausa y con lágrimas, dijo: «Habéis recurrido a una esperanza débil y flaca, Valeria: la ayuda de nosotras, las infelices mujeres, que, aunque tenemos buena disposición hacia nuestra patria y la voluntad de salvar a los ciudadanos, sean como sean, carecemos de
2 la fuerza y del poder para hacer lo que queremos. En efecto, Valeria, Marcio nos ha rechazado desde que el pueblo lo condenó a aquel amargo castigo y ha aborrecido a toda su familia junto con su patria, y eso os lo podemos decir informadas por ningún otro que por el propio Marcio; pues, cuando, después de haber sido condenado en el juicio, vino a casa acompañado por sus amigos y nos encontró sentadas con harapos de luto, humilladas, con sus hijos en nuestras rodillas, llorando, como es natural, y lamentando la suerte que se apoderaría de nosotras cuando estuviéramos privadas de él, de pie, a una pequeña distancia de nosotras, sin llorar, como una piedra, y firme, dijo:
3 'Se os va Marcio, a ti madre y a ti, Volumnia, la mejor de las mujeres, desterrado por sus conciudadanos, porque fue noble y amante de su patria y sostuvo muchas luchas por ella. Soportad las desgracias sin hacer nada vergonzoso ni innoble, como cumple a mujeres buenas, y a estos niños que tenéis como consuelo de mi ausencia, criadlos de una forma digna de vosotras y de nuestro linaje. ¡Que los dio-

ses les concedan, cuando lleguen a hombres, una suerte
mejor que la de su padre y un valor no inferior! Adiós.
Me marcho ya, abandonando la ciudad que ya no tiene
sitio para hombres buenos. Y vosotros, dioses domésticos,
hogar de mis antepasados y divinidades que habitáis este
lugar, adiós.' Cuando hubo dicho esto, nosotras, desgra- 4
ciadas, lanzando los gritos que el sufrimiento reclamaba
y golpeándonos el pecho, nos abrazamos a él para recibir
sus últimos besos. Yo llevaba al mayor de estos niños de
la mano, y su madre tenía al pequeño en brazos. Pero él
se volvió y nos rechazó diciendo: 'Desde este momento,
madre, Marcio no será tu hijo: la patria te ha quitado al
sustentador de tu vejez. Ni tu marido, Volumnia, desde
este día: ¡que seas feliz tomando otro marido más afortu-
nado que yo! Ni seré vuestro padre, queridísimos hijos:
huérfanos y abandonados creceréis junto a estas mujeres
hasta que lleguéis a hombres.' Después de decir esto, sin 5
disponer ni ordenar nada más y sin decir a dónde iba, sa-
lió de la casa solo, mujeres, sin un esclavo, sin recursos,
sin llevar siquiera el desgraciado, de sus pertenencias, co-
mida para un día. Y con éste ya son cuatro los años, des-
de que fue desterrado de la patria, que nos considera a
todos ajenos a él, sin escribirnos, enviarnos noticias ni que-
rer saber nada de nosotros. Ante semejante corazón, tan 6
duro e invulnerable, ¿qué fuerza tendrán las súplicas de
nosotras, a quienes, cuando se marchó de casa, no dio
abrazos, ni besos ni ninguna otra muestra de afecto?

»Pero si vosotras aun así lo queréis, mujeres, y tenéis 42
tanto deseo de vernos obrar de forma deshonrosa, suponed
que Volumnia y yo nos presentamos ante él con los niños,
¿qué palabras le diré yo, su madre, primero? ¿Y qué peti-
ción haré a mi hijo? Decidme e instruidme. ¿Le pido que
perdone a sus conciudadanos que lo desterraron de su pa-

tria sin que hubiera hecho nada? ¿Que tenga piedad y compasión de los plebeyos de los que no obtuvo misericordia ni compasión? Entonces, ¿que abandone y traicione a los que lo recibieron en su destierro, que, a pesar de haber pasado muchos y terribles sufrimientos a manos de él, no mostraron hacia él odio de enemigos, sino benevolencia de
2 amigos y parientes? ¿Con qué corazón pediré a mi hijo que sea amigo de los que lo destruyeron y se porte injustamente con los que lo han salvado? No son esas palabras propias de una madre cuerda, ni de una mujer que piense lo que conviene a su marido. No nos obliguéis, mujeres, a que le pidamos lo que no es justo para los hombres, ni piadoso para los dioses; y dejad que, desgraciadas, yazcamos donde el destino nos ha hecho caer, sin cometer ninguna nueva torpeza.»

43 Cuando ella terminó de hablar, tan gran lamento surgió entre las mujeres presentes y tan gran gemido se apoderó de la casa, que el griterío se oyó en gran parte de la ciudad, y las calles que estaban en las inmediaciones de la
2 casa se llenaron de una multitud de gente. Entonces Valeria expuso nuevamente otras largas y conmovedoras súplicas, y todas las demás mujeres relacionadas por amistad o parentesco con cada una de las dos mujeres se quedaron con ella, rogando insistentemente y abrazando sus rodillas, de manera que, sin poder evitarlo, ante sus lamentos y sus muchas súplicas, Veturia cedió y prometió llevar a cabo la embajada en nombre de su patria, tomando consigo a la mujer de Marcio, a sus hijos y a las demás muje-
3 res que quisieran. Ellas se alegraron mucho y, tras invocar a los dioses para que las ayudaran en el cumplimiento de sus esperanzas, salieron de la casa y anunciaron lo sucedido a los cónsules. Ellos aplaudieron su buena voluntad y, convocando al Senado, preguntaron uno a uno a los se-

nadores su opinión acerca de si debía permitirse la salida
de las mujeres. Así pues, se pronunciaron numerosos dis-
cursos por parte de muchos senadores y hasta el atardecer
continuaron deliberando sobre lo que había que hacer.
Unos manifestaban que no era pequeño riesgo para la ciu- 4
dad dejar que las mujeres fueran junto con sus hijos al
campamento enemigo; pues, si despreciando el respeto
acostumbrado a los embajadores y suplicantes, decidieran
no dejar marchar ya a las mujeres, la ciudad sería tomada
sin lucha; y juzgaban conveniente que sólo se permitiera
ir a las mujeres emparentadas con Marcio, junto con sus
hijos. Otros pensaban que ni siquiera a éstas había que
permitirles la salida y aconsejaban guardar también a éstas
cuidadosamente, pues consideraban que tenían en ellas re-
henes de los enemigos como garantía de que la ciudad no
sufriría ningún daño irreparable de sus manos. Otros re- 5
comendaban consentir la salida de todas las mujeres que
lo desearan, para que las emparentadas con Marcio interce-
dieran con más dignidad por su patria. Y manifestaban
que de que nada malo les sucediera serían garantes, en
primer lugar, los dioses, a los que se consagrarían antes
de hacer su súplica, y, luego, el propio hombre al que iban
a dirigirse, que había mantenido su vida pura y limpia de
toda acción injusta e impía. Triunfó la opinión que con- 6
sentía la salida de las mujeres y que contenía las mayores
alabanzas para ambas partes, para el Senado por su sensa-
tez, porque preveía muy bien lo que iba a suceder, sin de-
jarse perturbar por el peligro, aunque era tan grande; y
para Marcio por su piedad, porque, pese a ser un enemigo,
se confiaba en que no cometería ninguna impiedad contra
la parte más débil de la ciudad cuando la tuviera en su
poder. Cuando se escribió el decreto, los cónsules fueron 7
al Foro, y, convocando una asamblea aunque ya era de

noche, explicaron la resolución del Senado y ordenaron que al romper el día fueran todos a las puertas de la ciudad para escoltar a las mujeres cuando salieran. Y dijeron que ellos mismos se ocuparían de las cosas urgentes.

Las mujeres van al campamento enemigo

44 Al rayar el alba, las mujeres, con los niños, fueron con lámparas a la casa de Veturia y, tomándola consigo, se dirigieron a las puertas de la ciudad. Los cónsules, que habían preparado troncos de mulas, carros y otros medios de transporte en el mayor número posible, las sentaron en ellos y las acompañaron un buen trecho. Y no sólo las acompañaban los senadores, sino también muchos otros ciudadanos, haciendo más notable su salida con sus invocaciones, alabanzas y súplicas.
2 Cuando, al acercarse, se hicieron ya bien visibles desde lejos para los del campamento, Marcio envió a algunos de sus jinetes con la orden de averiguar quien era la multitud que se aproximaba procedente de la ciudad y por qué lo hacía. Y, sabiendo por ellos que las mujeres de los romanos llegaban con sus hijos y que a la cabeza de ellas iban su madre, su mujer y sus hijos, primero se admiró del valor de las mujeres porque habían tomado la resolución de ir con sus hijos al campamento enemigo sin una guardia de hombres, sin cuidarse ya del decoro que convenía a las mujeres libres y prudentes, que les prohibía ser vistas entre hombres desconocidos, y sin asustarse de los peligros que correrían si ellos, eligiendo lo conveniente antes que lo
3 justo, decidieran sacar de ellas ventaja y provecho. Cuando estuvieron cerca, decidió salir al encuentro de su madre avanzando desde el campamento con unos pocos hombres, tras haber ordenado a sus lictores que dejaran las hachas que era costumbre que precedieran a los generales, y que

bajaran las varas[40] cuando llegara cerca de su madre. Los 4
romanos acostumbran a hacer esto cuando los que tienen magistraturas inferiores salen al encuentro de magistrados superiores, como también sucede en nuestros días. Marcio, observando entonces tal costumbre, como si fuera a reunirse con un poder superior, se desprendió de todos los signos del propio poder. Tan grande era en él la consideración y el cuidado del respeto a su familia.

Entrevista de las mujeres con Marcio

Cuando estuvieron cerca unos de 45
otros, la primera en acercarse a saludarlo fue su madre, vestida de luto y con los ojos deshechos por el llanto, digna de gran compasión. Al verla, Marcio, hasta entonces duro y firme, capaz de soportar todas las contrariedades, ya no pudo mantener nada de lo que había resuelto, sino que, llevado por sus sentimientos, se hizo más humano y, abrazándola, la besó y la llamó con las más dulces palabras, y durante mucho tiempo, llorando y mostrándole respeto, la tuvo fuertemente asida, pues ella estaba desfallecida y se caía al suelo. Cuando se cansó de abrazar a su madre, saludó a su mujer, que se acercó a él con
sus hijos, diciendo: «Has hecho la labor de una buena mu- 2
jer, Volumnia, permaneciendo junto a mi madre sin abandonarla en su soledad, y a mí me has hecho el más dulce de todos los regalos.» Después, acercó a sí a cada uno de los niños y les dio los abrazos propios de un padre. Luego se volvió de nuevo hacia su madre y le rogó que dijera qué había venido a pedir. Ella dijo que hablaría en presencia de todos, pues no iba a pedir nada impío, y le rogó que se sentara en el lugar donde acostumbrara a hacerlo
para administrar justicia a sus tropas. Marcio recibió de 3

[40] Las *fasces*. Véase III 61, 2 y n. 42.

buen grado sus palabras, en la idea de que podría recurrir a muchos argumentos justos frente a la petición de su madre, y de que daría su respuesta en un lugar conveniente para sus tropas. Cuando llegó a la tribuna de los generales, en primer lugar ordenó a los lictores bajar de allí el asiento y ponerlo en el suelo, pensando que no debía ocupar un lugar más alto que su madre ni utilizar ningún poder contra ella. Luego, tras sentar a su lado a los más destacados jefes y capitanes y permitir que estuvieran presentes todos los demás que quisieran, pidió a su madre que hablara.

Discurso de Veturia

46 Y Veturia, que había colocado a su lado a la mujer de Marcio, a sus hijos y a las más destacadas mujeres de Roma, primero lloró mirando a tierra durante mucho tiempo y movió a los presentes a
2 una gran compasión. Luego, recobrándose, dijo: «Marcio, las mujeres, considerando los ultrajes y las desgracias que les sobrevendrán si nuestra ciudad cae en poder de los enemigos, y después de haber desistido de cualquier otra ayuda, puesto que, cuando sus maridos te pidieron que pusieras fin a la guerra, les diste respuestas arrogantes y duras, con sus hijos y vestidas con estas ropas de luto, han recurrido a mí, tu madre, y a Volumnia, tu mujer, pidiendo que no permitamos que por tu causa ellas sufran los mayores de todos los males humanos, sin haber cometido ninguna falta, grande ni pequeña, contra nosotras, sino habiendo dado ya muestras de mucha simpatía cuando éramos felices, y de mucha compasión cuando su-
3 frimos la desgracia. En efecto, podemos atestiguar a su favor que desde que tú te marchaste de la patria y nosotras nos quedamos solas y sin ser ya nada, ellas han estado continuamente a nuestro lado, nos han consolado en

nuestra desgracia y han compartido nuestro dolor. Recordando esto yo y tu mujer, que vive conmigo, no desatendimos sus súplicas, sino que hemos aceptado, como nos pedían, venir a ti y suplicarte por la patria.»

Respuesta de Marcio

Todavía estaba ella hablando cuando 47
Marcio, interrumpiendo, dijo: «Cosas imposibles, madre, has venido a suplicar si me pides que, en beneficio de los que me desterraron, traicione a los que me acogieron y, en beneficio de los que me quitaron todo lo mío, traicione a los que me concedieron los mayores bienes que hay entre los hombres; a los cuales yo, cuando recibí este cargo, les puse a los dioses y demás divinidades como fiadores de que ni traicionaría a su Estado, ni pondría fin
a la guerra si no lo decidían todos los volscos. Por consi- 2
guiente, por respeto a los dioses por los que he jurado y por consideración a los hombres a los que di mi palabra, lucharé contra los romanos hasta el fin. Pero si devuelven a los volscos el territorio que les retienen por la fuerza y los hacen amigos suyos haciéndoles partícipes de todo por igual, como a los latinos, pondré fin a la guerra contra
ellos, de otro modo no. Por tanto, vosotras, mujeres, mar- 3
chad y decid a los hombres estas cosas y convencedlos de que no pretendan permanecer injustamente en territorio ajeno, sino que se den por contentos si se les permite conservar el suyo, y, porque posean las tierras de los volscos por haberlas obtenido en la guerra, no esperen hasta que de nuevo en la guerra ellos se las arrebaten; pues a los conquistadores no les bastará sólo con recobrar lo suyo, sino que también considerarán justo ocupar las propiedades de los sometidos. Pero si, por proteger lo que de ninguna manera les pertenece, están dispuestos a sufrir cualquier cosa manteniendo su arrogancia, culpadlos a ellos

de los males que sobrevendrán, no a Marcio ni a los vols-
4 cos ni a ningún otro hombre. Y a ti, madre, yo, por mi parte, como hijo tuyo que soy, te pido que no me incites a acciones impías e injustas, ni, poniéndote al lado de los que para mí y para ti misma son los mayores enemigos, consideres enemigos a los más allegados, sino que, quedándote a mi lado, como es justo, consideres tu patria la que yo considero como tal, y tu casa la que yo poseo, y disfrutes de mis honores y goces de mi gloria, considerando amigos y enemigos a los mismos que yo. Y te pido que te quites ya el luto que por mi destierro, desgraciada, lle-
5 vaste y que dejes ya de castigarme con ese aspecto. Porque, aunque los demás bienes, madre, los he recibido de los dioses y de los hombres por encima de mis esperanzas y súplicas, la preocupación por ti —a quien no he otorgado el agradecimiento que debo, sustentando tu vejez—, al penetrar profundamente en mis entrañas, ha hecho mi existencia amarga e incapaz de disfrutar de todos mis bienes. Pero si te pones a mi lado y quieres participar de todo lo mío, no me faltará ya ninguno de los bienes humanos.»

Contestación de Veturia

48 Cuando Marcio terminó de hablar, Veturia esperó un poco hasta que cesó el aplauso grande y largo que se produjo, y luego le dijo:

«Pero yo, Marcio, hijo, no te pido que seas un traidor para los volscos que te acogieron cuando estabas desterrado y que, además de otros honores, te confiaron el mando de sus tropas, ni quiero que, contra los acuerdos y los juramentos que les prestaste cuando tomaste a tu cargo el ejército, pongas fin a la enemistad por tu cuenta, sin el consentimiento general; y no creas que los dioses han infundido en tu madre tanta locura como

para exhortar a su amado y único hijo a acciones vergonzosas e impías. Por el contrario, te pido que renuncies a 2
la guerra con el consenso de todos, tras convencer a los volscos de que sean moderados con respecto a la reconciliación, y hagan una paz que sea hermosa y conveniente para ambos pueblos. Esto podría suceder si pusieras ahora en marcha el ejército y lo retiraras, tras hacer una tregua de un año, y, en ese tiempo, enviando y recibiendo embajadas, negociaras una verdadera amistad y una firme reconciliación. Y ten por seguro que los romanos, si los persuades 3
mediante la palabra y la exhortación, aceptarán hacer todo cuanto no impida ni la imposibilidad material ni ningún tipo de indignidad que vaya unida a ello; en cambio, por la fuerza, como tú ahora pides, nunca os concederían nada, ni grande ni pequeño, como puedes saber por otros muchos casos y, particularmente, por las concesiones que recientemente hicieron a los latinos que habían depuesto las armas. Los volscos, en cambio, tienen la gran arrogancia que sobreviene a los que han obtenido grandes triunfos. Pero si les enseñas que para ellos cualquier paz es mejor 4
que cualquier guerra, que un tratado llevado a cabo voluntariamente entre amigos es más seguro que los acordados por necesidad, y que es propio de hombres sensatos administrar la suerte cuando les parece que les van bien las cosas, y, cuando caen en la fortuna miserable y mala, no aceptar nada innoble, y empleas todas las otras palabras instructivas conducentes a la mansedumbre y a la moderación que se pueden encontrar, palabras que vosotros, los que os dedicáis a la política, conocéis[41] especialmente, ten por seguro que no sólo bajarán voluntariamente del orgullo

[41] El verbo de esta oración de relativo falta en los manuscritos. La traducción sigue la enmienda de Jacoby.

en que ahora se encuentran, sino que te concederán autori-
5 dad para hacer lo que creas conveniente para ellos. Y si
se te oponen y no aceptan tus propuestas inducidos por
los éxitos que han obtenido gracias a ti y a tu dirección,
pensando que siempre se van a mantener, renuncia pública-
mente al mando de su ejército y no te conviertas ni en
traidor de los que han confiado en ti, ni en enemigo de
tus más allegados, pues ambas cosas son impías. Esto es
lo que he venido a pedirte, Marcio, hijo, que no sólo no
es imposible, como tú dices, sino que está libre de toda
intención injusta e impía.

49 »Pero, vamos, tienes miedo de hacerte con una repu-
tación vergonzosa si haces lo que te pido, pensando que
darás pruebas de ingratitud hacia tus bienhechores, quie-
nes, después de haberte acogido pese a ser enemigo, te
hicieron partícipe de todos los bienes de que disfrutan los
ciudadanos de nacimiento, pues en esto insisten siempre tus
2 palabras. Pues bien, ¿no les has dado ya muchas y hermo-
sas compensaciones, y has sobrepasado sus beneficios con
favores de tamaño y número incalculables? A los que con-
sideran suficiente y el mayor de todos los bienes vivir en
su patria libre, no sólo les has hecho indudablemente ser
dueños de la suya, sino que también has hecho que estén
considerando ya si es mejor para ellos destruir el poder de
los romanos o participar de él en igualdad de condiciones,
3 estableciendo un gobierno común. Prescindo de mencionar
con cuántos despojos procedentes de la guerra has adorna-
do sus ciudades y qué grandes riquezas has regalado a los
que han participado contigo en las campañas. Los que gra-
cias a ti han llegado a ser tan grandes y han alcanzado
tan gran prosperidad, ¿crees que no se contentarán con los
bienes que tienen, y que se irritarán y se indignarán conti-
go si no viertes también sobre sus manos la sangre de tu

patria? Yo, al menos, no lo creo. Todavía me queda un 4
argumento, fuerte si lo juzgas con la razón, débil si lo haces con ira: el referente al odio injusto que albergas contra tu patria; pues no estaba sana ni gobernada según el orden tradicional cuando emitió la injusta sentencia contra ti, sino enferma y sacudida por una gran agitación, y no fue toda, entonces, de esa opinión, sino sólo la peor parte de
ella, que se dejó llevar por jefes malvados. Pero, ni aun 5
en el caso de que no sólo a los peores, sino también a todos los demás les hubiera parecido bien esto, y te hubieran desterrado en la idea de que tu comportamiento político no era el mejor, tampoco en este caso estaría bien guardar rencor a tu patria. En efecto, a otros muchos cuya política seguía los mejores principios les ha sucedido lo mismo y son pocos, ciertamente, a los que no ha sido adversa una injusta envidia de sus conciudadanos ante la reputación de
su virtud. Pero todos los que son nobles soportan las des- 6
gracias como hombres y con moderación, y se transladan a ciudades en las que puedan vivir sin perjudicar a su patria; como también hizo Tarquinio, el llamado Colatino —es suficiente un ejemplo único y de nuestra patria—, el cual, después de haber ayudado a liberar a sus conciudadanos de los tiranos[42], luego, falsamente acusado ante ellos de colaborar a su vez en el intento de restaurar a los tiranos[43] y desterrado por este motivo él mismo de la patria, no guardó rencor a los que lo habían desterrado, ni marchó contra la ciudad llevando consigo a los tiranos, ni hizo que los hechos fueran prueba de las acusaciones, sino que se marchó a Lavinio, nuestra metrópoli, y allí vivió

42 Véase IV 64-85.

43 Véase V 6-11.

todo el tiempo restante, siendo leal a su patria y amigo de ella[44].

50 »Admitamos esto, sin embargo, y concedamos a las víctimas de sufrimientos terribles no discernir si el que les ha hecho mal es amigo o extraño, sino albergar contra todos la misma cólera. En ese caso, ¿no te has hecho pagar suficientes satisfacciones por los que se comportaron injustamente contigo, al haber no sólo dejado inculta su mejor tierra, sino también destruido ciudades aliadas, que poseían tras haberse apoderado de ellas con muchos esfuerzos, y al haberles obligado, ahora por tercer año, a una gran escasez de provisiones? Pero llevas adelante tu colérico y enloquecido resentimiento, incluso hasta la esclaviza-
2 ción y destrucción de su ciudad. Y ni respetaste a los embajadores que vinieron enviados por el Senado trayéndote la absolución de las acusaciones y la posibilidad de regresar a tu casa, hombres buenos y amigos, ni a los sacerdotes que extendían ante ellos las ínfulas sagradas de los dioses, sino que también a éstos los despediste, después de haberles dado respuestas arrogantes y despóticas, como a hom-
3 bres vencidos. Yo, por mi parte, no sé cómo voy a aplaudir esas pretensiones obstinadas, orgullosas y que sobrepasan los límites de la naturaleza humana, cuando veo que se ha encontrado un refugio para todos los hombres y el medio de asegurarse el perdón de las ofensas mutuas en la forma de súplicas y plegarias, por las que se apaga toda cólera, y en vez de odiar al enemigo, se compadece uno de él, y que, en cambio, todos los que han obrado con arrogancia y han recibido con insolencia los ruegos de los suplicantes incurren en la cólera divina y acaban en sucesos
4 desgraciados. En efecto, los propios dioses, que fueron los

[44] Véase V 12.

primeros en establecer y transmitirnos esto, son indulgentes con los errores humanos y fáciles de aplacar, y ya muchos que han cometido grandes faltas contra ellos han aplacado su cólera con súplicas y sacrificios. A menos que tú, Marcio, pienses que la ira de los dioses es mortal y la de los hombres, en cambio, inmortal. Así pues, harás algo justo y conveniente para ti y para tu patria, si le perdonas lo que tienes que reprocharle, puesto que está arrepentida y dispuesta a la reconciliación y a devolverte ahora todo cuanto antes te quitó.

»Pero si, ciertamente, te muestras irreconciliable con 51
ella, concédeme, hijo, esa prerrogativa y ese favor a mí, de la que has recibido cosas no mínimamente importantes y acerca de las que cualquier otro podría tener pretensiones, sino las mayores y más honrosas y por las que posees todo lo demás: el cuerpo y el alma. En efecto, tienes de mí esos préstamos y ningún lugar ni tiempo me los quitará, ni los beneficios y favores de los volscos ni los de todos los demás hombres serán tan poderosos, aunque lleguen a ser altos como el cielo, que aniquilen y dejen a un lado los derechos de la naturaleza. Siempre serás mío, y a mí, antes que a nadie, me deberás el agradecimiento por tu vida y me concederás la ayuda que te pido sin disculpas.
Porque esto es lo que ha determinado la ley de la naturale- 2
za para todos los que gozan de sentido y razón, y, confiando en ella, Marcio, hijo, también yo te pido que no lleves la guerra a tu patria y me pongo como obstáculo para ti si empleas la violencia. Así que, o bien con tu propia mano me sacrificas a las Furias[45] a mí, tu madre, que

[45] *Furiae*, especie de espíritus infernales cuyo primitivo carácter dentro de las creencias romanas es muy difícil de precisar, ya que muy pronto se identificaron por completo con las Erinis griegas.

me opongo a ti, y emprendes entonces la guerra contra tu patria, o bien, avergonzándote ante la impureza del matricidio, cedes ante tu madre y le concedes voluntariamente
3 este favor. Así pues, contando como defensora y aliada con esta ley que ningún tiempo destruirá jamás, no considero justo, Marcio, verme yo sola privada por ti de los honores que ésta me confiere; pero, dejando la ley, considera de nuevo los recuerdos de hechos buenos, pensando que son muchos y grandes. Cuando tu padre te dejó huérfano, me encargué de ti, que eras un niño pequeño, y por ti permanecí viuda y sufrí pacientemente los trabajos de tu crianza, siendo para ti no sólo madre, sino también pa-
4 dre, nodriza, hermana y todo lo más querido. Cuando te hiciste un hombre, aunque me era posible, entonces, liberarme de las preocupaciones casándome con otro hombre, criar otros hijos y depositar muchas esperanzas sustentadoras de mi ancianidad, no quise, sino que permanecí en el mismo hogar y me contenté con la misma vida, centrando en ti solo todos mis placeres y ganancias, en los que, en parte involuntaria, en parte voluntariamente, me defraudaste y me hiciste la más desgraciada de todas las madres. En efecto, ¿cuánto tiempo desde que te conduje a la mayoría de edad pasé sin sufrimiento ni miedo? O ¿cuándo tuve el corazón contento, viéndote preparar guerra tras guerra, emprender batalla tras batalla y recibir herida tras herida?

52 »Pero, desde que te dedicaste a la política y te ocupaste de los asuntos públicos, ¿he disfrutado yo, tu madre, de algún placer por tu causa? Entonces, viéndote en medio de la disputa civil, era especialmente desgraciada. Las medidas políticas con las que parecías florecer y te enorgullecías, oponiéndote a los plebeyos en defensa de la aristocracia, ésas, me llenaban de miedo, al considerar cómo la vida humana oscila sobre una pequeña balanza y habiendo

aprendido, por muchas cosas que oí y me sucedieron, que
a los hombres notables o una venganza divina les hace
frente, o una envidia humana los combate; y ciertamente
fui una verdadera adivina —ojalá no lo hubiera sido nun-
ca— de lo que iba a suceder. En todo caso, te venció la
envidia de tus conciudadanos que cayó con fuerza sobre
ti y te apartó de la patria. Y mi vida de después, si tam-
bién a ésa hay que llamarla vida, desde que te marchaste
dejándome sola a mí y a estos niños, se ha consumido en
esta inmundicia y en estos gastados vestidos de luto. A 2
cambio de todo esto te pido este favor, yo, que nunca te
resulté una carga, ni lo seré en el futuro, mientras viva:
que te reconcilies con tus conciudadanos ya, y dejes de
guardar ese rencor implacable contra tu patria, y con esto
pido obtener un bien común para nosotros dos, no para
mí sola. En efecto, si me haces caso y no llevas a cabo 3
nada irreparable, tú conseguirás tener un alma limpia y sin
mancha de toda cólera y perturbación divina, y yo la esti-
ma de los ciudadanos y ciudadanas, que no sólo hará feliz
mi existencia acompañándome mientras viva, sino que tam-
bién, otorgada a mi memoria después de mi muerte, como
es natural, me procurará una fama inmortal. Y si es que 4
un lugar recibe las almas de los hombres una vez separa-
das del cuerpo, el subterráneo y sombrío en el que dicen
que viven los desgraciados no recibirá la mía, ni la llama-
da Llanura del Olvido, sino el éter puro y que está en el
aire, en el que se cuenta que viven los nacidos de los dio-
ses llevando una vida feliz y bienaventurada, a los cuales
mi alma, pregonando tu piedad y los favores con los que
la honraste, siempre pedirá a los dioses hermosas recom-
pensas para ti.

»En cambio, si ultrajas a tu madre y deshonrada la 53
despides, no puedo decir lo que tendrás que sufrir por ello,

pero preveo que nada favorable. E incluso, si en todo lo demás eres feliz —admitamos este supuesto—, sé bien que el dolor por mí y mis desgracias, que te acompañará y nunca dejará libre tu alma, privará a tu vida del disfrute
2 de todos sus bienes. En efecto, Veturia no soportará, después de haber recibido el terrible e irreparable ultraje ante tantos testigos, vivir el más mínimo tiempo, sino que ante los ojos de todos vosotros, amigos y enemigos, me daré muerte, dejándote en mi lugar una pesada maldición y unas
3 terribles Furias como vengadoras. Que no haga falta llegar a esto, oh dioses guardianes de la hegemonía de los romanos. Conceded pensamientos piadosos a Marcio, y que, como ahora mismo al acercarme me apartó las hachas, bajó los bastones, quitó el asiento de la tribuna y lo puso en el suelo, y todas las demás distinciones con que es costumbre honrar a los magistrados con plenos poderes, unas las disminuyó y de otras se deshizo del todo [46], queriendo hacer evidente a todos que era justo que a los demás él los gobernase, pero que su madre debía gobernarlo a él, así también ahora me otorgue honra y fama y, concediéndome como un favor nuestra patria común, me haga, en lugar de la más desgraciada, la más afortunada de todas
4 las mujeres. Y si es lícito y piadoso que una madre se arrastre ante las rodillas de su hijo, me someto, no sólo a eso, sino a cualquier otro comportamiento y servicio humildes por la salvación de la patria.»

---

46 Las palabras «y todas las demás distinciones... y de otras se deshizo del todo» son rechazadas por Garrer y Jacoby como una interpolación. No hay nada que corresponda a estas palabras en 44, 3 y 45, 3, donde se cuentan estos hechos.

Fin del asedio

Tras decir esto, se arrojó al suelo y, abrazando los pies de Marcio con las dos manos, los besó. Cuando ella cayó al suelo, todas las mujeres gritaron a la vez, profiriendo un lamento agudo y prolongado, y los volscos que estaban presentes en la asamblea, sin poder soportar el inusual espectáculo, volvieron la cara a otro lado. Y el propio Marcio, saltando del asiento y arrojándose sobre ella, levantó del suelo a su madre, que apenas respiraba, y después de abrazarla y verter muchas lágrimas, dijo: «Obtienes, madre, una victoria no favorable ni a ti ni a mí; pues, por una parte, has salvado a la patria, pero, por otra, me has perdido a mí, tu piadoso y amante hijo.» Tras decir esto, se retiró a su tienda, pi- 54

y amante hijo.» Tras decir esto, se retiró a su tienda, pidiendo a su madre, a su mujer y a sus hijos que lo acompañaran. Allí pasó el resto del día, considerando con ellas lo que era necesario hacer. Y esto fue lo que decidieron: por una parte, que, con respecto a su regreso, ni el Senado presentara ninguna propuesta al pueblo, ni aquél emitiera ningún otro voto antes de que los volscos tuvieran dispuesto lo concerniente a la amistad y a la terminación de la guerra; por otra, que él, levantando el ejército, lo retirara como a través de un territorio amigo, y que, después de dar cuenta de su conducta en el mando y enumerar los beneficios que les había proporcionado, pidiera a los que le habían confiado el mando del ejército, que, a ser posible, recibieran en amistad a los enemigos y concluyeran un tratado justo encomendándole a él el cuidado de que el acuerdo fuera equitativo y libre de engaño; pero que si, llenos 2

do fuera equitativo y libre de engaño; pero que si, llenos de arrogancia por sus triunfos, no aceptaban la reconciliación, renunciase al mando que ellos le habían confiado, pues ellos. o no se atreverían a elegir a ningún otro general por falta de un buen jefe o, si se arriesgaban a entregar 3

el mando a cualquiera, aprenderían, a costa de un gran daño, a elegir lo conveniente. Tales fueron sus deliberaciones y sus decisiones justas, piadosas y encaminadas a obtener una buena reputación ante todos, algo de lo que Mar-
4 cio se preocupaba especialmente. Pero les perturbaba la sospecha, mezclada con temor, de que una muchedumbre irreflexiva, en la confianza ya de haber dominado al enemigo, tomara la mala fortuna con una cólera desmedida y entonces le hiciera perecer por su propia mano sin dejarle hablar, como a un traidor. De todas formas decidieron afrontar con valor también este peligro y cualquier otro más terrible que pudieran correr por salvar el com-
5 promiso. Hacia la puesta de sol se besaron mutuamente y salieron de la tienda. Luego las mujeres regresaron a la ciudad, y Marcio ordenó a sus soldados que se prepararan para levantar el campamento la noche siguiente, después de haber explicado en una asamblea a los presentes, las causas por las que iba a poner fin a la guerra, haber pedido encarecidamente a sus hombres que no sólo lo perdonaran, sino que, cuando llegaran a su casa, acordándose de los beneficios que habían recibido, ayudaran para que no sufriera ningún daño irreparable a manos de los otros, y haber dicho otras muchas y convincentes palabras.

Templo de la «Fortuna Muliebris»

55 Los romanos, cuando se enteraron de que el peligro se había disipado, pues la noticia se anticipó, adelantándose a la llegada de las mujeres, dejaron la ciudad llenos de alegría y corrieron al encuentro de éstas abrazándolas y entonando cantos y dando, unas veces juntos y otras cada uno por su cuenta, todas las manifestaciones de alegría que de palabra y obra dan los hombres cuando, en medio de grandes peligros, obtienen una
2 suerte inesperada. Así pues, aquella noche la pasaron entre

fiestas y placeres y al día siguiente el Senado, convocado por los cónsules, manifestó, con respecto a Marcio, su intención de posponer para una ocasión más conveniente los honores que se le iban a conceder; y en cuanto a las mujeres[47], que no sólo se les diera por su celo[48] la merecida alabanza que les proporcionase en un documento público el recuerdo eterno de los tiempos venideros, sino también una recompensa, la que para ellas fuera a ser la más dulce y honrosa de recibir. Y el pueblo ratificó esta resolución.
A las mujeres, tras una deliberación, se les ocurrió no pe- 3
dir ningún regalo que pudiera ser objeto de envidida, sino solicitar que el Senado les permitiera construir un templo a la *Fortuna Muliebris*[49] en el lugar en que habían hecho las súplicas por la ciudad y, reuniéndose todos los años, ofrecerle sacrificios el día en que pusieron fin a la guerra. El Senado y el pueblo votaron consagrar a la diosa un terreno comprado con el dinero público, construir un templo y un altar como los pontífices ordenasen, y ofrecer sacrificios a expensas públicas, siendo una mujer que ellas designasen como ministro de los sacrificios la que les diese comienzo. Una vez que el Senado votó esto, entonces las mu- 4
jeres eligieron sacerdotisa, por primera vez, a Valeria, la que les había propuesto el plan de la embajada y había convencido a la madre de Marcio de que tomara parte con ellas en la salida. El primer sacrificio lo hicieron las mujeres en nombre del pueblo, iniciando los ritos Valeria sobre

---

47 Para 55, 2-5, véase Livio, II 40, 11 ss.

48 A partir de aquí la frase está llena de dificultades.

49 Es decir, «a la Fortuna de las mujeres». «Fortuna» es una antigua diosa italiana, identificada en tiempos clásicos con *Týchē*. En su origen parece haber tenido relación con la fertilidad y con la vida de las mujeres. Se dice que su culto en Roma fue introducido por Servio Tulio (véase IV 27, 7 y 40, 7).

el altar construido en el recinto sagrado, antes de que fueran erigidos el templo y la imagen, en el mes de diciembre del año siguiente, en la luna nueva, que los griegos llaman *noumēnía* y los romanos Calendas[50], pues éste era el día que había puesto fin a la guerra. Al año siguiente, después del primer sacrificio, el templo, construido con los fondos públicos, fue terminado y consagrado sobre el día séptimo del mes *Quintilis,* según la luna. Éste es, según los romanos, el día anterior a las nonas de *Quintilis*[51]. El que lo consagró fue Próculo Virginio, uno de los cónsules.

Aparición de la diosa

56 Se ajustaría al carácter de la historia y contribuiría a la corrección de quienes creen que los dioses ni se alegran con los honores que reciben de los hombres, ni se irritan con las acciones impías e injustas, el dar a conocer la aparición de la diosa que tuvo lugar aquel año, no una vez, sino dos, como está registrado en los libres de los pontífices, a fin de que los más cautos con respecto a la conservación de las creencias relativas a la divinidad que han recibido de sus antepasados mantengan esta manera de pensar firme y sin arrepentimiento, y los que desprecian las costumbres de los antepasados y sostienen que la divinidad no tiene ningún poder sobre la razón humana, a ser posible, cambien esta creencia, y, si son incurables, se hagan todavía más odiosos para los dioses y sean más desgraciados.
2 Pues bien, se cuenta que, cuando el Senado había votado que todos los gastos

[50] *noumēnía* y *calendae* eran los nombres que daban al primer día del mes, pero la luna nueva cayó en ese día solo mientras los meses fueron lunares.

[51] Hay un error en alguna parte de la frase, porque las nonas caían en el séptimo día del mes *Quintilis* (luego, julio). Glaureanus propuso leer «sexto» en lugar de «séptimo».

del templo y de la estatua fueran sufragados a cargo del Estado, y las mujeres habían hecho levantar otra estatua con el dinero que ellas mismas habían reunido, y las dos habían sido consagradas a la vez en el primer día de la consagración del templo, una de las imágenes, la que habían hecho erigir las mujeres, habló en lengua latina con una voz inteligible y audible en presencia de muchas de ellas. El significado de sus palabras, traducidas a nuestra lengua, es el siguiente: «Me habéis consagrado según la ley sagrada de la ciudad»[52]. Como suele suceder con las voces 3
y visiones singulares, invadió a las presentes una gran incredulidad, pensando si no sería una voz humana, y no la estatua, la que había hablado; y, sobre todo, las que en aquel momento tenían la mente en alguna otra cosa y no habían visto quién era quien había hablado mostraban esta incredulidad hacia las que lo habían visto. Luego, otra vez, cuando estaba lleno el templo y se había producido un enorme silencio conforme a lo decretado por los dioses, la misma estatua pronunció las mismas palabras en voz más alta, de manera que ya no hubo ninguna duda. Por 4
consiguiente, el Senado, al enterarse, votó que se realizaran cada año otros sacrificios y actos de veneración, los que indicaran los intérpretes de las cosas divinas. Y las mujeres establecieron como costumbre, siguiendo el consejo de la sacerdotisa, que a esa estatua ni le pusieran guirnaldas ni le acercaran sus manos cuantas mujeres hubieran probado segundas nupcias, y que toda su honra y cuidado fueran entregados a las recién casadas. Pero acerca de esto, ni debía pasar por alto la historia local, ni hacer sobre ella una exposición más larga. Regreso al punto desde el que empecé la digresión.

---

[52] Según Valerio Máximo, las palabras fueron: *Rite me, matronae, deditis riteque dedicastis.*

57 *Marcio regresa con su ejército al territorio de los volscos. Levantamiento y juicio contra él*

Después[53] de la partida de las mujeres del campamento, Marcio levantó su ejército hacia el amanecer y lo retiró como a través de un territorio amigo, y cuando llegó al de los volscos, después de regalar a los soldados todo el botín que había cogido sin dejar nada para sí, los licenció para que se marcharan a sus casas. Así pues, el ejército que había tomado parte con él en los combates y regresaba cargado de riquezas no recibió de mala gana la pausa de la guerra y se mostró bien dispuesto hacia Marcio, considerándolo digno de perdón si, por respetar los lamentos y súplicas de su madre, no había llevado la guerra hasta el final.
2 Pero los jóvenes que se habían quedado en las ciudades, envidiando, por una parte, a los que habían estado en campaña, por el gran botín y, por otra, frustrados en sus esperanzas de que, si era tomada la ciudad, el orgullo de los romanos sería derribado, se irritaron contra el general y fueron muy duros; y, cuando tomaron como jefes de su odio a los hombres más poderosos de la nación, acabaron
3 por exasperarse y llevar a cabo una acción impía. El que excitó sus cóleras fue Tulo Atio, que tenía a su alrededor un círculo no pequeño de hombres de toda la ciudad. En efecto, ese hombre, sin poder contener la envidia, había decidido ya hacía tiempo que, si Marcio regresaba junto a los volscos después de haber triunfado y haber destruido la ciudad de los romanos, lo mataría a escondidas y con engaño y, si, por el contrario, regresaba con la tarea incumplida después de haber fracasado en su empeño, lo mataría como a un traidor, entregándolo al círculo de hom-
4 bres que tenía a su alrededor. Y esto era precisamente lo

[53] Para los caps. 57-59, véase Livio, II 40, 10 ss.

que estaba haciendo entonces. Después de reunir un grupo numeroso de hombres, acusó a Marcio, deduciendo falsedades a partir de hechos verdaderos y conjeturando por lo sucedido lo que no iba a suceder, y lo exhortó a que renunciara al mando y diera cuenta de su actuación como general. Como ya he dicho antes[54], Tulo era un general del ejército que se había quedado en las ciudades y, como tal, tenía poder para convocar una asamblea y citar a juicio a quien quisiera.

Marcio no consideraba justo oponerse a ninguna de 58
estas peticiones, aunque disentía sobre su orden, pues consideraba que, primero, debía rendir cuentas de su conducta en la guerra y, luego, si así lo decidían los volscos, dejar el mando. Pero creía que sobre estas cosas no debía tener poder una ciudad sola en la que la mayor parte había sido corrompida por Tulo, sino toda la nación reunida en su asamblea legal, a la que era costumbre, entre ellos, cuando iban a deliberar sobre asuntos de la mayor importancia,
enviar diputados de cada ciudad. Tulo se opuso a esto, 2
pues sabía bien que, siendo un hombre hábil para hablar, daría cuenta de muchas y nobles acciones, y si mantenía su prestigio como general, convencería a la multitud y estaría tan lejos de sufrir el castigo de un traidor, que todavía sería más ilustre y honrado por ellos y obtendría poder para poner fin a la guerra como quisiera con el consenti-
miento de todos. Y durante mucho tiempo hubo un gran 3
enfrentamiento, produciéndose discusiones y peleas diarias entre ellos en las asambleas y en el foro; pues ninguno podía emplear la violencia contra el otro, puesto que ambos estaban protegidos por el prestigio de un mando igual
en honores. Pero como la rivalidad no terminaba, Tulo 4

[54] Cf. supra, cap. 13.

fijó un día en el que ordenó a Marcio presentarse para renunciar al mando y someterse a un juicio por traición. Y habiendo animado a los hombres más atrevidos, con la esperanza de beneficios, a hacerse autores de una acción impía, compareció a la asamblea fijada y, adelantándose hacia la tribuna, presentó muchas acusaciones contra Marcio, y exhortó al pueblo a que, si no quería dejar voluntariamente el mando, empleara todo su poder para cesarlo.

Asesinato y funerales de Marcio

59 Cuando Marcio subió a la tribuna para defenderse, surgió del grupo de Tulo un gran griterío impidiéndole hablar. Y después de esto, con gritos de: «Golpéalo, apedréalo», los más atrevidos lo rodearon y lo mataron a pedradas. Mientras él estaba tendido en el suelo del foro, los que habían estado presentes en el suceso y los que llegaron después, cuando ya estaba muerto, lloraron al hombre por su desgracia enumerando todos los beneficios que había proporcionado a la comunidad, pues consideraban que no había recibido de ellos una buena recompensa, y deseaban coger a los autores por haber sentado el precedente de un hecho ilegal y perjudicial para sus ciudades, al haber matado a una persona, que encima era un general, sin juicio, tomándose la justicia
2 por su mano. Y los más indignados eran los que habían estado presentes en sus campañas y, puesto que en vida no fueron capaces de impedir la desgracia, decidieron darle las muestras de gratitud debidas después de la muerte, reuniendo en el foro todo cuanto hacía falta para rendir los
3 honores que corresponden a los hombres buenos. Cuando todo estuvo dispuesto, lo colocaron, vestido con el traje de comandante supremo, sobre un lecho adornado con mucha magnificencia y ordenaron que delante de su lecho se colocaran el botín, los despojos, las coronas y los recuer-

dos de las ciudades que había tomado. Llevaron en alto el féretro los jóvenes que más se habían distinguido por sus actuaciones en la guerra; y, transportándolo al barrio más ilustre de los alrededores, lo pusieron sobre la pira que había sido preparada, y toda la ciudad acompañó al
cuerpo con lamentos y lágrimas. Luego, tras degollar en 4
su honor muchas víctimas y realizar todas las demás ofrendas que los hombres hacen a los reyes o a los generales de un ejército en las piras funerarias, los que habían estado más unidos a él se quedaron hasta que se apagó la llama, y después reunieron los restos y los enterraron en el mismo lugar, erigiendo un notable monumento funerario en un alto túmulo levantado con la ayuda de muchas manos.

Tal fin alcanzó Marcio, un hombre que no sólo fue el 60
mejor de los de su edad en los asuntos militares, sino que también sabía dominarse en todos los placeres que esclavizan a los jóvenes, que no practicaba la justicia por la coacción de la ley, forzado por el miedo al castigo, sino voluntariamente y por una natural inclinación a ello, que no consideraba virtud el no cometer ninguna injusticia y que no sólo deseaba estar libre él mismo de todo vicio, sino que también consideraba su deber obligar a los demás a
ello. Era magnánimo, espléndido y siempre dispuesto a 2
aliviar las necesidades de sus amigos cuando se enteraba de ellas, y mejor que nadie del partido aristocrático para ocuparse de la política. Y si el elemento sedicioso de la ciudad no hubiera sido obstáculo para sus medidas políticas, la ciudad de los romanos habría obtenido de ellas la mayor contribución a la hegemonía. Pero no era posible que todas las virtudes estuvieran, al mismo tiempo, en la naturaleza de un solo hombre, ni de semillas mortales nacerá nadie bueno en todo.

61 En todo caso, la divinidad, que había favorecido a aquel hombre con todas las virtudes, le procuró también otros desafortunados defectos e imperfecciones. En efecto, no estaba en su carácter la dulzura ni la serenidad, ni la diligencia en saludar y dirigir la palabra a los vecinos, ni la facilidad de reconciliación, ni la moderación en sus sentimientos cuando estaba irritado con alguien, ni la gracia que adorna todas las acciones humanas, sino que siempre
2 era adusto y severo. Y no sólo esto lo perjudicó en muchas ocasiones, sino también, más que nada, la desmedida y obstinada severidad con respecto a la justicia y a la observancia de las leyes, que no hacía ninguna concesión a la moderación. Y parece que era cierto lo que decían los antiguos filósofos: que las virtudes morales son medios y no extremos, y en particular la justicia, pues por su naturaleza no sólo se queda lejos de la moderación, sino que también la sobrepasa, y no es ventajosa para sus poseedores, sino que a veces es causa de grandes desgracias y los
3 conduce a muertes lamentables y daños irreparables. A Marcio, al menos, no era otra cosa, en efecto, que la justicia exacta y extrema la que lo había desterrado de su patria y lo había dejado sin disfrutar de los demás bienes. En efecto, cuando era necesario no sólo hacer moderadas concesiones a los plebeyos, sino también ceder algo a sus deseos y obtener el primer puesto entre ellos, no quiso, sino que, oponiéndose a todo lo que no era justo, acaparó su odio y fue desterrado por ellos. Y cuando podía haber dejado el mando del ejército volsco en cuanto puso fin a la guerra, y trasladar su residencia a algún otro lugar, mientras que su patria decidiera su regreso, y no ofrecerse como blanco de las intrigas de sus enemigos ni de la ignorancia de la muchedumbre, no lo consideró correcto, sino que, creyendo necesario someter su persona a rendición de

cuentas ante quienes le habían confiado el mando y, después de dar cuenta de lo que había hecho durante su mandato, si se veía que había cometido alguna injusticia, sufrir el castigo conforme a las leyes, recibió una vergonzosa recompensa por su extremada justicia.

Luto por Marcio

Ahora bien, si junto a la muerte de 62
los cuerpos, también el alma, sea esta lo que sea, perece con ellos y ya no hay nada en ningún sitio, no sé cómo voy a creer que sean felices los que no han disfrutado de ningún bien por su virtud, sino que por ella misma han sido destruidos. Pero si resulta que nuestras almas son para siempre inmortales, como creen algunos, o continúan existiendo durante algún tiempo después de su separación del cuerpo, mucho las de los hombres buenos y muy poco las de los malos, suficiente recompensa parecería ser para quienes, practicando la virtud, les fue adversa la fortuna, la alabanza de los vivos y su memoria, que se ha mantenido a través de muchísimo tiempo. Esto fue también lo que le sucedió a este hombre; pues no sólo los 2
volscos lloraron su muerte y lo honran en la idea de que fue uno de los mejores, sino que también los romanos, cuando conocieron el suceso, comprendiendo que era una gran desgracia para la ciudad, estuvieron de duelo por él en público y en privado, y sus mujeres, como es costumbre que hagan en los duelos de familiares y allegados, estuvieron de luto por él dejando el oro, la púrpura y todos los demás adornos y llevando vestidos negros. Y a pesar de 3
que ya han transcurrido casi quinientos años desde el suceso hasta nuestros días, el recuerdo de Marcio no se ha borrado, sino que es cantado y celebrado por todos como un hombre piadoso y justo.

Así acabó el peligro que había estado acechando a los

romanos como consecuencia de la expedición que volscos y ecuos habían llevado a cabo bajo la dirección de Marcio, el más grave de todos los que se habían producido hasta esa fecha y que estuvo a punto de destruir toda la ciudad desde sus cimientos.

Campaña frustrada de los cónsules

63 Pocos días después[55] los romanos salieron a campo abierto con un gran ejército conducido por los dos cónsules. Avanzaron hasta los límites de su territorio y plantaron el campamento sobre dos colinas, estableciendo cada uno de los cónsules su propio campamento en las posiciones mejor defendidas. Sin embargo, no hicieron nada, ni grande ni pequeño, y regresaron fracasados, a pesar de que los enemigos les dieron buenas
2 oportunidades de llevar a cabo alguna noble acción. En efecto, todavía antes que los romanos, los volscos y los ecuos habían conducido un ejército contra su territorio, habiendo adoptado la determinación de no dejar pasar la ocasión e ir contra el adversario mientras creían que todavía estaba espantado, pensando que incluso se entregarían voluntariamente por miedo. Pero luchando por la hegemonía, cogieron las armas unos contra otros y, viniendo a las manos, combatieron, ni en formación ni obedeciendo órdenes, sino en confusión y desorden, de manera que se produjeron muchas muertes de uno y otro bando, y si el sol no se hubiera puesto antes, habrían perecido todas sus tropas. Cediendo de mala gana a la noche que ponía fin a la lucha se separaron y se retiraron a sus campamentos, y levantando sus tropas al amanecer cada uno se marchó
3 a su país. Los cónsules, aunque supieron por los desertores y prisioneros que habían escapado durante la propia

[55] Véase Livio, II 40, 12 ss.

acción, qué furor y demencia divina había dominado a los guerreros, ni aprovecharon la oportunidad que se presentaba conforme a sus deseos, pues no distaban más de treinta estadios, ni los persiguieron en su huida, cuando, al estar cansados y heridos, quedar pocos, de muchos que eran, y retirarse en desorden, ellos, persiguiéndolos, frescos y en orden, los habrían aniquilado fácilmente. Por el contra- 4
rio, desmontando también ellos los campamentos, regresaron a la ciudad, bien por contentarse con el bien concedido por la fortuna, bien por no confiar en su ejército no adiestrado, bien porque consideraran muy importante no perder ni a unos pocos de los suyos. Al llegar a la ciudad cayeron en gran vergüenza y tuvieron que soportar fama de cobardes por la acción. Y sin llevar a cabo ya ninguna otra expedición, entregaron el poder a los cónsules que les sucedieron.

Consulado de Cayo Aquilio y Tito Sicio. Guerra con hérnicos y volscos. Embajada a los hérnicos

Al año siguiente recibieron el consula- 64
do Cayo Aquilio y Tito Sicio[56], hombres con experiencia en la guerra. Cuando los cónsules sacaron a consideración el tema de la guerra, el Senado votó en primer lugar enviar una embajada a los hérnicos para pedirles, en calidad de amigos y aliados, las debidas satisfacciones, pues la ciudad había sufrido daños de sus manos durante la expedición de los volscos y ecuos, por los robos e incursiones al territorio limítrofe del suyo. Y votó también que, mientras recibían su respuesta, los cónsules reclutaran un ejército tan grande como pudieran, pidieran a los aliados por medio de embajadas trigo, armas y dinero, y llevaran a cabo todos los

---

56 Para los caps. 64-67, véase Livio, II 40, 14. Nuestros manuscritos de Livio dan el nombre de *T. Sicinius*, pero Casiodoro leyó *Siccius*.

demás preparativos necesarios para la guerra rápidamente
2 y empleando en ello a un gran número de hombres. Cuando regresaron los embajadores, les comunicaron la respuesta que habían recibido de los hérnicos: por una parte, negaban que hubiera habido nunca oficialmente ningún tratado entre ellos y los romanos y, por otra, alegaban que el acuerdo con el rey Tarquinio había quedado roto al haber sido aquél despojado del poder y haber muerto en tierra extranjera. Y decían que, si se habían producido algunos robos e incursiones en el territorio por obra de bandas de ladrones, no había sido con el consentimiento del Estado, sino que eran delitos de particulares que buscaban su propio beneficio; que ellos no podían llevar a juicio a los que habían hecho eso, pues también ellos habían sufrido otros daños del mismo tipo y podían hacer las mismas acu-
3 saciones, y que aceptaban gustosos la guerra. Cuando el Senado oyó esto, votó que se dividiera en tres partes el ejército de jóvenes ya reclutado, que el cónsul Cayo Aquilio, a la cabeza de una de ellas, marchara contra el ejército de los hérnicos —pues también éstos estaban ya en armas—; que otra la condujera Tito Sicio, el otro cónsul, contra los volscos, y que, con la tercera parte restante, Espurio Larcio, que había sido nombrado prefecto por los cónsules, guardara el territorio más próximo a la ciudad. Y votó también que todos los hombres que sobrepasaran la edad militar y todavía tuvieran fuerzas para llevar armas, ordenados bajo sus estandartes, defendieran las partes altas y las murallas de la ciudad, no fuera a producirse un ataque enemigo imprevisto, mientras todos los jóvenes estaban de campaña; y que mandara esta fuerza Aulo Sempronio Atratino, uno de los excónsules. Esto se llevó a cabo en poco tiempo.

Guerra con los hérnicos

El cónsul Aquilio, encontrando al ejér- 65
cito de los hérnicos que estaba esperándolo en el país de los prenestinos, acampó frente a él lo más cerca que pudo, a una distancia de poco más de doscientos estadios de Roma[57]. Al segundo[58] día de haber acampado, como los hérnicos salieran del campamento a la llanura en orden de batalla y dieran la señal de combate, también él sacó su ejército para el combate en orden y dispuesto
por compañías. Cuando estuvieron cerca unos de otros, 2
corrieron al encuentro lanzando gritos de guerra. Primero intervinieron los soldados de armamento ligero, que luchaban con jabalinas, arcos y las piedras que lanzaban con sus hondas, y se infirieron mutuamente muchas heridas. Luego se produjo el choque de las caballerías, que marchaban en escuadrones, y de las infanterías, que luchaban en manípulos. Entonces tuvo lugar un glorioso combate, pues ambos bandos luchaban con ardor y durante mucho tiempo se mantuvieron sin que ninguno de ellos cediera a los otros el terreno en que estaba colocado. Luego, la formación romana comenzó a cansarse, porque era ésta la primera vez, desde hacía mucho tiempo, que se veían forzados
a tomar parte en una batalla. Cuando Aquilio observó 3
esto, ordenó que los que todavía estaban frescos, y que precisamente estaban siendo reservados para ese fin, se introdujeran en las partes de la formación que estaban en apuros, y que los heridos y los que estaban exhaustos se marcharan a la retaguardia de la formación. Cuando los hérnicos se dieron cuenta de que sus centurias se ponían en movimiento, creyeron que los romanos comenzaban la

57 Unos 37 km.

58 Literalmente «tercero», utilizando el cómputo inclusivo.

huida y, exhortándose mutuamente, se lanzaron, cerrando filas, contra las partes del ejército enemigo que se estaba moviendo. Las tropas frescas de los romanos recibieron su ataque y, como ambos luchaban con ardor, se produjo de nuevo otra vez un duro combate; pues también las filas de los hérnicos eran completadas con los hombres frescos enviados por los generales a las partes que estaban en apu-
4 ros. Cuando era ya tarde, el cónsul, después de exhortar a los jinetes para que, al menos en esa ocasión, se comportaran como hombres valientes, se lanzó contra los enemigos por el ala derecha, dirigiendo él mismo el escuadrón. Los hérnicos, después de recibirlos a pie firme durante un poco de tiempo, huyeron. Y entonces se produjo una gran matanza. Mientras el ala derecha de los hérnicos estaba ya en dificultades y abandonaba la formación, la izquierda todavía resistía y aventajaba a la derecha de los roma-
5 nos. Poco después, sin embargo, también ésta cedió; pues Aquilio, a la cabeza de los mejores jóvenes, corrió también allí en su ayuda, animando y llamando por su nombre a los que en las anteriores batallas solían sobresalir, y, arrebatando a sus portadores los estandartes de las centurias que no parecían combatir con firmeza, los arrojaba en medio del enemigo, para que el miedo al castigo prescrito por la ley si no recobraban los estandartes, los obligara a ser valientes. Y él en persona corría siempre en ayuda de la parte que estaba en apuros, hasta que expulsó de su posición también a la otra ala. Y desguarnecidos los ex-
6 tremos, tampoco el centro resistió. Se produjo entonces una huida en confusión y desorden de los hérnicos al campamento, y los romanos los siguieron dándoles muerte. Tal ardor, en efecto, se apoderó del ejército romano en aquel combate, que incluso algunos intentaron entrar en el campamento enemigo en la idea de que se apoderarían de él

al primer asalto. Pero el cónsul, viendo que su ardor no era firme ni conveniente, ordenó dar la señal de retirada e hizo bajar de las murallas contra su voluntad a los que iban al encuentro del enemigo, pues tuvo miedo de que les dispararan desde arriba y fueran obligados a retroceder con vergüenza y con gran daño, y borraran así la gloria de la primera victoria. Así pues, entonces —ya era cerca de la puesta del sol— los romanos regresaron a su campamento alegres y entonando cantos de victoria.

La noche siguiente se oyó un gran ruido y griterío pro- 66
cedente del campamento de los hérnicos y se vieron muchos resplandores de antorchas. En efecto, desesperando de poder resistir en otra batalla, habían decidido abandonar voluntariamente su campamento. Y era ésta la causa de su confusión y griterío; pues cada uno huía según sus fuerzas y su velocidad, llamándose a gritos unos a otros, y sin hacer ningún caso de los lamentos y súplicas de los que quedaban atrás por causa de las heridas o de enferme-
dades. Los romanos, que ignoraban esto y habían sido in- 2
formados antes por los prisioneros de que otro ejército de los hérnicos iba a llegar en ayuda de los suyos, pensando que el griterío y el alboroto se habían producido por la llegada de estos refuerzos, cogieron otra vez las armas y, después de rodear el campamento por si se producía un ataque nocturno contra ellos, unas veces hacían todos a una ruido con las armas y, otras, lanzaban repetidamente el grito de guerra, como si se lanzaran al ataque. A los hérnicos también esto les produjo gran miedo y, como si los enemigos los persiguieran, corrieron dispersos cada uno
por un camino. Cuando se hizo de día y los jinetes envia- 3
dos de reconocimiento les anunciaron que ningún otro ejército había llegado para ayudar a los enemigos y que los que el día anterior habían estado en orden de batalla en

el combate habían huido, Aquilio, sacando el ejército, tomó el campamento de los enemigos, que estaba lleno de bestias de carga, provisiones y armas, apresó a sus heridos, que no eran menos que los que habían huido y, enviando a la caballería en persecución de los que estaban dispersos por los caminos y bosques, cogió a muchos de ellos. Después ya se lanzó contra el territorio de los hérnicos, saqueándolo impunemente sin que ya nadie se atreviera a presentar batalla. Éstos fueron los hechos de Aquilio.

Campaña contra los volscos

67 Tito Sicio, el otro cónsul, el que había sido enviado contra los volscos, tomó consigo la parte más poderosa del ejército y se lanzó contra el territorio de Velitras[59]; pues allí estaba Tulo Atio, el caudillo de los volscos, con la parte más fuerte del ejército que había reunido con la intención de causar daños primero a los aliados de los romanos, como había hecho Marcio cuando comenzó la guerra, pues creía que los romanos todavía seguían con el mismo miedo y no enviarían ninguna ayuda a los que corrieran peligro por su causa. Cuando los dos ejércitos se avistaron, trabaron combate
2 sin ninguna demora. Era el territorio entre los campamentos, en el que tenía que sostenerse la batalla, una colina boscosa con muchas quebradas alrededor, donde la caballería no iba a ser útil para ninguno de los dos bandos. Los jinetes romanos, dándose cuenta de esto y considerando que sería una vergüenza para ellos estar presentes en la lucha y no ayudar en nada, se acercaron todos a la vez y pidieron al cónsul que les permitiera bajar de los caba-
3 llos y luchar a pie, si le parecía que eso era mejor. Y aquél, después de dispensarles muchas alabanzas, los hizo

[59] Véase III 41, 5, n. 28.

bajar de los caballos y, colocándolos con él, los dispuso
para que observaran y corrieran en ayuda de cualquier par-
te que estuviera en apuros. Y ellos fueron responsables de
la victoria tan brillante que entonces obtuvieron los roma-
nos; pues la infantería de ambos bandos era parecidísima
en número de hombres y en armamento, y eran casi igua-
les en el orden de la formación y en la experiencia de
combate, en ataques y retiradas, y en dar golpes y guardar-
se de ellos. En efecto, los volscos habían cambiado todas 4
las tácticas guerreras desde que tuvieron a Marcio como
jefe, y habían adoptado las costumbres romanas.

Así pues, durante la mayor parte del día ambas forma-
ciones continuaron luchando casi igualadas, y la naturaleza
del lugar, que era desigual, proporcionó a unos y a otros
muchas ocasiones de aventajar al contrario. La caballería
romana se dividió en dos cuerpos. Uno se lanzó por el
flanco contra el ala derecha del enemigo. El otro, rodean-
do la colina, atacó a través de ella a su retaguardia. Lue- 5
go, disparando unos sus lanzas, e hiriendo otros en los
brazos con las espadas de caballería, que son más largas,
a los que les salían al encuentro, y descargándolas sobre
sus codos, a muchos les cortaron los brazos con sus pro-
tecciones y sus armas defensivas y a otros muchos los de-
jaron tirados medio muertos con profundas heridas en las
rodillas y en los tobillos, perdida ya la firmeza de su pa-
so. El peligro rodeaba por todas partes a los volscos, pues 6
la infantería los empujaba por el frente, y la caballería
por el flanco y por detrás, de manera que, después de ha-
berse comportado valientemente por encima de sus fuerzas
y haber dado muchas muestras de valor y experiencia, casi
todos los que ocupaban el ala derecha fueron muertos. Y
cuando los que estaban colocados en el centro de la for-
mación y en la otra ala vieron a la derecha rota y que la

caballería romana se lanzaba del mismo modo contra ellos, ordenaron la contramarcha y emprendieron lentamente la retirada hacia su campamento, y la caballería romana los siguió en formación.

7 Cuando estaban cerca de la empalizada, se produjo otro combate encarnizado y de suerte cambiante al atacar la caballería las trincheras por muchas partes del campamento. Cuando los romanos empezaban a luchar con fatiga, el cónsul, tras ordenar a la infantería que trajera leña y la amontonara en los fosos, avanzó el primero por el paso con los mejores hombres de la caballería hacia la puerta más segura del campamento; y después de rechazar a los que luchaban delante de ella y cortar el rastrillo, entró en la fortificación y dio paso a los hombres de su in-
8 fantería que lo seguían. Tulo Atio, con los más fuertes y valientes de los volscos, fue a su encuentro y, después de dar muchas muestras de valor —pues era un guerrero muy valeroso en las batallas, aunque no era capaz de mandar un ejército—, murió rendido por el cansancio y la multitud de heridas. De los restantes volscos, unos murieron luchando en la defensa del campamento, otros arrojaron las armas y se pusieron a suplicar a los vencedores, y unos pocos huyeron y llegaron sanos y salvos a sus casas.

9 Cuando llegaron a Roma los mensajeros enviados por los cónsules, se apoderó del pueblo una enorme alegría, y al punto votaron sacrificios de acción de gracias para los dioses y concedieron el honor del triunfo a los cónsules; pero, sin embargo, no el mismo para los dos, sino que para Sicio, puesto que parecía haber liberado a la ciudad de un miedo mayor al haber destruido al insolente ejército de los volscos y haber matado a su general, votaron la comitiva mayor; y el hombre entró en la ciudad con el botín, los prisioneros y el ejército que había lucha-

do con él, avanzando en un carro de caballos con riendas de oro y llevando el vestido real, como era costumbre en los triunfos mayores. A Aquilio, en cambio, le concedieron 10
el triunfo menor, que ellos llaman *ovatio* —ya he señalado antes[60] en qué se diferencia este triunfo del mayor—, y el hombre entró a pie, encabezando el resto de la comitiva. Y así finalizó ese año.

Consulado de Próculo Virginio y Espurio Casio. Continúa la guerra con los ecuos, hérnicos y volscos

68 Los que les sucedieron en el consulado[61], Próculo Virginio y Espurio Casio, designado entonces cónsul por tercera vez, tomaron los ejércitos de la ciudad y de los aliados y, tras distribuir por sorteo las expediciones, los condujeron a campo abierto. Virginio, contra las ciudades de los ecuos; Casio, contra las de los hérnicos y volscos. Los ecuos, después de fortificar sus ciudades y recoger de los campos las cosas de más valor, permitieron que sus tierras fueran devastadas y sus granjas incendiadas, de manera que Virginio, después de saquear y devastar con mucha facilidad todo el territorio que pudo, puesto que nadie salía a luchar en su defensa, sacó de allí su ejército. Los 2
volscos y los hérnicos, contra los que conducía su ejército Casio, habían decidido permitir que el territorio fuera devastado y habían huido a las ciudades. Sin embargo, no persistieron en su resolución. Movidos por la pena al ver devastada una tierra fértil que no esperaban ya devolver fácilmente a su estado anterior y desconfiando además de las fortificaciones en que se habían refugiado, que no eran muy seguras, enviaron embajadores para suplicar la terminación de la guerra. Los volscos fueron los primeros

60 Véase V 47.

61 Para los caps. 68-76, véase Livio, II 41, 1-9.

en hacerlo y obtuvieron antes la paz, tras entregar todo el dinero que les ordenó el cónsul y prestar los demás servicios que necesitaba el ejército. Y ellos estuvieron de acuerdo en estar sometidos a los romanos sin tener ya ninguna
3 pretensión de igualdad. Y después de ellos, los hérnicos, cuando vieron que los habían dejado solos, trataron con el cónsul de paz y amistad. Pero Casio hizo a sus embajadores muchas acusaciones contra ellos, y dijo que, en primer lugar, era necesario que ellos se comportaran primero como hombres vencidos y sometidos y, luego, trataran de amistad. Como los embajadores aceptaron hacer todo lo que fuera posible y razonable, les ordenó entregar la suma de dinero que era costumbre dar a cada uno de los soldados como paga de seis meses y suministrar alimen-
4 tos para dos meses. Para que pudieran reunir esto, les concedió una tregua, fijando un determinado número de días. Cuando los hérnicos, después de haber ejecutado todo con rapidez y buena voluntad, enviaron de nuevo embajadores para tratar de amistad, Casio los felicitó y los envió al Senado. Los senadores, tras larga deliberación, decidieron aceptar a los hombres en su amistad y que Casio, el cónsul, decidiera y estableciera los términos en que debía llevarse a cabo el tratado, y que todo lo que él decidiera fuera válido para ellos.

Casio pide un segundo triunfo y ambiciona un poder monárquico

69 Cuando el Senado votó esto, Casio regresó a la ciudad y pidió un segundo triunfo, como si hubiera sometido a las más grandes naciones, más tratando de apoderarse del honor por un favor que de recibirlo por justicia, pues, sin haber tomado ciudades por asalto, ni haber puesto en fuga a ningún ejército enemigo en un combate en campo abierto, iba a llevar cautivos y botín, cosas con las que se adorna un triunfo. Por

consiguiente, esta acción le proporcionó fama de arrogancia y de no pensar ya como los demás. Cuando consiguió 2
que se le concediera el triunfo, presentó el tratado que había hecho con los hérnicos. Éste estaba copiado del que se había hecho con los latinos, y ante él los más ancianos y considerados senadores se disgustaron mucho y miraron a Casio con sospecha, no considerando justo que los hérnices, un pueblo extranjero, obtuvieran el mismo honor que sus parientes los latinos, y que los que no habían hecho nada bueno recibieran el mismo trato generoso que los que habían dado muchas pruebas de buena voluntad. Y estaban también molestos por el orgullo de Casio, quien, después de haber sido honrado por el Senado, no lo había honrado a su vez de la misma manera y había sacado un tratado escrito no con la aprobación general del Senado, sino como a él le había parecido. Y, en efecto, el tener buena 3
fortuna es una cosa perjudicial para un hombre, pues para muchos es causa inadvertida de un insensato orgullo y motivo oculto de deseos que sobrepasan la naturaleza humana. Y esto es lo que le sucedió a aquel hombre. En efecto, al ser el único de su tiempo honrado por la ciudad con tres consulados y dos triunfos, se fue haciendo cada vez más altivo, y concibió un deseo de poder monárquico y, considerando que el camino más fácil y seguro de todos para los que aspiran a la monarquía o a la tiranía consiste en atraer a la multitud con algunos favores y acostumbrarla a que se alimente de las manos del que reparte los fondos públicos, lo siguió; y enseguida, sin decírselo a nadie, como había un terreno grande, descuidado y ocupado por los ricos, decidió dividirlo entre el pueblo. Y si lle- 4
gado a ese punto se hubiera contentado, quizá el asunto hubiese marchado conforme a sus planes. Pero, en cambio, por ambicionar más, suscitó una revuelta no pequeña, cuyo

desenlace no fue afortunado para él. En efecto, le pareció conveniente incluir en la distribución del terreno no sólo a los latinos, sino también a los hérnicos, recién admitidos en la ciudadanía, y, de este modo, poner a esas naciones de su parte.

Casio propone que se reparta al pueblo la tierra pública

70 Habiendo concebido este plan, al día siguiente del triunfo convocó al pueblo a una asamblea. Y adelantándose a la tribuna, como es costumbre que hagan los que han recibido un triunfo, en primer lugar hizo la exposición de sus hechos, cuyos puntos prin-
2 cipales fueron éstos: cuando obtuvo el primer consulado, tras vencer en una batalla al pueblo de los sabinos que aspiraban a la hegemonía, lo obligó a someterse a los romanos[62]. Cuando fue elegido cónsul por segunda vez, puso fin a la sedición interna de la ciudad e hizo volver al pueblo a la patria[63]. Y a los latinos, que, aunque eran parientes de los romanos, siempre envidiaban su supremacía y su gloria, los había llevado a la amistad mediante la concesión de iguales derechos de ciudadanía, de manera que ya no consideraban a Roma un adversario, sino su
3 patria. Y después de ser investido por tercera vez con la misma magistratura, había obligado a los volscos a ser amigos y dejar de ser enemigos, y había hecho que la nación de los hérnicos, grande, valerosa, situada cerca de ellos, y muy capaz de causarles los mayores daños y los
4 mayores beneficios, se sometiera voluntariamente. Después de exponer estos y otros hechos semejantes, pidió al pueblo

---

62 Véase V 49, 1-3.

63 Véase VI 49, 1; 91, 1, y 94, 3. Después de su retirada al Monte Sacro. Pero no hay nada, en el relato que hace Dionisio de la secesión (VI 45-90), que indique que Casio desempeñase un papel esencial en el retorno de los plebeyos.

que le prestara atención, como a quien tenía y tendría en el futuro más cuidado de los asuntos públicos que todos los demás. Terminó el discurso diciendo que proporcionaría al pueblo tantos y tales beneficios que superaría a todos los que eran alabados por atender y proteger al pueblo. Y esto dijo que lo haría enseguida. Disolvió la asamblea y, sin dejar transcurrir ni siquiera un corto tiempo, convocó al día siguiente una reunión del Senado, que estaba lleno de expectación y espantado por sus palabras. Y antes de tratar ningún otro asunto, expuso abiertamente el plan que había mantenido en secreto en la asamblea del pueblo, pidiendo a los senadores que, puesto que la plebe había sido útil a la ciudad en muchas ocasiones, ayudando, unas veces, al mantenimiento de la libertad y, otras, a dominar a otros, cuidaran de ella repartiéndole toda la tierra conquistada en la guerra que, de palabra, era pública, pero que, de hecho, era de los patricios más desvergonzados, que se habían apoderado de ella sin ningún derecho, y que de los fondos del Estado se devolviera a los que lo habían comprado el importe del trigo que les había enviado Gelón, el tirano de Siracusa, y que, aunque debía haber sido repartido como regalo entre todos los ciudadanos, los pobres lo habían obtenido pagando.

Desacuerdo entre los cónsules

Al punto, mientras él todavía estaba 71
hablando, se levantó un gran alboroto, pues su propuesta disgustó a todos y no estaban dispuestos a soportar sus palabras. Cuando terminó de hablar, no sólo su colega Virginio, sino también los más ancianos y considerados de los senadores y, sobre todo, Apio Claudio lo acusaron vehementemente de tratar de introducir la sedición. Y hasta una hora avanzada continuaron éstos enfurecidos y dirigiéndose mutuamente los más duros repro-

2 ches. Durante los días siguientes, Casio celebró continuas asambleas e intentó ganarse al pueblo con demagogia, introduciendo los argumentos a favor del reparto de tierras y lanzando frecuentes acusaciones contra sus oponentes. Por su parte, Virginio reunía al Senado diariamente y, con la aprobación general de los patricios, preparaba a su vez
3 salvaguardas e impedimentos legales. Y cada uno de los cónsules tenía un numeroso cuerpo de hombres que lo acompañaban y protegían su persona. Los pobres, sucios y dispuestos a cualquier desvergüenza, estaban alineados a las órdenes de Casio; los más nobles de nacimiento y
4 más intachables lo estaban bajo las de Virginio. En un primer momento el elemento más ruin dominó, sobrepasando con mucho a los otros en las asambleas. Luego sus fuerzas se igualaron, cuando los tribunos tomaron partido por la mejor parte, quizá por no creer que fuera mejor para la ciudad que la plebe, corrompida mediante sobornos de dinero y distribuciones de las tierras públicas, fuera indolente y mala; quizá por envidia, porque no habían sido ellos, los jefes del pueblo, los autores de esa liberalidad, sino otro; y nada impide que también lo hicieran por el temor que sentían ante el aumento de la popularidad del hombre, que había crecido más de lo que convenía a la
5 ciudad. Sea como fuere, el caso es que ellos se oponían ya con todas sus fuerzas en las asambleas a las leyes que Casio estaba tratando de introducir, explicando al pueblo que no era justo que las posesiones que habían adquirido a través de muchas guerras no se repartieran sólo entre los romanos, sino que también tuvieran la misma participación que ellos los latinos, que no habían estado presentes en los combates, y los hérnicos, que acababan de entrar en amistad con ellos y que, por haber sido admitidos en ésta tras una guerra, debían contentarse con no ser priva-

dos de su propio territorio. El pueblo, al escuchar estas 6
cosas, unas veces tomaba partido por los argumentos de los tribunos, pensando que la porción del terreno público que le correspondería a cada uno sería pequeña e insignificante si éste se repartía con hérnicos y latinos; otras veces, Casio le hacía cambiar de opinión con su demagogia, diciendo que los tribunos los estaban vendiendo a los patricios y ponían la igual participación de hérnicos y latinos en el reparto como pretexto fingido de su oposición, cuando él —decía— había introducido esto en la ley para aumentar la fuerza de los pobres e impedir que nadie los despojara de lo que se les había dado, si alguna vez alguien lo intentaba, pues consideraba que era mejor y más seguro para los más recibir poco y conservarlo intacto, que esperar mucho y verse defraudados en todo.

Propuesta de Cayo Rabuleyo

Viendo que Casio con estos argumen- 72
tos hacía cambiar frecuentemente de parecer a la plebe en las asambleas, se presentó Cayo Rabuleyo, uno de los tribunos, hombre no carente de sentido, y prometió que en breve pondría fin al desacuerdo de los cónsules y haría ver al pueblo lo que se debía hacer. Se produjeron grandes muestras de aprobación y después se hizo el silencio. Entonces dijo: «¿No son éstas, Casio, y tú Virginio, las cuestiones principales de la ley: una, si hay que dividir la tierra pública entre todos, y otra, si los latinos y los hérnicos deben recibir una parte de ella?» Ellos lo admi- 2
tieron. «Bien —dijo—. Tú, Casio, pides que se sometan a la votación del pueblo estas dos cuestiones. Por tu parte, tú, Virginio, dinos, por los dioses, si invalidas la parte de la propuesta de Casio relativa a los aliados, considerando que no hay que hacer a hérnicos y latinos partícipes en la misma medida que nosotros, o si invalidas también la otra

parte por considerar conveniente que tampoco entre noso-
3 tros se distribuyan las propiedades públicas. Respóndeme, *pues, a esto sin ocultar nada.» Cuando Virginio dijo que* se oponía a la igual participación de latinos y hérnicos, pero que, entre los ciudadanos, si a todos les parecía bien, estaba de acuerdo en que se repartiera, el tribuno, volviéndose hacia la multitud, dijo: «Pues bien, puesto que una parte de la propuesta les parece bien a ambos cónsules por igual, y la otra, en cambio, es objeto de disputa por parte de uno de ellos, y puesto que los dos son de igual rango y uno no puede obligar al otro, lo que ambos conceden, aceptémoslo ya, y aquello sobre lo que disienten pospon-
4 gámoslo. El pueblo lo aplaudió, dando a entender que consideraba su sugerencia la mejor y pedía que se aboliera la parte de la ley que motivaba el desacuerdo. Y Casio, entonces, sin saber qué debía hacer, pues ni quería retirar su propuesta, ni podía mantenerse en ella si los tribunos se oponían, disolvió la asamblea, y los días siguientes ya no bajó al Foro, alegando como pretexto una enfermedad, sino que permaneció en su casa, ocupado en ratificar la ley mediante la violencia y la fuerza y haciendo venir a todos los latinos y hérnicos que podía para la votación.
5 Éstos se reunieron en gran número y en poco tiempo la ciudad entera estaba llena de extranjeros. Cuando Virginio se enteró de esto, ordenó proclamar por las calles que los que no vivían en la ciudad debían salir de ella, fijando un plazo breve para ello. Casio, por su parte, ordenó proclamar lo contrario: que los que participaban del derecho de ciudadanía permanecieran hasta que la ley fuera sancionada.

Discurso de Apio

Como las disputas no tenían fin, los patricios, temiendo que, cuando se propusiese la ley, se produjeran robos de votos, refriegas y todos los demás actos de violencia que suelen tener lugar en las asambleas con disensiones internas, se reunieron en el Senado para deliberar sobre todo ello de una vez por todas. 73
Apio, el primero a quien se pidió opinión, denegó la concesión del reparto al pueblo, señalando que una multitud conciudadana vaga, acostumbrada a desear con glotonería los bienes públicos, sería incómoda y perjudicial y no permitiría que ninguna de las posesiones ni bienes públicos siguiera siendo ya común. Dijo también que sería un asunto digno de vergüenza si acusaban a Casio de gobernar de forma mala y perjudicial y de corromper al pueblo, y luego ellos mismos, por decisión común, sancionaban esas medidas como algo justo y conveniente, y les pidió que consideraran que ni siquiera el agradecimiento de los pobres, si se repartían las posesiones públicas, sería para los que consintieran en ello y lo votaran, sino únicamente para Casio, que había presentado la propuesta y parecía haber obligado al Senado a sancionarla en contra de su 2
voluntad. Después de decir esto y otras cosas semejantes, terminó con este consejo: elegir diez[64] hombres de entre los senadores más distinguidos que fueran a la tierra pública, señalaran sus límites, determinaran si algunos particulares mediante engaño o violencia estaban ocupando con el ganado o cultivando alguna parte de ella, y la devolvieran al Estado. Del terreno delimitado por aquéllos, dividi- 3

[64] «Diez» no está en los manuscritos, pero la siguiente referencia a la ley propuesta parece implicar que el número «diez» ha sido ya mencionado.

do en el número que fuera de lotes de tierra y marcado
con mojones bien dispuestos, aconsejaba que una parte
fuera vendida, y en especial aquella sobre la que hubiera
alguna disputa con particulares, de manera que fueran para
sus compradores las disputas sobre ella con los que la pre-
tendieran, y que la otra parte fuera alquilada por un pe-
ríodo de cinco años, y que el dinero que se ingresara por
los alquileres fuera gastado en las provisiones de los que
fueran a las campañas y en el pago de los aprovisionamien-
4 tos que las guerras necesitan. «Pues ahora —dijo— la en-
vidia de los pobres a los ricos que se han apropiado de
las posesiones públicas y las siguen ocupando, es justa y
no es nada sorprendente que prefieran repartirse entre to-
dos las propiedades públicas a que las ocupen unos pocos,
precisamente los más desvergonzados. Pero si ven que re-
nuncian a ellas los que ahora las disfrutan y que los bienes
públicos se hacen verdaderamente públicos, dejarán de en-
vidiarnos y abandonarán el deseo del reparto individual de
los campos, porque se darán cuenta de que más ventajosa
que la pequeña porción de tierra de cada uno, será su po-
5 sesión común por todos. Enseñémosles, pues —decía—,
qué grande es la diferencia, y que, si cada uno de los po-
bres recibe un terreno pequeño y resulta que tiene vecinos
molestos, ni él mismo será capaz de cultivarla por carecer
de medios, ni encontrará a quién alquilársela, a no ser al
vecino, mientras que si el Estado alquila grandes parcelas
que ofrezcan trabajos variados y de interés para los agri-
cultores, éstas producirán muchos ingresos. Y mostrémos-
les también que es mejor para ellos, cuando salen para la
guerra, recibir las provisiones y el sueldo del tesoro públi-
co, que aportarlo a éste en cada ocasión, a veces, cuando
los medios de vida son insuficientes, y su situación se agra-
va todavía más al suministrar el dinero.»

Discurso de Aulo Sempronio Atratino

74 Cuando Apio terminó de hacer esa propuesta, que pareció ser muy bien recibida, Aulo Sempronio, a quien se preguntó en segundo lugar, dijo: «A Apio no es ahora la primera vez que puedo aplaudirlo como un hombre muy capaz de pensar con mucha antelación lo que va a suceder y que manifiesta las mejores y más útiles opiniones, un hombre firme e inmutable en sus juicios, que ni sucumbe al miedo, ni cede ante los favores. Siempre, en efecto, estoy alabándolo y admirándolo por la sensatez y la nobleza que muestra ante los peligros. No voy a presentar otra propuesta, sino que yo también propongo lo mismo, añadiéndole unas pocas cosas
que Apio me parece haber omitido. En efecto, los hérnicos 2
y latinos, a los que hemos concedido recientemente la igualdad de derechos de ciudadanía, yo no creo que deban obtener ninguna parte de nuestras tierras, pues esa tierra no la tenemos por haberla conquistado después de que ellos entraran en amistad con nosotros, sino que se la habíamos arrebatado a los enemigos ya antes con nuestro propio riesgo, sin la ayuda de nadie. Respondámosles que todas las posesiones que cada uno teníamos antes de establecer la amistad, deben seguir siendo propias e inalienables, pero que de todas cuantas nos adueñemos en la guerra tras haber participado conjuntamente en alguna expedición militar, después de haber concluido el tratado, tendrá cada
uno su parte correspondiente. Esto ni proporcionará a los 3
aliados justos motivos de cólera, por haber sido injustamente tratados, ni al pueblo miedo a que parezca que antepone sus intereses al buen nombre. En cuanto a la elección de los hombres que Apio pedía para que delimitaran el territorio público, la apruebo totalmente. Esto, en efecto, nos proporcionará mucha credibilidad ante los plebe-

yos, pues ahora están disgustados por estas dos razones:
porque ellos no sacan ningún provecho de las posesiones
públicas y porque algunos de nosotros están disfrutando
injustamente de ellas. Pero si las ven confiscadas y los in-
gresos obtenidos de ellas gastados en necesidades comunes
del Estado, no supondrán que es diferente para ellos parti-
4 cipar de la tierra o de sus frutos. No necesito decir, por
supuesto, que a algunos de los pobres les alegran más los
daños ajenos que su propia ganancia. Sin embargo, no creo
que sea suficiente que estas dos disposiciones estén inclui-
das en el decreto, sino que pienso que también es necesario
ganarse y conciliarse al pueblo con otro moderado favor
que diré enseguida, cuando os haya mostrado primero la
razón, más bien la necesidad, por la que debemos hacer
también esto.

75 »Conocéis, sin duda, las palabras pronunciadas en la
asamblea por el tribuno cuando preguntó al cónsul Virgi-
nio, aquí presente, qué opinaba sobre el reparto de tierras,
si estaba de acuerdo en repartir las posesiones públicas en-
tre los ciudadanos, pero no permitía que se hiciera entre
los aliados, o si tampoco estaba de acuerdo en hacernos
partícipes a nosotros de una parte de nuestras posesiones
comunes. Y él admitió que no trataba de impedir el repar-
to en la parte relativa a nosotros, si todos decidían que
esto era lo mejor. Y esta concesión no sólo hizo a los tri-
bunos aliados de nuestra causa, sino que también hizo al
2 pueblo más moderado. Así pues, ¿qué ha cambiado para
que lo que antes habíamos admitido, ahora lo retiremos?
O ¿qué ventaja nos reportará emplear medidas políticas
nobles, buenas y merecedoras de la hegemonía, si no con-
vencemos a los que van a beneficiarse de ellas? Pero no
los convenceremos, y eso ninguno de vosotros lo ignora;
pues de todos los que no obtengan lo que quieren, los

que se irritarán más violentamente serán los que se vean defraudados en sus esperanzas y no reciban lo acordado. Seguramente el hombre cuyo principio político es agradar vendrá y se los llevará de nuevo, y tampoco estará ya con nosotros ninguno de los tribunos. Así pues, escuchad qué 3
os aconsejo hacer y qué añado a la propuesta de Apio, pero no os levantéis ni alborotéis antes de oír todo lo que voy a decir. Encargad a los hombres elegidos para inspeccionar y delimitar el territorio, sean diez o el número que sea, que decidan cuál y cuánto de él debe ser común para todos y, alquilado por periodos de cinco años, aumentar los ingresos del tesoro público; y cuál y cuánto debe ser dividido entre nuestros plebeyos. Y la tierra que aquéllos señalen para ser distribuida, vosotros divididla, después de decidir si lo será entre todos, entre los que todavía no tienen tierra, entre los que tienen la mínima tasación, o como queráis. Y en cuanto a los hombres que tienen que delimitarla, a vuestro decreto, el que sacaréis sobre el reparto de tierras, y a todo lo demás que debe hacerse, aconsejo que, puesto que el tiempo de gobierno que les queda a los cónsules es corto, lo lleven a cabo los cónsules entrantes como mejor les parezca; pues ni tales asuntos requieren 4
poco tiempo, ni los actuales cónsules, al estar divididos, podrían considerar lo conveniente con más sensatez que los que sean elegidos a continuación, si éstos, como esperamos, son de una misma opinión. La demora es, en muchas ocasiones, un recurso útil y mínimamente peligroso, y el tiempo, en un solo día, cambia muchas cosas. Y el hecho de que no haya disputas entre los gobernantes del Estado es causa de todo tipo de beneficios para éste. Ésta es mi opinión. Si alguien tiene alguna propuesta mejor, que la diga.»

76 *El Senado aprueba la propuesta de Aulo Sempronio Atratino*

Cuando Sempronio terminó de hablar, surgió un gran aplauso de entre los presentes y ninguno de los senadores a quienes se preguntó después manifestó otra opinión. Entonces se redactó el decreto del Senado en estos términos: que se eligiera a los diez excónsules más ancianos para que delimitaran el territorio público y señalaran cuánto debía ser alquilado y cuánto
2 repartido entre el pueblo; que los que tenían iguales derechos de ciudadanía y los aliados tuvieran cada uno su parte correspondiente conforme a los acuerdos, en el caso de que después se apoderaran de algún territorio en alguna campaña militar realizada en común, y que la elección de los hombres, la distribución de los lotes de tierra y todas las demás cosas que debían realizarse las llevaran a cabo los cónsules entrantes. Este decreto, presentado al pueblo, no sólo puso fin a la demagogia de Casio, sino que no dejó que fuera más lejos la revuelta de los plebeyos que estaba volviendo a ser encendida.

77 *Consulado de Quinto Fabio y Servio Cornelio. Los cuestores acusan a Casio ante el pueblo. Se le condena a muerte*

Al año siguiente, al comienzo de la LXXIV Olimpiada[65], en la que venció en la carrera del estadio el siracusano Astilo, bajo el arcontado en Atenas de Leóstrato, recibieron el consulado Quinto Fabio y Servio Cornelio, dos patricios todavía jóvenes, pero los más distinguidos de todos por el prestigio de sus antepasados y muy poderosos por sus apoyos políticos y su riqueza, y, como jóvenes, no inferiores a ninguno de los que estaban en la madurez para gobernar la ciudad. Cesón Fabio, hermano del entonces cónsul, y Lucio Valerio Publícola, her-

[65] 483 a. C. Para los caps. 77-79, véase Livio, II 41, 10-12.

mano[66] del que derrocó a los reyes, que eran cuestores en ese mismo tiempo y que por eso tenían autoridad para convocar la asamblea, denunciaron ante el pueblo a Espurio Casio, el que había sido cónsul el año anterior y se había atrevido a proponer las leyes sobre el reparto, acusándolo de ambicionar la tiranía, y, habiendo fijado un día, lo citaron para que se defendiera en juicio ante el pueblo. El día señalado, cuando se reunió una grandísima 2
multitud, convocaron a la muchedumbre a una asamblea y expusieron sus acciones conocidas, explicando que no las había realizado con ningún buen fin. En primer lugar a los latinos, a los que les bastaba con ser considerados dignos de una ciudadanía común y que incluso consideraban una gran fortuna haber obtenido ésta, no sólo les concedió en su consulado la ciudadanía que pedían, sino que, además, hizo votar que les fuera entregada también la tercera parte del botín de la guerra siempre que tuviera lugar una campaña en común. Luego, a los hérnicos, que, por haber sido sometidos en la guerra debían estar contentos si no se les castigaba también con la privación de parte de su territorio, los hizo amigos en lugar de súbditos, y ciudadanos en vez de tributarios, y dispuso que recibieran la otra tercera parte de toda la tierra y de todo el botín que se obtuviera por cualquier procedimiento. De manera que, 3
dividido el botín en tres partes, los súbditos y extranjeros recibían dos de ellas y, en cambio, los indígenas y dominadores, una tercera parte. Y manifestaron que, como consecuencia de esto, tendría lugar una de estas dos situaciones tan absurdas si, a cambio de muchos y grandes favores, decidían honrar a alguna otra nación con los mismos privilegios con que habían honrado no sólo a los latinos, sino

[66] O «sobrino», según la enmienda de Glaureanus.

también a los hérnicos que no les habían prestado ningún servicio: pues, al quedarles sólo una tercera parte para ellos, o no tendrían ninguna parte para darles o, si les concedían por votación ese mismo privilegio, no les quedaría nada para ellos.

78 Además de esto, contaron que, en su deseo de hacer públicas las posesiones comunes de la ciudad, sin un decreto del Senado ni el consentimiento de su compañero, quiso ratificar la ley por la fuerza, una ley que era inconveniente e injusta por esta razón, porque siendo necesario que el Senado deliberara previamente y, si a éste le parecía bien, que la muestra de benevolencia fuera un acto común de todas las autoridades, estaba haciendo de ello el favor
2 de un solo hombre, y también por esta otra razón, que era la más terrible de todas, que de nombre era una entrega de tierras públicas a los ciudadanos, pero de hecho era una privación, porque los romanos, que eran los que las habían adquirido, iban a recibir sólo una tercera parte de ellas, mientras que los hérnicos y latinos, que no tenían ningún derecho a ellas, iban a recibir los otros dos tercios. Añadieron que tampoco había obedecido a los tribunos que se oponían y pedían que se eliminara de la ley la parte que hacía referencia a la igual participación de los extranjeros, sino que siguió actuando en oposición a los tribunos, a su compañero, al Senado y a todos los que intervienen
3 en las decisiones más importantes sobre la ciudad. Después de exponer estas acusaciones y poner como testigos de ello a todos los ciudadanos, presentaron ya a continuación las pruebas secretas de que pretendía la tiranía: que los latinos y los hérnicos le habían entregado dinero y le habían proporcionado armas, y que los jóvenes más osados de sus ciudades se habían reunido a su lado haciendo planes secretos y prestándole además otros muchos servicios, y pre-

sentaron muchos testigos de esto, unos, de la ciudad, y otros, de ciudades aliadas, hombres ni insignificantes, ni oscuros. El pueblo creyó en ellos y, sin conmoverse ya por 4
las palabras cuidadosamente compuestas que el hombre pronunció, ni ceder a la piedad cuando sus tres hijos le ayudaron con todas sus fuerzas en su petición de compasión y otros muchos parientes y compañeros se unieron a sus lamentos, ni tomar en consideración alguna sus hazañas en la guerra, por las que había llegado al más alto honor, lo condenó. Entonces, tal era su amargura ante el 5
nombre de la tiranía, que ni en la estimación del castigo se moderó su cólera hacia él, y lo condenó a muerte. En efecto, le entró miedo de que, si el hombre más hábil de su tiempo para dirigir guerras era expulsado de la ciudad y enviado al destierro, hiciera lo mismo que Marcio, enemistando a los amigos y reuniendo a los enemigos, y llevara contra su patria una guerra implacable. Después de que el juicio tuviera este resultado, los cuestores condujeron al hombre al precipicio que estaba situado sobre el Foro y, a la vista de todos, lo arrojaron desde la roca[67]. Éste era, en efecto, el castigo tradicional entre los romanos de entonces para los condenados a muerte.

Otra versión sobre la muerte de Casio

Éste es el más verosímil de los relatos 79
transmitidos sobre este hombre. Pero es necesario no omitir el menos convincente, ya que también éste es creído por muchos y viene referido en escritos dignos de consideración. Dicen algunos que, cuando aún nadie era capaz de ver la tiranía que Casio estaba preparando, su padre fue el primero en sospechar y, tras efectuar la más minuciosa investigación del asunto, fue al Senado. Luego,

[67] La Roca Tarpeya.

ordenó a su hijo que acudiera allí y fue su delator y acusador. Y cuando también el Senado lo condenó, lo llevó
2 a su casa y lo mató. La amargura e inexorabilidad de la cólera de los padres contra los hijos que cometen alguna injusticia, y sobre todo entre los romanos de entonces, no nos permite rechazar esta versión; pues también antes Bruto, el que expulsó a los reyes, condenó a sus dos hijos a morir conforme a la ley relativa a los malhechores y se les cortó el cuello con hachas, porque parecía que habían estado colaborando en el regreso de los reyes[68]. Y después de esto, Manlio, cuando era general en la guerra contra los galos, a su hijo, que se había distinguido en la guerra, por una parte lo honró con coronas al valor por su valentía, pero por otra, acusándolo de desobediencia por no haber permanecido en la fortaleza en que se le había ordenado y haber salido a luchar contra la orden del general,
3 lo mató como a un desertor[69]. Y otros muchos padres, unos por grandes, otros por pequeñas culpas, no tuvieron consideración ni compasión de sus hijos. Por este motivo no creo, como dije, que haya que rechazar este relato como improbable. Pero las siguientes consideraciones, que no son pruebas pequeñas ni poco convincentes, me empujan en sentido opuesto y me llevan a aceptar la otra versión: que, después de la muerte de Casio, su casa fue destruida y su solar ha sido dejado vacío hasta hoy, a excepción del templo de *Tellus*[70], que la ciudad construyó en tiempos

---

[68] Véase V 8.

[69] Parece que Dionisio confunde a T. Manlio Torcuato, cónsul en 340 a. C., que luchó con los latinos, y a Marco Manlio, que salvó el Capitolio cuando los galos invadieron Roma en 387 a. C. (según la versión griega) o 390 a. C. (según la versión romana), por lo que recibió el sobrenombre de «Capitolino».

[70] La Tierra, diosa romana que fue identificada en el mito con

posteriores en una parte de él, en el camino que lleva a Carinas[71], y el Estado confiscó sus bienes, de los que dedicó primicias en algunos templos, y sobre todo en las estatuas de bronce dedicadas a Ceres, que indican en sus inscripciones de qué bienes son primicias[72]. En cambio, si su 4
padre hubiera sido su denunciante, acusador y verdugo, ni su casa habría sido destruida, ni sus bienes confiscados; pues los romanos no tienen ninguna posesión propia mientras todavía viven sus padres, sino que les está permitido a los padres disponer como quieran de los bienes y de las vidas de sus hijos. De manera que, sin duda, la ciudad no habría considerado justo por los delitos del hijo arrebatar y confiscar los bienes del padre que había delatado su intento de establecer la tiranía. Por esta razón estoy más de acuerdo con el primero de los relatos, pero he incluido los dos para que los lectores opten por el que quieran.

Ley que absuelve a los hijos de los criminales

Cuando algunos se propusieron matar 80
también a los hijos de Casio, el Senado, considerando que la costumbre era terrible e inconveniente, se reunió y votó que los chicos fueran librados del castigo y vivieran con toda impunidad, sin ser castigados ni con el destierro, ni con la privación de los derechos de ciudadanía, ni con ninguna otra desgracia. Y desde entonces esa costumbre se ha hecho tradicional entre los romanos y se ha observado hasta nuestros días: dejar a los hijos libres de castigo por los delitos que cometan sus padres, sean éstos tiranos, parricidas o traidores, que es el mayor delito

---

Gea. Probablemente muy antigua, aunque su templo en el Esquilino data sólo del 268 a. C.

71 Véase I 68, 1 y n. 154.

72 La inscripción decía, según LIVIO (II 41, 10): EX CASSIA FAMILIA DATUM.

2 entre ellos. Y los que, en nuestros tiempos, después de las guerras Mársica y Civil[73], con el propósito de abolir esta costumbre, suprimieron a los hijos cuyos padres habían sido proscritos en tiempo de Sila el derecho a presentarse como candidatos a las magistraturas tradicionales y a formar parte del Senado durante el tiempo que ellos ejercieron el poder, parece que cometieron una acción odiosa para los hombres y culpable para los dioses. Por consiguiente, con el tiempo, les sobrevino, como venganza, un incensurable castigo, que los llevó de la mayor presunción a la caída más miserable, y ni siquiera queda ya su linaje, a no
3 ser por línea femenina; y el hombre que los derribó restituyó la costumbre a su primitivo estado[74]. Entre algunos griegos, en cambio, no es ésta la práctica, sino que a los hijos de los tiranos, unos consideran justo matarlos junto con los padres, y otros los castigan con un destierro de por vida, en la idea de que la naturaleza no permite que de padres malvados nazcan hijos honrados, ni de padres buenos hijos malos. Pero dejo para el que quiera la consideración sobre si la práctica de los griegos es mejor o si es superior la de los romanos, y vuelvo a lo que sucedió después.

[73] La guerra social y la guerra de Sila. Los escritores romanos de los dos siglos siguientes solían llamar a la primera *bellum Marsicum* (o *Italicum*).

[74] Fue Julio César quien restituyó a los «hijos de los proscritos» los derechos civiles de que Sila los había privado. Dionisio, al hablar de los que los habían mantenido apartados de los cargos mientras estuvieron en el poder, alude particularmente a Pompeyo, cuya línea masculina terminó con la muerte de su hijo Sexto. Por una u otra razón, Dionisio se abstuvo de mencionar por su nombre a ninguno de los romanos prominentes posteriores a Sila, con excepción de una referencia a la derrota de Craso (II 6, 4) y la mención de Augusto y su hijastro Claudio Nerón (el futuro emperador Tiberio) simplemente como un medio de fechar acontecimientos (I 7, 2; 3, 4).

Los cónsules incumplen el decreto. Revuelta de la plebe

Después de la muerte de Casio[75], los 81
que querían aumentar el poder de la aristocracia se habían hecho más atrevidos y más despreciativos hacia los plebeyos, mientras que los que se arrastraban en la oscuridad de su reputación y su fortuna habían sido reducidos a una situación más humillante y, en la idea de que habían matado al mejor defensor del partido de la plebe, se acusaban a sí mismos de una gran insensatez por haberlo condenado. La razón de esto era que los cónsules no estaban llevando a cabo lo decretado por el Senado con respecto al reparto de tierras, cuando su obligación era designar a los diez hombres que tenían que delimitar la tierra y proponer cuánta de ella y entre quiénes había que
repartirla. Y se reunían en grupos, conversando siempre 2
sobre el engaño, y culpaban a los anteriores tribunos de haber traicionado a la comunidad. Y se celebraban continuas asambleas convocadas por los nuevos tribunos, y se reclamaba el cumplimiento de lo prometido. Los cónsules, al ver esto, decidieron contener al elemento agitado tomando las guerras como pretexto, pues resultaba que en ese tiempo el territorio sufría robos y algunas incursiones de
las ciudades vecinas. Para castigar a los agresores sacaron 3
los estandartes de la guerra y comenzaron a alistar las fuerzas de la ciudad. Como los pobres no fueron a alistarse, los cónsules, al no poder emplear la fuerza de las leyes contra los desobedientes —pues los tribunos protegían al pueblo y si alguien intentaba llevarse las personas o los bienes de los que no se alistaran en el ejército, estaban dispuestos a impedirlo—, emplearon muchas amenazas, diciendo que no cederían ante los que soliviantaban al pue-

[75] Para los caps. 81-82, 4, véase Livio, II 42, 1.

blo, y dejaron en pos de sí la oculta sospecha de que iban a nombrar un dictador que, después de abolir las otras magistraturas, tendría él solo un poder tiránico y no so-
4 metido a rendición de cuentas. Cuando los plebeyos albergaron esta sospecha, ante el temor de que nombraran a Apio, que era cruel e intransigente, soportaron sufrir cualquier cosa antes que eso.

Guerra contra los volscos y veyentes

82 Cuando los ejércitos estuvieron alistados, los cónsules tomaron consigo las fuerzas y las condujeron contra los enemigos. Cornelio, irrumpiendo en el territorio de los veyentes, se llevó el botín que cogió en él, y después de esto, cuando los veyentes enviaron embajadores, liberó a los prisioneros a cambio de un rescate y estableció una tregua de un año. Fabio, por su parte, con el otro ejército, irrumpió en el territorio de los
2 ecuos y luego, desde allí, en el de los volscos. Durante un breve tiempo los volscos soportaron que sus campos fueran saqueados y devastados. Luego, mostrando desprecio por los romanos, como si no estuvieran presentes con una gran fuerza, tomaron las armas y salieron juntos desde la ciudad de Ancio para ir en ayuda de sus tierras, tras haber tomado esta decisión con más rapidez que seguridad. Pues bien, si se hubieran adelantado y se hubieran presentado de improviso ante los romanos mientras éstos estaban dispersos, les habrían infligido una gran derrota. Pero el caso fue que el cónsul, enterado con antelación de su ataque por los hombres que había enviado de reconocimiento, recobró con una rápida llamada a los hombres que estaban dispersos en busca de forraje y los volvió a
3 poner en la formación adecuada para el combate. A los volscos, que marchaban despreciativa y confiadamente, cuando, en contra de lo que esperaban, apareció todo el

ejército romano dispuesto en formación, les entró miedo ante la inesperada visión y ninguno tuvo pensamiento alguno para la seguridad común, sino que cada cual se ocupó de su propia salvación. Se dieron la vuelta, pues, y huyeron tan rápido como pudieron, cada uno por su lado; y la mayoría llegaron sanos y salvos a la ciudad, pero una pequeña columna, la que mantenía una mejor formación, subió corriendo a la cima de un monte y allí permaneció en armas la noche siguiente. Pero como en los días sucesivos el cónsul colocó alrededor de la colina una guardia y cerró todas las salidas con tropas armadas, forzada por el hambre, se sometió y entregó las armas. El cónsul, tras 4
ordenar a los cuestores que vendieran todo el botín, los despojos y los prisioneros que había obtenido, entregó el dinero a la ciudad y, no mucho tiempo después, retiró el ejército del territorio enemigo y lo condujo de regreso a casa, cuando el año ya llegaba a su fin.

Como las elecciones[76] estaban encima, los patricios, viendo al pueblo irritado y arrepentido de haber condenado a Casio, decidieron tomar sus precauciones ante él, no fuera a ser que volviera a presentar alguna agitación si obtenía el prestigio del consulado un hombre hábil en el arte de la demagogia y lo inducía a la esperanza de sobornos y de un reparto de lotes de tierras. Y les pareció que muy fácilmente se le impediría realizar cualquiera de estos deseos si salía cónsul un hombre que no fuera en absoluto partidario de la plebe. Después de tomar esta decisión, or- 5
denaron que se presentaran al consulado Cesón Fabio, uno de los que habían acusado a Casio, que era hermano de Quinto, el que era cónsul en ese momento, y, de entre los demás patricios, Lucio Emilio, un hombre del partido aris-

[76] Para los caps. 82, 4-86, 9, véase *ibid.*, II 42, 2-5.

tocrático. Cuando éstos se presentaron al cargo, los plebeyos, aunque no podían impedirlo, se marcharon de la lla-
6 nura[77] abandonando la elección. En efecto, el poder de la asamblea centuriada en las votaciones estaba en manos de los hombres más distinguidos y que tenían la tasación de fortuna más alta; rara vez había algo que sancionaran los de las tasaciones intermedias, y la última centuria, en la que votaba la parte más numerosa y pobre de la plebe, era, como ya he dicho antes[78], dueña de un único voto: el último.

Consulado de Lucio Emilio y Cesón Fabio. Guerra contra los volscos

83 Así pues, Lucio Emilio, hijo de Mamerco, y Cesón Fabio, hijo de Cesón, reciben el consulado en el año 270 de la fundación de Roma[79], durante el arcontado de Nicodemo en Atenas. Durante su consulado, conforme a sus deseos, la ciudad no se vio perturbada por disensiones internas, debido a que se vio aco-
2 sada por guerras exteriores. En efecto, en todos los pueblos y lugares, griegos o bárbaros, las pausas de males procedentes del exterior suelen despertar guerras civiles y fratricidas, pero esto les ocurre sobre todo a quienes eligen una vida de guerra y penalidades por el deseo de libertad y supremacía; pues las naturalezas que han aprendido a ambicionar más de lo que tienen, apartadas de sus actividades habituales, encuentran difícil ser pacientes, y por esta razón los dirigentes más sensatos siempre reavivan alguna enemistad exterior, considerando mejores las guerras exter-
3 nas que las internas. Pues bien, entonces, como dije, el levantamiento de los pueblos sometidos fue providencial

77 El Campo de Marte.

78 Véase IV 20, 5, y VII 59, 8.

79 482 a. C.

para los cónsules. En efecto, los volscos, bien confiando en la agitación política de Roma, en la idea de que la plebe estaba enemistada con los magistrados, bien estimulados por la vergüenza de su anterior derrota, que se había producido sin lucha, bien por estar orgullosos de sus fuerzas, que eran muchas, bien por todo ello, habían decidido luchar con los romanos. Reunieron a los jóvenes de todas 4
las ciudades, y con una parte del ejército marcharon contra las ciudades de los hérnicos y latinos y con la parte restante, que era la mayor y más poderosa, se dispusieron a recibir a pie firme a los que fueran contra sus ciudades. Cuando los romanos se enteraron de esto, resolvieron dividir su ejército en dos partes, y con una guardar el territorio de los hérnicos y de los latinos, y con la otra saquear el de los volscos.

Derrota de Lucio ante Ancio

Los cónsules echaron a suertes los ejér- 84
citos, como es costumbre entre ellos, y a Cesón Fabio le tocó el ejército que iba a ayudar a los aliados, mientras que Lucio condujo el otro a la ciudad de Ancio. Cuando éste estuvo cerca de la frontera y vio las fuerzas de los enemigos, puso el campamento frente a ellas sobre una colina. Los días siguientes el enemigo salió frecuentemente a la llanura invitándolo a luchar. Cuando Lucio consideró que había llegado el momento oportuno, sacó las tropas. Antes de entrar en combate lanzó una larga exhortación y arenga, y luego hizo dar la señal de combate. Y los soldados, lanzando el grito de batalla acostumbrado, trabaron combate agrupados por cohortes y centurias. Cuando gastaron las lanzas, las jabalinas y todas las 2
armas arrojadizas que tenían, desenvainaron las espadas y vinieron a las manos unos con otros, dando ambas partes iguales muestras de valor y ardor en la lucha. Su forma

de luchar era, como ya he dicho antes[80], semejante, y ni la destreza ni la experiencia de batallas de los romanos, gracias a las cuales ganaban en la mayoría de las ocasiones, ni su firmeza y resistencia a las fatigas, adquirida en muchos combates, les daba ninguna ventaja, pues también en los enemigos se daban estas cualidades desde que tuvieron como general a Marcio, que no era precisamente el más insignificante de los generales romanos, y unos y otros resistían sin ceder el terreno en que primero se habían co-
3 locado. Luego, los volscos retrocedieron poco a poco en orden y formación al tiempo que seguían recibiendo a pie firme a los romanos. Esto era una estratagema para dividir las filas de estos y colocarse en una posición dominante[81].

85 Y los romanos, pensando que comenzaban la huida, los siguieron mientras se retiraban al paso, manteniendo también ellos el orden en la persecución. Pero cuando los vieron marchar a la carrera hacia el campamento, también ellos los persiguieron rápida y desordenadamente. Y las últimas centurias, que ocupaban la retaguardia, despojaban a los muertos, como si ya hubieran vencido a los ene-
2 migos, y se dedicaban al saqueo del territorio. Cuando los volscos se dieron cuenta de esto, los que habían aparentado la huida se dieron la vuelta y se detuvieron cuando estuvieron cerca de las murallas del campamento, y los que habían sido dejados en el campamento abrieron las puertas y salieron a la vez por muchos puntos; y se cambió la suerte de la batalla, pues los perseguidores huyeron y los que huían se convirtieron en perseguidores. Allí murieron muchos valerosos romanos, como era natural, pues se vieron empujados hacia abajo por un terreno empinado y

80 67, 3-4.

81 El verbo final de esta frase es incierto.

fueron rodeados unos pocos por muchos. Semejante a esto 3
fue lo que les sucedió a los que, por dedicarse al despojo de los muertos y al saqueo, se vieron impedidos de retroceder con orden y en formación; pues también ellos, sorprendidos por el enemigo, fueron, unos, muertos y, otros, hechos prisioneros. Los que de éstos y de los que habían sido empujados monte abajo se salvaron, regresaron al campamento cuando, tarde ya, la caballería llegó en su ayuda. Y parece que contribuyó a que no fueran destruidos enteramente una gran tormenta que cayó del cielo y una oscuridad como la que se produce en las nieblas espesas, que hizo que los enemigos no se atrevieran a perseguirlos
más lejos, al no poder ver lo que tenían delante. La noche 4
siguiente el cónsul levantó al ejército y lo hizo salir en silencio y en orden, teniendo cuidado de pasar inadvertido a los enemigos; y, avanzada ya la tarde, acampó junto a la ciudad llamada Lóngula, eligiendo una colina suficientemente alta para rechazar a los que pudieran atacarlos. Mientras permaneció allí, reanimó con cuidados médicos a los que habían sufrido heridas, y levantó la moral de los que estaban atormentados por la inesperada vergüenza de la derrota infundiéndoles ánimos.

Derrota de los volscos

Mientras los romanos estaban ocupa- 86
dos en esto, los volscos, en cuanto se hizo de día y se dieron cuenta de que los enemigos habían abandonado el campamento, se acercaron y acamparon. Después de despojar los cadáveres de los enemigos, recoger a aquellos que, aunque estaban medio muertos, tenían alguna esperanza de salvarse, y enterrar a sus muertos, regresaron a Ancio, que era la ciudad más próxima. Allí, entonando cantos de triunfo por la victoria y ofreciendo sacrificios en todos los templos, se dedicaron durante los días siguien-

2 tes a la buena vida y a los placeres. Así pues, si se hubieran contentado con esa victoria de entonces y no hubieran hecho nada más, la contienda habría tenido un buen final para ellos; pues los romanos no se habrían atrevido ya a salir del campamento para luchar y de buena gana se habrían retirado del territorio enemigo, considerando mejor la huida sin gloria que la muerte cierta. Pero el caso es que, por aspirar a más, perdieron incluso la gloria de
3 la primera victoria. En efecto, enterados por sus exploradores y por los que habían escapado del campamento enemigo de que los romanos que se habían salvado eran muy pocos y que, de éstos, la mayoría estaban heridos, sintieron un gran desprecio hacia ellos y enseguida cogieron las armas y corrieron contra ellos. Los siguió también un gran número de hombres de la ciudad desarmados, para contemplar la lucha y, al mismo tiempo, con vistas a la rapiña
4 y al botín. Pero cuando, después de atacar la colina, rodearon el campamento e intentaron destrozar las empalizadas, en primer lugar salió corriendo contra ellos la caballería, luchando a pie debido a la naturaleza del terreno. Luego, detrás de ellos, los llamados «triarios» en apretada formación. Éstos son los soldados de más edad, a quienes encomiendan guardar los campamentos cuando salen para el combate, y a quienes recurren en último lugar, obligados por la necesidad, cuando ha habido un exterminio masivo
5 de jóvenes y no cuentan con otra ayuda. Los volscos, al principio, recibieron a pie firme su ataque y durante mucho tiempo continuaron luchando animosamente. Luego, al estar en desventaja por la naturaleza del terreno, comenzaron a retroceder y, finalmente, tras haber infligido pocos e insignificantes daños a sus enemigos y haber sufrido ellos más, se retiraron a la llanura. Allí acamparon y durante los días siguientes formaron repetidamente sus fuerzas en

orden de batalla e invitaron a los romanos a luchar, pero éstos no salieron a su encuentro.

Cuando los volscos vieron esto, sintieron desprecio por 6
ellos y, haciendo venir fuerzas de sus ciudades, realizaron preparativos como para tomar con gran número de hombres la guarnición. Y fácilmente habrían llevado a cabo una gran hazaña al vencer al cónsul y al ejército romano bien por la fuerza o bien por una capitulación —pues ya no quedaban muchas provisiones en el lugar—, pero les llegaron antes refuerzos a los romanos, que impidieron a los volscos dar a la guerra el más glorioso final. En efecto, 7
Cesón Fabio, el otro cónsul, al enterarse de la situación en que estaba el ejército que se había enfrentado a los volscos, quiso atacar enseguida a los que estaban sitiando la guarnición, conduciendo todas sus fuerzas tan rápidamente como pudiese. Pero como no obtuvo buenos augurios cuando hizo sacrificios y consultó los auspicios, sino que los dioses se oponían a su salida, él se quedó y, escogiendo las mejores cohortes, las envió a su compañero. És- 8
tas, tras haber hecho el camino en secreto a través de las montañas y la mayor parte de noche, entraron en el campamento sin que los enemigos se dieran cuenta. Así pues, Emilio cobró nuevos ánimos con la presencia de los refuerzos, mientras que los enemigos, por su parte, confiando a la ligera en su número e impulsados por el hecho de que los romanos no salieran a combatir, empezaron a subir la colina en apretada formación. Los romanos les permitieron subir tranquilamente y les dejaron pasar muchos esfuerzos con la empalizada y, cuando se dio la señal de combate, destrozando ésta por muchas partes, cayeron sobre ellos. Y unos, trabando combate, luchaban con espadas, mientras otros, desde los muros, lanzaban piedras, jabalinas y lanzas a los atacantes, y ningún proyectil falla-

ba, al estar muchos apiñados en un terreno muy reducido.
9 Los volscos fueron barridos de la colina tras perder a muchos de los suyos y, lanzándose a la huida, se pusieron a salvo a duras penas en su campamento. Los romanos, sintiéndose finalmente seguros, bajaron ya a los campos de los volscos, y tomaron de ellos provisiones y todo lo demás que escaseaba en su campamento.

87 *Marco Fabio y Lucio Valerio elegidos cónsules. Alistan un nuevo ejército pese a la oposición de la plebe*

Cuando llegó el tiempo[82] de la elección de magistrados, Emilio permaneció en el campamento, pues sentía vergüenza de entrar en la ciudad debido a su ignominiosa derrota, en la que había perdido la mejor parte del ejército. Su colega, dejando en el campamento a los jefes que estaban bajo su mando, fue a Roma y, convocando al pueblo para la elección, no pidió el voto de aquellos excónsules a quienes el pueblo quería que se les diese el consulado, pues éstos ni siquiera se presentaban voluntariamente como candidatos, sino que convocó las centurias y les hizo
2 votar en favor de los que se presentaban al cargo. Éstos eran hombres a los que el Senado había elegido y ordenado presentarse candidatos y que no eran muy del agrado de la plebe. Fueron elegidos cónsules para el año siguiente Marco Fabio, hijo de Cesón, hermano menor del cónsul que había convocado la elección de magistrados, y el hijo de Marco, Lucio Valerio, el que había acusado a Casio —el que había sido tres veces cónsul— de ambicionar la tiranía y lo había llevado a la muerte.
3 Éstos, cuando recibieron el cargo[83], consideraron conveniente alistar a otros soldados en lugar de los que ha-

[82] Para los caps. 87-89, véase LIVIO, II 42, 6-9.
[83] En el 481 a. C.

bían muerto en la guerra contra los anciates para comple-
tar las centurias. Y después de obtener un decreto del Se-
nado, señalaron un día en el que debían presentarse los
que estaban en edad militar. Después de esto hubo un gran
alboroto por toda la ciudad y palabras de sedición de los
más pobres, que no querían ni cumplir los decretos del
Senado, ni obedecer la autoridad de los cónsules, porque
habían faltado a las promesas que les habían hecho sobre
el reparto de tierras. Y yendo en gran número ante los tri-
bunos, les reprochaban su traición y les pedían a gritos su
ayuda. Los demás tribunos consideraban que no era mo- 4
mento oportuno para volver a encender las enemistades in-
ternas, ya que se estaba manteniendo una guerra exterior,
pero uno de ellos, Cayo Menio, dijo que no traicionaría
a los plebeyos ni permitiría a los cónsules alistar un ejérci-
to, si antes no designaban a los hombres encargados de
fijar los límites de la tierra pública, y redactaban y presen-
taban ante el pueblo el decreto relativo al reparto de los
lotes de tierra. Cuando los cónsules se opusieron a esto y
alegaron como excusa la guerra que tenían entre manos, di-
jo que no les haría caso y que impediría el alistamiento
con todo su poder. Y así lo intentó, pero no pudo hacerlo 5
hasta el final; pues los cónsules, saliendo de la ciudad, hi-
cieron colocar en la llanura que está delante[84] los asientos
de los generales; y allí no sólo hicieron el alistamiento
de los soldados, sino que, a los que no obedecían las le-
yes, como llevárselos no podían, los castigaron en sus pose-
siones; a los que tenían tierras, destruyéndoselas y arrui-
nando sus granjas, y a aquellos que se ganaban la vida
trabajando como agricultores en campos ajenos, quitándo-
les los útiles de trabajo: las yuntas de bueyes, el ganado,

[84] El Campo de Marte.

las bestias de carga y todos los utensilios con los que se
6 trabaja la tierra y se recogen los frutos. El tribuno que
trataba de impedir el alistamiento ya nada pudo hacer;
pues los que ocupan el poder tribunicio no tienen ninguna
autoridad fuera de la ciudad, ya que su poder está circuns-
crito a las murallas, y ni siquiera les está permitido dormir
fuera de la ciudad, excepto en una sola ocasión en que
todos los magistrados de la ciudad ofrecen un sacrificio
común a Júpiter por el pueblo latino, subiendo al monte
7 Albano. Esta costumbre de que los tribunos no tengan nin-
gún poder fuera de la ciudad se ha mantenido hasta nues-
tros tiempos. E incluso la guerra civil romana que tuvo
lugar en mi juventud y que fue mayor que todas las que
la habían precedido, la causa que la motivó, además de
muchas otras, y que parece haber sido la más importante
y suficiente para dividir a la ciudad, fue ésta: que algunos
tribunos, afirmando que el general que entonces controlaba
los asuntos de Italia[85] los había hecho salir por la fuerza
de la ciudad para que ya no tuvieran poder sobre nada,
recurrieron, como si no tuvieran a dónde dirigirse, al gene-
8 ral que mandaba las legiones de la Galia[86]. Y éste, sirvién-
dose de ese pretexto: que él estaba ayudando conforme a
derecho y justicia a la sacrosanta magistratura del pueblo
que había sido privada de su poder en contra de los jura-
mentos de sus antepasados, entró personalmente en la ciu-
dad con las armas y restituyó a los hombres en su pues-
to[87].

---

85 Pompeyo.

86 César.

87 Al comienzo del 49 a. C., Antonio y Q. Casio, dos de los nuevos tribunos, y Curión, que acababa de dejar este cargo, huyeron junto a César, acampado entonces en Rávena.

Continúa la guerra contra los volscos

Pues bien, los plebeyos entonces, al 88
no recibir ninguna ayuda de la potestad tribunicia, cedieron en su osadía y, acercándose a los encargados del alistamiento, prestaron el juramento sagrado[88] y se alistaron bajo sus estandartes. Cuando se completaron las centurias, los cónsules sortearon el mando de las legiones. A Fabio le tocó el ejército que había sido enviado en ayuda de los aliados, y Valerio recibió en suerte el que estaba acampado en el territorio de los volscos, y llevó consigo a los recién alistados. Cuando los enemigos se en- 2
teraron de su llegada, decidieron hacer venir otro ejército, poner el campamento en un lugar más seguro y no correr ya ningún riesgo temerario por menospreciar a los romanos. Estas cosas habían sucedido rápidamente, y los jefes de los dos ejércitos adoptaron la misma decisión con respecto a la guerra: defender sus fortificaciones si eran atacadas, pero no atacar las de los enemigos pensando en tomarlas por asalto. Y entretanto, pasó un tiempo no pe- 3
queño, pues éste iba consumiéndose debido al miedo que tenían a atacar. Sin embargo, tampoco pudieron mantenerse hasta el final en sus planes. En efecto, cuando los ejércitos enviaban destacamentos para traer provisiones o alguna cosa que necesitaban, se producían encuentros y ataques entre ellos, y la victoria era, unas veces, para unos y, otras, para otros. Y como luchaban entre sí con frecuencia, morían muchos, y todavía más caían heridos. Pues 4
bien, a los romanos no les llegaban refuerzos de ningún sitio para completar la parte del ejército perdida. El ejército volsco, en cambio, se veía muy incrementado por la

---

[88] El *sacramentum*, el juramento de obediencia prestado por los reclutas romanos.

llegada de un ejército tras otro; y sus generales, animados por esto, sacaron el ejército del campamento dispuestos a dar batalla.

Castigo de la vestal Opimia

89 Salieron también los romanos y se colocaron en orden de batalla; y se produjo entonces un violento combate, pues todos, jinetes, infantería y soldados de armamento ligero, mostraban igual ardor y experiencia y cada hombre ponía la victoria sólo en sí
2 mismo. Muchos de ellos, de uno y otro bando, yacían muertos tras haber caído en el mismo lugar en que habían sido colocados, y todavía más que los muertos eran los que yacían moribundos, y eran pocos los que todavía seguían luchando y haciendo frente a los peligros, y ni siquiera ésos estaban en condiciones de luchar, pues por una parte, los escudos les entorpecían el brazo izquierdo por el peso de la cantidad de proyectiles clavados en ellos, y no podían soportar a pie firme los ataques del enemigo, y por otra parte, los puñales tenían las puntas dobladas e incluso había algunos totalmente rotos que ya no servían para nada. Y como, por un lado, el gran cansancio que los había invadido después de haber estado luchando durante todo el día aflojaba sus fuerzas y debilitaba sus golpes, y como, por otro lado, habían aparecido en ambos bandos el sudor, la sed y la falta de respiración, como suele suceder a los que luchan durante mucho tiempo en la estación sofocante del año, la batalla no tuvo ningún final digno de mención, sino que los dos ejércitos se retiraron de buena gana a sus campamentos cuando los generales llamaron a retirada. Y después de esto, ninguno de los dos ejércitos salió ya a la batalla, sino que, acampado uno frente al otro, vigilaban sus mutuas salidas en busca de
3 provisiones. Sin embargo, se creyó, según el rumor que

corrió mucho en Roma, que, aunque el ejército romano pudo vencer entonces, no quiso llevar a cabo ningún hecho brillante por odio al cónsul y por la cólera que sentía contra los patricios por el engaño del reparto de tierras. Y los propios soldados, en cartas que enviaron a sus familiares, acusaban al cónsul de no ser capaz de mandar el ejército.

Esto fue lo que sucedió en el campamento, y mientras tanto[89], en la propia Roma aparecieron muchas señales de los dioses bajo la forma de voces y visiones inusuales, como indicaciones de la cólera divina. Y todo apuntaba 4
a esto, según manifestaron los adivinos y los intérpretes de prodigios: que algunos dioses estaban irritados porque no recibían los honores acostumbrados, pues sus ritos no se estaban realizando ni con pureza ni con piedad. Después de esto, tuvo lugar una búsqueda exhaustiva por parte de todos y, por fin, se denunció ante los pontífices que una de las vírgenes que guardaban el fuego sagrado, cuyo nombre era Opimia[90], estaba contaminando los ritos por haber perdido la virginidad. Y los pontífices, averiguando 5
mediante torturas y otras pruebas que el delito denunciado era cierto, le quitaron a ésta de la cabeza las cintas[91] y, conduciéndola en procesión a través del Foro, la enterraron viva dentro de la muralla, y a los dos hombres que fueron convictos de haber llevado a cabo la violación, los azotaron públicamente e inmediatamente les dieron muerte. Y después de esto, los sacrificios y los augurios fueron favorables, mostrando que los dioses habían depuesto su cólera contra ellos.

---

89 Para 89, 3-5, véase Livio, II 42, 10 ss.

90 Livio la llama *Oppia*.

91 Las cintas son unos de los símbolos de su sacerdocio. Para las vestales, véase II 67.

90 *Elecciones. Consulado de Cayo Julio y de Quinto Fabio*

Cuando llegó[92] el tiempo de la elección de magistrados y los cónsules regresaron a Roma, se produjo una gran rivalidad y enfrentamiento entre la plebe y los patricios acerca de los hombres que iban a recibir la magistratura. En efecto, éstos querían promover al consulado a los jóvenes más activos y menos inclinados a favorecer a los plebeyos; y siguiendo sus órdenes, se había presentado como candidato para el cargo el hijo de Apio Claudio —aquel que parecía ser el más hostil a la plebe—, hombre lleno de arrogancia y atrevimiento y, por razón de sus amigos y clientes, el más poderoso entre los de su edad. El pueblo, por su parte, nombrando de entre los de más edad y que ya habían dado prueba de su moderación, a los que tomarían las medidas convenientes para la ciudad, quería hacerlos cónsules. Y los magistrados estaban divididos e intentaban invalidar mutuamente
2 te sus poderes. En efecto, cuando los cónsules convocaban a la muchedumbre a una asamblea para presentar los candidatos, los tribunos, que tenían poder para impedirlo, disolvían la asamblea, y cuando aquéllos, a su vez, convocaban al pueblo para elegir a los magistrados, no lo permitían los cónsules, que tenían el poder de convocar las centurias y pedirles su voto. Y se producían acusaciones mutuas y continuas escaramuzas, pues se habían unido en bandos, de manera que incluso se intercambiaron algunos golpes debido a la excitación, y la disputa civil no estuvo
3 lejos de llegar a las armas. Cuando el Senado se enteró de esto, estuvo deliberando durante mucho tiempo sobre cómo tratar la situación, pues ni podía forzar al pueblo, ni quería ceder ante él. La opinión más dura era la de

[92] Para los caps. 90-91, véase LIVIO, II 43, 1 ss.

nombrar dictador para la elección al que consideraran más indicado, y que el que recibiera ese poder expulsara de la ciudad a los que causaban disturbios, y si los anteriores magistrados habían cometido algún error, lo enmendara, y una vez que hubiera establecido la forma de gobierno que quisiera, entregara las magistraturas a los mejores hombres. La opinión más moderada era la de nombrar *interre-* 4
ges a los hombres más ancianos y que gozaban de mayor honra, y que se les encomendara que tomasen medidas para que lo relativo a las elecciones se desarrollase de la mejor manera posible, exactamente del mismo modo en que tenían lugar cuando morían los reyes. Como la mayoría se sumó a esta opinión, designaron *interrex* a Aulo Sempronio Atratino; y las demás magistraturas fueron suspendidas. Éste, después de haber gobernado la ciudad sin re- 5
vueltas durante los días que estaba permitido[93], designó, como era costumbre entre ellos, otro *interrex:* Espurio Larcio. Y éste, convocando la asamblea centuriada y haciéndoles votar conforme a la valoración de sus propiedades, nombró cónsules, con la aprobación de ambas partes, a Cayo Julio, llamado con el sobrenombre de Julo, de entre los favorables al pueblo, y a Quinto Fabio, hijo de Cesón, por segunda vez, de entre los del partido aristocrático. Y 6
el pueblo, que no había sufrido nada malo durante su primer consulado, permitió que obtuviera este poder por segunda vez, porque odiaba a Apio y se alegraba mucho porque aquel parecía haber sido deshonrado. Y, por su parte, los que ocupaban cargos altos, puesto que habían conseguido que llegara al consulado un hombre de acción y que no mostraría ninguna debilidad ante el pueblo, consideraban que la disensión había retrocedido conforme a sus planes.

---

[93] El período era de cinco días. Véase II 57, 2.

Guerra con los veyentes

91 Durante el consulado de éstos[94], los ecuos, atacando el territorio de los latinos, se llevaron muchos esclavos y ganado en una expedición de piratería. Y de los tirrenos, los llamados veyentes habían dañado una gran parte del territorio romano con expediciones para procurarse botín. El Senado, posponiendo la guerra contra los ecuos para otro momento, votó exigir una satisfacción a los veyentes. Los ecuos, como las primeras incursiones habían resultado conforme a sus planes y no parecía que nadie fuera a impedir las que hicieran en el futuro, impulsados por una confianza insensata, decidieron no efectuar ya ninguna expedición de piratería, y, marchando contra la ciudad de Ortona[95], la tomaron por la fuerza y, después de saquear el campo y la ciudad, se mar-
2 charon con un rico botín. Por su parte, los veyentes respondieron a los enviados de Roma que los que estaban saqueando el territorio no venían de su ciudad, sino de las otras ciudades tirrenas, y los despidieron sin darles ninguna satisfacción; pero los embajadores se encontraron a los veyentes que traían botín del territorio romano. El Senado, cuando fue informado de esto, votó declarar la guerra a los veyentes y que los dos cónsules condujeran el
3 ejército. Se produjo una discusión acerca del decreto, y eran muchos los que se oponían a que se emprendiera la guerra, recordando a los plebeyos el reparto de tierras en el que, tras una vana esperanza, habían sido totalmente engañados, pese a que había sido decretado por el Senado hacía más de cuatro años, y manifestando que se produciría una guerra general si toda Tirrenia, de común acuerdo,

[94] 480 a. C.

[95] *Ortona*. Ciudad marítima del Lacio.

ayudaba a sus paisanos. Sin embargo, no prevalecieron los 4
argumentos de los sediciosos, sino que también el pueblo sancionó el decreto del Senado, siguiendo la opinión y el consejo de Espurio Larcio. Y después de esto, los cónsules sacaron las tropas y acamparon separados, a no mucha distancia de la ciudad[96]. Y allí permanecieron muchos días; pero como los enemigos no sacaban sus fuerzas contra ellos, saquearon todo el territorio de éstos que pudieron, y luego condujeron el ejército de regreso a casa. Ningún otro suceso digno de mención tuvo lugar durante su consulado.

---

96 Veyes.

LIBRO IX

Consulado de Cesón Fabio y Espurio Furio. Guerra con tirrenos y ecuos. El tribuno Espurio Larcio obstaculiza los planes del Senado

Al año siguiente[1], se produjo una 1
disputa entre la plebe y el Senado acerca de los hombres que iban a ser elegidos cónsules —pues los senadores querían que los dos hombres promovidos al cargo fueran del partido aristocrático, y el pueblo, que lo fueran de entre los que lo habían favorecido a él—. Después de una obstinada discusión, finalmente se convencieron mutuamente para que fuera elegido un cónsul de cada partido. Y fueron elegidos, por el Senado, Cesón Fabio, por segunda vez, el que había acusado a Casio de aspirar a la tiranía, y Espurio Furio, por los partidarios de la plebe, en la LXXV Olimpiada[2], durante el arcontado en Atenas de Caliades, en el tiempo en que Jerjes llevó a cabo
su expedición contra Grecia[3]. Acababan de recibir éstos 2
el poder, cuando llegaron al Senado embajadores de los

---

[1] Para los caps. 1-4, véase Livio, II 43.

[2] 479 a. C.

[3] Dionisio sincroniza cada consulado con el año griego en el curso del cual éste comenzó. Caliades fue arconte en el 480-479 a. C. y la llegada de Jerjes tuvo lugar, aproximadamente, en el tiempo en que asumió el cargo.

latinos pidiendo que les enviara a uno de los cónsules con un ejército, para impedir que la insolencia de los ecuos llegara más lejos. Y, al mismo tiempo, se anunció que toda Tirrenia estaba agitada y no tardaría mucho en ir a la guerra. En efecto, la nación se había reunido en una asamblea general y, ante la mucha insistencia de los veyentes en pedir que les ayudaran en la guerra contra los romanos, finalmente había sacado un decreto que permitía tomar parte en la expedición a los tirrenos que lo quisieran. Y se formó una tropa suficientemente numerosa que voluntariamente iba a ayudar a los veyentes en la guerra. Cuando los magistrados romanos se enteraron de esto, decidieron alistar ejércitos y que los dos cónsules salieran, uno para luchar con los ecuos y vengar a los latinos, y otro para
3 conducir las fuerzas contra Tirrenia. A esto se oponía Espurio Icilio[4], uno de los tribunos; y convocando al pueblo diariamente, pedía al Senado el cumplimiento de las promesas relativas al reparto de tierras y decía que no permitiría que se llevara a cabo nada de lo que había decretado el Senado, ni concerniente a la guerra, ni concerniente a la ciudad, si no designaban primero a los diez hombres que debían fijar los límites del terreno público, y distribuían la tierra, como habían prometido, entre el pueblo.
4 Como el Senado se veía en apuros y sin saber qué hacer, Apio Claudio le sugirió que se considerase el modo de enemistar a los otros tribunos con él, señalando que no había ningún otro medio de detener el poder de quien, siendo sagrado y teniendo esta autoridad por ley, se oponía y obstaculizaba los decretos del Senado, más que si algún otro del mismo rango y con igual poder se oponía a él y or-

[4] Los manuscritos dan este nombre, aquí y más adelante, como *Sicilius*. Livio lo llama *Licinius*.

denaba lo que aquél intentaba obstaculizar. Y aconsejó 5
a los cónsules que en el futuro obtuvieran la magistratura que obraran así y consideraran cómo tener siempre a algunos de los tribunos a su favor y como amigos, diciendo que había una sola forma de destruir el poder de su colegio: que sus miembros discutieran entre sí.

Éxito de la expedición contra los ecuos

Cuando Apio terminó de dar cuenta 2
de esta opinión, los cónsules y los poderosos, considerando que les había aconsejado correctamente, consiguieron, con mucha habilidad, volver a los otros cuatro
tribunos favorables al Senado. Éstos, durante un tiempo, 2
intentaron convencer con palabras a Icilio de que renunciara a su política referente al reparto de tierras hasta que las guerras hubieran finalizado. Pero como Icilio siguió oponiéndose, y juró que continuaría haciéndolo, y se atrevió a pronunciar en presencia del pueblo un discurso muy arrogante, en el sentido de que antes preferiría ver a los tirrenos y a los otros enemigos dueños de la ciudad que perdonar a los que ocupaban la tierra pública, ellos, considerando que habían conseguido un buen pretexto para oponerse de palabra y obra a tamaña arrogancia, puesto que ni siquiera el pueblo había recibido el discurso con agrado, dijeron que interpondrían su veto e hicieron abiertamente todo lo que parecía bien al Senado y a los cónsules; e Icilio, aislado, ya no tuvo ningún poder. Después de esto, 3
se alistó el ejército, y los preparativos que hacían falta para la guerra se llevaron a cabo, parte con fondos públicos, parte con los de particulares, con el mayor entusiasmo. Y los cónsules, tras echar a suertes los ejércitos, partieron rápidamente: Espurio Furio contra las ciudades de los ecuos, y Cesón Fabio contra los tirrenos. A Espurio 4
todo le salió conforme a sus deseos, pues los enemigos no

se atrevieron a trabar combate, y de la expedición pudo conseguir mucho dinero y muchos esclavos, pues invadió y saqueó casi todo el territorio que poseían los enemigos, entregando todo el botín a los soldados. Y aunque ya incluso antes de este tiempo era considerado como amigo del pueblo, se ganó todavía más el favor de la multitud después de esta actuación como general. Y cuando pasó el tiempo de la expedición, condujo el ejército de regreso íntegro e indemne y enriqueció a la patria con el dinero que había obtenido.

Los plebeyos ponen en dificultades al cónsul Cesón Fabio

3 Cesón Fabio, el otro general, aunque no fue inferior a nadie en el desempeño de su cargo como general, se vio privado de la alabanza de sus acciones, no por ninguna falta suya, sino porque no tuvo a la plebe a su favor desde que hizo juzgar y dar muerte
2 al cónsul Casio por pretender la tiranía. En efecto, no estaban dispuestos ni a obedecer las órdenes que los subordinados debían cumplir con rapidez cuando el general las daba, ni a apoderarse por la fuerza de todo lo que debían con resolución y aprovechando la oportunidad, ni a apropiarse, sin conocimiento del enemigo, de cuantas posiciones ventajosas era necesario, ni estaban dispuestos a hacer ninguna otra cosa de la que el general fuera a sacar algún honor o gloria. Y todas las demás acciones con las que continuamente deshonraban al general fueron menos penosas para él y no causaron tan gran perjuicio a la ciudad, pero lo que hicieron en último lugar provocó un peligro no pequeño y fue causa de mucha vergüenza para ambos.
3 En efecto, cuando los dos ejércitos se colocaron en orden de batalla con todas sus fuerzas, en el medio de las colinas sobre las que ambos habían acampado, tras dar muchas muestras de valentía y forzar a los enemigos a em-

prender la huida, ni persiguieron a los que escapaban, pese a las repetidas órdenes del general, ni quisieron esperar y tomar por asedio el campamento enemigo, sino que se retiraron a su campamento dejando inacabada una gloriosa
acción. Cuando algunos intentaron saludar al cónsul como 4
imperator[5], todos los demás a la vez, con grandes gritos, se pusieron a insultar al general con una voz acusadora culpándolo de haber causado la muerte a muchos y valientes compañeros suyos por su inexperiencia en el mando, y, después de otras muchas afirmaciones difamantes e indignantes, pidieron que levantara el campamento y los condujera de regreso a Roma, alegando que, si atacaban los enemigos, no serían capaces de sostener una segunda bata-
lla. Y ni se dejaron convencer cuando el general les intentó 5
mostrar un camino mejor, ni cuando se lamentó y suplicó se conmovieron lo más mínimo ante sus ruegos, ni recibieron con temor sus violentas amenazas cuando también recurrió a éstas, sino que permanecieron irritados ante todo ello. Y tanta falta de disciplina y desprecio hacia su general hubo en algunos de ellos que, levantándose hacia la media noche, desmontaron las tiendas, cogieron las armas y transportaron a los heridos sin que nadie lo hubiera ordenado.

Cuando el general se enteró de esto, se vio obligado 4
a dar a todos la orden de partida por miedo a su desobediencia y audacia. Y ellos, con tanta rapidez como si se estuvieran poniendo a salvo de una derrota, alcanzaron la ciudad hacia el amanecer. Los que estaban en las murallas, no sabiendo que era un ejército amigo, se pusieron las ar-

[5] Título genérico de los comandantes romanos, se convirtió en título honorífico. Después de una victoria, el general era saludado como *imperator* por sus soldados, y llevaba este título detrás de su nombre hasta el final de su magistratura o hasta su triunfo.

mas y se llamaron unos a otros; y el resto de la ciudad se llenó de confusión y alboroto, creyendo que se encontraba ante una gran desgracia. Y los guardias no les abrieron las puertas hasta que aclaró el día y pudieron reconocer
2 a su propio ejército. De manera que, además del deshonor en que habían incurrido al haber abandonado su campamento, se habían expuesto a sí mismos a un peligro enorme al marchar en la oscuridad y en desorden a través del territorio enemigo. Ciertamente, si los enemigos se hubieran enterado de esto y los hubieran seguido de cerca mientras marchaban, nada habría impedido que todo el ejército pereciera. La causa de esa irracional partida o huida fue, como dije, el odio del pueblo hacia el general y la envidia de su honra, para que no alcanzara la mayor gloria al ser
3 honrado con la concesión de un triunfo. Al día siguiente, enterados los tirrenos de la partida de los romanos, despojaron a sus muertos, levantaron y se llevaron a los heridos y robaron el equipo y las provisiones que habían sido abandonados en el campamento —eran muchos, pues habían sido preparados para una larga guerra—. Y después de saquear, ya como conquistadores, la parte más cercana del territorio enemigo, condujeron el ejército de regreso a casa.

Consulado de Cneo Manlio y Marco Fabio. Guerra con los tirrenos

5 Los cónsules designados a continuación[6], Cneo Manlio y Marco Fabio, elegido éste por segunda vez para el cargo, como el Senado había decretado que condujesen un ejército tan grande como pudieran contra la ciudad de los veyentes, fijaron un día en el que harían el alistamiento del ejército. Cuando uno de los tribunos, Tiberio Pontificio, se opuso a ello mediante el veto del alistamiento y volvió sobre el decreto referente

[6] Año 478 a. C. Para los caps. 5-13, véase LIVIO, II 43, 11-47, 12.

al reparto de tierras, se ganaron a algunos de sus compañeros de tribunado, como habían hecho los cónsules anteriores, y dividieron a los tribunos, y después de esto llevaron a cabo la voluntad del Senado con toda libertad. Después 2
de realizar el alistamiento en pocos días, marcharon contra los enemigos, conduciendo cada uno dos legiones de los romanos reclutados en la propia ciudad y una tropa no inferior a ésta que había sido enviada por sus colonias y pueblos sometidos. De la nación de los latinos y de los hérnicos les llegó una ayuda doble de la que se les había pedido. Sin embargo, no utilizaron toda, sino que, diciéndoles que les estaban muy agradecidos por su buena voluntad, despidieron la mitad de la fuerza enviada. Y colocaron 3
también delante de la ciudad un tercer ejército, compuesto por dos legiones de jóvenes, para que guardara el territorio por si aparecía de improviso algún otro ejército enemigo. Y a los hombres que sobrepasaban la edad militar y que todavía tenían fuerza para empuñar las armas, los dejaron en la ciudad para defender las ciudadelas y la muralla.

Condujeron los ejércitos cerca de la ciudad de Veyes 4
y acamparon sobre dos colinas no muy distantes una de otra. También el ejército de los enemigos, grande y valiente, había salido a campo abierto y estaba acampado delante de la ciudad. En efecto, se habían reunido los más poderosos de toda Tirrenia, llevando consigo a sus siervos, y el ejército tirreno era, en ese momento, mucho mayor que el romano. A los cónsules, cuando vieron el número 5
de los enemigos y el brillo de sus armas, les invadió un gran miedo de que, situados con su ejército dividido en facciones frente a un ejército enemigo unido, nunca serían capaces de vencer. Y decidieron fortificar los campamentos y prolongar la guerra, esperando que la audacia de los enemigos, impulsada por un menosprecio irreflexivo les

proporcionara alguna oportunidad de actuar con ventaja. Después de esto, se produjeron continuas escaramuzas y breves *enfrentamientos entre los soldados de armamento* ligero, pero ninguna acción importante o brillante.

Señales de los dioses

6 Los tirrenos, irritados por la lentitud de la guerra, acusaban a los romanos de cobardía porque no salían a combatir, y estaban engreídos en la creencia de que éstos les habían dejado el campo para ellos. Y todavía estaban más inclinados al desprecio del ejército adversario y al menosprecio de los cónsules porque creían que también los dioses estaban luchando de su
2 lado. En efecto, un rayo había caído en la tienda de Cneo Manlio, uno de los cónsules, destrozando la tienda, destruyendo el hogar y manchando algunas armas de guerra, quemando otras y haciendo desaparecer otras por completo, y mató también al más brillante de sus caballos —el que utilizaba en las batallas— y a algunos de sus servido-
3 res. *Como los adivinos dijeron que los dioses anunciaban* la toma del campamento y la muerte de los hombres más destacados, Manlio hizo levantar a su ejército hacia la media noche, lo condujo al otro campamento y acampó con
4 su compañero. Los tirrenos, enterados del traslado del general y oyendo de algunos prisioneros las razones por las que se había producido, se dejaron arrastrar todavía más por sus ánimos, en la idea de que los dioses luchaban contra los romanos, y albergaban grandes esperanzas de vencerlos. Y sus adivinos, que tienen fama de haber examinado con más exactitud que los de ningún otro sitio de dónde vienen los rayos y qué lugares los reciben después del impacto, a cuál de los dioses corresponde cada uno y qué bienes o males revelan, les aconsejaron marchar contra los enemigos, explicando la señal que se les había aparecido

a los romanos de esta forma: puesto que el rayo había 5
caído en la tienda del cónsul, en la que estaba instalado
el cuartel general y la había destruido por completo, hasta
el hogar, los dioses anunciaban a todo el ejército la pérdida del campamento, tras ser conquistado por la fuerza,
y la muerte de los hombres más señalados. «Por tanto 6
—dijeron—, si los que ocupaban el lugar en que cayó el rayo hubieran permanecido en él y no hubieran trasladado sus estandartes al otro campamento, la divinidad que estaba indignada contra ellos habría satisfecho su cólera con la captura de un solo campamento y la destrucción de un solo ejército. Pero, puesto que, queriendo ser más sabios que los dioses, se habían trasladado al otro campamento y habían dejado desierto el lugar, como si la divinidad no anunciara las desgracias a los hombres sino a los lugares, la cólera de la divinidad caerá sobre todos ellos por igual, sobre los que se han marchado y sobre los que los han
recibido. Y puesto que, cuando la divinidad predijo que 7
uno de sus campamentos sería tomado por la fuerza, no aguardaron el destino, sino que lo entregaron a los enemigos, aquel campamento que ha recibido a los hombres del campamento abandonado, conquistado por la fuerza, será tomado, en lugar del abandonado.»

Cuando los tirrenos oyeron a sus adivinos decir esto, 7
ocuparon con una parte de su ejército el campamento abandonado por los romanos, con la idea de hacer de él una plaza fuerte contra el otro. El lugar era muy seguro y estaba en una buena posición para impedir el paso de los que iban de Roma al campamento enemigo. Y después de llevar a cabo también los otros preparativos con los que pensaban aventajar a su adversario, sacaron sus fuerzas a
la llanura. Como los romanos permanecían quietos, los 2
tirrenos más atrevidos se aproximaron a caballo y, dete-

niéndose cerca del campamento, los llamaron a todos mujeres, insultaron a sus jefes, diciendo que se parecían a los animales más cobardes y les pidieron que hicieran una de estas dos cosas: o bajar a la llanura y decidir la lucha en una sola batalla, si pretendían competir en valor guerrero, o si admitían ser cobardes, entregar las armas a los que eran mejores que ellos, pagar el castigo por lo que habían hecho y no considerarse ya dignos de ninguna grandeza.
3 Esto lo hacían diariamente y, como no progresaban nada, decidieron bloquearlos con un muro para obligarlos a rendirse por hambre. Los cónsules permitieron que esto siguiera durante mucho tiempo, no por ninguna cobardía ni flaqueza —pues ambos eran animosos y amigos de guerrear—, sino porque miraban con desconfianza la deliberada cobardía y la apatía que residían en los plebeyos desde que se había producido el desacuerdo sobre el reparto de tierras, pues todavía tenían presente en la memoria y ante los ojos el comportamiento vergonzoso e indigno de la ciudad que habían mostrado el año anterior por su resentimiento ante el honor que se concedería al consul, cuando entregaron la victoria a los vencidos y soportaron la falsa vergüenza de la huida para que el general no recibiera el triunfo por la victoria.

Plan de los cónsules para lograr la unidad de su ejército

8 Queriendo, pues, eliminar por completo la disensión del ejército y reinstaurar en todos la concordia del principio, aplicando a este úmco objetivo toda su voluntad y cuidado, y puesto que, ni con el castigo de una parte era posible volver más sensato al resto, que era numeroso y arrogante y tenía las armas en sus manos, ni con la persuasión de las palabras atraerse hacia sí a quienes ni siquiera querían ser convencidos, comprendieron que estas dos cosas causarían la reconciliación

de los sediciosos: para los que tenían una disposición más razonable —pues había también algunos de esta clase en medio de la muchedumbre—, la vergüenza ante los reproches del enemigo; y para los que eran difíciles de conducir hacia la virtud, lo que toda naturaleza humana teme: la necesidad. Entonces, para que se dieran estas dos circuns- 2
tancias, permitieron a los enemigos no sólo que los avergonzaran de palabra, reprochándoles como cobardía su inactividad, sino también que, con sus numerosos actos de desprecio y desdén [7], forzaran a ser valientes a los que voluntariamente no querían serlo; pues si se producían estos hechos, tenían muchas esperanzas de que todos llegaran indignados a la tienda del general pidiendo a gritos que los condujeran contra los enemigos, como efectivamente sucedió. En efecto, cuando los enemigos empezaron a blo- 3
quear con una fosa las salidas del campamento y a cerrarlas con una empalizada, los romanos, no pudiendo soportar este hecho, corrieron primero en grupos pequeños y luego todos juntos, hacia las tiendas de los cónsules y, a gritos, los acusaron de traición, y dijeron que, si nadie les dirigía la salida, saldrían contra los enemigos con sus armas sin ellos. Cuando éste fue el grito general, los cónsu- 4
les, considerando que había llegado el momento que esperaban, ordenaron a sus ayudantes que convocaran a las tropas a una asamblea; y Fabio, adelantándose, habló de esta manera:

«Soldados y oficiales, tarde llega vuestra indignación 9
por los insultos que estáis recibiendo de los enemigos, y el deseo de todos de marchar contra los adversarios se produce a deshora, pues se presenta mucho más tarde de lo debido. Esto ya debíais haberlo hecho antes, cuando por primera vez los visteis bajar de sus fortificaciones deseosos

[7] El texto es aquí incierto.

de comenzar el combate. Entonces, en efecto, la lucha por la hegemonía habría sido indudablemente gloriosa y digna del espíritu de los romanos, pero ahora ya se ha hecho necesaria y, aunque obtenga el mejor resultado, no será
2 igualmente gloriosa. Pero, sin embargo, incluso ahora, hacéis bien al querer enmendar vuestra tardanza y recuperar lo que habéis descuidado, y se os debe un gran agradecimiento por vuestro empeño en seguir el mejor camino, tanto si se debe al valor —pues más vale empezar tarde que nunca a obrar debidamente—, como si, en efecto, todos hacéis los mismos razonamientos sobre lo que es conveniente y se ha apoderado de todos el mismo deseo ardiente
3 de lanzarse a la batalla. Pero ahora tememos que el descontento de los plebeyos contra los magistrados con respecto al reparto de tierras sea la causa de un gran perjuicio para la comunidad. Y se ha apoderado de nosotros la sospecha de que este griterío y esta indignación acerca de la salida no se han producido en todos por los mismos motivos, sino que unos deseáis salir del campamento para cas-
4 tigar a los enemigos, y otros para huir. Las causas que nos han llevado a sospechar esto no son oráculos ni conjeturas, sino hechos manifiestos, y no hechos antiguos, sino sucedidos el año pasado, como todos sabéis, cuando salió contra estos mismos enemigos un ejército numeroso y bueno y cuando, por haber terminado la primera batalla con el mejor resultado para nosotros, Cesón, mi hermano aquí presente, que era el cónsul que entonces os mandaba, habría podido destruir el campamento enemigo y llevar una brillantísima victoria a nuestra patria, algunos que veían su gloria con malos ojos porque no era favorable a la plebe y no seguía la política de agradar a los pobres, levantaron las tiendas la primera noche después de la batalla, sin que se les hubiera ordenado, y salieron corriendo del

campamento, sin considerar el peligro a que se iban a exponer al retirarse de una tierra enemiga en desorden, sin un jefe y, además, de noche, y sin tener en cuenta toda la vergüenza que los iba a cubrir por entregar la supremacía al enemigo —al menos en la parte que de ellos dependía— y encima siendo ellos, los vencedores, quienes se
la entregaban a los vencidos. Por miedo, tribunos, centu- 5
riones y soldados, a esos hombres que ni pueden mandar ni quieren ser mandados, son muchos y arrogantes y tienen las armas en las manos, ni antes quisimos entablar combate, ni ahora todavía nos atrevemos, con semejantes aliados, a emprender esta batalla tan trascendental, no vayan a ser obstáculo y perjuicio para los que están poniendo todo el
ardor que hay en ellos. Ahora bien, si ahora la divinidad 6
vuelve también la mente de aquéllos hacia el mejor camino y, dejando a un lado o, al menos, posponiendo para los tiempos de paz la disensión por la que la comunidad está sufriendo muchos y grandes perjuicios, quieren reparar el deshonor pasado con el valor de ahora, no haya nada ya que os impida marchar contra los enemigos, poniendo ante vosotros las buenas esperanzas.

»Tenemos otros muchos motivos para vencer, pero los 7
mayores y más poderosos son los que nos proporciona la insensatez del enemigo que, aunque nos aventaja en el gran número de su ejército y sólo por eso podría resistir contra nuestro valor y experiencia, se ha privado de su única ventaja al emplear la mayor parte de sus fuerzas en las guar-
niciones de las fortalezas. Luego, cuando era necesario que 8
actuaran en todo con precaución y con un cálculo prudente, considerando contra qué hombres —ciertamente muy superiores a ellos en valor[8]— es el combate, marchan a

[8] La frase «muy superiores a ellos en valor» es sospechosa. Puede tratarse de una glosa.

la batalla audaz e irreflexivamente, como si, en efecto, fueran unos hombres invencibles y como si nosotros estuviéramos espantados de ellos. Por lo menos este significado tienen sus trincheras, sus incursiones de caballería hasta nuestro campamento y sus muchos insultos de palabra y
9 de obra. Así pues, considerando esto y recordando los combates anteriores en los que los habéis vencido, que son muchos y gloriosos, marchad también con buen ánimo a esta batalla y que cada uno de vosotros considere el lugar en que sea colocado como su casa, su lote de tierra y su patria, y que el que salve a su compañero considere que está llevando a cabo su propia salvación, y que el que abandone a su vecino piense que se está entregando a sí mismo a los enemigos. Y sobre todo convendría recordar esto: que cuando los hombres resisten y luchan, es poco lo que se pierde, pero cuando ceden y huyen, lo que se salva es ciertamente poco.»

10 Todavía estaba él dirigiendo su exhortación al valor, vertiendo muchas lágrimas en medio de sus palabras, llamando por su nombre a cada uno de los centuriones, tribunos y soldados que sabía que habían realizado alguna acción brillante en el combate, y prometiendo dar a los que sobresalieran en la batalla muchas y grandes recompensas —honores, riquezas y demás beneficios— de acuerdo con la magnitud de sus acciones, cuando surgió de todos un grito, exhortando al valor y pidiendo que los condujeran
2 al combate. Cuando terminó de hablar, se acercó un hombre de la multitud, de nombre Marco Flavoleyo, plebeyo y campesino[9], pero no del vulgo despreciable, sino de los que habían sido alabados por sus méritos y su valor en la guerra y que por estas dos cosas había sido hon-

[9] Lit.: «plebeyo que trabaja en una tierra de su propiedad».

rado con el mando más importante en una de las legiones, al que, según la ley, las sesenta centurias deben seguir y obedecer. A esos jefes los romanos los llaman, en su lengua, *primipili*[10]. Ese hombre —era además alto y de bue- 3
na apariencia— se puso de pie desde donde era visible para todos y dijo: «Puesto que teméis esto, cónsules: que nuestras acciones no sean iguales a nuestras palabras, yo os proporcionaré el primero, en mi propio nombre, la seguridad del cumplimiento de mi promesa mediante el mayor juramento. Y tampoco vosotros, ciudadanos y participantes de la misma suerte, que habéis decidido conformar vuestras acciones a vuestras palabras, erraríais si hicierais
lo mismo que yo.» Y tras decir esto, levantó su espada 4
y juró con el juramento tradicional y más fuerte para los romanos, el juramento por su propia buena fe, que regresaría a la ciudad después de haber vencido a los enemigos, y que de otro modo no lo haría. Cuando Flavoleyo prestó este juramento, surgió de todos un gran aplauso, y al punto los dos cónsules hicieron lo mismo, y también los que tenían mandos inferiores —tribunos y centuriones— y finalmente la multitud. Cuando se hubo llevado esto a ca- 5
bo, les invadió a todos un gran ánimo, un gran afecto mutuo y también confianza y fuerza. Y cuando salieron de la asamblea, unos pusieron las bridas a sus caballos, otros afilaron sus espadas y lanzas y otros limpiaron sus armas defensivas; y en poco tiempo todo el ejército estaba listo para el combate. Los cónsules, tras llamar en su 6
auxilio a los dioses con votos, sacrificios y súplicas, para que fueran guías de su salida, condujeron el ejército fuera

[10] El centurión *primipilus* es el que manda la primera centuria del primer manípulo de la primera cohorte. Es el grado más alto entre los centuriones.

del campamento en orden y formación. Los tirrenos, al verlos bajar de las fortificaciones, se sorprendieron y salieron a su encuentro con todas sus fuerzas.

Comienza la batalla. Victoria de los romanos. Fabio rechaza el triunfo

11 Cuando ambos ejércitos estuvieron en la llanura y las trompetas dieron la señal para el combate, corrieron gritando a la batalla y, cayendo unos sobre otros, lucharon jinetes contra jinetes, e infantería contra infantería, y se produjeron muchas muertes en ambos bandos. En efecto, los que ocupaban el ala derecha de los romanos, que mandaba el cónsul Manlio, rechazaron a la parte del enemigo que estaba contra ellos y, descendiendo de los caballos, combatieron a pie. En cambio, los que estaban colocados en el ala izquierda estaban siendo rodeados por el ala derecha del
2 enemigo. En efecto, la formación de los tirrenos flanqueaba en ese lugar a la de los romanos y era mucho mayor. La formación romana se estaba ya rompiendo en esta parte y recibía muchas heridas. Mandaba esta ala Quinto Fabio, el que había sido dos veces cónsul, que era legado y procónsul; y durante mucho tiempo resistió recibiendo toda clase de heridas, pero luego, herido en el pecho por una lanza cuya punta le alcanzó las entrañas, cayó desangrado.
3 Cuando oyó esto Marco Fabio, el otro cónsul, que estaba colocado en el centro de la formación, cogiendo las mejores centurias y llamando a Cesón Fabio, su otro hermano, se adelantó a su propia columna, avanzó un gran trecho y, cuando dejó atrás el ala derecha de los enemigos, marchó contra los que estaban cercando a sus hombres. Y cayendo sobre ellos, produjo una gran matanza entre los que estaban a su alcance y la huida de los que estaban lejos; y, encontrando a su hermano que todavía respiraba,
4 lo recogió. Éste, sin mantenerse ya mucho tiempo con vida,

murió; pero a sus vengadores les invadió todavía más y
mayor ánimo contra el adversario, y, sin preocuparse ya
nada de su propia vida, cayeron, con unos pocos hombres,
en medio de los enemigos que estaban más apelotonados,
y apilaron montones de cadáveres. En esta parte, por con- 5
siguiente, la formación de los tirrenos se vio en apuros,
y los que antes habían rechazado a los enemigos, fueron
echados atrás por los vencidos, pero los que ocupaban el
ala izquierda, donde estaba Manlio [11], aunque ya estaban
cansados y empezaban la huida, pusieron en fuga a sus
adversarios. En efecto, un hombre disparó a Manlio una
jabalina y le clavó la punta a través de la rodilla hasta la
corba, y cuando los que estaban a su alrededor, recogién-
dolo, lo llevaban al campamento, los enemigos, creyendo
que el jefe romano estaba muerto, cobraron ánimos y, ayu-
dados por los demás, persiguieron a los romanos que esta-
ban sin jefe. De nuevo se vieron los Fabios obligados a 6
dejar el ala izquierda para ayudar a la derecha. Los tirre-
nos, al darse cuanta de que éstos se acercaban con una
tropa poderosa, desistieron de continuar la persecución y,
apretando filas, lucharon en formación y perdieron a mu-
chos de los suyos, pero mataron también a muchos roma-
nos.

Mientras sucedía esto, los tirrenos que habían ocupado 12
el campamento abandonado por Manlio, en cuanto se dio
la señal desde el cuartel general, marcharon apresurada-
mente, con mucha rapidez y gran ánimo, al otro campa-
mento de los romanos, en la idea de que no estaba defen-
dido por una fuerza apropiada. Y su suposición era cierta,
pues, a excepción de los triarios [12] y de unos pocos hom-

[11] Esta explicación puede ser una interpolación.

[12] Los veteranos que normalmente sólo entraban en combate cuando los demás fracasaban.

bres jóvenes, el resto de la gente que había entonces en el campamento eran mercaderes, criados y artesanos. Y, al juntarse muchos en un lugar pequeño —pues la lucha tenía lugar en torno a las puertas—, se produjo un combate duro y violento y hubo muchos muertos de uno y
2 otro lado. En esta acción el cónsul Manlio, que iba con la caballería en ayuda de sus hombres, murió cuando cayó su caballo y, arrastrado en la caída, no pudo incorporarse por causa de las heridas; y a su alrededor otros muchos y valientes jóvenes. Después de esta desgracia, el campamento fue tomado enseguida y se cumplieron las profecías
3 de los tirrenos. Ahora bien, si éstos hubieran administrado la buena fortuna del momento y hubieran vigilado el campamento, se habrían apoderado de las pertenencias de los romanos y los habrían obligado a regresar vergonzosamente. Pero el hecho es que, al lanzarse la mayor parte a la rapiña de lo que había quedado abandonado y ponerse luego a descansar, les fue arrebatado de las manos un hermoso botín; pues cuando le fue anunciada al otro cónsul la toma del campamento, acudió corriendo con los mejores
4 hombres de la caballería y de la infantería. Los tirrenos, al enterarse de que se acercaba, se colocaron alrededor del campamento y se produjo un violento combate entre unos que querían recobrar lo suyo, y otros que temían ser aniquilados si el campamento era tomado. Cuando había pasado un tiempo considerable y los tirrenos llevaban mucha ventaja —pues ellos luchaban desde un terreno más elevado y contra hombres cansados de todo el día de lucha—,
5 Tito Sicio, el legado y procónsul, tras comunicar su plan al cónsul, ordenó dar la señal de retirada y que todos los hombres, reunidos en un único cuerpo, atacaran por un solo lado del campamento, por donde el terreno era especialmente accesible. Dejó libres las partes que estaban jun-

to a las puertas, de acuerdo con una consideración razonable que no le falló: que si los tirrenos tenían esperanzas de salvarse, abandonarían el campamento, mientras que si perdían esta esperanza, rodeados por todas partes por los enemigos y sin ninguna salida, serían valientes por necesidad. Cuando se produjo el ataque contra un único punto, 6
los tirrenos ya no lucharon, sino que abrieron las puertas y se pusieron a salvo en su propio campamento.

Cuando rechazó el peligro, el cónsul corrió de nuevo 13
en ayuda de los de la llanura. Se dice que esta batalla fue mayor que todas las que habían sostenido antes los romanos, no sólo por el número de hombres, sino también por su duración y por lo cambiante de la suerte. De los propios romanos de la ciudad, los jóvenes mejores y elegidos eran alrededor de veinte mil de infantería y unos mil doscientos jinetes distribuidos entre las cuatro legiones, y procedentes de las colonias y de los aliados había otros tantos. En cuanto a su duración, la batalla, que había em- 2
pezado poco antes del medio día, se prolongó hasta la puesta del sol. Las oscilaciones de la suerte se mantuvieron durante mucho tiempo con alternativas victorias y derrotas de uno y otro bando. Murieron un cónsul y otros muchos jefes, tribunos y centuriones, tantos como en ninguna batalla anterior. Sin embargo, la victoria en el combate parece que se quedó del lado de los romanos, no por otra cosa sino porque la noche siguiente los tirrenos abandonaron el campamento y se retiraron. Al día siguiente los romanos, 3
después de dedicarse a la rapiña del campamento abandonado por los tirrenos y enterrar a sus muertos, partieron hacia su propio campamento. Allí celebraron una asamblea y concedieron los premios al valor a los que se habían distinguido en la lucha: el primero a Cesón Fabio, el hermano del cónsul que había dado muestra de grandes y ad-

mirables obras, el segundo a Sicio, el que había conseguido recuperar el campamento, y el tercero a Marco Flavoleyo, el jefe de la legión [13], no sólo por su juramento, sino tam-
4 bién por su ímpetu ante los peligros. Después de hacer esto y tras permanecer unos pocos días en el campamento, como ningún enemigo salía para luchar contra ellos, regresaron a casa. Y aunque todos los de la ciudad querían honrar al cónsul superviviente con la concesión de un triunfo por la victoria, por haber obtenido el mejor resultado en la más grande de las batallas, el cónsul declinó el ofrecimiento, diciendo que no era justo ni piadoso celebrar una procesión y llevar una corona después de la muerte de su hermano y de la pérdida de su colega. Y tras guardar los estandartes y mandar a los soldados a sus casas licenciados, renunció al consulado —aunque todavía quedaban dos meses para cumplir el año— por ser incapaz de desempeñar ya los deberes de su cargo. En efecto, sufría por una mala herida y debía guardar cama.

14 *Nuevas elecciones. Consulado de Cesón Fabio y Tito Virginio. Expedición contra ecuos y veyentes*

Cuando el Senado [14] nombró *interreges* para la elección de magistrados y el segundo *interrex* convocó a las centurias en la llanura, fue elegido cónsul por tercera vez Cesón Fabio, el que había recibido el premio al valor en la batalla y hermano del que había renunciado a la magistratura, y con él Tito Virginio. Éstos, tras echar a suertes los ejércitos, salieron a campo abierto, Fabio a luchar contra los ecuos que estaban saqueando los campos
2 de los latinos, y Virginio contra los veyentes. Los ecuos, cuando se enteraron de que un ejército marchaba contra

---

13 El *primipilus*.

14 Véase Livio, II 48, 1-7.

ellos, partieron rápidamente de la tierra enemiga. Y, después de esto, permitieron que su propio territorio fuera saqueado, de modo que el cónsul se apoderó, al primer asalto, de una gran cantidad de dinero, esclavos y demás botín. Por su parte, los veyentes, que en un principio permanecían dentro de las murallas, cuando consideraron que se les presentaba la ocasión conveniente, cayeron sobre sus enemigos cuando éstos estaban dispersos por las llanuras ocupados en la consecución de botín. Con un ejército nu- 3
meroso y ordenado se lanzaron contra ellos y no sólo les quitaron el botín, sino que a los que les hicieron frente, a unos los mataron, y a otros los pusieron en fuga. Y si Tito Sicio, que entonces era legado, no llega a dirigirse contra ellos, corriendo en su ayuda con una columna de infantería y caballería, nada habría impedido que todo el ejército hubiera sido destruido. Pero cuando aquél salió al paso del enemigo, los demás, que estaban desperdigados de uno en uno, se apresuraron a reunirse; y todos, ya unidos, ocuparon una colina, bien entrada la tarde, y permanecieron en ella la noche siguiente. Los veyentes, animados 4
por su triunfo, acamparon cerca de la colina y llamaron a los de la ciudad, en la idea de que tenían a los romanos atrapados en un lugar en el que no podrían obtener ninguna provisión y de que pronto los obligarían, además, a entregarles las armas. Cuando les llegó una gran cantidad de hombres, se formaron dos ejércitos en los dos lados de la colina fáciles de atacar y se colocaron otras muchas guarniciones menores en las posiciones menos ventajosas. Y todos los lugares estaban llenos de hombres armados.

Fabio, el otro cónsul, enterado por una carta que había 5
llegado de su colega, de que los que estaban atrapados en la colina estaban en el límite y, si alguien no los ayudaba, correrían peligro de ser vencidos por hambre, puso en mar-

cha su ejército y lo condujo aprisa contra los veyentes, y si hubiera hecho el camino un solo día más tarde, de nada habría servido, sino que habría encontrado al ejército de allí destruido. En efecto, atormentados por la escasez de víveres, los que ocupaban la colina habían salido con idea de obtener la más noble de las muertes y, viniendo a las manos con el enemigo, luchaban, la mayoría con el cuerpo cansado por el hambre, la sed, el insomnio y las demás
6 penalidades. Pero no mucho después, cuando el ejército de Fabio, numeroso y en orden de batalla, fue visto acercándose, infundió ánimo a los suyos y miedo al enemigo. Y los tirrenos, considerando que ya no eran capaces de luchar con un ejército valiente y fresco, abandonaron los campamentos y se marcharon. Cuando los dos ejércitos de los romanos se juntaron, levantaron un gran campamento en un lugar seguro cerca de la ciudad y después de pasar allí muchos días y saquear la mejor tierra de los veyentes,
7 condujeron el ejército de regreso a casa. Cuando los veyentes se enteraron de que las fuerzas de los romanos habían sido liberadas de los estandartes, cogiendo a la juventud de armamento ligero, no sólo la que ellos tenían ya reunida, sino también la que estaba presente de sus vecinos, irrumpieron en las llanuras situadas cerca de su territorio, que estaban llenas de frutos, rebaños y hombres, y las saquearon. En efecto, los agricultores habían bajado de las plazas fuertes para alimentar sus rebaños y trabajar sus campos confiando en la protección de su ejército que estaba acampado delante, y no se habían apresurado a recoger otra vez sus pertenencias y huir cuando el ejército se retiró, pues no podían esperar que los veyentes, después de sufrir tantas desgracias, llevaran a cabo tan pronto un ata-
8 que de represalia contra sus adversarios. Esta incursión de los veyentes en la tierra de los romanos fue corta en dura-

ción, pero por la cantidad de territorio que invadieron fue enorme, y causó a los romanos una desacostumbrada pesadumbre mezclada con vergüenza, pues llegó hasta el río Tíber y el monte Janículo, que no dista de Roma ni veinte estadios [15], ya que el ejército que debía impedir que el enemigo avanzara más no estaba bajo los estandartes. En todo caso, el ejército de los veyentes se había marchado antes de que los romanos se hubieran reunido y hubieran sido distribuidos por centurias.

Los Fabios se hacen cargo de la guerra contra los veyentes. La fortaleza de Cremera

Cuando [16], después de esto, los cón- 15
sules convocaron el Senado y se consideró de qué modo había que luchar contra los veyentes, la opinión que prevaleció fue la de tener un ejército reunido en las fronteras que mantuviera vigilado el territorio, acampando al aire libre y permaneciendo siempre en armas. Les preocupaba el gasto de las guarniciones, que sería enorme, porque no sólo el erario público estaba totalmente consumido por las continuas campañas, sino que también los recursos particulares estaban agotados por las contribuciones. Y todavía les preocupaba más de qué modo se llevaría a cabo el alistamiento de las guarniciones que serían enviadas, pues pensaban que no habría ni unos pocos que, al menos voluntariamente, sirvieran como baluarte para proteger a todos y estuvieran dispuestos a sufrir penalidades no periódica, sino continuamente. Mientras el Senado 2
estaba angustiado por estas dos cuestiones, los dos Fabios [17], después de convocar a los miembros de su familia y consultar con ellos, prometieron al Senado que ellos

---

[15] *Supra,* 24, 3, da la distancia de 16 estadios (unos 3 km.).

[16] Véase LIVIO, II 48, 8-49, 8.

[17] Cesón y Marco.

afrontarían voluntariamente ese peligro en defensa de todos, llevando consigo a sus clientes y amigos y manteniéndose en armas, a sus propias expensas, todo el tiempo que
3 durase la guerra. Todo los admiraron por la nobleza de su actitud y depositaron sus esperanzas de victoria en este único hecho, y ellos, famosos y con sus nombres en la boca de toda la ciudad, cogieron las armas y se marcharon acompañados de votos y sacrificios. Los conducía Marco Fabio, el que había sido cónsul el año anterior y había vencido a los tirrenos en el combate, llevando unos cuatro mil hombres, de los cuales la mayor parte eran clientes y amigos, y trescientos seis hombres de la familia de los Fabios. Los seguía también, no mucho después, el ejército romano, que guiaba Cesón Fabio, uno de los cónsules.

4 Cuando llegaron cerca del río Cremera, que no dista mucho de la ciudad de los veyentes, levantaron frente a ellos, en una colina abrupta y escarpada, una fortaleza susceptible de ser defendida por un ejército de esas dimensiones, cavando un doble foso a su alrededor y levantando frecuentes torres; y la fortaleza fue llamada Cremera, por el río. Como trabajaban muchas manos y, además, ayudaba el cónsul, la obra fue acabada antes de lo esperado.
5 Después de esto, el cónsul se llevó de allí el ejército y avanzó contra otras partes del territorio de los veyentes, las que miran hacia el resto de Tirrenia, donde estaban los rebaños de los veyentes, que no esperaban que un ejército romano llegara allí jamás. Después de coger un gran botín, regresó a la recién construida fortaleza, y el botín le alegraba por dos motivos: por el pronto castigo de los enemigos y porque iba a proporcionar abundantes provisiones a las guarniciones del lugar. En efecto, no dio nada al Estado, ni repartió nada entre los soldados, sino que regaló a los guardias de frontera el ganado, los animales de carga, las

yuntas de bueyes, el hierro y todo lo demás que era útil para la agricultura. Después de llevar esto a cabo, condujo 6
al ejército de regreso a casa. A los veyentes las cosas se les pusieron muy mal después de la construcción del fuerte fronterizo, pues ya no podían ni cultivar la tierra con seguridad, ni recibir las provisiones que les traían del exterior; pues los Fabios habían dividido el ejército en cuatro par- 7
tes, y con una vigilaban el territorio, y con las otras tres se dedicaban a saquear continuamente las tierras del enemigo. Y cuando muchas veces los veyentes no sólo los atacaron abiertamente con una tropa numerosa, sino que también los atrajeron a lugares ocupados con emboscadas, vencieron en ambas situaciones y se retiraron, seguros, a su plaza fuerte; de manera que los enemigos ya no se atrevieron a enfrentarse con ellos, sino que permanecieron encerrados en sus muros la mayor parte del tiempo, y se dedicaron a robar a las expediciones. Y así terminó aquel invierno.

Consulado de Lucio Emilio y Cayo Servilio. Guerra contra los volscos, ecuos y tirrenos

Al año siguiente[18], cuando Lucio 16
Emilio y Cayo Servilio habían recibido el consulado, los romanos fueron informados de que los volscos y los ecuos habían concluido un tratado para conducir a la vez sus ejércitos contra ellos y que en breve irrumpirían en su territorio. Y la información era cierta. El caso es que, antes de lo que se esperaba, ambos con sus ejércitos estaban devastando cada uno el territorio que le correspondía, en la idea de que los romanos no podrían persistir en la guerra contra los tirrenos y, al mismo tiempo, recibir a pie firme su ataque. Y llegaron nuevos 2
mensajeros anunciando que toda Tirrenia estaba en guerra

[18] 476 a. C. Para los caps. 16-17, 3, véase LIVIO, II 49, 9-12.

contra ellos y se preparaba para enviar en común refuerzos a los veyentes, pues éstos, incapaces de destruir por sí solos la fortaleza, habían recurrido a ellos, recordándoles su parentesco y amistad, enumerando todas las guerras que habían emprendido en común, y pidiéndoles que, por todo ello, les ayudaran en su guerra contra los romanos, porque ellos estaban sirviendo de baluarte para defender a toda Tirrenia y estaban conteniendo la guerra que fluía de Roma contra todos los de su misma raza. Y los tirrenos, convencidos, habían prometido enviarles toda la ayuda que pudieran.

3 Cuando el Senado se enteró de esto, votó que se enviaran tres ejércitos. Después de realizarse rápidamente el reclutamiento, fue enviado Lucio Emilio contra los tirrenos. Y tomaba parte con él en la expedición Cesón Fabio, el que había renunciado recientemente a la magistratura. Éste había pedido al Senado que le permitiera estar con sus parientes que estaban en Cremera —a quienes su hermano había conducido fuera de la ciudad para guardar la fortaleza— y participar con ellos en las mismas batallas, y salió con sus seguidores, investido con el poder proconsu-
4 lar. Cayo Servilio, el otro cónsul, marchó contra los volscos, y el procónsul Servio Furio, contra la nación de los ecuos. A cada uno de ellos le seguían dos legiones romanas y un ejército de latinos, hérnicos y de los demás aliados no inferior al romano. Para el procónsul Servio la guerra resultó rápida y conforme a sus planes, pues puso en fuga a los ecuos en una sola batalla, y esto, sin esfuerzo, ya que asustó a sus enemigos en el primer ataque, y después devastó su territorio, puesto que ellos se habían
5 refugiado en sus fortalezas. En cambio, al cónsul Servilio, que había entablado combate con apresuramiento y obstinación, la guerra le salió muy en contra de sus intenciones,

pues los volscos le opusieron una resistencia muy fuerte, de manera que, después de haber perdido a muchos hombres valientes, se vio forzado a no enfrentarse más a los enemigos y, permaneciendo en el campamento, proseguir la guerra mediante escaramuzas y combates de las tropas de armamento ligero.

Lucio Emilio, el que había sido enviado contra los ti- 6
rrenos, cuando descubrió que los veyentes habían salido a campo abierto delante de su ciudad y con ellos gran parte de las tropas auxiliares de los de su misma raza, emprendió la acción sin más demora y, dejando un intervalo de un solo día desde que acampó, condujo sus fuerzas al combate, y los veyentes salieron a su encuentro con mucho valor. Como la lucha estaba indecisa, cogió la caballería y la empujó contra el ala derecha del enemigo y, cuando sembró en ella la confusión, marchó contra la otra, luchando a caballo donde el terreno era adecuado a la caballería, y descabalgando y luchando a pie donde no era apto para ella. Al estar las dos alas en dificultades, los de en medio ya no resistieron y fueron rechazados por la infantería. Y
después de esto, todos huyeron al campamento. Emilio 7
siguió a los fugitivos con su ejército bien ordenado y mató a muchos. Se acercó al campamento y, después de atacarlo por turnos, permaneció allí aquel día y aquella noche. Al día siguiente, al estar el enemigo desfallecido por el cansancio, las heridas y la falta de sueño, se adueñó del campamento. Los tirrenos, cuando vieron que los romanos estaban subiendo ya a las empalizadas, abandonaron el campamento y huyeron, unos a la ciudad, otros a las mon-
tañas cercanas. Así pues, el cónsul permaneció ese día en 8
el campamento de los enemigos y al día siguiente, después de haber recompensado a los que se habían distinguido en la batalla con los regalos más sobresalientes, regaló a los

soldados todo lo que había quedado abandonado en el campamento: animales de carga, esclavos y tiendas llenas de muchos bienes. Y el ejército romano salió de esta batalla más rico que de ninguna otra; pues el pueblo de los tirrenos era de vida muelle y lujosa, no sólo en las casas, sino también en el campamento, y llevaba consigo toda clase de objetos costosos y artísticos ideados para los placeres y el lujo.

Pacto con los veyentes. Se niega el triunfo a Lucio Emilio

17 En los días siguientes, los veyentes, ya cansados por sus desgracias, enviaron ante el cónsul a los ciudadanos más ancianos con ramos de suplicantes para tratar sobre la paz. Y los hombres, con lamentos y súplicas y recurriendo, en medio de muchas lágrimas, a todos los demás procedimientos que mueven a la compasión, convencieron al cónsul de que les permitiera enviar embajadores a Roma para que trataran con el Senado sobre la terminación de la guerra, y de que, mientras llegaran los embajadores con la respuesta, no hiciera ningún daño a su territorio. Para que les fuera posible cumplir esto, prometieron proporcionar al ejército romano trigo para dos meses y dinero para la paga de seis meses, como
2 había dispuesto el vencedor. El cónsul, después de coger lo que le llevaron y repartirlo a su ejército, estableció con ellos el armisticio. El Senado, después de oír a la embajada y recibir la carta del cónsul en la que recomendaba y aconsejaba que pusiera fin cuanto antes a la guerra contra los tirrenos, promulgó un decreto en el que concedía la paz, como pedían los enemigos, y decía que el cónsul Lucio Emilio estableciera, como mejor le pareciera, los térmi-
3 nos en que ésta habría de tener lugar. Cuando recibió esta respuesta, el cónsul concluyó el pacto con los veyentes, estableciendo una paz más moderada que ventajosa para

los vencedores, pues ni se apropió de nada de su territorio,
ni les impuso ninguna otra multa pecuniaria, ni les obligó
a la entrega de rehenes como garantía de lo convenido.
Esto le atrajo un gran odio y fue causa de que no reci- 4
biera del Senado la recompensa merecida por sus victorias.
En efecto, cuando pidió el triunfo se opusieron, criticando
la arrogancia del tratado, porque no lo había concluido
con el consentimiento general. Pero para que no tomara
el asunto como un insulto o una prueba de cólera por su
parte, votaron que condujera su ejército en ayuda de su
colega, a ver si, venciendo en esa guerra —pues era un
hombre de gran valor—, podía hacer desaparecer la cólera
producida por sus errores anteriores. Pero el hombre, irri-
tado por la deshonra, hizo una dura acusación del Senado
ante el pueblo, diciendo que éste estaba molesto porque
la guerra contra los tirrenos había terminado. Dijo que
ellos estaban haciendo esto con premeditación y desprecio
de los pobres, no fuera a ser que, libres de las guerras
exteriores, reclamaran el cumplimiento de las promesas re-
ferentes al reparto de tierras, pues ya hacía muchos años
que estaban siendo engañados. Después de haber hecho 5
públicos, en su desmedido resentimiento, esos y otros mu-
chos reproches semejantes contra los patricios, no sólo li-
beró de los estandartes al ejército que había luchado con
él en la campaña, sino que también mandó llamar al que
se demoraba con el procónsul Furio en el territorio de los
ecuos, y lo envió licenciado a casa. Con esto proporcionó
nuevamente a los tribunos muchos motivos para acusar
a los senadores en las asambleas y sembrar la disensión
entre los pobres y los ricos.

18 *Consulado de Cayo Horacio y Tito Menenio. Los veyentes rompen la paz*

Después de éstos recibieron el consulado Cayo Horacio y Tito Menenio en la LXXVI Olimpiada[19], en la que ganó la carrera del estadio Escamandro de Mitilene, durante el arcontado de Fedón en Atenas. A éstos, al principio, el alboroto de la ciudad les impidió ocuparse de los asuntos públicos, pues el pueblo estaba irritado y no permitía que se llevara a cabo ningún otro asunto hasta que no se dividieran las tierras comunes. Luego, con el tiempo, los agitados y alborotados, cediendo a la necesidad, condescendieron y fueron voluntariamente
2 a las expediciones. En efecto, las once ciudades de los tirrenos que no habían tomado parte en el acuerdo de paz celebraron una asamblea general en la que acusaron al pueblo de los veyentes de haber puesto fin a la guerra contra los romanos sin el consentimiento general, y les exigieron que hicieran una de estas dos cosas: o romper el acuerdo con los romanos, o luchar al lado de éstos contra ellos.
3 Los veyentes, por su parte, culparon de la paz a la necesidad y propusieron a la asamblea que considerara el modo en que pudieran romperla decorosamente. Luego, alguien les sugirió que presentaran una queja por la construcción de la fortaleza de Cremera y por no haber hecho retirarse de ella a las guarniciones, y les pidieran, primero de palabra, que abandonaran el lugar, y si no hacían caso, que cercaran la fortaleza y dieran así principio a la guerra.
4 Después de acordar esto, abandonaron la asamblea. No mucho después los veyentes enviaron una embajada a los Fabios pidiéndoles la fortaleza, y mientras, toda Tirrenia estaba en armas. Al enterarse de esto los romanos por el mensaje enviado por los Fabios, decidieron que los dos

---

[19] 475 a. C. Véase Livio, II 51, 1.

cónsules salieran a la guerra, a la que conducían contra ellos desde Tirrenia, y a la que todavía continuaba contra los volscos. Así pues, Horacio, con dos legiones y hombres 5
suficientes de los demás aliados, conducía el ejército contra los volscos, y Menenio, con otro ejército de igual tamaño, iba a llevar a cabo la expedición contra los tirrenos. Pero mientras éste perdía tiempo haciendo los preparativos, los enemigos se le adelantaron tomando el fuerte de Cremera y dando muerte a toda la familia de los Fabios. Sobre la desgracia que acaeció a esos hombres se cuenta una doble versión, una menos convincente y la otra más próxima a la verdad. Referiré las dos como las recibí.

Los tirrenos toman el fuerte de Cremera y matan a los Fabios

Unos dicen que cuando se presentó 19
el tiempo de un sacrificio tradicional que debía realizar la familia de los Fabios, los hombres salieron para el sacrificio, llevando consigo a unos pocos clientes, y avanzaron sin explorar los caminos ni estar ordenados por centurias bajo sus estandartes, con despreocupación y en desorden como si anduvieran en tiempo de paz y a través de una tierra amiga. Los tirrenos, que conocían su salida 2
con antelación, estaban emboscados en un lugar del camino con una parte del ejército, y con el resto de éste en formación los iban siguiendo a no mucha distancia. Cuando los Fabios se aproximaron a la emboscada, los tirrenos salieron de su escondite y cayeron sobre ellos, unos por el frente y otros por los lados, y no mucho después, el resto de sus fuerzas atacó por la espalda y, rodeándolos por todas partes, unos con hondas, otros con arcos y otros con jabalinas y lanzas, mataron a todos con la lluvia de proyectiles. Ahora bien, esta versión, a mí al menos, me 3
parece menos convincente; pues ni es verosímil que por causa de un sacrificio tantos hombres que estaban bajo los

estandartes regresaran del campamento a la ciudad sin un decreto del Senado, cuando los sacrificios los podían haber celebrado también otros miembros de la familia que habían sobrepasado la edad militar, ni, aunque todos se hubieran ido de la ciudad y no hubiera quedado ninguna parte de la familia de los Fabios en sus hogares, sería verosímil que todos los que ocupaban la fortaleza hubieran abandonado su vigilancia, pues incluso habría bastado con que fueran tres o cuatro para realizar los sacrificios en nombre de toda la familia. Por estas razones, no me pareció, pues, que la historia fuera creíble.

Otra versión sobre la muerte de los Fabios

20 La otra versión[20], que considero más auténtica, acerca de la muerte de los Fabios y de la destrucción de la fortaleza es más o menos así. Ante las frecuentes salidas de los hombres para procurarse forraje y su avance, debido al continuo éxito de sus tentativas, los tirrenos prepararon un ejército numeroso y, sin que sus enemigos se dieran cuenta, acamparon en los lugares más próximos. Luego, sacando de las fortalezas rebaños de ovejas y bueyes y manadas de caballos salvajes como si los llevaran a pastar, atrajeron a los hombres a éstos. Y los romanos, saliendo, cogieron a los pastores y
2 cercaron los rebaños. Los tirrenos siguieron haciendo esto continuamente y llevando a sus enemigos cada vez más lejos del campamento, y cuando, atrayéndolos con continuos botines, hubieron destruido en ellos cualquier pensamiento sobre su seguridad, colocaron emboscadas de noche en los lugares más convenientes, mientras otros ocupaban las posiciones que dominaban las llanuras. Al día siguiente, después de enviar por delante a unos pocos hombres ar-

[20] Para los caps. 20-22, véase Livio, II 50.

mados, como para proteger a los pastores, dejaron salir
de sus plazas fuertes muchos rebaños. Cuando llegó a los 3
Fabios la noticia de que si pasaban las colinas cercanas,
encontrarían en poco tiempo la llanura llena de ganado de
todo tipo con una tropa insuficiente para vigilarla, salieron
de la fortaleza, dejando en ella una guardia suficiente. Hi-
cieron el camino con prisa y buen ánimo y aparecieron de
pronto, dispuestos en orden de batalla, ante los guardianes
de los rebaños; y éstos, sin esperarlos, huyeron. Los Fa-
bios, pensando que estaban ya seguros, cogieron a los pas-
tores y cercaron los rebaños. Mientras tanto, los tirrenos 4
salieron de su emboscada por muchos lugares y cayeron
sobre ellos por todos lados. La mayor parte de los roma-
nos, dispersos e incapaces de ayudarse unos a otros, mu-
rieron allí. Y los que estaban en formación, deseosos de
alcanzar algún lugar seguro, corrieron hacia las montañas
y cayeron en otra emboscada que aguardaba en los bos-
ques y valles frondosos. Se produjo un violento combate
entre ellos, y hubo muchas muertes de uno y otro bando.
Sin embargo, también rechazaron a ésos y, después de lle-
nar de cadáveres el barranco, subieron corriendo a la cima
de una colina difícil de tomar, en la que pasaron la noche
siguiente, carentes de todo lo necesario.

Al día siguiente, cuando los que ocupaban la fortaleza 21
se enteraron de la suerte que habían corrido los suyos, es
decir, que la mayor parte del ejército había perecido en
el saqueo, que la mejor estaba encerrada y sitiada en una
montaña desierta y que, si antes no les llegaba un pronto
auxilio, pronto serían aniquilados por la falta de provisio-
nes, salieron apresuradamente, dejando una guarnición muy
pequeña en la fortaleza. Y los tirrenos, antes de que se
unieran a los otros, se precipitaron sobre ellos desde sus
plazas fuertes, los rodearon y, después de un tiempo, los

mataron a todos, pese a las muchas muestras de valor que
2 dieron. No mucho después, también los que ocupaban la colina, acuciados por el hambre y la sed, decidieron ir al encuentro de los enemigos y, viniendo a las manos, unos pocos contra muchos, lucharon desde el amanecer hasta la noche. Y tal matanza de enemigos llevaron a cabo, que los montones de cadáveres apilados en muchos sitios les obstaculizaban en la lucha. Los tirrenos, después de haber perdido más de una tercera parte de su ejército y temiendo por el resto, dieron la señal de retirada, deteniendo la lucha por un breve tiempo, e hicieron propuestas de paz a los hombres, prometiéndoles indemnidad y garantizándoles el regreso si deponían las armas y abandonaban la fortale-
3 za. Pero como los Fabios no aceptaron su oferta, sino que prefirieron una muerte noble, los tirrenos se lanzaron de nuevo sobre ellos, atacándolos por oleadas. Y no luchaban ya cuerpo a cuerpo ni de cerca, sino que, formando un grupo compacto, lanzaban de lejos jabalinas y guijarros; y la multitud de proyectiles semejaba una nevada. Los romanos, por su parte, agrupados por centurias, corrieron contra sus enemigos, que no les hicieron frente y, aunque recibían muchas heridas de los que los rodeaban,
4 aguantaron a pie firme. Pero cuando las espadas de muchos fueron inservibles, unas sin punta y otras rotas, los escudos estuvieron destrozados por la parte que estaba alrededor del borde y la mayor parte de los hombres estuvieron desangrados, con múltiples heridas de proyectil y con sus miembros paralizados por la multitud de sus heridas, los tirrenos, despreciándolos, fueron a su encuentro. Y los romanos, lanzándose como fieras, cogieron sus lanzas y las rompieron y, agarrando sus espadas por las puntas, se las arrancaron de las manos, y rodaron al suelo, confundiendo sus cuerpos mientras luchaban con más ardor que

fuerza. De manera que los enemigos, admirados por la fir- 5
meza de los romanos y temerosos de la locura que se ha-
bía apoderado de ellos ante la falta de esperanzas de sobre-
vivir, ya no entablaron combate con ellos, sino que se
alejaron y, en un único cuerpo, volvieron a tirarles palos,
piedras y cualquier otra cosa que pudieron encontrar; y
acabaron cubriéndolos con el montón de sus proyectiles.
Después de matar a los hombres, corrieron hacia la fortale-
za con las cabezas de los más destacados, en la idea de
que se apoderarían de los de allí al primer asalto. Sin em- 6
bargo, la acción no resultó conforme a lo esperado; pues
lo que habían quedado en ella, emulando la nobleza de la
muerte de los que no sólo eran sus compañeros, sino tam-
bién sus parientes, salieron, aunque eran ciertamente pocos
y, después de luchar durante mucho tiempo, murieron to-
dos del mismo modo que los otros, y los tirrenos tomaron
el lugar vacío. A mí, desde luego, esta historia me pareció
mucho más verosímil que la anterior; pero ambas están
referidas en escritos fidedignos.

Lo que algunos han añadido a estos relatos, que no es 22
ni verdadero ni convincente, pero que ha sido forjado por
la plebe a partir de algún malentendido, merece la pena
no dejarlo sin examinar. Pues bien, dicen algunos que,
después de la muerte de los trescientos seis Fabios, de la
familia sólo quedó un niño, introduciendo una cuestión
que no sólo es increíble, sino también imposible; pues no 2
es posible que todos los Fabios que marcharon a la fortale-
za fueran solteros y sin hijos. En efecto, la antigua ley de
los romanos obliga no sólo a casarse a los que están en
edad de hacerlo, sino también a criar obligatoriamente a
todos los hijos, ley que, guardada hasta su tiempo por sus
padres, no habrían sido sin duda los Fabios los que la
transgredieran. Pero, incluso si se admite esto, seguiría sin 3

poderse admitir el hecho de que ninguno de ellos tuviera
hermanos que estuvieran todavía en edad infantil, pues
evidentemente eso se parece a mitos y ficciones teatrales.
Y además, sus padres, cuantos todavía tuvieran edad de
tener hijos, al haber sobrevenido a la familia semejante
desolación, ¿no habrían, voluntaria o involuntariamente,
engendrado otros hijos para que no fueran abandonados
los cultos de sus antepasados ni destruida la gran reputa-
4 ción de la familia? A no ser que no hubiera quedado el
padre de ninguno de ellos y que hubiesen confluido en
esos trescientos seis hombres todos los imposibles: no ha-
ber dejado ni hijos pequeños, ni mujeres encintas, ni her-
5 manos menores, ni padres todavía jóvenes. Examinando la
historia de este modo, he llegado a la conclusión de que
no era cierta y que la verdad es ésta: de los tres hermanos
—Cesón, Quinto y Marco— que habían ocupado siete con-
sulados consecutivos, creo que Marco había dejado un hijo
y que es ése del que se dice que era el superviviente de la
6 casa de los Fabios. Nada impide que, al no haber llegado
a ser distinguido ni ilustre ninguno de los demás, a excep-
ción únicamente de éste —cuando llegó a la mayoría de
edad—, se haya extendido entre la mayoría la creencia de
que aquél era el único superviviente de la familia de los
Fabios —no porque no hubiera ningún otro, sino porque
no hubo ninguno semejante a aquéllos—, juzgando el pa-
rentesco por la virtud, no por el nacimiento. Y acerca de
este tema esto es suficiente.

[21] Fue cónsul diez años después. Véase *infra*, cap. 59.

Derrota de Menenio ante los tirrenos

Pues bien[22], los tirrenos, después de 23
destruir a los Fabios y tomar la fortaleza de Cremera, condujeron sus fuerzas contra el otro ejército romano. Resultaba que el cónsul Menenio estaba acampado no lejos de allí, en un lugar no seguro; y cuando la familia de los Fabios y sus clientes perecieron, distaba unos treinta estadios[23] del lugar donde sucedió la desgracia y dio pie a que no pocos creyeran que, conocedor de las dificultades en que se encontraban los Fabios, no se había preocupado lo más mínimo por ellos, porque los envidiaba por su valor[24] y reputación. Así pues, cuando después de 2
esto fue llevado a los tribunales por los tribunos, fue ésta la causa principal de su condena; pues la ciudad de los romanos lloró mucho al ver segada la virtud[24] de tantos y tales de sus hombres, y fue dura e inexorable con todo el que les pareció culpable de semejante desgracia. Y aquel día en que tuvo lugar el suceso se considera negro y nefasto, y en él no se puede empezar ninguna obra de provecho, considerando el desastre que entonces le acaeció como un mal presagio. Cuando los tirrenos se encontraron cerca 3
de los romanos y vieron su campamento, que estaba situado en el flanco de una montaña, despreciaron la inexperiencia de su general y acogieron con alegría la ventaja que les otorgaba la suerte. Enseguida ascendieron con la caballería por el otro lado de la colina sin que nadie lo impidera. Y, ocupando la cima que estaba sobre los romanos, pusieron allí el campamento. Luego hicieron subir sin problemas al resto del ejército y fortificaron el campamento con una alta empalizada y una zanja profunda. Así 4

[22] Para los caps. 23 ss., véase LIVIO, II 51, 1-3.

[23] A unos 5.500 m.

[24] La *virtus*. Véase VIII 10, 3, n. 9.

pues, si Menenio, sabiendo la ventaja que estaba propor-
cionando al enemigo, se hubiera arrepentido de su error
y hubiera conducido el ejército a un lugar más seguro,
habría sido prudente, pero el caso es que, avergonzado de
que pareciera que se había equivocado, y manteniendo su
arrogancia frente a los que le aconsejaban que cambiase
sus planes, sufrió, merecidamente, una deshonrosa caída.
5 En efecto, el enemigo llevaba mucha ventaja porque reali-
zaba siempre sus expediciones desde posiciones dominan-
tes; y no sólo se apoderaba de las provisiones que los mer-
caderes llevaban a los romanos, sino que también atacaba
a los que salían por forraje o agua. Y la situación había
llegado al punto de que el cónsul no era dueño de escoger
el momento ni el lugar en que iba a sostener el combate
—lo que parece ser una clara evidencia de la inexperiencia
militar de un general—, mientras que los tirrenos podían
6 decidir estas dos circunstancias a su conveniencia. Y ni
siquiera entonces se puso Menenio a retirar el ejército, si-
no que lo sacó y lo colocó en formación como para el
combate, despreciando a los que le aconsejaban sensata-
mente. Y los tirrenos, considerando una gran suerte la in-
sensatez del general, bajaron de su campamento en número
7 no inferior al doble de sus enemigos. Cuando se encontra-
ron, se produjo gran matanza de romanos, al no poder
éstos permanecer en formación, pues los tirrenos, contando
con la naturaleza del lugar como aliada y ayudados por
la fuerte presión de los que estaban detrás —pues estaban
colocados en columna— los rechazaron. Cuando cayeron
los centuriones más ilustres, el resto del ejército romano
se retiró y huyó al campamento; y ellos los siguieron, les
arrebataron los estandartes, recogieron a sus heridos y se
8 adueñaron de sus cadáveres. Luego los encerraron en un
asedio y, dirigiendo frecuentes ataques durante todo el res-

to del día, sin apartarse ni siquiera de noche, tomaron el campamento cuando sus ocupantes lo abandonaron, y cogieron muchos prisioneros y dinero; pues los fugitivos no pudieron preparar ningún equipaje y se dieron por satisfechos con salvar sus propias vidas, no conservando muchos ni las armas.

Derrota de los tirrenos junto a Roma

Cuando los que estaban en Roma se 24
enteraron de la destrucción de los suyos y de la toma del campamento —los primeros supervivientes de la derrota llegaron cuando todavía era noche cerrada—, cayeron, como es natural, en una gran confusión. Y, cogiendo las armas como si los enemigos fueran a ir contra ellos en cualquier momento, unos coronaron las murallas, otros se colocaron delante de las puertas y otros ocuparon las
partes altas de la ciudad. Por toda ella había carreras de- 2
sordenadas y un griterío confuso, y sobre los tejados de las casas sus ocupantes estaban listos para la lucha y el combate, y continuas antorchas, puesto que era de noche y estaba oscuro, a través de tragaluces y desde los tejados ardían en tan gran número que a los que las veían de lejos les parecía que era un fuego continuo y daba la impresión
de una ciudad incendiada. Y si entonces los tirrenos hubie- 3
ran despreciado el botín del campamento y hubieran seguido a los fugitivos pisándoles los talones, todo el ejército que había marchado contra ellos habría sido destruido. Pero el caso es que, por entregarse al saqueo de lo que había quedado en el campamento y dar reposo a sus cuerpos, se vieron privados de un gran motivo de orgullo. Al día siguiente condujeron sus fuerzas contra Roma y, cuando distaban unos dieciséis estadios [25], tomaron un monte,

[25] Unos 3 km.

el llamado Janículo, desde el que se veía Roma perfectamente. Y tomando ese lugar como punto de partida, saquearon el territorio de los romanos sin que nadie se lo impidiera y con gran desprecio hacia los de dentro de la ciudad, hasta que se presentó Horacio, el otro cónsul, al frente del ejército que estaba en el territorio de los volscos.
4 Entonces los romanos consideraron que estaban a salvo y, armando a los jóvenes que estaban en la ciudad, salieron a campo abierto. Y cuando no sólo vencieron y rechazaron a sus oponentes después de disputar la primera batalla junto al templo de la Esperanza, a ocho estadios de la ciudad, sino que también lucharon brillantemente junto a la puerta llamada Colina cuando los tirrenos atacaron otra vez con otro ejército mayor, entonces se repusieron de su miedo. Y así terminó ese año.

Consulado de Servio Servilio y Aulo Virginio. Escasez de alimentos en Roma

25 Al año siguiente[26], más o menos alrededor del solsticio de verano, en el mes de Sextilis[27], recibieron el consulado Servio Servilio[28] y Aulo Virginio, hombres con experiencia militar, a los que la guerra contra los tirrenos, aun siendo importante y dura, les parecía apetecible[29] al lado de la que se estaba librando dentro de las murallas. En efecto, como el invierno anterior, debido a la fortificación de la montaña cercana[30] y a las continuas incursiones, el territorio se había quedado sin sembrar, y ni siquiera los mercaderes

---

[26] Para los caps. 25 ss., véase Livio, II 51, 4-52, 1.

[27] Agosto del 474 a. C. Livio sitúa a estos cónsules en el 477 a. C.

[28] Todos los manuscritos dan el *praenomen* como *Servius,* pero probablemente debemos de leer *Spurius,* la forma que aparece en Livio, Casiodoro y Diodoro.

[29] Lit.: «de oro».

[30] El Janículo.

traían ya las provisiones de fuera, una gran escasez de trigo se apoderó de Roma, que estaba llena no sólo de la multitud de los que vivían allí, sino también de la de los que habían afluido a ella desde los campos. En efecto, ciu- 2
dadanos adultos había más de ciento diez mil, según se había averiguado en el último censo, y de mujeres, niños, servidumbre doméstica y comerciantes y artesanos extranjeros —pues a ningún romano le estaba permitido ganarse la vida como comerciante ni como artesano— el número no era inferior a tres veces el de ciudadanos. Esta multitud no era fácil de apaciguar, pues estaban irritados por lo que sucedía y, reuniéndose en el Foro, insultaban a gritos a los magistrados, se precipitaban en masa en las casas de los ricos y se llevaban, sin comprarlos, los alimentos que éstos tenían almacenados. Y los tribunos, congregándolos 3
en una asamblea, acusaron a los patricios de estar siempre tramando algún daño contra los pobres y, diciendo que todas las cosas terribles que en alguna ocasión habían sucedido conforme a la fortuna imposible de adivinar para los hombres e inevitable eran obra de aquéllos, los llenaron de insolencia y amargura. Los cónsules, afligidos por estos 4
problemas, enviaron hombres con mucho dinero para que compraran trigo en los territorios cercanos, y ordenaron que los que habían almacenado más de lo razonable para su propio sustento entregaran al Estado el que había en sus casas, fijando un precio razonable. Con estas y otras muchas medidas semejantes contuvieron las acciones ilegales de los pobres y obtuvieron un respiro para hacer los preparativos de la guerra.

26 *Los romanos expulsan a los tirrenos de su territorio*

Como las mercancías de fuera se retrasaban y todo lo que había de alimento dentro de la muralla se había consumido, y no había ningún otro medio de escapar, sino que había que optar por una de estas dos cosas: o expulsar del territorio a los enemigos arriesgándose con todo el ejército, o permanecer encerrados dentro de las murallas y perecer por el hambre y la disensión, eligiendo el más leve de los males, decidieron salir al en-
2 cuentro del peligro que representaba el enemigo. Sacaron sus fuerzas de la ciudad, hacia la media noche atravesaron el río en balsas y, antes de que brillara el día, acamparon cerca del enemigo. Al día siguiente se adelantaron y colocaron el ejército como para una batalla. Mandaba el ala de-
3 recha Virginio, y la izquierda Servilio. Los tirrenos, al verlos preparados para la lucha, se alegraron mucho, convencidos de que iban a aniquilar el poder de los romanos en esa única batalla si resultaba conforme a sus deseos —pues sabían que los mejores soldados del enemigo se disponían a participar en aquel combate—, y tenían la esperanza, en la que había mucho de ligereza, de que los vencerían fácilmente, puesto que habían vencido a las fuerzas de Menenio cuando éstas estaban colocadas contra ellos en una posición desfavorable. Pero tras un combate violento y prolongado en el que mataron a muchos romanos y perdieron a todavía muchos más de los suyos, se retiraron lentamente
4 hacia su campamento. Virginio, que mandaba el ala derecha, no permitió a sus hombres que los persiguieran y les dijo que se contentaran con el buen resultado obtenido; pero Servilio, el que estaba colocado en la otra ala, persiguió a sus adversarios, siguiéndolos hasta muy lejos. Cuando llegó a las alturas, los tirrenos se volvieron y, con la ayuda de los del campamento, los atacaron. Ellos resistie-

ron a pie firme durante un breve tiempo, pero luego vol-
vieron las espaldas y, perseguidos colina abajo, fueran ca-
yendo diseminados. Cuando Virginio se enteró de la suerte 5
que corría el ejército que ocupaba el ala derecha, siguió,
con todas sus fuerzas en formación, un camino transversal
a través del monte. Y, situándose a la espalda de los que
perseguían a los suyos, dejó allí una parte del ejército para
bloquear cualquier ayuda procedente del campamento, y
él, con el resto, se lanzó contra los enemigos. Entretanto,
también los que estaban con Servilio, animados por la pre-
sencia de los suyos, se volvieron y, colocándose frente al
enemigo, se pusieron a luchar. Y los tirrenos, rodeados por
los dos ejércitos y sin poder ni salir hacia adelante por
causa de los que iban a su encuentro, ni regresar, huyen-
do, al campamento, por causa de los que atacaban por
detrás, fueron muertos la mayoría, no por cobardía, sino
por mala suerte. Tras haber obtenido los romanos una tris- 6
te victoria, y la lucha un resultado en absoluto afortunado,
los cónsules acamparon delante de los muertos y allí pasa-
ron la noche.

Por su parte, los tirrenos que ocupaban el Janículo,
como no les llegaba ninguna ayuda de su casa, decidieron
abandonar la fortaleza, y levantando el campamento de
noche, partieron hacia Veyes, que era la ciudad tirrena
que tenían más cerca. Los romanos, después de apoderarse 7
de su campamento, saquearon todas las pertenencias que
habían dejado por no poder llevarlas en la huida y captu-
raron a muchos heridos, unos que habían sido abandona-
dos en las tiendas, y otros que sembraban todo el camino.
En efecto, algunos resistieron en su deseo de estar de ca- 8
mino hacia su casa y se empeñaron en seguir a sus compa-
ñeros más allá de sus fuerzas. Luego, cuando sus miem-
bros se hicieron pesados, cayeron a tierra medio muertos.

A éstos los mató la caballería romana cuando ya habían recorrido gran parte del camino. Y cuando ya no hubo rastro del enemigo, destruyeron la fortaleza y regresaron a la ciudad con el botín, llevando con ellos los cuerpos de los que habían muerto en la batalla, lamentable visión para todos los ciudadanos por el número y el valor de los muer-
9 tos. De manera que el pueblo no consideró oportuno ni celebrar una fiesta como si hubiera triunfado en un hermoso combate, ni llorar, como por una gran e irreparable desgracia. Por su parte, el Senado decretó que se hicieran a los dioses los sacrificios necesarios, pero no permitió a los cónsules conducir la victoriosa procesión del triunfo. No muchos días después, la ciudad se llenó de provisiones de todas las procedencias, pues no sólo los hombres enviados por el Estado, sino también los que habitualmente se dedicaban al comercio, trajeron mucho trigo, de manera que todos disfrutaron de la abundancia de antaño.

Juicio, condena y muerte de Menenio

27 Una vez terminadas las guerras exteriores[31], la disensión civil se reavivó nuevamente porque los tribunos agitaron otra vez al pueblo. Sus otras medidas los patricios las hicieron fracasar oponiéndose a cada una de ellas, pero, a pesar de que habían emprendido múltiples acciones, fueron incapaces de anular el jui-
2 cio contra Menenio, el último cónsul; por el contrario, éste fue llevado a juicio por dos de los tribunos, Quinto Considio y Tito Genucio, y después de que se le reclamara una explicación sobre el modo en que había llevado la guerra, cuyo final no había sido ni afortunado ni honroso, y de que se le acusara sobre todo de la destrucción de los Fabios y de la toma de Cremera, cuando los plebeyos emitie-

[31] Véase Livio, II 52, 2-5.

ron su fallo por tribus fue condenado por no pocos de sus votos, a pesar de que era el hijo de Agripa Menenio, el que había traído al pueblo de vuelta tras su sedición[32] y lo había reconciliado con los patricios, al que el Senado, cuando murió, había honrado con los más espléndidos funerales a expensas del erario público[33] y al que las mujeres romanas lloraban todos los años desprendiéndose de su púrpura y de su oro. Sin embargo, los que lo condenaron 3
no lo condenaron a muerte, sino a una pena que, en relación con los recursos de ahora, parecería ridícula, pero que para los hombres de entonces, que cultivaban sus propios campos y que vivían estrictamente con lo necesario, y especialmente para aquel hombre, que no había heredado de su padre más que pobreza, era desmesurada y agobiante: la cantidad de dos mil ases. Y entonces un as era una moneda de bronce que pesaba una libra, de modo que el total de la pena fue el equivalente al peso de sesenta talentos[34] de bronce. Esto pareció odioso a los hombres de 4
entonces, y, queriendo rectificarlo, pusieron fin a las penas monetarias y las sustituyeron por penas en ovejas y bueyes, estableciendo también el número para las futuras multas dictadas por los magistrados contra particulares. A raíz de la condena de Menenio los patricios tuvieron otra vez un motivo de rencor contra los plebeyos y ni les permitían hacer ya la distribución de tierras ni querían concederles ningún otro favor que los complaciera. Y no mucho des- 5
pués también el pueblo se arrepentía de la condena, cuando se enteró de la muerte de Menenio. Éste no buscó más la compañía de la gente ni nadie lo vio en un lugar pú-

[32] Véase VI 83-86.

[33] Véase VI 96.

[34] Véase V 57, 3, n. 70.

blico, y a pesar de que podía pagar la pena y no quedar así excluido de ninguno de los asuntos públicos —pues no pocos de sus amigos estaban dispuestos a pagar la multa—, no aceptó, sino que, considerando su desgracia como la muerte, se quedó en casa sin admitir a nadie y, apagándose por la tristeza y por la abstinencia de comida, se dejó morir. Éstos fueron los acontecimientos de este año.

Juicio de Servio Servilio

28 Cuando Publio Valerio Publícola y Cayo Naucio recibieron el mando[35], de nuevo otro patricio, Servio Servilio, que había sido cónsul el año anterior, fue citado, no mucho tiempo después de dejar el cargo, a un juicio en el que estaba en juego su vida. Los que lo citaban a juicio ante el pueblo eran dos de los tribunos, Lucio Cedicio y Tito Estacio, que reclamaban una explicación no de un delito, sino de su suerte, porque en la batalla contra los tirrenos, después de lanzarse contra la empalizada de los enemigos con más ardor que sensatez, fue repelido por los de dentro que salieron en masa y per-
2 dió a lo mejor de la juventud. Este juicio fue considerado por los patricios como el más grave de todos, y, reuniéndose, se irritaban y consideraban indigno que las acciones valerosas de los generales y el no rehuir ningún peligro fueran motivo de acusación, si la divinidad se oponía a sus planes, por parte de los que no habían estado en medio de los peligros; y argumentaban que este tipo de juicios sería probablemente causa de cobardía, de temor y de que los generales no tomaran ninguna iniciativa, motivos por los que se pierde la libertad y se acaba con la supre-
3 macía. Exhortaban con insistencia a los plebeyos para que no condenaran a Servilio, explicándoles que causarían gran-

[35] Para los caps. 28-33, véase Livio, II 52, 6-8.

des daños a la ciudad si castigaban a los generales por su
mala suerte. Cuando llegó el día del juicio, uno de los 4
tribunos, Lucio Cedicio, se adelantó y acusó a Servilio de
haber aniquilado a los mejores hombres de la ciudad lle-
vando sus fuerzas a una destrucción evidente por irrefle-
xión e inexperiencia en el mando, y de que, si su colega
en el consulado no hubiera conocido rápidamente el desas-
tre y, conduciendo a toda prisa sus fuerzas, no hubiera
rechazado a los enemigos y salvado a los suyos, nada ha-
bría impedido que el otro ejército hubiera quedado total-
mente aniquilado y que la comunidad en el futuro hubiera
quedado reducida a la mitad en lugar del doble. Tras pro- 5
nunciar estas palabras trajo como testigos a los centuriones
que habían sobrevivido y a algunos de los otros soldados,
que, deseando liberarse de su propia vergüenza por aquella
derrota y por su huida, responsabilizaban al general del fra-
caso de la batalla. Después, tras verter grandes lamentos
por la desgracia de los que entonces murieron, exagerar el
desastre y exponer con mucho desprecio todos los demás
argumentos que, públicamente referidos para menosprecio
de los patricios, iban a impedir que los que pensaban in-
terceder por el hombre lo hicieran, le concedió la palabra.

Defensa de Servilio

Tomando su propia defensa, Servilio 29
dijo: «Si me habéis citado a juicio, ciuda-
danos, y pedís una rendición de cuentas
de mi actuación como general, estoy dis-
puesto a defenderme. Pero si estoy con-
denado a una pena y no voy a tener más beneficio que
mostrar que no os he perjudicado en nada, tomad mi per-
sona y haced lo que desde hace tiempo queréis. Para mí 2
es mejor morir sin ser juzgado que después de haber con-
seguido la posibilidad de hablar y no haberos convencido
—pues parecería que sufría con justicia la pena a la que

me condenarais—; y vosotros seréis menos culpables por haberme privado de la palabra y por haberos dejado dominar por vuestra cólera, cuando incluso todavía está sin aclarar si he cometido algún delito contra vosotros. Y vuestra intención me resultará evidente por vuestra manera de escuchar, por vuestro alboroto y vuestra calma que me harán adivinar si se me ha citado para castigarme o para
3 juzgarme.» Después de pronunciar estas palabras, esperó; y cuando se hizo el silencio y la mayoría gritó que tuviera confianza y que dijera lo que quisiera, tomó de nuevo la palabra y dijo: «Pues bien, ciudadanos, si vosotros vais a ser mis jueces y no mis enemigos, creo que os convenceré enseguida de que no he cometido ningún delito. Empezaré mi argumentación con hechos que todos conocéis. Yo llegué a la magistratura junto con el magnífico Virginio, en la época en que los tirrenos, después de fortificar contra vosotros la colina que domina la ciudad, eran dueños de todo el campo abierto y tenían esperanzas de acabar en breve con nuestro poder. Había en la ciudad una gran hambre, y disensiones y desconcierto sobre qué debía ha-
4 cerse. Enfrentado a circunstancias tan turbulentas y terribles, junto a mi colega en la magistratura vencí a los enemigos en dos batallas y los obligué a abandonar la guarnición; y en no mucho tiempo puse fin al hambre llenando los mercados de alimentos abundantes, y a los cónsules que me sucedieron no sólo les entregué el territorio libre de armas enemigas, sino también una ciudad curada de todas las enfermedades civiles en las que la habían sumido los demagogos. Así pues, ¿de qué delito soy, según vosotros,
5 responsable? A no ser que el vencer a los enemigos sea cometer un delito contra vosotros. Y si a algunos soldados, cuando combatían ventajosamente en la batalla, les tocó morir, ¿qué ofensa ha cometido Servilio contra el pueblo?

Ciertamente los generales no tienen entre los dioses un garante de la vida de todos los que combaten, ni recibimos el mando con exigencias y condiciones de que sometamos a todos los enemigos y no perdamos a ninguno de los nuestros. ¿Qué hombre aceptaría tomar sobre sí todas las consecuencias tanto de sus decisiones como de su fortuna? Por el contrario, siempre conseguimos las grandes acciones con grandes riesgos.

»Y no soy yo el primero que ha marchado contra los 30
enemigos y a quien le ha tocado padecer estas consecuencias, sino prácticamente a todos cuantos entablaron batallas arriesgadas con tropas menos numerosas que las de sus adversarios. En efecto, ya hubo quienes se lanzaron tras el enemigo y ellos mismos fueron puestos en fuga, y quienes mataron a muchos adversarios pero perdieron a un
número todavía mayor de los suyos. Omito, pues, decir 2
que también muchos, después de haber sido derrotados en toda la línea, volvieron con deshonra y con gran perjuicio, y ninguno de ellos ha pagado la pena de su mala suerte, pues es suficiente la desgracia, y, aunque no sea más que eso, el no recibir ninguna alabanza, como es forzoso, es una grande y dura pena para los generales. No obstante, yo al menos, estoy tan lejos de afirmar que no debo someterme a una rendición de cuentas de mi suerte —lo que todas las personas mesuradas afirman que es justo—, que aunque ningún otro haya aceptado comparecer a un juicio de esta índole, yo seré el único que no lo rechace y que, por el contrario, consienta someter a examen mi suerte no menos que mis decisiones, tras hacer primero esta preci-
sión: Yo veo que los hechos humanos, tanto los desafortu- 3
nados como los afortunados, se juzgan no por las acciones, que son muchas y variadas, tomadas una a una, sino por el resultado final. Y cuando éste se ajusta a lo planeado,

aunque los muchos acontecimientos intermedios no hayan gustado, a pesar de ello escucho que son alabados por to*dos y admirados y considerados como propios* de la buena fortuna. En cambio, cuando las acciones tienen unos resultados desdichados, aunque todas las actuaciones previas al final se hayan hecho con toda facilidad, no se adscriben
4 a la buena suerte de sus autores, sino a la mala. Teniendo presente esta reflexión, examinad también vosotros mismos la suerte que he tenido en las guerras. Y si encontráis que he sido derrotado por los enemigos, llamad mala a mi suerte; pero si, en cambio, he vencido a los adversarios, llamadla buena. Por tanto, con respecto a la suerte, como no ignoro que todos los que hablan sobre ella son pesados, dejaré de hacerlo, aunque puedo decir todavía más cosas.

31 »Y puesto que también censuráis mi criterio, sin atreveros a llamarlo traición ni cobardía, motivos por los que tienen lugar los juicios contra los demás generales, sino inexperiencia e irreflexión, porque acepté un riesgo innecesario al lanzarme contra el campamento enemigo, quiero presentaros una explicación también sobre esta cuestión, dado que puedo decir algo que es muy evidente: que el criticar lo sucedido es sumamente fácil y posible para cualquier hombre, pero que el exponerse a nobles actos es duro y propio de pocos; que los acontecimientos futuros no muestran cómo serán lo mismo que los pasados muestran cómo han sido, sino que comprendemos éstos por percepción y experiencias, y conjeturamos aquéllos por adivinaciones y opiniones, en las que hay mucho de engañoso; y que es lo más fácil de todo mandar en guerras que están
2 fuera de peligro, que es *lo que hacen mis acusadores. Pero* para tocar este punto, vamos, por los dioses, decidme, ¿os parece que soy el único o el primero que ha intentado forzar una guarnición y que ha llevado sus tropas hacia te-

rrenos elevados? ¿O lo he intentado después de que lo hicieran otros muchos generales vuestros, de los cuales algunos tuvieron éxito, mientras que a otros el intento no les fue de acuerdo con sus planes? ¿Por qué, entonces, si consideráis estas acciones consecuencia de la incapacidad de un general y de su imprudencia, habéis dejado libres a los otros y me juzgáis a mí? ¿Cuántas otras acciones más audaces que ésta se les ha ocurrido llevar a cabo a los generales, cuando las circunstancias no admitían en absoluto seguridad ni cálculo? Algunos, después de arrebatar 3
los estandartes a sus propios hombres, los arrojaron contra los enemigos, para obligar a los indecisos y a los cobardes a tener valor, ya que éstos sabían que los que no recuperaran los estandartes debían morir deshonrosamente a manos de los generales; otros, después de penetrar en el territorio enemigo, cortaron los puentes de los ríos que atravesaron, para que, al parecer inviable la esperanza de salvación a los que tenían intención de huir, les viniera valor y fuerza en los combates; otros, después de quemar las tierras y los equipos[36], impusieron a sus hombres la necesidad de tomar de los enemigos cuanto les hacía falta. Omito contar 4
otras acciones, que son innumerables, y todos los demás actos audaces y valerosos de generales que conocemos no sólo por medio de la historia, sino también por experiencia, por los cuales ninguno de los que quedaron defraudados en sus previsiones fue castigado nunca. A no ser que alguno de vosotros pueda acusarme de que lancé a los otros a una manifiesta destrucción y de que yo me mantuve lejos del peligro. Pero si me encontraba con todos, fui el último en irme y compartía la misma suerte que los demás, ¿qué delito he cometido? Con respecto a mi persona, sea suficiente lo dicho.

36 Véase IV 47, 2, n. 76.

32 »Pero con respecto al Senado y los patricios, puesto que el odio común que vosotros les tenéis porque se ha impedido la asignación de lotes de tierra también me perjudica a mí, y puesto que ni siquiera el acusador lo disimuló, sino que hizo de ello una parte no pequeña de la acusación contra mí, quiero deciros unas breves palabras.
2 Y hablaré con sinceridad, pues yo no podría hablar de otra manera, ni para vosotros sería útil escucharme. No actuáis, plebeyos, con justicia ni piedad si no agradecéis al Senado los beneficios, muchos e importantes, que habéis recibido de él, y, en cambio, os encolerizáis porque cuando pedisteis algo cuya concesión podría perjudicar gravemente a la comunidad, el Senado se opuso, no por odio hacia
3 vosotros, sino por mirar el bien de la comunidad. Pero sobre todo, debíais haber aceptado sus decisiones, tomadas con la mejor intención y para bien de todos, y desistido de vuestra rivalidad. Pero si erais incapaces de contener vuestro deseo perjudicial por medio de una reflexión sensata, debíais pedir la obtención de esas mismas concesiones
4 con la persuasión y no con la violencia. De hecho, los beneficios que se otorgan voluntariamente no sólo son más gratos que los forzados para los que los conceden, sino que también para los que los reciben son más sólidos que los que no son de tal índole. Esto, por los dioses, vosotros no lo tenéis en cuenta, sino que agitados y soliviantados por los demagogos como el mar por vientos que se levantan uno tras otro, no permitís que la comunidad permanezca en tranquilidad y calma ni siquiera un momento. Por consiguiente, resulta que nosotros consideramos la guerra mejor que la paz; al menos, cuando guerreamos, dañamos a los enemigos; en cambio, cuando estamos en paz,
5 a los amigos. Y en verdad, plebeyos, si todas las decisiones del Senado las consideráis buenas y útiles, como son, ¿por

qué no suponéis que también ésta es una de ellas? Si, por el contrario, creéis que el Senado no piensa en absoluto nada de lo que debe, sino que gobierna la comunidad de manera indigna e innoble, ¿por qué, entonces, no lo suprimís de golpe y gobernáis y deliberáis vosotros mismos, y dirigís las guerras por la supremacía, en lugar de molestarlo y destruirlo poco a poco arrebatándole en los juicios a sus miembros más destacados? Sería mejor para todos nosotros ser combatidos conjuntamente que ser objeto de
falsas acusaciones cada uno por separado. Pero vosotros 6
no sois responsables de esto, como dije, sino los demagogos que os agitan, que ni aceptan ser gobernados ni saben gobernar. Y, por lo que depende de su irreflexión e inexperiencia, esta nave se os habría hundido muchas veces, pero, de hecho, el que corrige sus errores y permite a vuestra comunidad navegar sana y salva es el Senado, que escucha
de ellos muchísimas y terribles acusaciones. Tanto si escu- 7
char estas palabras os resulta agradable como penoso, las he dicho y me he atrevido a ello con toda sinceridad; y preferiría morir por emplear una sinceridad útil para la comunidad, que salvarme pronunciando palabras que os agraden.»

Absolución de Servilio

Después de pronunciar tales palabras, 33
sin haberse dado a lamentaciones y a quejas por su desgracia, ni haberse humillado con súplicas ni ruegos deshonrosos, ni haber cometido ningún otro acto de naturaleza innoble, cedió la palabra a los que deseaban hablar o testificar. Muchos oradores lo absolvían de la acusación, y, entre otros, especialmente Virginio, que había sido cónsul en el mismo período y que parecía haber sido el artífice de la victoria; éste no sólo lo declaraba inocente, sino que también pedía que fuera alabado y honrado por todos

como el mejor de los hombres en la guerra y el más sen-
2 sato de los generales. Dijo que, si consideraban que la guerra había tenido un final satisfactorio, debían agradecérselo a ambos, y si desfavorable, debían castigar a los dos, pues habían compartido tanto las decisiones como las acciones y la fortuna que les había deparado la divinidad. Y para convencer no sólo estaba el discurso de Servilio, sino también su vida, puesta a prueba en todas sus nobles
3 acciones. A esto se añadía, y era lo que más movía a compasión, un aspecto digno de piedad, como el que suelen presentar quienes han sufrido o van a sufrir desdichas terribles. De tal manera que también los parientes de los muertos, que parecían irreconciliables con el responsable de su desgracia, se volvieron más benévolos y dejaron a un lado su cólera, como demostraron. En efecto, cuando dieron sus votos, ninguna tribu condenó a Servilio. Tal fue, pues, el final del peligro que había rondado a Servilio.

Expedición contra los tirrenos

34 No mucho tiempo después[37], un ejército romano salió contra los tirrenos al mando de Publio Valerio, uno de los cónsules. Las tropas de los veyentes se reunieron de nuevo, después de que se les unieran los sabinos, que hasta entonces habían dudado si ayudarlos en la guerra, pensando que se lanzaban a algo imposible, pero que ahora, después de conocer la huida de Menenio y la fortificación de la colina próxima a Roma, consideraron que las fuerzas romanas habían quedado humilladas y el espíritu de la comunidad derrotado, y ayu-
2 daron a los tirrenos enviándoles un gran ejército. Los veyentes, confiados en sus propias fuerzas y en las recién

[37] Para los caps. 34 y 35, véase LIVIO, II 53.

llegadas de los sabinos y esperando refuerzos de los demás tirrenos, estaban ansiosos de marchar sobre Roma con la mayor parte de sus tropas, en la idea de que nadie les iba a hacer frente, sino que una de dos, o iban a tomar la ciudad por asalto, o iban a someterla por hambre. Pero 3
Valerio se adelantó a su propósito cuando todavía ellos se demoraban y esperaban a los aliados que se retrasaban, conduciendo él mismo a lo más selecto de la juventud romana y a las tropas auxiliares de los aliados, sin hacer la salida abiertamente, sino con la intención de que les pasara lo más inadvertida posible. Efectivamente, después de salir de Roma a última hora de la tarde y de atravesar el Tíber, acampó a no mucha distancia de la ciudad. Entonces, levantando al ejército alrededor de la media noche, marchó con él rápidamente, y antes de que se hiciera de día se lanzó contra uno de los campamentos de los enemigos. Había dos campamentos, uno el de los tirrenos, otro el de 4
los sabinos, no muy distantes entre sí. Primero condujo su ejército contra el campamento de los sabinos, y se apoderó de él al primer ataque, pues la mayoría todavía estaba durmiendo y no había ninguna vigilancia de consideración, ya que estaban en un territorio amigo y sentían un gran desprecio por los enemigos, que no se anunciaban por ninguna parte. Algunos hombres fueron matados cuando todavía estaban en sus camas, otros justo cuando se estaban levantando y armando, otros, que estaban armados, cuando se defendían dispersos y en desorden, y la mayoría, retenidos por la caballería romana, fue aniquilada cuando huía hacia el otro campamento.

Triunfo de los romanos

35 Después de tomar de esta manera el campamento sabino, Valerio condujo el ejército contra el otro campamento, donde estaban los veyentes, que habían ocupado un terreno no demasiado seguro. Ya no era posible que los que se acercaban al campamento pasaran inadvertidos, pues era ya pleno día y los sabinos que habían huido habían informado a los tirrenos tanto de su propio desastre como de que marchaban contra ellos; era, pues, necesario combatir a los enemigos con firmeza.
2 Entonces, como los tirrenos combatían delante de su campamento con todo su ánimo, después de esto tuvo lugar una cruda batalla y una gran matanza por ambas partes, y el desenlace del combate fue indeciso y durante mucho tiempo se inclinó ora a un lado ora al otro. Más tarde los tirrenos, expulsados por la caballería romana, cedieron y se retiraron a su campamento; pero el cónsul los persiguió y cuando estuvo cerca de las fortificaciones —estaban construidas negligentemente y el terreno, como he dicho, no era muy seguro—, atacó por muchas partes, continuando sus esfuerzos durante el resto de aquel día y no cesando
3 ni siquiera durante la noche siguiente. Los tirrenos, agotados por los continuos sufrimientos, abandonaron el campamento al amanecer, y unos huyeron hacia la ciudad, y otros se dispersaron en los bosques cercanos. Tras adueñarse también de este campamento, el cónsul dio descanso al ejército aquel día y al día siguiente repartió entre los combatientes el botín que había cogido de los dos campamentos, y que era abundante, y a los que habían sobresalido en los combates los distinguió con las acostumbradas
4 coronas al valor. Y el hombre que parecía haber combatido más valerosamente que todos y haber puesto en fuga al ejército de los veyentes era Servilio, el que había sido cón-

sul el año anterior y había salido absuelto del juicio ante
el pueblo, que en esta ocasión había sido enviado como
legado de Valerio y que por este heroísmo fue el primero
en conseguir los regalos más apreciados entre los romanos.
Después de esto, el cónsul, tras despojar a los cadáveres
de los enemigos y enterrar a los suyos, retiró el ejército
y, una vez establecido cerca de la ciudad de los veyentes,
desafió a los de dentro. Pero como nadie salía a comba- 5
tir, viendo que era difícil tomarlos por asalto, pues tenían
una ciudad muy segura, hizo correrías por una gran parte
de su territorio y se internó en el de los sabinos. Después
de saquear durante muchos días también este territorio,
que todavía estaba incólume, y como tenía ya un pesado
equipaje a causa del botín, llevó el ejército de vuelta a
casa. Y el pueblo, cuando todavía estaba muy lejos de la
ciudad, le salió al encuentro coronándolo, quemando in-
cienso a lo largo del trayecto y recibiendo al ejército con
vasijas llenas de hidromiel; y el Senado decretó la proce-
sión del triunfo.

El otro cónsul, Cayo Naucio, al que le había tocado 6
por sorteo la custodia de los aliados latinos y hérnicos,
tardó más en salir de expedición, no porque se dejara do-
minar por la indecisión ni por el temor ante el peligro,
sino porque aguardaba con ansiedad el resultado incierto
de la guerra contra los veyentes, para que, si le sobrevenía
alguna desgracia al ejército de fuera, la comunidad contara
con un ejército dispuesto que impidiera a los enemigos pe-
netrar en el territorio, en el caso de que, como los que
anteriormente habían marchado contra Roma, intentaran
fortificar algunos lugares contra la ciudad. Entre tanto, 7
también la guerra que contra los latinos sostenían los ecuos
y los volscos tuvo un final feliz; y llegaron algunos anun-
ciando que los enemigos, vencidos en el combate, se habían

marchado de su territorio, y que por el momento ya no era necesaria ninguna ayuda para los aliados. No obstante, Naucio, dado que las cosas les habían marchado bien en
8 Tirrenia, sacó el ejército. Después de penetrar en el territorio volsco y de recorrer una gran parte que habían dejado desierta, se apoderó de muy pocos esclavos y cabezas de ganado, y tras prender fuego a sus campos cuando el trigo estaba en su punto y destrozar otros muchos productos agrícolas, marchó con el ejército sin que nadie se le opusiera. Éstas fueron las acciones llevadas a cabo durante el consulado de estos hombres.

Expedición contra los veyentes. Tregua de cuarenta años

36 Los cónsules que les sucedieron[38], Aulo Manlio y Lucio Furio, después de que el Senado votara que uno de ellos condujera un ejército contra los veyentes, echaron a suertes la expedición, como tenían por costumbre. Y habiéndole tocado a Manlio, rápidamente sacó fuera a las tropas y estableció el campamento cerca de los enemigos. Los veyentes, encerrados dentro de los muros, hasta entonces resistían y enviaban embajadores a las demás ciudades tirrenas y a los sabinos, que recientemente les habían ayudado, pidiendo que se les enviara ayu-
2 da enseguida. Pero como no conseguían nada y habían gastado las provisiones, forzados por la necesidad, los más ancianos y estimados entre ellos salieron al encuentro del cónsul con ramos de suplicantes, pidiendo la finalización de la guerra. Manlio les ordenó que entregaran dinero para la paga de un año del ejército y alimentos para dos meses y que, cuando cumplieran estas condiciones, enviaran a Roma a personas que trataran con el Senado la reconciliación. Ellos aceptaron estas exigencias y, tras llevar sin de-

[38] Véase Livio, II 54, 1 s.

mora la paga para el ejército y el dinero que Manlio consintió que entregaran a cambio del grano, fueron a Roma; y, presentados ante el Senado, pidieron obtener perdón por lo sucedido y verse libres de guerra en el futuro. Después 3
de exponer muchos argumentos en uno y otro sentido, prevaleció la opinión que aconsejaba poner fin a la guerra con ellos, y se estableció una interrupción de las hostilidades durante cuarenta años. Ellos se marcharon muy agradecidos a la comunidad por la paz, y Manlio, una vez llegado a la ciudad, pidió y obtuvo un triunfo ordinario[39]. Durante el mandato de estos hombres también tuvo lugar un censo, y los ciudadanos que se registraron a sí mismos, sus bienes y a sus hijos mayores de edad fueron algo más de ciento tres mil[40].

Los plebeyos reclaman la distribución de tierras

Los sucesores de estos cónsules[41] en 37
la magistratura, Lucio Emilio Mamerco, por tercera vez, y Vopisco Julio, en la LXXVII Olimpiada[42], en la que venció en la carrera del estadio Dandes el argivo, bajo el arcontado de Cares en Atenas, tuvieron un mandato enormemente difícil y agitado, pues ciertamente gozaron de paz en las guerras exteriores —todas las disputas estaban en calma—, pero, debido a las disensiones civiles, no sólo se vieron expuestos ellos mismos a peligros, sino que estuvieron a punto de destruir la ciudad. En efecto, en cuanto el pueblo descansó de las expediciones militares, enseguida empezó a agitarse por la distribución de las tierras públicas. Había entre los tribunos un hombre 2

---

[39] Lit.: «un triunfo a pie». Véase V 47, 2, 3 y n. 58.

[40] Uno de nuestros mejores mss. da una cifra de 133.000, pero seguramente es un error de escritura.

[41] Para los caps. 37-39, véase Livio, II 54, 2-55, 11.

[42] 471 a. C.

audaz y hábil orador, Cneo Genucio, que soliviantaba los resentimientos de los pobres. Este hombre, convocando asambleas en cada ocasión y captándose a los necesitados, pretendía forzar a los cónsules a llevar a cumplimiento las decisiones del Senado relativas a la asignación de lotes de tierra. Pero ellos no le hacían caso, diciendo que el asunto había sido confiado por el Senado no a su magistratura, sino a los cónsules que sucedieron a Casio y Virginio, con respecto a los cuales se promulgó el decreto preliminar [43], y añadiendo al mismo tiempo que lo que el Senado decretaba no eran leyes válidas para siempre, sino medidas
3 de conveniencia que tenían vigencia para un año. Como los cónsules se defendían con estas excusas, Genucio, incapaz de forzarlos, ya que tenían mayor poder, tomó un camino audaz. Llevó a juicio público a los cónsules del año anterior, Manlio y Lucio, y los intimó a que se presentaran ante el pueblo para defenderse, declarando públicamente el motivo del juicio, a saber, que habían cometido un delito contra el pueblo al no designar a los diez hombres que el Senado decretó para llevar a cabo la distribución de los
4 lotes de tierra. Aportó motivos razonables para no llevar a juicio a algunos de los otros cónsules, a pesar de que habían sido doce los consulados intermedios desde que el decreto fue promulgado [44], y acusar, en cambio, solamente a estos hombres por incumplimiento de la promesa; y al terminar dijo que sólo de esta manera los cónsules que estaban ahora en el cargo podrían ser obligados a hacer los lotes de tierra: si veían que otros pagaban el castigo al pueblo y pensaban que también a ellos les tocaría correr la misma suerte.

---

[43] Véase VIII 76, 2.

[44] El decreto fue promulgado en el año 484 a. C.; Genucio fue tribuno en el 471 a. C.

Anuncio y suspensión del juicio contra Manlio y Lucio

38 Después de pronunciar estas palabras, de exhortar a todos a ir al juicio y de jurar firmemente sobre las víctimas que permanecería en sus opiniones y acusaría a los hombres con todas sus energías, anunció el día en el que debía celebrarse el juicio. Cuando los patricios se enteraron de esto, les entró un gran miedo y preocupación buscando el modo en que debían no sólo liberar a los hombres de la acusación, sino también contener la audacia del demagogo. Y les pareció oportuno, si el pueblo emitía un voto contrario al poder consular, no permitírselo oponiéndose con firmeza y, si fuera necesario, recurriendo incluso a las armas. Pero realmente no tuvie- 2
ron necesidad de ninguna medida de fuerza, pues el peligro tuvo un desenlace rápido e inesperado. En efecto, cuando quedaba un solo día para el juicio, Genucio fue encontrado muerto en su cama, sin ninguna señal ni de apuñalamiento, ni de estrangulamiento, ni de veneno, ni de ninguna otra muerte intencionada. En cuanto se supo lo sucedido y el cuerpo fue llevado al Foro, el suceso fue considerado una manifestación divina de prohibición, y el juicio quedó inmediatamente suspendido. De hecho, ningu- 3
no de los otros tribunos se atrevía a reavivar la sedición, y, por el contrario, consideraban que había sido una gran locura de Genucio. Por tanto, si los cónsules hubieran continuado sin meterse en asuntos ajenos, y, en cambio, hubieran suprimido la disensión como la divinidad la hizo dormir, ningún peligro hubiera podido sobrevenirles ya; pero la verdad es que al entregarse a la arrogancia y al desprecio hacia los plebeyos, y al querer demostrar cuán grande era el poder de la magistratura, causaron grandes males. Efectivamente, después de ordenar un reclutamiento de tropas y obligar a los que no obedecían, entre otros

castigos, también con golpes de varas, consiguieron que la mayoría de los plebeyos cayera en la desesperación, especialmente por el motivo siguiente.

Actitud arrogante de los cónsules. Enfrentamiento entre patricios y plebeyos

39 Un hombre de la plebe, célebre por sus acciones bélicas, Volero Publio[45], que había mandado centurias en las expediciones anteriores, en esta ocasión fue alistado por los cónsules como soldado, en lugar de como centurión. Como se oponía y no consentía en ocupar un puesto menos apreciado, pues no había cometido ninguna falta en las expediciones anteriores, los cónsules, irritados por su sinceridad, ordenaron a los lictores que le arrancaran la ropa y que lo azotaran con las
2 varas. El joven llamó en su ayuda a los tribunos y pidió que, si era culpable de algún delito, se le sometiera a un juicio ante los plebeyos. Como los cónsules no le hacían caso, sino que seguían ordenando a los lictores que se lo llevaran y lo golpearan, consideró que era un ultraje into-
3 lerable y se tomó la justicia por su mano. Golpeó de frente en la cara con los puños al primer lictor que se le acercó y, como era un hombre joven y fuerte, lo derribó y lo mismo hizo con el siguiente. Cuando los cónsules, irritados, ordenaron a todos sus asistentes que se acercaran a él al mismo tiempo, los plebeyos que estaban presentes consideraron que era algo indignante; e inmediatamente, todos en masa y gritando para incitarse la cólera unos a otros, salvaron al joven y también rechazaron a golpes a los lictores, y al final avanzaron contra los cónsules, y si éstos no hubieran abandonado el Foro y huido, habrían co-
4 metido un mal irreparable. A raíz de este enfrentamiento toda la comunidad quedó dividida, y los tribunos, que has-

[45] La forma correcta del nombre es Volero Publilio (Livio, II 55, 4).

ta entonces habían permanecido tranquilos, ahora se indig-
naron y acusaron a los cónsules. La disensión por los lotes
de tierra derivó en otra mayor, debido a la disputa por la
forma de gobierno. Por una parte, los patricios, pensando
que el poder de los cónsules había sido destruido, les pe-
dían indignados que se lanzase precipicio abajo[46] al que
se había atrevido a poner las manos encima de los asisten-
tes. Por otra parte, los plebeyos, reunidos, gritaban y se 5
exhortaban a no traicionar su libertad y llevar el asunto
ante el Senado y acusar a los cónsules, y pedían obtener
alguna reparación de ellos, porque al hombre que había
solicitado la ayuda de los tribunos y que quería someterse
a un juicio ante el pueblo si es que había cometido algún
delito, no le permitieron obtener ninguno de estos dere-
chos, sino que ordenaron que lo golpearan, y pusieron a
un hombre libre y a un ciudadano en la condición de es-
clavo. Enfrentados estos grupos y no queriendo ceder ante 6
los otros, todo el tiempo que quedaba de este consulado
se consumió sin que lo adornaran hechos bélicos gloriosos
ni acontecimientos civiles dignos de mención.

Epidemia en Roma, su causa y su final

Al llegar las elecciones de magistra- **40**
dos[47], fueron elegidos cónsules Lucio Pi-
nario y Publio Furio. Nada más empezar
el año la ciudad se llenó de un presagio y
de temor religioso, al producirse muchos
prodigios y señales. Y todos los adivinos y los intérpretes
de las cuestiones sagradas[48] manifestaban que lo que suce-
día eran indicaciones de cólera divina, pues algunos ritos
no se habían celebrado de manera piadosa ni pura. No mu- 2
cho después se abatió sobre las mujeres, y especialmente

46 Se trata de la Roca Tarpeya. Véase III 69, 4.

47 Para los caps. 40-42, véase LIVIO, II 56, 1-5.

48 Véase II 73, 3 y n. 103.

sobre las encintas, una epidemia, la llamada «pestilencial»,
y una mortandad como nunca antes había habido. Al abor-
tar y al parir niños muertos, morían con las criaturas, y
ni las súplicas ante las estatuas y los altares de los dioses,
ni los sacrificios de purificación realizados en favor de la
comunidad y de las casas particulares les traían un descan-
3 so de sus males. Cuando la comunidad se encontraba en
semejante desgracia, un esclavo hizo una revelación a los
pontífices: que una de las vírgenes vestales que guardaban
el fuego inmortal, Urbinia, había perdido la virginidad y,
a pesar de no ser pura, realizaba los sacrificios de la comu-
nidad. Ellos, después de apartarla de los deberes sagrados
y de llevarla a juicio, cuando quedó claro que era culpa-
ble, la azotaron con varas y, tras realizar una procesión
4 a través de la ciudad, la enterraron viva. De los que ha-
bían llevado a cabo la impía seducción, uno se suicidó, al
otro, los pontífices, tras arrastrarlo y azotarlo en el Foro
como a un esclavo, lo mataron. La epidemia que se abatió
sobre las mujeres y su gran mortandad cesaron inmediata-
mente después de este hecho.

Volero presenta una ley sobre elección de tribunos

41 Pero la sedición que los plebeyos sos-
tenían contra los patricios y que desde
hacía mucho persistía en la ciudad se in-
flamó nuevamente. El que la agitaba era
el tribuno Volero Publio, el que el año
anterior había desobedecido a los cónsules Emilio y Julio
cuando lo inscribieron como soldado en lugar de como
centurión, y que había sido elegido por los pobres jefe del
pueblo no por otro motivo —pues no sólo era de nacimien-
to vulgar, sino que también había crecido en una gran me-
diocridad y pobreza— que por el de presentarse como el
primer particular que con su desobediencia había humillado
el poder consular, que hasta entonces tenía una dignidad

real, y, sobre todo, por las promesas que había hecho contra los patricios al presentarse a la magistratura, en el sentido de que los privaría de su poder. Este individuo, en 2
cuanto le fue posible ocuparse de los asuntos públicos una vez cesada la cólera divina, reunió al pueblo en una asamblea y presentó una ley relativa a las elecciones de los tribunos, transladándolas desde las votaciones por curias[49], que los romanos llaman curiadas, a las votaciones por tribus[50]. Cuál es la diferencia entre estos dos tipos de elecciones es lo que yo voy a señalar. En las votaciones curia- 3
das se necesitaba que el Senado hubiera promulgado un decreto preliminar y que los plebeyos votaran por curias, y después de estos dos requisitos, que no hubiera signos ni presagios divinos que se opusieran. Entonces la votación era válida. En las votaciones por tribus no se necesitaba ni el decreto preliminar ni el consentimiento de sacerdotes ni augures y, realizada la votación por los miembros de las tribus, debía terminar en un sólo día. De los cuatro tribunos restantes había dos que proponían la ley con Volero, quien, al asociarse con éstos, vencía a los que no tenían sus mismos deseos, pues eran minoría. Pero los cón- 4
sules, el Senado y todos los patricios intentaban impedir la ley; y yendo en masa al Foro el día que los tribunos

---

49 Véase II 7, 2, 3.

50 Dionisio no tiene un término específico para traducir *concilium plebis,* sino que emplea los mismos términos para las asambleas de todo el pueblo. Lo que él ambiguamente relata aquí era, probablemente, un cambio del *concilium plebis curiatim* al *concilium plebis tributim.* Comparando los dos pasajes en los cuales se describe la creación del tribunado, vemos que los primeros tribunos eran elegidos por el *concilium plebis* reunido por la curia. Hay que resaltar que, en el segundo de estos pasajes, Dionisio emplea el término *dêmos,* que puede significar tanto la plebe como el pueblo entero. Su término específico para plebeyos es *dēmotikoí,* y para plebe *dēmotikón* o *plêzos.*

habían fijado para ratificarla, expusieron todo tipo de discursos, los cónsules, los más ancianos del Senado y todo el que lo deseaba, enumerando las insensateces que había en la ley. Después de que replicaran los tribunos y de nuevo los cónsules, y de que se prolongara durante mucho tiempo una escaramuza verbal, se disolvió aquella asamblea por haber ya anochecido. Habiendo fijado otra vez los tribunos el tercer día de mercado[51] para decidir sobre la ley, acudió en esa fecha una muchedumbre toda-
5 vía más numerosa y pasó algo semejante a lo anterior. Publio, al darse cuenta de ello, decidió no permitir que los cónsules siguieran censurando la ley ni dejar que los patricios se presentaran para votar. Éstos, en efecto, en grupos y en bandas, junto con sus clientes, que no eran pocos, ocupaban muchas zonas del Foro incitando a los que censuraban la ley, molestando con gritos a quienes la defendían y cometiendo otros muchos actos que eran señal del desorden y de la violencia que iba a producirse en las votaciones.

Epidemia de peste en Roma. Reelección de Volero Publio

42 Las decisiones de Publio, que eran propias de una tiranía, las contuvo otra desgracia enviada por los dioses. En efecto, se apoderó de la ciudad una epidemia de peste que también se dio en el resto de Italia, pero que fue especialmente virulenta en Roma; y ninguna ayuda humana podía socorrer a los enfermos, sino que morían por igual los atendidos con gran solicitud y los que no tenían nada de lo necesario; ni las súplicas a los dioses, ni los sacrificios, ni los últimos recursos a los que los hombres se ven obligados a acudir en semejantes desgracias, las expiaciones individuales y públicas, eran

[51] Véase VII 58, 3, n. 45.

ahora útiles, y la enfermedad no hacía distinciones de edad, ni de sexo, ni de fortaleza o debilidad física, ni de ciencia, ni de ningún otro de los medios que parecen aliviar la enfermedad, sino que se abatía sobre mujeres, hombres, viejos y jóvenes. Sin embargo, no duró mucho tiempo, 2
motivo por el cual la ciudad no fue destruida totalmente, sino que, después de caer sobre los hombres, como una masa de agua o de fuego, realizó un rápido ataque y una veloz retirada. En cuanto la calamidad remitió, Publio, que estaba al final de su mandato, dado que no podía ratificar la ley en el tiempo que quedaba porque las elecciones de magistrados estaban ya encima, se presentó otra vez al tribunado para el año siguiente, haciendo muchas y grandes promesas a los plebeyos; y ellos nuevamente lo eligieron tribuno y también a dos de sus compañeros de magistratura. Ante esta situación los patricios planearon que llegara 3
al consulado un hombre duro y que odiaba al pueblo, y que no iba a debilitar en nada a la aristocracia: Apio Claudio, hijo de Apio, el que se opuso más enérgicamente al pueblo en el asunto de su retorno[52]. Y a este hombre, a pesar de que se negó repetidamente y no quiso ir a la llanura[53] para las elecciones, a pesar de ello le dieron el voto preliminar y lo eligieron cónsul en su ausencia[54].

---

52 Véase VI 59 ss. Se está refiriendo al retorno del Monte Sacro.

53 El Campo de Marte.

54 Realmente lo que hacen es nombrarlo candidato para el consulado.

Diferencias entre los cónsules. Proyecto de los tribunos

43 Realizadas las elecciones[55] con una gran facilidad[56], pues los pobres abandonaron la llanura[57] tras oír nombrar a este hombre[58], recibieron el consulado Tito Quincio Capitolino y Apio Claudio Sabino, que no tenían afinidades ni de carácter ni de princi-
2 pios. De hecho, Apio era de la opinión de atraer al pueblo ocioso y pobre hacia las expediciones militares, para que, al conseguir del territorio enemigo con su propio esfuerzo abundancia de las cosas necesarias cotidianamente, de las que estaban especialmente faltos, y llevar a cabo acciones útiles para la comunidad, no fuera en absoluto hostil ni intransigente con los miembros del Senado que administraban los asuntos públicos. Manifestaba que toda excusa para una guerra sería razonable para una comunidad que aspiraba a la hegemonía y era envidiada por todos, y pedía que, de acuerdo con lo que era probable, previeran el futuro a través de lo ya sucedido, añadiendo que cuantas agitaciones se habían producido ya en la comunidad, todas
3 surgieron en las treguas de las guerras. A Quincio, en cambio, no le parecía oportuno provocar ninguna guerra, manifestaba que había que contentarse con que el pueblo fuera obediente cuando se le llamaba a peligros inevitables y que venían de fuera, y explicaba que si iban a ejercer violencia sobre los que no obedecían, forzarían el que los plebeyos llegaran a la desesperación, como ya hicieron los cónsules anteriores a ellos; a raíz de lo cual sería inevitable que corrieran uno de estos dos riesgos: o poner fin a la sedición con sangre y asesinatos, o aceptar servir de ma-

[55] Para los caps. 43-49, véase Livio, II 56, 5-58, 2.
[56] Dionisio habla desde el punto de vista de los patricios.
[57] El Campo de Marte.
[58] El anuncio de su candidatura.

nera indigna a los plebeyos. El mando de aquel mes correspondía a Quincio, de modo que era obligatorio que el otro cónsul no hiciera nada sin escucharlo a él. Publio y los otros tribunos, sin demorarse nada, presentaron otra vez la ley que no había podido ser ratificada el año anterior, añadiéndole que también el cargo de los ediles[59] se votara en estas asambleas[60], y que todo lo demás que tenía que ser hecho y ratificado por el pueblo fuera votado por los miembros de las tribus de la misma forma; esto suponía una evidente destrucción del Senado y el dominio del pueblo. 4

Quincio y Apio hablan ante el pueblo. Discurso de Apio

44 Cuando los cónsules se enteraron de este proyecto, se preocuparon y pensaron cómo alejar la agitación y la sedición con rapidez y seguridad. Apio era de la opinión de llamar a las armas a los que deseaban salvar la forma de gobierno tradicional; y si algunos se les oponían, considerarlos como enemigos. Pero 2 Quincio opinaba que se debía convencer a los plebeyos con la persuasión y explicarles que por ignorancia de lo que les convenía se les estaba llevando a decisiones funestas, diciéndoles que era un acto de locura extrema querer conseguir contra la voluntad de sus conciudadanos aquellas cosas que les era posible obtener con su beneplácito. Como 3 los otros componentes del Senado aprobaron la opinión de Quincio, los cónsules se dirigieron al Foro y pidieron a los tribunos que les concedieran la palabra y fijaran una fecha. Tras conseguir ambas cosas, cuando llegó el día que les pidieron, acudió al Foro una muchedumbre de todo tipo, que los magistrados de ambas partes aleccionaron

59 Para la relación de los ediles con los tribunos, véase VI 90, 2, 3.

60 Véase *supra*, cap. 41, 2 ss.

para que les apoyara, y después se presentaron los cónsules
4 con intención de criticar la ley. Quincio, que era un hom-
bre moderado en todos los aspectos y muy capaz de ga-
narse al pueblo con razonamientos, fue el primero en pedir
la palabra e hizo un discurso hábil y grato a todos, de
modo que los que hablaban en favor de la ley se encontra-
ron en gran dificultad, pues no podían decir palabras más
5 justas ni más razonables. Y si su colega no hubiera decidi-
do seguir ocupándose del asunto, el pueblo habría recono-
cido que no hacía peticiones justas ni honradas y habría
desbaratado la ley. Pero el caso fue que Apio hizo un dis-
curso arrogante y penoso de escuchar para los pobres, tras
lo cual el pueblo se hizo intransigente e implacable en su
cólera y llegó a un grado de rivalidad mayor que el de
6 antes. En efecto, hablándoles no como a hombres libres
y a ciudadanos que son soberanos para ratificar o rechazar
la ley, sino ejerciendo la autoridad como si no tuvieran
derechos de ciudadanos, o como si fueran extranjeros u
hombres que no tienen la libertad asegurada, hizo acusa-
ciones duras e intolerables, echándoles en cara la abolición
de las deudas y reprochándoles el haber hecho defección
de los cónsules cuando les arrebataron los sagrados estan-
dartes y se marcharon del campamento imponiéndose vo-
luntariamente el destierro[61]; e invocó los juramentos que
prestaron cuando tomaron las armas en defensa de la tierra
que les había dado la vida, armas que ellos habían utiliza-
7 do contra esa misma tierra. Afirmó, en consecuencia, que
ellos no hacían nada sorprendente si, después de haber ju-
rado en falso por los dioses, haber abandonado a sus gene-
rales, haber permitido que la ciudad quedara indefensa por
su parte y haber vuelto para aniquilar la buena fe, destruir

61 Véase VI 45.

las leyes y acabar con la forma de gobierno tradicional, no se mostraban moderados ni capaces de presentarse como buenos ciudadanos, sino que siempre se inclinaban hacia la ambición y la ilegalidad, pidiendo unas veces que se les permitiera elegir por sí mismos las magistraturas, eximiéndolas de responsabilidades y haciéndolas sagradas; otras, llevando a juicios capitales a los patricios que les parecía y transladando los tribunales legítimos, a los que la comunidad antes permitía juzgar las causas sobre penas capitales y destierro, desde el más intachable Senado a la más inmunda muchedumbre; y otras, introduciendo los jornaleros y los sin hogar leyes tiránicas e impías contra los nobles, sin dejar al Senado el poder de elaborar los decretos preliminares sobre ellas, privándolo también de este derecho que desde siempre mantenían indiscutido, tanto cuando la comunidad estaba bajo la monarquía, como bajo la tiranía. Después de añadir otras muchas críticas se- 8
mejantes a éstas, sin ahorrar ningún hecho cruel ni ninguna palabra insultante, terminó añadiendo todavía esta afirmación, con la que la multitud se indignó sobremanera: que la comunidad nunca dejaría de estar dividida por cualquier asunto, sino que siempre, tras una vieja dolencia sufriría otra nueva, mientras el poder de los tribunos continuara; explicó que convenía examinar los comienzos de toda institución política y pública, para que fueran intachables y justos. De hecho, de semillas buenas solían darse frutos buenos y beneficiosos, en cambio, de semillas malas, frutos malos y nefastos.

«Por tanto —dijo—, si esta magistratura se hubiera 45
introducido en la comunidad con concordia, para el bien de todos, presentándose con augurios y presagios, habría sido para nosotros causa de numerosos y grandes bienes, de beneficios, de armonía, de orden, de buenas esperanzas

de la divinidad y de muchísimas otras ventajas; pero la realidad es que, como la introdujeron la violencia, la ilegalidad, la sedición, el temor de una guerra civil y todas las acciones humanas odiosas, ¿qué bien o salvación habrá de originar nunca con tales comienzos? De manera que para nosotros es superfluo buscar la curación y los remedios que caen en el ámbito de la razón humana para los males que surgen de ella, si todavía permanece la raíz perniciosa.
2 No habrá fin ni liberación de la cólera divina mientras esta maliciosa locura y este cáncer enraizado corrompa y destruya todas las cosas nobles. Pero en relación con estos asuntos, habrá otro debate y una ocasión más apropiada; ahora, puesto que hay que arreglar la situación presente, rechazando toda ambigüedad os digo lo siguiente: ni esta ley ni ninguna otra que el Senado no haya aprobado previamente será válida durante mi consulado; por el contrario, lucharé en defensa de la aristocracia no sólo con palabras, sino que, si fuera necesario llegar a la acción, tampoco en ello quedaré vencido por los oponentes. Y si antes no conocíais la fuerza que tiene el poder de los cónsules, durante mi consulado la conoceréis.»

Discurso de Cayo Letorio

46 Apio habló, pues, en este tono, y el más anciano y con mucho el más respetado de los tribunos, Cayo Letorio, un hombre conocido por ser de ánimo nada cobarde en las guerras y hábil para actuar en los asuntos públicos, se levantó para defenderse de esas acusaciones y pronunció un discurso en defensa del pueblo empezando desde tiempos antiguos. Dijo que los pobres difamados por este hombre participaron en muchas y duras expediciones militares, no sólo bajo los reyes, cuando podría achacarse a la coacción, sino también después de la expulsión de aquéllos, cuando adquirieron libertad y he-

gemonía para la patria. Pero no obtuvieron ninguna re- 2
compensa de los patricios ni gozaron de ninguno de los beneficios generales, sino que, como prisioneros de guerra, fueron privados por ellos incluso de la libertad y, queriendo recobrarla, se vieron obligados a abandonar la patria por el anhelo de otra tierra en la que fuera posible no recibir ultrajes, como hombres libres que eran. Y consiguieron el retorno a sus tierras sin ejercer violencia sobre el Senado ni obligarlo con una guerra, cediendo ante él cuando éste les pidió y suplicó que recuperaran las posesiones abandonadas. Enumeró los juramentos y apeló a los pactos 3
que hicieron para que volvieran. Entre éstos estaba, en primer lugar, una amnistía total; después, para los pobres, el poder de elegir magistrados que los defendieran y que se opusieran a quienes quisieran someterlos. Después de 4
enumerar estos acuerdos, señaló las leyes que el pueblo había ratificado no hacía mucho, tanto la relativa al cambio de los tribunales, en el sentido de que el Senado había concedido al pueblo el poder para juzgar a los patricios que a ellos les pareciera oportuno, como la relativa a la votación, que ya no hacía soberana de las votaciones a la asamblea centuriada, sino a la de tribus.

Letorio se dirige a Apio

Tras hacer la defensa del pueblo, se 47
volvió a Apio y dijo: «¿Y encima tú te atreves a injuriar a estos hombres, gracias a los cuales la comunidad de pequeña ha pasado a ser grande, y de desconocida, a ilustre? ¿Y llamas a los demás sediciosos y les echas en cara un destino de exiliados, como si todos estos hombres no recordaran vuestro caso, a saber, que tus antepasados, después de levantarse contra los que estaban en el poder y de abandonar su propia patria, se establecieron[62]

[62] Véase V 40, 3-5.

aquí como suplicantes? A no ser que vosotros, al abandonar vuestra patria por un anhelo de libertad, realizarais una acción noble y, en cambio, nosotros romanos, cuando hemos hecho lo mismo que vosotros, realicemos un acto
2 innoble. ¿Y te atreves también, tú, el mayor enemigo del pueblo y el hombre más tirano, a ultrajar el poder tribunicio diciendo que se ha introducido en la comunidad para su daño, y pretendes convencer a estos hombres aquí presentes para que eliminen la sagrada e inviolable protección de los pobres, garantizada con fuertes lazos de los dioses y de los hombres? ¿Y ni siquiera eres capaz de comprender esto, que, al pronunciar estas injurias, estás ultrajando tanto al Senado como a tu propia magistratura? En efecto, el Senado, después de levantarse contra los reyes, cuya soberbia y ultrajes decidió no seguir soportando más, estableció el poder consular, y antes de expulsar a los reyes de
3 la ciudad invistió a otros hombres con el poder real. De modo que las acusaciones que lanzas contra el tribunado en el sentido de que se ha introducido para causar daño, ya que tuvo su origen en una sedición, también las estás lanzando contra el consulado, pues éste no se introdujo con ningún otro motivo más que la sedición de los patri-
4 cios contra los reyes. ¿Pero por qué hablo contigo de estos asuntos como con un ciudadano bueno y mesurado, contigo de quien todos éstos saben que eres por herencia malvado y cruel, enemigo del pueblo y siempre incapaz de amansar tu naturaleza salvaje, y por el contrario, no te ataco, anteponiendo las acciones a las palabras, y demuestro qué fuerza, que a ti te pasa desapercibida, tiene el pueblo, al que no sientes pudor en llamar apátrida e inmundo, y qué poder tiene esta magistratura de la que la ley te obliga a apartarte y a dejar paso? También yo, dejando a un lado toda ambigüedad, empezaré a actuar.»

Pelea entre plebeyos y patricios

48 Después de pronunciar estas palabras y de jurar, con el juramento que para ellos era más poderoso, que o ratificaría la ley o dejaría la vida, se hizo el silencio entre la multitud y se creó una expectación por ver lo que pensaba hacer, y él, entonces, ordenó a Apio que se marchara de la asamblea. Como no obedecía, sino que, colocándose junto a los lictores y a la turba que traía preparada desde casa, se resistía a marcharse del Foro, Letorio, después de ordenar silencio, anunció que los tribunos mandaban llevar al cónsul a prisión. Y el ayudan- 2
te, cumpliendo sus órdenes, avanzó para apresarlo; pero el lictor que estaba en primera posición lo golpeó y lo rechazó. Surgió un gran griterío e indignación entre los presentes, y Letorio en persona se lanzó al ataque después de exhortar a la muchedumbre a que lo ayudara, y Apio y sus hombres, con una tropa numerosa y aguerrida de jóvenes les hicieron frente. Posteriormente surgieron palabras indecentes de unos contra otros, gritos y empujones; y al final la pelea vino a parar a las manos y empezaron a lanzar piedras. Pero Quincio, el otro cónsul, detuvo la pe- 3
lea y fue el responsable de que el desastre no llegara más lejos, pues con los senadores más ancianos pidió e imploró a todos, y se precipitó en medio de los combatientes. Además, era poco lo que quedaba de día, de manera que, de mala gana, se separaron.

Los días siguientes no sólo los magistrados se acusaban 4
unos a otros —el cónsul a los tribunos, porque pretendían acabar con su poder ordenando que llevaran al cónsul a prisión, y los tribunos al cónsul, porque había golpeado a las personas sagradas y hechas inviolables por la ley (Letorio tenía todavía visibles las huellas de los golpes)—, sino que también la ciudad entera, encrespada e irritada, estaba

5 dividida. En consecuencia, el pueblo, junto con los tribunos, vigilaba el Capitolio, sin dejar la guardia ni de día ni de noche; el Senado, por su parte, reunido, llevaba a cabo una larga y laboriosa búsqueda del modo en que había que poner término a la sedición, y tenía presente no sólo la magnitud del peligro, sino también el hecho de que ni siquiera los cónsules eran de la misma opinión. Quincio, efectivamente, consideraba oportuno ceder ante el pueblo en lo que fuera razonable, Apio, en cambio, propugnaba resistir hasta la muerte.

Aprobación de la ley relativa a la elección de los tribunos

49 Como no se llegaba a una solución, Quincio, cogiendo por separado a cada bando, a los tribunos y a Apio, les rogó, les suplicó y les pidió que consideraran más imperiosos los asuntos públicos que los privados. Y viendo que los tribunos ya estaban más calmados, pero que su colega se mantenía firme en la misma arrogancia, intentó convencer a Letorio y sus compañeros para que dieran al Senado autoridad sobre las quere-
2 llas privadas y públicas. Cuando lo consiguió, convocó al Senado y, después de hacer grandes alabanzas de los tribunos y de pedir a su colega que no actuara en contra de la salvación de la comunidad, llamó a los que era habitual
3 que manifestaran su opinión[63]. El primero en ser llamado fue Publio Valerio Publícola, que expresó la siguiente opinión: en cuanto a las acusaciones que recíprocamente se hacían los tribunos y el cónsul sobre lo que habían sufrido y hecho en el tumulto, dado que no se habían metido en ella con premeditación ni por propio beneficio, sino por rivalidad en los asuntos públicos, que fueran retiradas públicamente y que no hubiera ningún juicio debido a ellas.

63 Es decir, los miembros más ancianos. Véase *infra*, cap. 51, 3.

En cuanto a la ley, dado que el cónsul no permitía que una ley sin la aprobación previa del Senado se llevara a la asamblea, dijo que el Senado le diera su voto preliminar, y que los tribunos, junto con los cónsules, cuidaran de la concordia de los ciudadanos y de su buena conducta cuando se votara sobre ella. Como todos aprobaron su 4
opinión, inmediatamente Quincio confió al Senado la votación relativa a la ley y, después de que Apio hiciera muchos reproches y los tribunos lo rebatieran reiteradamente, prevaleció por muchos votos la opinión que consideraba oportuno presentar la ley. Al ser confirmado el decreto preliminar, las disensiones particulares entre los magistrados desaparecieron y el pueblo, después de aceptar con agrado la concesión del Senado, votó a favor de la ley. Desde aquel tiempo hasta nuestra época la elección de los 5
tribunos y ediles la hacen las asambleas de tribus[64] sin presagios ni ningún otro tipo de adivinación. Éste fue el final de la agitación que en aquel tiempo se apoderó de la comunidad.

Quincio marcha contra los ecuos y Apio contra los volscos. Fracaso de Apio

No mucho después[65] los romanos 50
decidieron hacer una leva y enviar a los dos cónsules contra los ecuos y los volscos. Se anunciaba, en efecto, que abundantes fuerzas de cada uno de los pueblos habían salido en expedición y saqueaban a los aliados de los romanos. Una vez que las tropas estuvieron listas, Quincio marchó con rapidez a combatir con los ecuos, y Apio contra los volscos, pues les habían tocado por sorteo estos mandos. Y ocurrió que cada cónsul tuvo la suerte que era previsible. En efecto, la tropa asignada a Quincio, contenta 2

64 Veáse *supra*, 41, 2, n. 49.

65 Véase LIVIO, II 58, 3-60, 5.

con la equidad y moderación de este hombre, mostraba buena disposición hacia todas sus órdenes y se sometía voluntariamente a la mayoría de los peligros, logrando fama y honor para su general; atravesó una gran parte del territorio de los ecuos, devastándolo sin que los enemigos se atrevieran a entablar combate, y consiguió de él un botín abundante y grandes ganancias. Después de pasar un tiempo breve en territorio enemigo, se presentó en la ciudad sin haber sufrido ningún daño, trayendo a un general ilus-
3 tre por sus acciones. En cambio, la tropa que salió con Apio, por odio hacia él, despreciaba muchos de los principios de sus antepasados. Entre otras cosas se comportó durante toda la campaña con deliberada cobardía y sin hacer caso de su general, y cuando tuvo que combatir contra el ejército volsco, después de que los generales la colocaran en orden de batalla, no quiso entablar combate con los enemigos; por el contrario, sus centuriones y sus *antesignani*[66], unos arrojando los estandartes, otros aban-
4 donando la formación, huyeron hacia el campamento. Y si los enemigos no se hubieran extrañado de lo inesperado de su huida y temido alguna emboscada, y no hubieran desistido de perseguirlos más lejos, la mayor parte de los romanos habría sido aniquilada. La tropa actuaba de esta manera por odio hacia su general, para que este hombre no realizara un combate valeroso y no fuera distinguido
5 con un triunfo ni con otros honores. Al día siguiente, cuando el cónsul les reprochó su huida indigna, los exhortó a borrar esa acción vergonzosa con un brillante combate y por otra parte los amenazó con recurrir a las leyes si no hacían frente a los peligros, ellos recurrieron a la deso-

[66] Soldados especialmente escogidos que luchaban delante de los estandartes.

bediencia y a gritar en contra y le incitaron a que los sacara del territorio enemigo, diciendo que eran ya incapaces de resistir debido a las heridas. Muchos de ellos, efectivamente, se habían vendado las partes sanas como si estuvieran heridos; de modo que Apio se vio obligado a sacar el ejército del territorio enemigo, y los volscos, persiguiéndolos cuando se retiraban, mataron a muchos de ellos. En 6
cuanto estuvieron en territorio amigo, el cónsul los convocó a una asamblea y, tras hacerles muchos reproches, dijo que castigaría a los que habían abandonado la formación. Y cuando los legados y otros mandos le pidieron que fuera moderado y que no echara sobre la comunidad una desgracia sobre otra, no hizo caso a ninguno de ellos y ratificó el castigo. Después, a los centuriones cuyas centurias 7
habían huido, y a los *antesignani* que habían perdido los estandartes, a unos les cortaron con un hacha el cuello, y a otros los mataron a palos. Del resto del contingente, un hombre de cada diez, elegido por sorteo, murió ante los otros. Éste es el castigo tradicional entre los romanos para quienes abandonan sus puestos o arrojan los estandartes. Después de este castigo, el general, odiándose a sí mismo y trayendo lo que, abatido y deshonrado, todavía quedaba del ejército, volvió a la patria cuando ya se acercaban las elecciones.

Los tribunos vuelven a plantear la distribución de tierras. Discurso de Lucio Emilio

Cuando Lucio Valerio[67], por segun- 51
da vez, y Tiberio Emilio fueron elegidos cónsules en sustitución de los anteriores, los tribunos, tras aguardar un breve período, plantearon nuevamente la cuestión de la repartición de tierras; y, presentándose ante los cónsules, pidieron con ruegos y súplicas que

[67] Para los caps. 51-54, véase LIVIO, II 61.

confirmaran al pueblo las promesas que hizo el Senado
2 siendo cónsules Espurio Casio y Próculo Virginio[68]. Y ambos cónsules los ayudaron, Tiberio Emilio despertando un resentimiento antiguo e irreflexivo contra el Senado, porque éste no concedió a su padre un triunfo cuando pidió obtenerlo, y Valerio porque quería tratar con cautela la cólera que el pueblo tenía contra él por la muerte de Espurio Casio, al que él había ordenado matar cuando era cuestor por aspirar a la tiranía, hombre este el más célebre de entre sus contemporáneos tanto por sus acciones militares como civiles, que fue el primero en introducir en la comunidad medidas relativas a la distribución de lotes de tierra y que sobre todo por este motivo fue odiado por los patricios, porque prefería al pueblo antes que a ellos.
3 Pues bien, entonces, cuando los cónsules les prometieron proponer en el Senado la discusión de la distribución de las tierras públicas y ayudarles en la ratificación de la ley, los tribunos confiaron en ellos, se presentaron ante el Senado y expusieron sus argumentos con moderación. Los cónsules, sin rebatirlos en nada, para no dar una apariencia de rivalidad, pidieron que los más ancianos manifesta-
4 ran su opinión. El primero en ser llamado por ellos fue Lucio Emilio, padre de uno de los cónsules, el cual dijo que le parecía que sería justo y beneficioso para la comunidad que los bienes comunes fueran de todos y no de unos pocos, y aconsejó ayudar al pueblo que confiaba en ellos para que considerara esta concesión como un favor por parte de ellos, pues muchas otras peticiones que no le habían concedido por decisión propia las habían concedido por necesidad; y consideró que los que ocupaban las posesiones debían estar agradecidos por el tiempo que las

[68] 484 a. C. Véase VIII 76.

habían disfrutado sin que nadie lo advirtiera, y que, cuando se les impidiera utilizarlas, no insistieran en permanecer
en ellas. Dijo que, de acuerdo con la justicia, cuya fuerza 5
todos reconocerían, las posesiones públicas eran propiedades comunes de todos, y las privadas, de cada uno de los que las habían adquirido conforme a la ley, y que el Senado ya había hecho inexcusable la acción cuando votó diecisiete años antes dividir la tierra. Y declaró que entonces había tomado esta decisión para beneficio general, para que ni la tierra quedara sin cultivar ni la masa de pobres que habitaba la ciudad estuviera ociosa como ahora, envidiando los bienes ajenos, y para que la juventud fuese criada por el Estado en los hogares y tierras de sus padres y albergara también cierto orgullo por haber recibido una
noble educación; pues a los que no tenían tierra y se man- 6
tenían penosamente de las posesiones ajenas que trabajaban a sueldo, o desde el principio no les brotaba el deseo de tener hijos, o si les brotaba, traían un fruto malo y desdichado, no sólo por ser el producto que se espera de un matrimonio humilde, sino también por haber sido criado en situación de mendicidad. «Pues bien, yo —dijo— 7
presento la propuesta de que los cónsules mantengan con firmeza las decisiones tomadas por el Senado y diferidas a causa de las agitaciones intermedias, y que designen a los hombres que habrán de hacer la distribución.»

Discurso de Apio Claudio

Después de que Emilio pronunciara 52
estas palabras, se llamó en segundo lugar a Apio Claudio, que había sido cónsul el año anterior, y éste manifestó una opinión contraria, explicando que ni el Senado había tenido intención de dividir las tierras públicas —pues en ese caso habría sido cumplida su decisión desde hacía mucho—, sino que lo había aplazado para otro tiem-

po y consideración, pues deseaba poner fin a la sedición que entonces los invadía traída por el cónsul que aspiraba
2 a la tiranía y que después pagó la pena adecuada; ni los cónsules elegidos después del decreto preliminar habían dado cumplimiento a lo votado al ver el comienzo de cuántos males se introducirían en la comunidad si los pobres se acostumbraban a distribuir las posesiones públicas; ni tampoco los consulados de los quince años posteriores, a pesar de ser llevados a muchos peligros por el pueblo, aceptaron hacer algo que no fuera ventajoso para la comunidad, porque, de acuerdo con el decreto preliminar, no les estaba permitido a ellos designar a los hombres[69] que debían hacer los lotes de tierra, sino sólo a aquellos primeros
3 cónsules. «De manera que —dijo— para vosotros, Valerio, y tú, Emilio, proponer una repartición de la tierra que el Senado no os ha encargado, ni está bien, siendo como sois descendientes de nobles antepasados, ni es seguro. Y en cuanto al decreto preliminar, esto es suficiente para demostrar que los que habéis ocupado el consulado tantos años
4 después no estáis sometidos a él. Y por otra parte, por lo que respecta al hecho de que algunos, con violéncia u ocultamente, se hayan apropiado de posesiones públicas, me bastará un breve discurso. Si alguien sabe que alguno saca provecho de propiedades cuya adquisición por ley no puede demostrar, que presente la información ante los cónsules y que lo acuse conforme a las leyes que no tendrá que redactar ahora, pues fueron redactadas hace mucho y
5 ningún tiempo las ha borrado. Pero, puesto que Emilio también ha hablado sobre lo que es beneficioso y ha dicho

[69] La palabra que aparece en el texto griego es *gēōmóroi*, que significa «propietarios», pero aquí se refiere claramente a los hombres que hacían la distribución de los lotes de tierra.

que la repartición de los lotes de tierra sería para bien de
todos, no quiero dejar este aspecto sin rebatir. A mí me
parece que él ve solamente el presente, pero que no se cui-
da del futuro, a saber, que, aunque le parezca insignifican-
te, el conceder parte de las posesiones públicas a los ocio-
sos y pobres será causa de muchos y grandes males. En 6
efecto, la costumbre que se introduce con esta medida no
sólo permanecerá en la comunidad, sino que será nefasta
y peligrosa para siempre, pues la consecución de los malos
deseos no los elimina del alma, sino que los aumenta y
hace peores. Sean para vosotros los hechos prueba de estas
afirmaciones; ¿por qué tenéis que prestar atención a las
palabras, sean mías o de Emilio?

»Todos sabéis, sin duda, a cuántos enemigos hemos 53
sometido, qué extenso territorio hemos devastado y qué
gran botín hemos cogido de las regiones conquistadas, pri-
vadas de las cuales los enemigos, hasta entonces prósperos,
han quedado ahora en una gran pobreza; y sabéis que los
que lamentan su pobreza no fueron excluidos de ninguno
de estos botines ni obtuvieron una parte más pequeña en
las distribuciones. ¿Parece evidente, entonces, que por es- 2
tas nuevas adquisiciones mejoraron algo su fortuna y han
alcanzado cierta brillantez en sus vidas? Yo lo habría de-
seado y habría suplicado a los dioses para que los advene-
dizos fueran menos molestos para la ciudad. Pero la reali-
dad es que veis y oís que ellos se quejan de estar en una
pobreza extrema. De modo que, ni siquiera si obtienen lo
que ahora piden y todavía más, mejorarán sus vidas. En 3
efecto, su pobreza no reside en sus condiciones, sino en
su carácter; y a éstos no sólo no los saciará este pequeño
lote de tierra, sino ni siquiera todos los regalos de reyes
y tiranos. Si también vamos a hacerles estas concesiones,
actuaremos como los médicos que atienden a los enfermos

siguiendo su placer. De hecho, la parte enferma de la comunidad no se curará y, por el contrario, también la parte sana se contagiará de la enfermedad. En general, senadores, necesitáis mucha prevención y sensatez para poder salvar con todo celo las costumbres corrompidas de la co-
4 munidad. Estáis viendo los extremos a que ha llegado el desenfreno del pueblo, y cómo ya no se resigna a ser gobernado por los cónsules; y no se arrepintió de los actos cometidos aquí, sino que también mostró el mismo desenfreno en las campañas militares, arrojando las armas, abandonando sus puestos, dejando los estandartes y huyendo vergonzosamente antes de entablar batalla, como si me privaran solamente a mí de la fama de la victoria y no privaran a la patria de la gloria conseguida contra los enemi-
5 gos. Y ahora son los volscos los que levantan trofeos sobre los romanos, sus templos se adornan con nuestros despojos y sus ciudades se jactan como nunca lo han hecho, cuando hasta ahora suplicaban a nuestros generales que las salva-
6 ran de la esclavitud y de la destrucción. ¿Es justo o noble que les agradezcáis tales éxitos y los honréis con regalos públicos dividiendo la tierra que, por lo que a ellos respecta, está en poder de los enemigos? ¿De qué hay que acusar a estos que por falta de educación y por su nacimiento innoble tienen escasa consideración de las cosas nobles, cuando estamos viendo que ya no habita en todas vuestras costumbres el antiguo orgullo y que, en cambio, algunos llaman a la dignidad arrogancia, a la justicia locura, al valor arrebato y a la moderación simpleza? Y las cosas que eran odiosas para los hombres de antes, la cobardía, la chocarrería, la malicia, la habilidad sin escrúpulos, la osadía ante todo y la desobediencia a cualquiera de los mejores, ahora se ensalzan y a los hombres corrompidos les parecen virtudes admirables; defectos estos que se han

apoderado de muchas ciudades poderosas y las han echado abajo del pedestal. Estas palabras, senadores, tanto si son 7
agradables como si son enojosas de oír, se os han dicho con toda franqueza y sinceridad. Para los que de vosotros se vayan a convencer, si os convencéis, serán útiles en el momento actual y seguras en el futuro; en cambio, para mí, que en defensa del bien común he borrado mi odio particular, serán causa de numerosos peligros. Soy capaz, efectivamente, de prever con la razón lo que va a ocurrir, y tomo los sufrimientos ajenos como ejemplo de los míos.»

Los tribunos convocan un juicio contra Apio. Muerte de Apio

Después de que Apio pronunciara estas 54
palabras y de que casi todos los demás expresaran la misma opinión, el Senado se disgregó. Los tribunos, encolerizados por el fracaso, se marcharon y, después, examinaron de qué manera iban a vengarse de Apio; y decidieron, tras muchas deliberaciones, someter a Apio a juicio por un delito que conllevara como castigo la pena capital. Después, tras acusarlo en una asamblea, incitaron a todos a ir el día que se señalara para que dieran su voto sobre él. Las acusaciones que iban a hacer eran éstas: que 2
vertía opiniones maliciosas contra el pueblo, estaba introduciendo la sedición en la ciudad, había puesto las manos sobre un tribuno, en contra de las leyes sagradas, y que, cuando estuvo al frente del ejército, había vuelto con gran daño y deshonra. Tras anunciar estas acusaciones ante la multitud y señalar un día determinado en el que dijeron que se celebraría el juicio, comunicaron a Apio que se presentara en esa fecha para defenderse. Como todos los pa- 3
tricios se indignaron y estaban dispuestos a poner todo de su parte para salvar a Apio, y lo exhortaban a que cediera a la conveniencia y adoptara una actitud acorde a las circunstancias presentes, él dijo que no haría nada innoble

ni indigno de sus acciones anteriores, y que soportaría diez mil muertes antes que abrazar las rodillas de alguien; y a los que estaban dispuestos a suplicar en su defensa, se lo prohibió, diciendo que se avergonzaría doblemente si veía a otros hacer por él lo que no consideraba adecuado hacer
4 él por sí mismo. Después de hacer estas y otras muchas afirmaciones semejantes, sin cambiar su atuendo ni alterar la altivez de su aspecto, ni someter en nada su ánimo, cuando vio que la ciudad estaba tensa y expectante en espe-
5 ra del juicio, faltando ya pocos días, se quitó la vida. Sus parientes pretendieron que la causa de la muerte había sido una enfermedad. Cuando su cuerpo fue llevado al Foro, su hijo se dirigió a los tribunos y a los cónsules y pidió que se reuniera para él la asamblea acostumbrada, y que se le permitiera hacer sobre su padre el discurso que era costumbre entre los romanos pronunciar en los funerales
6 de los hombres de bien. Pero los tribunos, cuando ya los cónsules habían convocado la asamblea, se opusieron y ordenaron al joven que se llevara el cadáver. Sin embargo, el pueblo no lo consintió ni permitió el ultraje de que el cuerpo fuera sacado sin honrar, y permitió al joven que rindiera a su padre los honores acostumbrados. Éste fue, pues, el final de Apio.

Expediciones contra los ecuos y los sabinos

55 Los cónsules[70], después de hacer un reclutamiento de tropas, las condujeron fuera de la ciudad, Lucio Valerio para combatir contra los ecuos, Tiberio Emilio contra los sabinos. Estos dos pueblos habían penetrado en el territorio romano con ocasión de la sedición y, tras devastar una gran parte, se habían vuelto con un abundante botín. Los ecuos, después de entablar

[70] Véase LIVIO, II 62.

repetidos combates y recibir muchas heridas, huyeron a su
campamento, situado en un lugar seguro, y en el futuro
ya no entraron más en combate. Valerio intentó tomar por 2
asalto su campamento, pero se lo impidió la divinidad.
Cuando avanzaba y ya tenía la empresa al alcance de la
mano, vino del cielo una oscuridad y una fuerte lluvia, y
relámpagos y estruendosos truenos. Al dispersarse el ejército, la tormenta cesó inmediatamente y un cielo completamente sereno se colocó sobre el lugar. El cónsul, al ver
este hecho, y dado que los augures le impedían continuar
el asedio de la plaza fuerte, desistió y devastó su territorio,
y tras permitir a los soldados que se beneficiaran de todo
el botín que había conseguido, condujo el ejército a casa.
A Tiberio Emilio, cuando al principio atravesaba el territo- 3
rio enemigo con gran desprecio y sin esperar ya ninguna
oposición, se le echó encima el ejército de los sabinos y
se produjo una batalla campal entre ellos que empezó, más
o menos, a medio día y duró hasta la puesta del sol. Pero al soprenderlos las sombras, los ejércitos se retiraron
a sus campamentos ni victoriosos ni vencidos. Durante los 4
días siguientes los generales tributaron los honores fúnebres a sus muertos y excavaron fosos en los campamentos;
y ambos tenían los mismos propósitos: tener vigiladas las
posiciones propias y no volver a iniciar una batalla. Después de un tiempo quitaron las tiendas y retiraron los ejércitos.

Expediciones contra los ecuos y los volscos

En el año que siguió a estos cónsu- 56
les[71], en la LXXVIII Olimpiada[72], en la que Parménides de Posidonia venció en la carrera del estadio, en el año del arcontado de Teagénides en Atenas, los romanos designaron

[71] Véase Livio, II 63.

[72] 467 a. C.

cónsules a Aulo Virginio Celimontano y a Tito Nomicio Prisco. Apenas recibida la magistratura, se anunció que un gran ejército volsco estaba a la vista. Y no mucho después, uno de los puestos de vigilancia de los romanos fue tomado por asalto y quemado. Estaba a no mucha distancia de Roma y el humo avisó del desastre a los habitantes de la
2 ciudad. Entonces, como todavía era de noche, los cónsules enviaron a algunos jinetes de reconocimiento, establecieron guardias en las murallas, ellos mismos se colocaron delante de las puertas con las tropas más ligeras, y esperaron las noticias de los jinetes; y en cuanto se hizo de día y reunieron las fuerzas de la ciudad, marcharon contra los enemigos. Éstos, después de saquear e incendiar la plaza fuerte,
3 se retiraron rápidamente. Entonces los cónsules, tras apagar lo que todavía ardía y dejar una guarnición que vigilase el territorio, se volvieron a la ciudad. Pocos días después, los dos salieron —Virginio contra los ecuos, y Nomicio contra los volscos—, no sólo con sus propias fuerzas sino también con las de los aliados; y las acciones bé-
4 licas se desarrollaron para ambos como esperaban. En efecto, no se atrevieron a entablar combate con Virginio cuando devastaba su territorio, sino que apostaron en el bosque una emboscada de hombres escogidos que debían caer sobre los enemigos que estaban dispersos; pero sus esperanzas resultaron vanas, pues los romanos se dieron cuenta enseguida y tuvo lugar una dura batalla en la que los ecuos perdieron a muchos de sus hombres; en consecuencia, ya
5 no intentaron otra batalla. A Nomicio, mientras conducía el ejército contra la ciudad de Ancio[73], que entonces estaba entre las primeras ciudades de los volscos, no se le opuso ningún ejército, sino que en cada ocasión los volscos

[73] Véase I 72, 5 y n. 175.

se vieron obligados a defenderse desde las murallas. Entretanto, no sólo fue devastada una gran parte de su territorio, sino que también fue tomada una pequeña ciudad costera que utilizaban como puerto y mercado de los productos indispensables para la vida, llevando a él las numerosas ganancias obtenidas del mar y de los robos. Pues bien, el ejército, con el consentimiento del cónsul, se llevó como botín a los esclavos, los bienes, el ganado y los cargamentos de mercancías, pero los hombres libres con los que no había acabado la guerra fueron conducidos al lugar de venta del botín. Y también fueron tomadas veintidos naves grandes de los anciates y, además, las armas y los equipamientos de los barcos. Después de estas acciones, 6
por orden del cónsul los romanos prendieron fuego a las casas, destruyeron los muelles y derribaron las murallas desde sus cimientos, de modo que, cuando se marcharon, la plaza fuerte ya no era utilizable por parte de los anciates. Además de estas acciones que cada uno de los cónsules realizó por separado, también llevaron a cabo una expedición conjunta de ambos contra el territorio sabino y, después de devastarlo, condujeron el ejército de regreso a casa; y terminó ese año.

Expediciones contra los sabinos, los ecuos y los volscos

Al año siguiente[74], cuando Tito Quin- 57
cio Capitolino y Quinto Servilio Prisco recibieron el poder consular, no sólo estaban en armas todas las fuerzas de los romanos, sino que también las tropas aliadas se habían presentado voluntariamente antes de que se les comunicara la expedición. Posteriormente, tras hacer votos y purificar el ejército, los cónsules salieron contra los enemigos. Los sabinos, contra los que se dirigió Servi- 2

[74] Para los caps. 57-58, véase Livio, II 64 s.

lio, ni presentaron batalla ni salieron a campo abierto, sino que permanecieron en sus guarniciones y soportaron que su territorio fuera devastado, sus casas incendiadas y que sus esclavos desertaran; de manera que los romanos se marcharon de su territorio con gran facilidad, cargados de botín y resplandecientes de gloria; y éste fue el desenlace que tuvo la expedición de Servilio.

3 Las tropas que habían salido con Quincio contra los ecuos y volscos —pues las fuerzas que de ambos pueblos iban a combatir en defensa de los demás se habían reunido y habían acampado delante de la ciudad de Ancio—, avanzando a marchas forzadas aparecieron ante ellos; y a no mucha distancia de su campamento, en el primer lugar en el que pudieron ver al enemigo y éste a ellos, aunque era un emplazamiento poco elevado, dejaron la impedimenta, para que no diera la impresión de que temían al enemigo,
4 muy superior en número. Cuando en uno y otro bando todo estuvo dispuesto para la lucha, salieron a la llanura y, trabando combate, pelearon hasta mediado el día, sin ceder ante el enemigo ni avanzar, y unos y otros, con los hombres que estaban en la reserva, mantuvieron siempre equilibrada la parte que estaba en apuros. En este aspecto en particular los ecuos y los volscos, por ser superiores a los enemigos en número, les ganaban y aventajaban, ya que el número de los romanos no era igual a su valor.
5 Quincio, al ver a muchos de sus hombres muertos y a la mayoría de los supervivientes heridos, estuvo a punto de llamar a sus fuerzas; pero temiendo dar a los enemigos la impresión de una retirada, decidió que debían arriesgarse. Y tras elegir a lo mejor de la caballería, llegó en ayuda de sus hombres del ala derecha, que estaba en una si-
6 tuación especialmente apurada. Y reprochando a sus oficiales su cobardía, recordándoles combates anteriores y ha-

ciéndoles pensar en la vergüenza y el peligro que iban a correr en la huida, terminó diciendo algo que no era cierto y que infundió, más que ninguna otra cosa, confianza a los suyos y temor a los enemigos. Dijo que su otra ala ya había rechazado a los oponentes y ya estaba cerca de su campamento. Tras estas palabras, cargó contra los enemi- 7
gos y, desmontando del caballo con los jinetes escogidos que lo acompañaban, se puso a combatir cuerpo a cuerpo. Esta acción infundió audacia en los que hasta entonces estaban abatidos, y todos se lanzaron hacia adelante, como si se hubieran convertido en otras personas; y los volscos —pues era su formación la que ocupaba ese lugar—, después de resistir durante mucho tiempo, se retiraron. Quincio, en cuanto rechazó a éstos, montó sobre su caballo, marchó hacia la otra ala, mostró a la infantería que estaba allí la parte del enemigo que había sido vencida y los exhortó a no ser inferiores a los otros en valor.

Batalla contra los ecuos y volscos. Triunfo romano y rendición de Ancio

Después de esto ninguna parte del 58
enemigo resistió, sino que todos huyeron hacia el campamento. Sin embargo, los romanos no los persiguieron muy lejos, sino que enseguida se dieron la vuelta, pues sus cuerpos estaban abatidos por la fatiga y ya no tenían las armas en buen estado. Pero después de unos pocos días, que habían pactado para enterrar a sus muertos y cuidar a los heridos, y de haber hecho los preparativos que les hacían falta para la guerra, sostuvieron otro combate, esta vez en torno al campamento de los romanos. Como a los volscos y ecuos se les había añadido 2
otro contingente procedente de los campamentos de alrededor que no estaban a mucha distancia, su general, envalentonado porque sus fuerzas eran cinco veces superiores a las de los enemigos, y viendo que el campamento romano

no estaba en un lugar seguro, pensó que era una ocasión magnífica para atacarlos. Después de hacer estas consideraciones, hacia la media noche condujo a sus tropas contra el campamento romano y, rodeándolo, lo puso bajo vigilancia para que no se marcharan sin que ellos se dieran
3 cuenta. Quincio, al saber el número de los enemigos, acogió la noticia con agrado y esperó hasta que se hizo de día y llegó la hora en que el mercado está más lleno, y cuando se dio cuenta de que los enemigos estaban ya cansados por la falta de sueño y el lanzamiento de proyectiles, y de que avanzaban no por centurias ni por filas, sino desparramados y dispersos por diversos lugares, abrió las puertas del campamento y se lanzó fuera con los hombres escogidos de la caballería; y la infantería, cerrando filas, los
4 siguió. Los volscos, apabullados por su valor y por lo descabellado del ataque, resistieron un breve tiempo y después empezaron a retroceder a la vez que se iban retirando del campamento; y como había una colina moderadamente alta no lejos del campamento, corrieron hacia ella pensando descansar y colocarse nuevamente en orden de batalla. Pero no les fue posible ponerse en formación ni recobrarse, sino que los romanos los siguieron de cerca cerrando lo más posible las filas para no ser rechazados mientras los
5 presionaban colina abajo. Se produjo una gran batalla que duró gran parte del día, y hubo muchos muertos por ambas partes. Los volscos, a pesar de ser superiores en número y de contar además con la seguridad del lugar, no sacaron ningún provecho de ninguna de estas dos circunstancias, sino que, forzados por el empuje y el valor de los romanos, abandonaron la colina y la mayoría murió cuan-
6 do huía a su campamento. De hecho los romanos no dejaron de perseguirlos, sino que, por el contrario, los siguieron de cerca y no se volvieron antes de haber tomado su

campamento por la fuerza. Y tras haberse apoderado tanto de los hombres que se habían quedado rezagados en éste como de los caballos, de las armas y de bienes abundantísimos, acamparon allí aquella noche y al día siguiente el cónsul, tras hacer los preparativos necesarios para un asedio, condujo al ejército hacia la ciudad de Ancio, que no distaba más de treinta estadios. Resultó que, para proteger 7
a los anciates, algunas tropas auxiliares de los ecuos estaban allí presentes y vigilaban las murallas. Estos hombres, como temían la audacia de los romanos, intentaron entonces escapar de la ciudad; pero como los anciates tuvieron conocimiento de ello y les impidieron marcharse, decidieron entregar la ciudad a los romanos cuando la atacaran. Los anciates, enterados de esto por una información, cedie- 8
ron ante la situación y, tras deliberar en común con ellos, entregaron la ciudad a Quincio en los siguientes términos: que los ecuos pudieran marcharse bajo tregua y que los anciates acogieran una guarnición y cumplieran las órdenes de los romanos. El cónsul, después de adueñarse de la ciudad con estas condiciones, recibir víveres y todo lo necesario para el ejército, y establecer una guarnición, condujo sus fuerzas de vuelta a casa; y en consideración a sus méritos, el Senado lo recibió con una acogida cordial y lo honró con un triunfo.

Colonia romana en el territorio de los anciates. Expedición contra los sabinos y los ecuos

Al año siguiente [75] fueron cónsules Ti- 59
berio Emilio, por segunda vez, y Quinto Fabio, hijo de uno de los tres hermanos que habían mandado la guarnición enviada a Cremera y que murieron allí con sus clientes [76]. Como los tribunos estaban enardeciendo nuevamente al pueblo con el asunto de la

[75] Véase Livio, III 1.

[76] Véase IX 15 ss.

distribución de lotes de tierra, y les ayudaba Emilio, uno de los cónsules, el Senado, queriendo atraerse y ganarse a los pobres, sancionó un decreto para repartir entre ellos una parte del territorio de los anciates que, conquistado
2 por las armas, habían tomado el año anterior. Y designaron como jefes de la colonia a Tito Quincio Capitolino, a quien se habían entregado los anciates, y, con él, a Lucio Furio y a Aulo Virginio. Pero a la muchedumbre y a los pobres de Roma no les agradó la asignación de ese territorio, pues pensaban que se les echaba de la patria[77], y como fueron pocos los que se apuntaron, el Senado decidió, dado que la expedición era poco numerosa, permitir a los latinos y hérnicos que lo desearan tomar parte en la colonia. Los jefes enviados a Ancio dividieron la tierra entre los suyos y dejaron una parte para los anciates.

3 Entretanto los dos cónsules llevaron a cabo una expedición: Emilio contra el territorio sabino, y Fabio contra el de los ecuos. A Emilio, aunque permaneció mucho tiempo en territorio enemigo, no le salió al encuentro ningún ejército dispuesto a luchar en defensa de su tierra, y la saqueó impunemente y, cuando llegó el tiempo de las elecciones, volvió con sus fuerzas. A Fabio, en cambio, los ecuos, antes de llegar a una situación de necesidad por el aniquilamiento del ejército o por la toma de las murallas, le enviaron heraldos para tratar sobre reconciliación y amis-
4 tad. El cónsul, después de exigir alimentos para el ejército para dos meses y dos túnicas por hombre, dinero para la paga de seis meses y todas las demás cosas que les hacían falta urgentemente, estableció una tregua con ellos hasta que llegaran a Roma y obtuvieran del Senado el cese de la guerra. El Senado, sin embargo, al enterarse de esto,

---

[77] La mayoría prefirió, como dice Livio, obtener tierra en Roma.

entregó a Fabio plenos poderes para poner fin a la guerra con los ecuos en los términos que él mismo determinara.
Después de esto, con la mediación del cónsul, las dos na- 5
ciones pactaron lo siguiente: los ecuos estarían sometidos a los romanos con sus ciudades y su territorio, no enviarían a los romanos nada que no fueran tropas, cuando se les ordenara, mandándolas a expensas propias. Tras establecer estos pactos, Fabio condujo a su ejército de vuelta a casa y, junto con su colega de consulado, designó magistrados para el año siguiente [78].

Los ecuos violan los acuerdos. Los romanos les declaran la guerra

Los cónsules nombrados por ellos fue- 60
ron Espurio Postumio Albino [79] y Quinto Servilio Prisco por segunda vez. Durante su consulado los ecuos decidieron violar los acuerdos establecidos recientemente con los romanos por el siguiente
motivo: los anciates que poseían casas y lotes de tierra 2
permanecieron en el territorio cultivando no sólo las posesiones que se les habían asignado, sino también las que se habían apropiado los colonos [80] a cambio de una parte estipulada y establecida que les pagaban de los productos; pero los que no tenían ninguna de estas posesiones abandonaron la ciudad y, como los ecuos los acogieron gustosamente, partiendo desde su territorio, estaban devastando los campos de los latinos. A raíz de este hecho, también todos los ecuos audaces y sin recursos participaron con
ellos en los robos. Cuando los latinos se quejaron de esta 3
situación ante el Senado y pidieron que enviara un ejército o que les permitiera defenderse de los que habían iniciado

---

78 Realmente los cónsules no designaban magistrados, sino que se encargaban del proceso de elección.

79 Véase Livio, III 2, 1.

80 Véase *supra*, cap. 59, 1, 2.

la guerra, los senadores, tras oír sus quejas, ni votaron el envío de un ejército ni permitieron a los latinos salir en expedición, sino que, tras elegir a tres embajadores, a cuya cabeza estaba Quinto Fabio —el que había concluido los acuerdos con la nación de los ecuos—, los enviaron con el encargo de informarse de los jefes de la nación si mandaban las bandas de ladrones al territorio de los aliados y al de los romanos —pues se habían producido en él algunas incursiones de los fugitivos— con consentimiento general, o si el Estado no era responsable de ninguno de estos hechos; y si afirmaban que eran actos de particulares sin el consentimiento del pueblo, que reclamaran lo robado
4 y pidieran la entrega de los autores de los delitos. Cuando llegaron los embajadores, los ecuos, después de escuchar sus palabras, les dieron una respuesta evasiva; pues por una parte dijeron que el hecho se había producido sin el consentimiento general, pero por otra se negaron a entregar a los autores, que, después de haber perdido su ciudad y de haberse convertido en vagabundos, en su pobreza se
5 habían hecho suplicantes suyos. Fabio, que estaba indignado por estos hechos y que apelaba a los acuerdos que ellos habían violado, cuando vio que los ecuos estaban fingiendo y que pedían tiempo para deliberar, y que lo retenían con el pretexto de la hospitalidad, permaneció allí porque quería observar lo que sucedía en la ciudad; y al recorrer todos los lugares, tanto públicos como sagrados, con la excusa de visitarlos, y ver que todos los talleres estaban llenos de armas de guerra, algunas ya terminadas, otras
6 todavía en fabricación, se dio cuenta de su intención. Cuando llegó a Roma, comunicó al Senado lo que había visto y oído. Y éste, sin dudarlo ya un momento, votó enviar a los feciales[81] para declarar la guerra a los ecuos si no

[81] Véase II 72 y nn. 99-101.

expulsaban de la ciudad a los anciates fugitivos y prometían reparaciones a los perjudicados. Los ecuos dieron a estos hombres una respuesta bastante osada y admitieron que no aceptaban la guerra sin que se les forzara a ello.
A los romanos, sin embargo, no les fue posible enviar con- 7
tra ellos un ejército aquel año, bien por impedirlo la divinidad, bien por las enfermedades de las que fue presa la población durante una gran parte del año; pero, para protección de los aliados, salió un pequeño contingente a las órdenes del cónsul Quinto Servilio y permaneció en las
fronteras de los latinos. En la ciudad su compañero de 8
consulado, Espurio Postumio, consagró sobre la colina del Quirinal[82], en las llamadas nonas del mes de junio, el templo de Dio Fidio[83], que había sido construido por el último rey, Tarquinio, pero que no había recibido de él la consagración acostumbrada entre los romanos. Postumio recibió entonces la orden del Senado de inscribir su nombre en él. Ningún otro acontecimiento digno de mención tuvo lugar durante el mandato de estos cónsules.

Expedición contra los ecuos. Triunfo de los romanos

En la LXXIX Olimpiada[84], en la que 61
venció[85] el corintio Jenofonte[86] bajo el arcontado de Arquedémides en Atenas, recibieron el consulado Tito Quincio Capitolino y Quinto Fabio Vibulano; Quincio elegido por el pueblo para la magistratura por tercera vez, y Fabio por segunda. El Senado envió fuera a ambos
con ejércitos numerosos y bien equipados. A Quincio se 2

82 Véase II 50, 1.

83 Dios de la buena fe. Véase II 49, 2, n. 65.

84 463 a. C. Véase Livio, III 2, 2-3, 10.

85 En la carrera del estadio.

86 Esta victoria de Jenofonte es celebrada por Píndaro en la *Olímpica* 13.

le ordenó proteger el territorio romano que limitaba con el enemigo, y a Fabio devastar el de los ecuos. Fabio se encontró con que los ecuos lo esperaban en la frontera con un gran ejército. Y después de establecer unos y otros sus campamentos en los lugares más ventajosos, avanzaron hacia la llanura; los ecuos, desafiantes, iniciaron la batalla, y durante una gran parte del día ambos ejércitos continuaron combatiendo fogosa y esforzadamente, cifrando cada uno las esperanzas de victoria en nadie más que en
3 sí mismos. Pero cuando las espadas de la mayoría quedaron inutilizadas debido a los continuos golpes, los generales ordenaron la retirada y volvieron a los campamentos. Después de esta acción, ya no hubo entre ellos ninguna batalla campal, sino algunas escaramuzas y continuos enfrentamientos de la infantería ligera en torno a las corrientes y en los destacamentos que escoltaban caravanas de provisiones; y en estos enfrentamientos, por lo general, las fuerzas
4 estaban igualadas. Mientras ocurría esto, un destacamento del ejército de los ecuos iba por otro camino e irrumpía en el territorio romano que estaba más lejos de la frontera y que, por este motivo, carecía de vigilancia; se apoderaba de muchos hombres y bienes, y sin que se dieran cuenta los que con Quincio vigilaban su propio territorio, volvía a su casa. Esto sucedía continuamente y causaba una gran
5 vergüenza a los cónsules. Más tarde, Fabio, enterado por unos exploradores y prisioneros de que lo mejor del ejército de los ecuos había salido de su campamento, dejando en el suyo a los hombres más viejos, salió él mismo de noche al mando de lo más selecto de la caballería y de la infantería. Los ecuos, después de haber devastado los territorios en los que habían penetrado, se estaban retirando con un abundante botín, pero Fabio, cuando no habían avanzado mucho, apareció ante ellos, les arrebató el botín

y venció en combate a los que valientemente le opusieron resistencia; los demás huyeron desparramados a su campamento, escapando de los perseguidores por su conocimiento de los caminos. Los ecuos, cuando se vieron frenados 6
por este desastre inesperado, levantaron el campamento y se marcharon durante la noche; y en el futuro no salieron más de su ciudad; y soportaron ver que el grano, que entonces estaba en su punto, fuera recogido por los enemigos, que se llevaran los rebaños de ganado, que robaran sus bienes, que prendieran fuego a sus granjas y que se llevaran a muchos prisioneros. Después de llevar a cabo estas acciones, Fabio, cuando debía entregar el poder a otros, puso en marcha el ejército y lo condujo a casa; y Quincio también hizo lo mismo.

Nueva expedición contra los ecuos

LLegados a Roma[87], designaron cónsules a Aulo Postumio Albo y a Servio 62
Furio. Acababan éstos de recibir la magistratura, cuando llegaron mensajeros de los aliados latinos, enviados a toda prisa a los romanos. Éstos, llevados ante el Senado, expusieron que la situación de los anciates no era segura, pues los ecuos les habían enviado embajadores en secreto y, con la excusa del mercado, habían entrado abiertamente en la ciudad muchos volscos, a los que habían introducido los que anteriormente, por la pobreza, habían abandonado la ciudad de Ancio cuando su tierra fue repartida entre los colonos y se habían pasado a los ecuos, como ya dije[88]. Al 2
mismo tiempo comunicaron que, junto con los nativos, habían sido corrompidos también muchos de los colonos y

[87] Para los caps. 62-66, véase LIVIO, III 4-5. El nombre que da Livio para el segundo cónsul es Espurio Furio Fuso.

[88] Véase *supra*, cap. 60, 2.

dijeron que si no lo impedían con una guarnición adecuada, también desde allí surgiría una guerra inesperada contra los romanos. No mucho después de éstos, otros mensajeros, enviados por los hérnicos, anunciaron que un gran ejército ecuo se había puesto en marcha y, asentado en su territorio, lo estaban devastando totalmente, y que, junto con los ecuos, marchaban también los volscos, que aporta-
3 ban la mayor parte del ejército. Ante estos hechos el Senado votó enviar a los anciates que estaban provocando disturbios —pues habían llegado algunos de ellos para defenderse y habían dejado claro que no maquinaban nada honesto— otra guarnición que debía mantener la ciudad segura; y decidió que el cónsul Servio Furio condujera un ejército contra los ecuos; y ambas fuerzas salieron rápida-
4 mente. Los ecuos, al enterarse de que el ejército de los romanos había salido, se pusieron en marcha desde el territorio de los hérnicos y avanzaron contra ellos. Cuando unos y otros se divisaron, acamparon aquel día a no mucha distancia y al día siguiente los enemigos avanzaron hacia el campamento romano para averiguar sus intenciones. Como los romanos no salieron a combatir, se dedicaron a hacer escaramuzas y, sin llevar a cabo nada digno de mención, se retiraron con gran jactancia. Sin embargo, el cónsul romano al día siguiente dejó el campamento —pues el lugar no era demasiado seguro— y lo estableció en un terreno más apropiado, donde excavó un foso más profundo y levantó estacas más altas. Cuando los enemigos vieron esto se animaron mucho; y todavía más, cuando les llegó un ejército aliado de las naciones volsca y ecua; y sin demorarse más atacaron el campamento romano.

El cónsul pide ayuda a Roma. Muerte de Publio Furio

63 El cónsul, dándose cuenta de que el ejército que combatía con él no iba a ser capaz de hacer frente a ambas naciones, envió a Roma a algunos jinetes con una carta por la que pedía que les mandaran rápidamente tropas auxiliares, pues todo su ejército corría el peligro de ser aniquilado. Cuando su colega Postumio 2
leyó esta carta —era más o menos media noche cuando llegaron los jinetes—, convocó a los senadores, sacándolos de sus casas por medio de numerosos heraldos; y antes de que llegara la luz del día, se promulgó un decreto del Senado que ordenaba que Tito Quincio, que había sido cónsul tres veces, investido con el poder proconsular, marchara con lo más selecto de la juventud, tanto de infantería como de caballería, contra el enemigo y lo atacara de inmediato, y que Aulo Postumio, el otro cónsul, convocara al resto de las fuerzas, que necesitaban más tiempo para reunirse, y marchara a ayudarle lo más rápidamente posible. El día ya apuntaba y Quincio, tras reunir a unos cin- 3
co mil voluntarios, salió de la ciudad sin demorarse casi nada. Los ecuos, que sospechaban esta acción, esperaron y, habiendo planeado atacar el campamento romano antes de que les llegaran los refuerzos, convencidos de que lo tomarían por la fuerza y por su número, salieron en masa, divididos en dos cuerpos. Tuvo lugar un gran combate du- 4
rante todo el día, pues los enemigos se lanzaban audazmente contra las fortificaciones por muchos puntos, sin que pudieran rechazarlos los continuos lanzamientos de jabalinas, de flechas y de piedras lanzadas con honda. Entonces el cónsul y el legado, después de animarse mutuamente, abrieron las puertas al mismo tiempo y se lanzaron contra los enemigos con sus mejores hombres, y, viniendo a las manos con ellos en las dos partes del campamento,

rechazaron a los que estaban escalando la empalizada. 5 Cuando se produjo la retirada de los enemigos, el cónsul persiguió durante una breve distancia a los que estaban colocados frente a él y después se volvió. Pero su hermano, el legado Publio Furio, llevado por su audacia y valor, llegó hasta el campamento enemigo persiguiendo y matando. Lo acompañaban dos cuerpos de soldados que no sumaban más de mil hombres. Al darse cuenta de esta circunstancia, los enemigos, que eran cerca de cinco mil, avanzaron contra él desde el campamento; éstos los atacaron de frente, mientras que su caballería los rodeó y los atacó 6 por la espalda. Rodeados de esta manera y apartados de los suyos, los hombres de Publio, a pesar de que podían salvarse entregando las armas —pues los enemigos los habían invitado a ello y tenían mucho interés en hacer prisioneros a mil de los más valientes romanos, pensando que por medio de ellos conseguirían un final honroso de la guerra—, despreciaron al enemigo y exhortándose unos a otros a no hacer nada indigno de la ciudad, murieron todos luchando y dando muerte a muchos enemigos.

Situación desesperada de los romanos. Llegada del otro ejército

64 Después de aniquilar a estos hombres, los ecuos, animados por su victoria, marcharon hacia el campamento romano llevando en alto, fijada en una lanza, la cabeza de Publio y de los demás hombres señalados, en la idea de que con ello impresionarían a los de dentro y les obligarían a entregarles las armas. Los invadió, en efecto, una cierta compasión ante la desdicha de los muertos y lloraron su suerte, pero surgió en ellos, antes de ir al combate, un valor dos veces mayor frente a la batalla y el noble deseo de vencer o morir de la misma 2 manera que aquéllos. Así pues, aquella noche, mientras los enemigos estaban acampados junto a su campamento, los

romanos la pasaron en vela reparando los destrozos del campamento y preparando las defensas, muchas y variadas, con que pensaban rechazar a los enemigos si intentaban asaltar otra vez las fortificaciones. Al día siguiente se produjeron nuevos ataques y la empalizada fue destrozada en muchas partes; muchas veces los ecuos fueron rechazados por los que salían a oleadas del campamento, y otras muchas quienes se lanzaban fuera tan audazmente fueron repelidos por éstos. Y esta situación se prolongó durante 3
todo el día. En este combate, el cónsul romano, traspasado el escudo por una jabalina, fue herido en el muslo y también lo fueron otros muchos hombres señalados que combatían con él. Cuando ya los romanos desfallecían, ya entrada la tarde se presentó inesperadamente Quincio con una tropa voluntaria de hombres escogidos; y los enemigos, viéndolos aproximarse, dieron media vuelta dejando el asedio sin terminar; y los romanos salieron tras ellos mientras se retiraban, y mataron a los retrasados. Sin em- 4
bargo, no los persiguieron mucho tiempo, pues la mayoría estaban debilitados por las heridas, y volvieron rápidamente. Después de estos sucesos se vigilaron mutuamente permaneciendo mucho tiempo en sus campamentos.

Los enemigos penetran en territorio romano y son derrotados

Después, otro ejército de los ecuos y 65
los volscos, considerando que tenían una buena ocasión para devastar el territorio de los romanos, pues sus mejores tropas habían salido en expedición, salió de noche. Y tras penetrar en la zona más apartada, donde los campesinos pensaban que no tenían nada que temer, se apoderaron de numerosos bienes y hombres. Pero al final 2
no tuvieron una retirada gloriosa y afortunada. En efecto, el otro cónsul, Postumio, con los refuerzos que había reunido para ayudar a los que combatían en el campamento,

cuando supo lo que habían hecho los enemigos, se presentó
3 ante ellos inesperadamente. Éstos ni se sorprendieron ni se asustaron ante su irrupción, sino que, tras depositar con tranquilidad la impedimenta y el botín en un lugar seguro y dejar una guardia suficiente para protegerlos, avanzaron en formación hacia los romanos; y, una vez entablada la batalla, realizaron actos dignos de mención, aunque luchaban en inferioridad numérica —pues de los campos habían acudido contra ellos muchísimos hombres que antes habían sido diseminados— y tenían armas ligeras frente a hombres con todo el cuerpo protegido, causando numerosos muertos entre los romanos; y faltó poco para que, a pesar de haber sido sorprendidos en tierra extranjera, erigieran tro-
4 feos sobre los que habían ido contra ellos. Pero el cónsul y los jinetes escogidos que lo acompañaban avanzaron con los caballos desenfrenados contra la parte del ejército enemigo más firme y que mejor combatía, y rompió la formación y abatió a muchos. Al ser aniquiladas las primeras filas, también el resto de las tropas dio la vuelta y huyó, y los hombres colocados para custodiar la impedimenta se marcharon y se fueron a las montañas cercanas. De manera que en el combate en sí murieron pocos, pero en la huida muchísimos, pues desconocían el terreno y fueron perseguidos por la caballería romana.

Retirada de los enemigos

66 Mientras ocurría esto, el otro cónsul, Servio, enterado de que su colega venía hacia él para ayudarle, y temiendo que los enemigos salieran a su encuentro y le cortaran el camino, planeó apartarlos de
2 esta idea atacando su campamento. Pero los enemigos se le adelantaron, pues cuando supieron el desastre de sus tropas, que les fue comunicado por los supervivientes de la expedición de saqueo, levantaron el campamento en la

primera noche después de la batalla y volvieron a la ciudad sin haber realizado todo lo que deseaban. De hecho, 3
además de los muertos en las batallas y en las expediciones de saqueo, perdieron en esta huida muchos más rezagados que en la anterior. En efecto, los que, impedidos por el cansancio y las heridas, avanzaban lentamente, caían cuando sus piernas les fallaban, especialmente en los manantiales y en los ríos, consumidos por la sed; y la caballería romana los alcanzaba y mataba. Ciertamente tampoco los romanos volvieron totalmente satisfechos de este enfrentamiento, pues perdieron a muchos hombres valientes en los combates y a un legado que había sido el más brillante de todos en la lucha; pero volvieron con una victoria para la comunidad no inferior a ninguna otra. Éstos son los hechos que tuvieron lugar durante este consulado.

Peste sobre Roma. Ecuos y volscos atacan a los aliados de los romanos

Al año siguiente[89], después de que 67
Lucio Ebucio y Publio Servilio Prisco recibieran el poder, los romanos no realizaron ninguna acción militar ni civil digna de mención, pues se vieron afectados por una peste como nunca antes lo habían sido. Al principio, atacó a las manadas de caballos salvajes y bueyes, desde éstos pasó a los rebaños de cabras y ovejas y faltó poco para que matara a todos los cuadrúpedos. Después afectó a los pastores y agricultores y, tras atravesar todo el territorio, cayó sobre la ciudad. El núme- 2
ro de servidores, de jornaleros y de pobres que murió no es fácil de averiguar. Al principio los muertos eran llevados amontonados sobre carros, pero al final las personas de poca importancia eran arrojadas a las aguas del río que corría cerca de la ciudad. Se calcula que murió una cuarta

89 Para los caps. 67-68, véase LIVIO, III 6-7.

parte de los miembros del Senado, entre los que se encon-
traban no sólo los dos cónsules, sino también la mayoría
3 de los tribunos[90]. La peste empezó hacia las calendas del
mes de septiembre y duró todo aquel año, atacando y ma-
tando por igual a personas de cualquier constitución y
edad. Cuando los pueblos vecinos tuvieron conocimiento
de los males que atenazaban a Roma, tanto los ecuos co-
mo los volscos consideraron que tenían una buena ocasión
para acabar con su poder. Establecieron un pacto, inter-
cambiaron juramentos de alianza y, después de preparar
todo lo necesario para un asedio, unos y otros sacaron sus
4 tropas lo más rápidamente que pudieron. Con el fin de
privar a Roma de la ayuda de los aliados, penetraron pri-
mero en el territorio de los latinos y hérnicos. Cuando lle-
gó ante el Senado una embajada de cada uno de los pue-
blos agredidos para pedir ayuda, sucedió que precisamente
ese día murió uno de los cónsules, Lucio Ebucio, y que
Publio Servilio estaba próximo a morir. Éste, a pesar de
5 que alentaba poca vida, convocó al Senado. La mayoría
de los senadores, medio muertos, fueron transportados so-
bre literas y, después de deliberar, respondieron a los em-
bajadores que comunicaran a los suyos que el Senado les
encomendaba defenderse de los enemigos con su propio
valor hasta que el cónsul se repusiera y fuera reunido el
6 ejército que lucharía a su lado. Después de que los roma-
nos dieran estas respuestas, los latinos retiraron de los cam-
pos a las ciudades todo lo que pudieron y establecieron vi-
gilancia en las murallas, permitiendo que todo lo demás

---

90 Hasta el siglo II a. C. los tribunos no podían convertirse en senadores y sólo después de la expiración de su mandato. Se les permitió, sin embargo, desde fecha temprana, asistir a reuniones del Senado, y ésta es, probablemente, la explicación de la poco cuidada expresión aquí utilizada.

fuera destruido. Pero los hérnicos, no pudiendo soportar la destrucción y el saqueo de sus campos, cogieron las armas y salieron fuera. Después de combatir brillantemente y perder a muchos de sus hombres, a pesar de que mataron a un número de enemigos todavía mayor, se vieron forzados a refugiarse en las murallas, y no volvieron a intentar un combate.

Ecuos y volscos marchan sobre Roma y devastan el territorio

Los ecuos y volscos, tras devastar su 68
territorio, se marcharon impunemente hacia los campos de los tusculanos. Y después de saquear también éstos sin que nadie los defendiera, llegaron a la frontera de los gabinos[91]. Atravesaron también este territorio
sin oposición y marcharon sobre Roma. Causaron mucha 2
alarma en la ciudad, que temía que fueran capaces de apoderarse de ella; pero aunque los romanos estaban físicamente débiles y habían perdido a los dos cónsules —pues también Servilio había muerto hacía poco—, se armaron por encima de sus fuerzas y se apostaron en la muralla, cuyo perímetro era en aquel tiempo tan grande como el de la muralla de la ciudad de Atenas. Algunas partes de ésta estaban situadas sobre las colinas y fortificadas por la naturaleza misma con rocas escarpadas y necesitaban poca vigilancia; otras estaban protegidas por el río Tíber, cuya anchura era, aproximadamente, de cuatrocientos pies[92], cuya profundidad permitía la navegación de grandes barcos, y cuya corriente era tan rápida como cualquier otra y formaba grandes remolinos; río que, además, no era posible atravesar a pie, a no ser por el único puente que había en aquella época, construido en madera y que quita-

---

91 Habitantes de Gabios. Véase I 84, 5 y n. 195.

92 Aproximadamente, 118 m.

3 ban en tiempo de guerra. Una sola zona, que era la más vulnerable de la ciudad y que se extendía desde la llamada puerta Esquilina hasta la Colina, estaba fortificada artificialmente. Se había excavado delante de ella una fosa que tenía más de cien pies[93] de anchura por la parte más estrecha y cuya profundidad era de treinta pies[94]; y sobre la fosa se levantaba una muralla que se apoyaba desde dentro en un terraplén alto y ancho, de modo que ni podía ser derribada por arietes ni hundida por socavación de
4 los cimientos. Esta zona medía, aproximadamente, siete estadios de largo y cincuenta pies de ancho[95]; en ella los romanos, entonces, se colocaron en gran número y rechazaron el ataque de los enemigos, pues los hombres de aquella época no sabían ni construir *testudines*[96], ni las máquinas llamadas *helepóleis*[97]. Los enemigos, renunciando a tomar la ciudad, se alejaron de la muralla y, tras devastar el territorio por el que pasaron, condujeron sus ejércitos de vuelta a casa.

Expedición de castigo contra ecuos y volscos

69 Los romanos[98], después de elegir a los llamados *interreges*[99] para la elección de magistrados, cosa que acostumbraban a hacer cuando la anarquía se apoderaba de la ciudad, nombraron cónsules a Lucio Lucrecio y a Tito Veturio Gemino. En su mandato la

93 Unos 30 m.

94 Unos 9 m.

95 Más o menos, 1.300 × 15 m.

96 Parapetos para proteger a los hombres mientras rellenan los fosos de una ciudad.

97 Lit.: «tomaciudades». Era una gran torre para sitiar, de varios pisos de altura y con ruedas para que se la pudiera mover fácilmente cerca de las murallas de la ciudad sitiada.

98 Para los caps. 69-71, véase Livio, III 8, 1-10, 4.

99 Véase II 57.

peste cesó y las querellas civiles, tanto privadas como públicas, se aplazaron; pues aunque uno de los tribunos, Sexto Ticio, intentó mover otra vez la medida sobre los lotes de tierra, el pueblo se lo impidió y aplazó el asunto para mejor ocasión. A todos los invadió un gran deseo de 2
castigar a los que habían marchado contra la ciudad mientras sufrían la peste; y tan pronto como el Senado votó la guerra y el pueblo la confirmó, se hizo el alistamiento de las tropas sin que ninguno de los que estaban en edad militar, ni siquiera a los que la ley eximía, pidiera quedar apartado de aquella expedición. El ejército fue dividido en tres partes; una, a cuyo mando estaba el excónsul Quinto Furio[100], se quedó para guardar la ciudad; las otras dos salieron con los cónsules contra los ecuos y los volscos. Resultó que esto mismo también lo habían hecho ya los 3
enemigos. En efecto, su mejor ejército, que reunía fuerzas de las dos naciones, estaba en campo abierto bajo el mando de dos generales y pretendía marchar contra todo el territorio sometido a los romanos, empezando por el de los hérnicos, en el que en ese momento estaba. Las tropas menos útiles se quedaron para guardar sus ciudades, para que no se produjera contra ellas ningún ataque imprevisto de los enemigos. Ante estos hechos los cónsules romanos 4
deliberaron y decidieron que lo mejor era atacar en primer lugar sus ciudades, siguiendo la idea de que el ejército conjunto se desharía si cada una de sus partes se enteraba de que sus posesiones estaban en grave peligro, y consideraría mucho más importante salvar lo propio que destruir lo de los enemigos. Así pues, Lucrecio penetró en el territorio de los ecuos y Veturio en el de los volscos. Los ecuos permitieron que todas sus posesiones exteriores fueran destruidas y protegieron la ciudad y las plazas fuertes.

[100] Livio da el nombre de Q. Fabio.

Volscos y ecuos deciden atacar Roma

70 Los volscos, en cambio, empujados por su audacia y osadía, y despreciando al ejército romano como si no fuera capaz de luchar contra el gran número de sus tropas, salieron para combatir en defensa de su tierra y acamparon cerca de Veturio. Pero, como suele suceder con un ejército recién formado por una masa de ciudadanos y campesinos reunida para la ocasión, en el que hay muchos sin armas y sin experiencia en los peligros, el ejército volsco no se atrevió a entrar en com-
2 bate con el enemigo; por el contrario, al primer ataque de los romanos, la mayoría, en medio de una gran confusión y sin soportar el griterío y el ruido de las armas, huyó en desorden hacia las murallas, de modo que muchos murieron cuando fueron cogidos en los estrechamientos de los caminos, y muchos más cuando se precipitaban hacia las
3 puertas perseguidos por la caballería. Así pues, los volscos, después de sufrir este desastre, se acusaron a sí mismos de su irreflexión y no volvieron a arriesgarse. Pero los generales que mandaban las tropas de los volscos y ecuos en campo abierto, enterados de que sus posesiones habían sido objeto de un ataque, decidieron llevar a cabo también ellos alguna acción valerosa: poner en marcha el ejército desde el territorio de los hérnicos y latinos y llevarlo contra Roma, con la indignación y apremio que los dominaba, de acuerdo con la opinión que también ellos tenían de que les sería posible tener éxito en una de estas dos acciones gloriosas: o tomar Roma, que estaba desguarnecida, o expulsar a los enemigos de su territorio, pues los cónsules
4 se verían obligados a ir en ayuda de la patria atacada. Con esta intención condujeron el ejército a marchas forzadas, para caer sobre la ciudad de manera inesperada y emprender inmediatamente la acción.

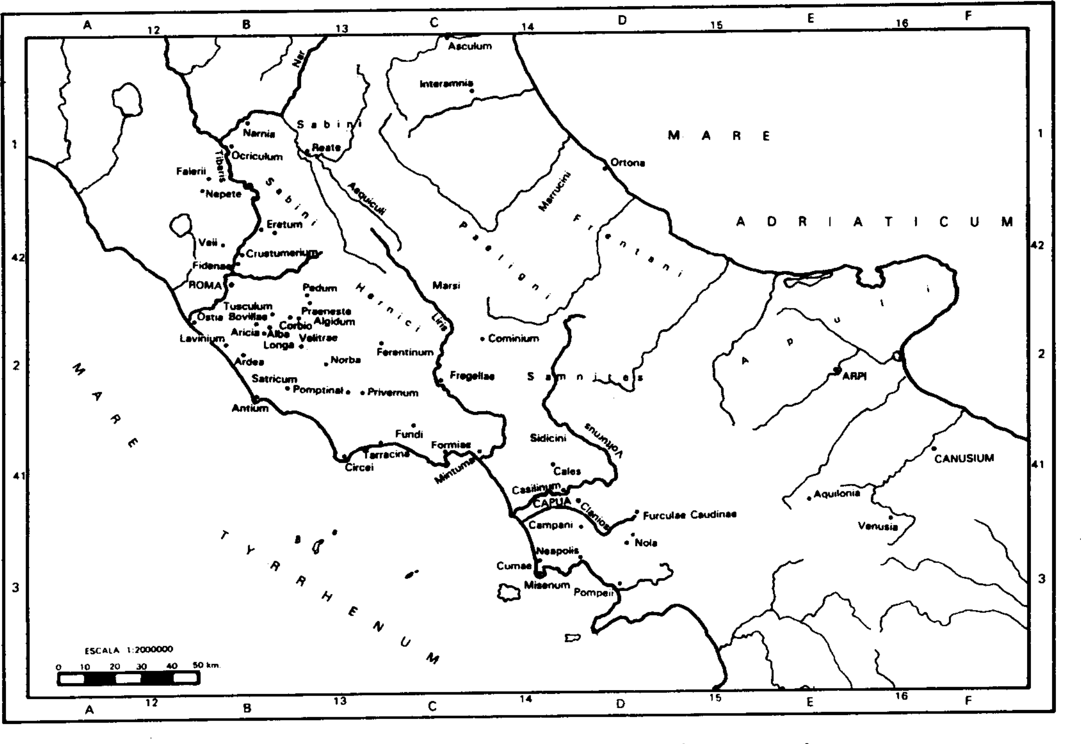
Derrota de ecuos y volscos. El Senado concede el triunfo a los cónsules

Llegados hasta la ciudad de Túsculo 71
y enterados de que todo el perímetro de Roma estaba lleno de armas y de que delante de las puertas estaban acampadas cuatro cohortes de cien hombres cada una, abandonaron la marcha hacia Roma y, acampando, devastaron el territorio cercano a la ciudad que habían dejado a salvo en la incursión anterior. Pero 2
cuando uno de los cónsules, Lucio Lucrecio, apareció ante ellos y estableció el campamento no lejos del suyo, consideraron que era una buena ocasión de entablar batalla, antes de que a Lucrecio le llegara la ayuda del otro ejército romano, que conducía Veturio. Tras depositar la impedimenta sobre una colina y dejar dos cohortes para guardarla, los demás avanzaron hacia la llanura, entablaron combate con los romanos y durante mucho tiempo se comportaron como hombres valientes en la lucha; pero algunos, cuando 3
supieron por los soldados de guardia a sus espaldas que un ejército bajaba desde una colina, creyeron que llegaba el otro cónsul con sus tropas, y, temiendo que los dos ejércitos los rodearan, no esperaron más y se dieron a la fuga. En esta batalla cayeron sus dos generales, después de realizar acciones propias de hombres valerosos, y también otros muchos hombres valientes que combatían a su lado. Los que escaparon del combate volvieron dispersos cada uno a su tierra. A raíz de esta batalla, Lucrecio se dedicó, sin 4
dificultad, a devastar el territorio de los ecuos, y Veturio el de los volscos, hasta que llegó el tiempo de las elecciones de magistrados. Entonces uno y otro pusieron en marcha sus ejércitos, los llevaron de vuelta a casa y consiguieron triunfos por sus victorias, Lucrecio avanzando en cuadriga, Veturio entrando a pie. Estos dos tipos de triunfo los concede el Senado a los generales, como he explica-

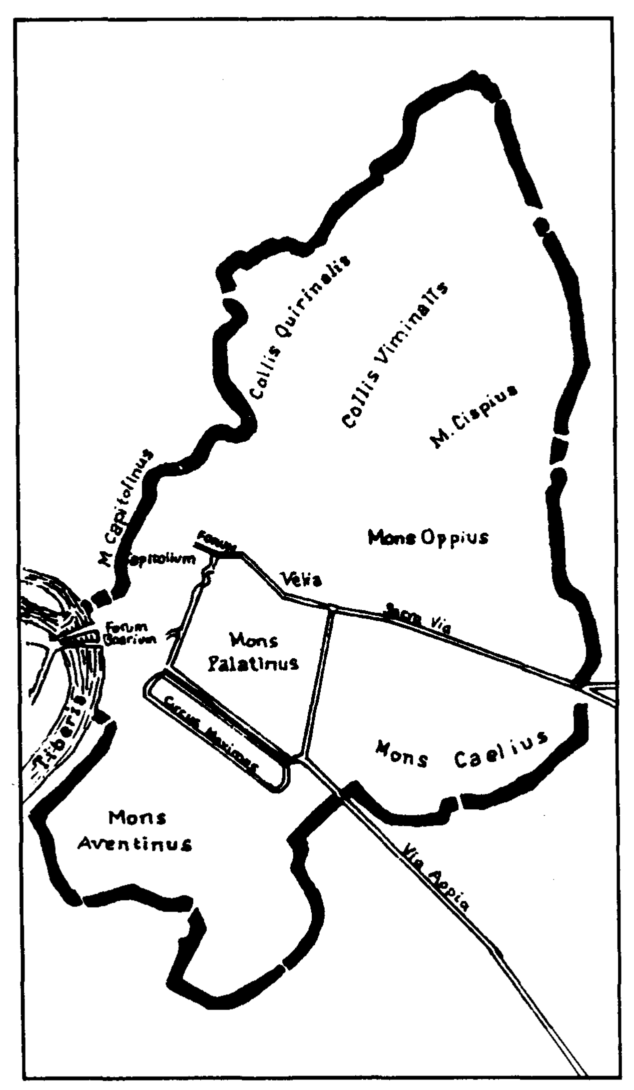
do[101], y son iguales en otros aspectos, pero se diferencian en que uno es a caballo y el otro a pie.

---

101 Véase V 47, 3-4.



Principales ciudades de Italia central citadas en el presente volumen



Plano de Roma con el recinto del muro serviano
en trazo grueso.



ÍNDICES

ÍNDICE DE NOMBRES

ÍNDICE GENERAL

Págs.